La Fontana Sagrada

Era una ocasión, advertí —la invitación a pasar un fin de semana en una mansión campestre—, para buscar en la estación a otros, posibles amigos e incluso posibles enemigos, que tal vez acudieran también. Tales premoniciones, en efecto, engendraban temores cuando no conseguían engendrar esperanzas, si bien hay que matizar que a veces se daban, en casos así, equívocos har-to graciosos. Uno era mirado austeramente, en el compartimiento, por personas que a la mañana siguiente, tras el desayuno, demostrarían ser encantadoras; a uno le dirigían la palabra personas cuya sociabilidad subsiguientemente se mostraba restringida; y uno se confiaba a otros que ya no habrían de reaparecer... pues sólo iban a Birmingham. Nada más ver a Gilbert Long, un poco más lejos en el andén, empero, lo identifiqué como un partícipe. No era tanto que el deseo fuera padre del pensamiento cuanto que recordaba haberlo visto ya en Newmarch más de una vez. Era amigo de la mansión: no iba a Birmingham. Tan escasamente confiaba yo, por otra parte, en que me reconociera, que me detuve antes de llegar al vagón junto al cual se hallaba: busqué un asien-to que no me expusiera a su compañía.

Sólo lo había tratado en Newmarch, lugar con un hechizo tan especial como para crear cierto vínculo entre sus invitados; pues siempre había dado, en otras ocasiones, tan escasas muestras de reconocerme que yo no podía menos que considerarlo estúpido para no tener que considerarlo ofensivo. Lo cierto es que era estúpido, y en ese sentido no pintaba nada en Newmarch; pero no por ello dejaba de poseer, sin duda, su propia idiosincrasia, que aplicaba sin criterio. Me pregun-té, mientras hacía poner mi equipaje en mi rincón, qué sería lo que Newmarch veía en él... pues siempre tenía que ver algo antes de hacer una señal. Acaso le allanaba el camino su agraciada apariencia, que era impresionante: su buen metro ochenta y cinco de estatura, su cabello corto y de exquisita ondulación, su semblante ancho, afeitado, espléndido. Era un hermoso mueble hu-mano: hacía que una concurrencia reducida pareciera más numerosa. Tal, al menos, era mi im-presión de él que había resucitado antes de volver a bajar al andén, y en un principio no pudo sino llenarme de sorpresa verlo encaminarse hacia mí como para saludarme. Si por fin había re-suelto tratarme como a un viejo conocido, era a pesar de los pesares la ocasión de dejarlo apro-ximarse. Por consiguiente, eso fue lo que hizo, y de un modo tan concienzudo, me apresuro a agregar, que al cabo de unos instantes ya estábamos charlando casi como con la tradición de una agradable intimidad. Era bastante apuesto, ahora me percaté de nuevo, pero no hasta

un grado tan modélico como me había parecido recordar; por lo demás, nítidamente sus maneras habían ganado en soltura. Hizo alusión a nuestros anteriores encuentros y comunes contactos; se alegró de que yo fuese; se asomó a mi compartimiento y lo juzgó preferible al suyo. Llamó a un mozo, al instante, para que trasladase su equipaje y, mientras su actividad estaba enfrascada en ello, contemplé al resto de los pasajeros, que buscaban o ya habían hallado acomodo.

Esto duró hasta que Long retornó con el mozo, así como con una dama por mí desconocida y a quien por lo visto él había comentado que en nuestro vagón podría acomodarse a su satisfac-ción. El mozo llevaba en efecto el neceser femenino, que dejó sobre un asiento y cuya coloca-ción enseguida dejó libre a la dama para dirigírseme con un reproche:

—No juzgo muy considerado por parte de usted el no hablarme. —Me quedé mirando pas-mado, y seguidamente reconocí su identidad gracias a su voz; tras lo cual reflexioné que ella ha-bía debido de juzgarme la misma clase de asno que yo había juzgado a Long. Pues ella era, se-gún parecía, ni más ni menos que Grace Brissenden. Tuvimos los tres el vagón entero para noso-tros solos, y viajamos juntos durante más de una hora, en el transcurso de la cual, sentado en mi rincón, tuve a mis compañeros frente a mí. Al principio nos pusimos a charlar un poco, y luego, a causa de que el tren —uno veloz— avanzaba imparable y bramaba correspondientemente, ceja-mos en el empeño de competir con la música de éste. Hasta entonces, empero, nos habíamos in-tercomunicado uno o dos hechos que meditar en silencio. Brissenden iba a acudir más tarde: no es que, a decir verdad, eso fuese un hecho tan tremendo. Pero su esposa estaba informada, sabía

de los muchos otros que acudirían; había mencionado, mientras aguardábamos en la estación, gente y cosas: que Obert, pintor perteneciente a la Royal Academy, se hallaba en alguna parte del tren, que su propio marido iba a traer consigo a Lady John, *y* que la señora Froome *y* Lord Lutley también seguían esta portentosa nueva moda —y los sirvientes de ambos también, cual un único hogar— saliendo, viajando y llegando juntos. Mientras viajaba sentado me volvió a las mientes que cuando ella había comentado que Lady John estaba a cargo de Brissenden, el otro componente de nuestro trío había manifestado interés y sorpresa, los había manifestado de un modo que había hecho que ella replicara con una sonrisa—: ¿De veras no lo sabía usted?

Esto había tenido lugar en el andén mientras, aprovechando los últimos minutos, aguardába-mos junto a la puerta.

—¿Por qué diantres *debería yo* saberlo?

A lo cual, con buenos modales, ella se había limitado a contestar:

—¡Oh, sencillamente yo creía que en todo momento usted lo había sabido!

Y ambos me habían mirado de una manera más bien singular, como interpelándome cada uno acerca del otro. "¿Qué diantres quiere decir ella?", parecía que preguntara Long; por su parte la señora Brissenden dio a entender con leve inescrutabilidad: *"Usted* sabe tan bien como yo por qué debería él saberlo, ¿a que sí?" En realidad yo no lo sabía ni remotamente; y lo que luego se me antojó que constituyó el verdadero comienzo de esta historia, fueron ciertas palabras que dejó caer Long cuando alguien se acercó a decirle algo a ella. En ese momento yo le di pie mencio-nando no haber sido capaz de identificarla en un principio. ¿Qué diantres, en los últimos uno o dos años, le había sucedido? Había cambiado a mejor tan extraordinariamente. ¿Cómo había conseguido volverse bella tan tardíamente una mujer que había sido fea durante tanto tiempo?

Era exactamente lo mismo que él había estado preguntándose:

—Al principio yo tampoco logré identificarla. Tuvo que dirigirme algunas palabras. Pero es que yo no la había visto desde que se casó, que fue (¿no es así?) hace cuatro o cinco años. Está asombrosa para tener la edad que tiene.

—*¿Cuál* es la edad que tiene, pues?

—Huy, cuarenta *y* dos o cuarenta *y* tres.

—Está increíble para eso. Pero ¿de veras puede tener tanta edad?

—¿Acaso no es fácil de calcular? —preguntó—. ¿No se acuerda, cuando se casaron, de lo inmensamente mayor que ella parecía al lado del pobre Briss? ¿Cómo la llamaron? Una asalta-cunas. Todo el mundo hizo chistes. Briss no tiene siquiera treinta años. —En efecto, me acordé: no debía de tenerlos; pero de lo que no me acordaba era de que fuese tan enorme la diferencia. De lo que primordialmente me acordaba era de que ella había sido bastante feúcha. En el mo-mento presente era mas bien bella. Sin embargo, Long no convino con eso—: Me siento obliga-do a decir que yo no lo denominaría exactamente belleza.

—Oh, sólo lo digo comparativamente. Está tan guapa... y extrañamente tan “refinada”. ¿Por qué, si no, íbamos a no haberla reconocido?

—Eso digo yo: ¿por qué? Pero no se trata de algo con lo cual tenga relación la belleza. —Él había discernido la clave con una lucidez por la cual yo no habría debido otorgarle ningún méri-to—. Lo que le ha sucedido es sencillamente que... que nada le ha sucedido.

—¿Nada le ha sucedido? Pero, mi querido amigo, ha estado casada. Se supone que eso es al-go.

—Sí, pero ha estado casada tan poco y tan estúpidamente. Debe de ser desesperantemente aburrido estar casada con el pobre Briss. Su relativa juventud no lo vuelve, a fin de cuentas, más dotado. Él no es mas que lo que es. Simplemente se ha detenido el reloj de esta mujer. No parece más vieja, eso es todo.

—Ah, y también algo estupendo, cuando se empieza donde ella lo hizo. Pero la distinción es-tablecida por usted —agregué— me parece justa. Sólo que si una mujer no envejece es lícito de-cir que rejuvenece; y si rejuvenece es lícito suponer que embellece. Eso es todo... salvo, como es

natural, que me parece algo igualmente delicioso para el propio Brissenden. *Él* tenía el aspecto, creo recordar, de un bebé; ¡conque si su mujer sí luciese sus cincuenta años...!

Huy—atajó Long—, a él eso le habría resultado indiferente. Es lo peliagudo, ¿no se da cuen-ta?, del estado conyugal. La gente no tiene más remedio que habituarse a los encantos del otro no menos que a sus defectos. Él no lo habría notado. Ello sólo nos ocurre a usted y a mí, de modo que el hechizo de ello es *para nosotros.*

—¡En tal caso, qué suerte —exclamé riendo— que, con Brissenden marginado de ello y re-legado a una obscura postergación por el horario de trenes, seamos usted y yo quienes disfruta-mos de ella! —En lo que me había dicho me habían llamado la atención más cosas de las que yo podía asimilar de inmediato, y pienso que debí de mirarlo, mientras él hablaba, con un leve re-torno de mi perplejidad primera. Hablaba como yo nunca lo había oído hablar: cada vez menos como el cargante Adonis que tantas veces me había "desairado"; y mientras así hacía era yo co-rrelativamente más consciente del cambio operado en él. De hecho, tras unos instantes notó el vago desconcierto de mi mirada y me preguntó —con perfectos buenos modales— por qué lo atalayaba con tamaña intensidad. Me despabilé lo bastante para contestar que no podía menos que sentirme fascinado ante el modo como me exponía sus opiniones; ante lo cual me replicó —con idéntica amigabilidadque él, por el contrario, barruntaba que yo, siendo tan inteligente y crí-tico, estaba divirtiéndome a costa de su desmañada cháchara. Pese a ello siguió en sus trece res-pecto de que a Brissenden le pasaba inadvertido aquello que habíamos estado comentando––. ¡Ah, en ese caso espero —dije— que al menos no le pase inadvertida Lady John!

—¡Oh, Lady John! —Y se dio la vuelta como si hubiese ora demasiado, ora demasiado poco que decir sobre ella.

Nuevamente me hallé ocupado con la señora Briss mientras él se encaminaba hacia el chico de los periódicos, y ocupado, extrañamente, en opinar audazmente sobre él casi lo mismo que él y yo habíamos opinado sobre ella. Con franqueza ella me expresó que jamás había visto a un hombre mejorar tanto: confidencia ésta que acogí con alacridad, ya que me demostraba que, bajo la misma impresión, yo no me había descaminado. Ella se había limitado, al parecer, cuando lo había encontrado, a reconocerlo con gran esfuerzo. Recibí su confesión, mas se la devolví:

—Él me ha dado a entender que no la reconoció a usted más fácilmente.

—¿Más fácilmente que usted? Huy, a nadie le ocurre; y, para ser enteramente sincera, ya me he acostumbrado a ello y no me molesta. Se dice que cambiamos cada siete años, pero a mí me hacen sentirme como si cambiase cada siete minutos. ¿Qué quiere usted, de todas formas, y có-mo puedo remediarlo? Es la molienda de la vida, los estragos del tiempo y de las desgracias. Además, ya sabe, tengo noventa y tres años.

—¡Qué joven debe usted sentirse —repliqué— para apetecerle hablar de su edad! La envidio, pues a mí nada me empujaría a revelarle la mía. Aparenta usted, ¿sabe?, nada más que veinticin-co.

Asimismo, evidentemente, lo que le dije le causó placer, un placer que ella asió y retuvo:

—Bueno, pero no irá a decirme que visto igual que una mujer de veinticinco años.

—En efecto: viste usted, advierto, igual que una de noventa *y* tres. Si *vistiera* igual que una de veinticinco, aparentaría quince.

—¡Quince años y jugando a las charadas en el cuarto de los niños! —Ante esto se rió bastan-te contenta—. Su piropo es excéntrico para mi gusto. Yo sé, en cualquier caso —siguió—, en qué consiste la diferencia apreciable en el señor Long.

—Tenga la bondad entonces, para poder respirar tranquilo, de contármela.

—Pues que en estos últimos tiempos una mujer muy inteligente se ha...

—...¿tomado —por supuesto aquel inicio era suficiente— un especial interés por él? ¿Alude usted a Lady John? —inquirí; y, puesto que saltaba a la vista que la respuesta era sí, objeté—: ¿Llama usted una mujer muy inteligente a Lady John?

—Sin duda alguna. Por eso es por lo que amablemente propicié que, como ella iba a tomar,

según me enteré por casualidad, el próximo tren, Guy viajase con ella.

—¿Fue usted quien lo propició? —me asombré—. Entonces ella no es tan inteligente como usted.

—¿Porque considera usted que *ella* no lo haría, o que sería incapaz? No hay duda de que no se habría aplicado a ello con el mismo entusiasmo... por más de un motivo. El pobre Guy no tie-ne brillantez: no cuenta más que con su juventud y su belleza. Pero precisamente por eso es por lo que me da pena y siempre que puedo procuro echarle una mano. La compañía de Lady John *es, ya* lo ve, una mano.

—¿Quiere decir porque tan claramente le ha servido de mucho a Long? —Sí: decididamente le ha proporcionado un cerebro y una lengua. Eso es lo que le ha sobrevenido.

—Entonces —dije— se trata de un caso sumamente extraordinario... como servidor jamás ha visto en la vida.

—Ah, pero —objetó— sucede.

—¡Huy, tan rara vez! Sí: decididamente yo jamás lo he visto. ¿Está segurísima— insistí— de que Lady John *es* el influjo?

—No insinúo, desde luego —respondió—, que él se ponga nervioso si se la nombra, que de hecho no parezca tan inocente como un ratero. Pero eso no demuestra nada... o, mejor dicho, ya que es sabido que siempre están juntos y que de la mañana a la noche ella se muestra tan aguda como un alfiler de sombrero, demuestra exactamente lo que servidora ve. Sencillamente servido-ra lo percibe.

Yo le di la vuelta al cuadro:

—A duras penas están juntos si ella está junto a Brissenden.

—Huy, eso es sólo de cuando en cuando. Es algo que una que otra vez esta clase de personas (¿no lo sabía?) se preocupan de hacer: cultivan, a fin de encubrir su juego, la apariencia de otras pequeñas amistades. Ello hace desviarse del verdadero husmillo a los ajenos, y mientras tanto la verdadera aventura sigue su curso. Por lo demás, también usted percibe el efecto. Si ella no lo ha vuelto inteligente, ¿cómo lo ha vuelto entonces? Ella le ha suministrado, sin interrupción, cada vez más intelecto.

—Vaya, tal vez esté usted en lo cierto —repuse riéndome— aun cuando habla como si se tra-tase de aceite de hígado de bacalao. ¿Ella lo administra, en calidad de dosis diaria, a

cucharadas? ¿0 una sola gota cada vez? ¿Él lo toma en las comidas? ¿Se supone que él es consciente de ello? Para mí la dificultad radica simplemente en que aunque he visto a los bellos volverse feos y a los feos volverse bellos, a los gordos adelgazar y a los delgados engordar, a los bajos crecer y a los altos menguar, aunque he visto incluso, del mismo modo, a los inteligentes, como al menos los había supuesto demasiado ilusamente, volverse estúpidos, *no* he visto (no, ni una sola vez en to-da mi vida) que los estúpidos se vuelvan inteligentes.

Era una dificultad, pese a todo, de la que supo salir perfectamente airosa:

—Todo cuanto puedo decir en tal caso es que disfrutará usted, durante los próximos uno o dos días, de una interesante experiencia nueva.

—*Será* interesante —declaré a la par que recapacitaba—, y mas todavía si logro descubrir yo mismo que Lady John es el actuante.

—Lo descubrirá si habla con ella... o sea, quiero decir, si hace que *ella* hable. Verá que ella es *capaz*.

—¿O sea que conserva su ingenio —pregunté— a pesar del que les insufla a los demás?

—¡Oh, tiene suficiente para dos!

—Yo estoy enormemente impresionado ante el de usted —repuse—, así como ante su gene-rosidad. Pocas veces he visto que una mujer tenga tan favorable opinión sobre otra.

—¡Es porque me gusta ser gentil! —dijo con la mayor buena fe del mundo; a lo cual sólo su-pe contestar, mientras subíamos al tren, que era una gentileza que sin duda Lady John apreciaría. Long volvió a unírsenos y emprendimos, como ya he dicho, nuestro trayecto; el cual, como asi-

mismo he señalado ya, me pareció corto bajo la luz de tal llamarada de sugerencias. A cada uno de mis compañeros —y el hecho se les notaba a las claras— le había sucedido algo inaudito.

2

En Newmarch el día era tan bueno y el panorama tan hermoso como concurrida y variopinta era la reunión; y mi memoria evoca en el decurso de aquella larga tarde muchas amistades reanudadas y mucho sentarnos y ambular, con el fin de sostener fragmentos de conversación, bajo la luenga sombra de grandes árboles y por los rectos senderos de viejos jardines. De esta guisa transcurrió un par de horas, y nuevos advenimientos enriquecieron el cuadro. Había perso-nas por quienes yo sentía curiosidad: Lady John, sin ir más lejos, a quien me prometí echar un pronto vistazo; pero no nos rehusamos a ser arrastrados por corrientes que reflejaron nuevas imágenes y aquietaron suficientemente la impaciencia. Evoco, así y todo, una completa secuen-cia de impresiones, cada una de las cuales, según vería yo posteriormente, tuvo como misión re-forzar todas las demás. Si esta historia, como he apuntado ya, había comenzado, en la estación de Paddington, en un momento dado, paso a paso ganó en substancia y sin perder ni un eslabón. De hecho, los eslabones, en caso de detallarlos todos, formarían una cadena demasiado larga. For-maron, a pesar de los pesares, el más feliz pequeño capítulo de peripecias posible, aunque una serie de la cual apenas puedo presentar mas que el efecto global.

Una de las primeras peripecias fue que, antes de la cena, hallé a Ford Obert paseando leve-mente apartado en compañía de la señora Server y que, considerándolos simpáticos conocidos, yo los habría abordado con confianza de no ser porque inmediatamente el aire huidizo de ambos me infundió cierto temor a interrumpirlos. La señora Server era siempre preciosa y Ober siempre diestro; éste último se detuvo al punto, empero, dispensándome tan entusiasta acogida como si ya hubiese concluido la plática que estaban manteniendo. Ella era extraordinariamente bella, no-toriamente simpática, manifiestamente encantadora, mas él me dirigió tal mirada que de veras pareció decir: “¡Sea usted buen chico, no me deje a solas con ella por más tiempo!” Yo ya la ha-bía tratado con anterioridad en Newmarch —de hecho, ése había sido mi único contacto con ella— y sabía de qué manera se la valoraba allí. También sabía que una aversión hacia las muje-res bellas —a multitud de las cuales él había preservado para una agradecida posteridad— no era su distintivo en cuanto hombre ni

en cuanto artista; la consecuencia de todo lo cual fue hacerme preguntarme qué había podido estar ella haciéndole. El amor, posiblemente... si bien difícilmente él habría pedido ser salvado de eso. Ella no le habría otorgado, por otra parte, el placer de su compañía nada más que para ser cruel. Me uní a ellos, en cualquier caso, informándome la seño-ra Server de haber venido en un tren anterior al mío; y formamos un lento trío hasta que, en un recodo de la hacienda, nos topamos con otro grupo. Estaba compuesto por la señora Froome *y* Lord Lutley *y* por Gilbert Long *y* Lady John... juntos *y* revueltos, como habría podido decirse, no agrupados conforme a la leyenda. Marchaban delante Long y la señora Froome, según recuerdo, y milord se apartó de Lady John al verme aproximarme a ella de manera asaz directa. Para mí ella se había vuelto, de sopetón, tan interesante como, mientras viajábamos, me habían parecido mis dos amigos del tren. Como origen del flujo de “intelecto' que había preternaturalizado a nuestro joven, ella tenía todo el derecho a una honda atención; y enseguida habría estado dis-puesto a sentenciar que la recompensó con su habitual copiosidad. A buen seguro se mostró, co-mo había dicho la señora Briss, tan aguda como un alfiler de sombrero, y tuve presente la inti-mación de esa dama de buscar en ella la solución de nuestro enigma.

El enigma, puedo constatarlo, resonó de nuevo en mis oídos con la alegre voz de Gilbert Long: ésta se cernió allí —ante mí, junto a mí, detrás de mí, cuando todos hicimos un alto— con su incansable ritmo ligero, una bulliciosa animación que parecía multiplicar su presencia. De ve-ras se convirtió, por el momento, bajo esta impresión, en la cosa de la cual fui más consciente: lo oí, lo sentí incluso mientras yo intercambiaba saludos con la hechicera con cuya varita él había

sido tocado. Sin duda lo que yo deseaba no era exactamente que me tocase a mí; y sin embarco sí deseaba, denodadamente, una vislumbre; de suerte que, con la exquisita acogida que me brindó Lady John, ciertamente yo habría podido sentirme seguro de estar camino de conseguirla. Duran-te estos minutos la nota del predominio de Long se agudizó hasta un grado que soy incapaz de describir, y siguió dándome la impresión de que aunque fingiéramos charlar, era únicamente a él a quien escuchábamos. Nos tenía a todos en sus manos: momentáneamente dominaba toda nues-tra atención y nuestras relaciones. En resumidas cuentas estaba, a consecuencia de nuestra tesitu-ra, en posesión de la escena hasta un grado que no habría podido ni soñar hacía uno o dos años... ya que en esa época no habría podido escalar tan elevadas cumbres sin hacer el ridículo. Y lo fundamental era que aun cuando ahora se hallaba en la cumbre tan donosamente, sin embargo él sabía menos que ninguno de nosotros lo que a él mismo le pasaba. No era consciente de cómo había "debutado" ... lo cual era precisamente lo que acentuaba mi pasmo. Por su parte, Lady John sí era enteramente consciente, y me figuré que me miraba para calibrar cuán consciente era *yo*. Nada me importó, por descontado, lo que ella supusiese; para mí lo interesante de ella era únicamente la operatividad de su influjo. Mucho me temo que vigilé para pillarlo en plena faena, la vigilé con una atención de la cual muy bien pudo darse cuenta.

¡Qué intimidad, qué intensidad afectiva, me dije, era precisa para que se diera un proceso tan logrado! Desde luego es bien sabido que cuando dos personas se sienten tan hondamente enamo-radas se bruñen recíprocamente, que por regla general una gran presión ejercida de alma a alma deja en cada uno de los amantes una considerable serie de vestigios reveladores. Pero, para que Long hubiese quedado tan marcado como me lo parecía, ¡cómo había tenido que ser preparada la moldeable cera y aplicado el sello de la pasión! ¡Qué afecto había tenido que conseguir despertar la mujer responsable de tamaño cambio como prolegómeno a su influjo! ¡Con qué maestría de fascinación había tenido que allanar el camino para ello! Bastante extrañamente, empero —era incluso un tanto irritante—, en Lady John no había nada fuera de lo común que corroborara mi suposición de las alturas a que tenía que moverse la pareja así evocada. Cierto era que estas co-sas —los sentimientos que los demás pueden concebir unos por otros, la facultad ajena, en un ejemplo así, capaz de encender una pasión— son aun en la más favorable coyuntura el misterio de los misterios; pese a ello, se dan casos en que la imaginación, tanteando las profundidades o las

superficialidades, por lo menos puede introducir una sonda. Perceptiblemente, tal no era el caso con Lady John: ante su presencia, la imaginación era como la débil ala del insecto que trata de abrir una ventana. Era bella, viva, insensible y, de una manera personal e intransferible, ex-perta a la vez en “cultura' y en jerga. Era como un sombrero —con uno de los alfileres de la se-ñora Briss— que se ladeara sobre el busto de Virgilio. Su decorativa erudición —tan resistente como una capa de barniz para muebles— casi lo abrumaba a uno. Lo que percibí en ella ahora más que nunca fue que, sintiéndose obligada a conservar su reputación de “agudeza', siempre estaba en zafarrancho de combate, con deslices y precipitaciones como los de una eminencia en una cena multitudinaria. Le concedía extraordinaria importancia a su propio “discurso”: a lo ágil que tenía que ser. Por otra parte era maravilloso, empero, que, como había dicho Grace Brissen-den, aun así ella pensase que podía permitirse el lujo de ceder parte de su intelecto: que se hubie-se prodigado en preceptos y ejemplos ante Long y sin embargo permaneciese para cualquier otro interlocutor tan fresca como el payaso que de un salto entra en la pista. Contó, para mi deleite, tantos chistes y ejecutó tantas piruetas como habría podido pedirse; tras lo cual consideré justo dejarla zafarse. Nuevamente nos encaminamos todos hacia la mansión, pues faltaba poco para vestirse para la cena.

Otra vez me encontré, mientras caminábamos, junto a la señora Server, y recuerdo haberme congratulado de que, por muy simpática que se mostrase, ella no juzgaba necesario estar, como Lady John, siempre “al ataque”. Estaba deliciosamente hermosa, más hermosa que nunca: delga-da, refinada, delicada, con unos preciosos ojos pálidos y un espléndido cabello castaño. Me dije que yo no le había hecho justicia; ella no había organizado sus ejércitos, estaba un poco indefen-

sa y desprevenida, pero para alguien aturdido había alivio en su alegre naturaleza y su peculiar gracia. Éstas últimas fueron las prendas en nombre de las cuales, cinco minutos más tarde, a la entrada de la mansión, donde aún nos quedaban unos momentos, me sentí movido a interpelar a Ford Obert:

—¿Qué pasaba hace un momento... cuando, pese a estar usted tan felizmente ocupado, sin embargo pareció llamarme para el rescate?

—¡Huy —exclamó riendo—, estaba ocupado únicamente en estar aterrorizado!

—Pero ¿de qué?

—Pues de algo así como una sensación de que ella se proponía hacerme el amor.

Recapacité:

—¿La señora Server? ¿Hace el amor la señora Server?

—A mí me pareció —contestó mi amigo— que empezó a hacérselo *a usted* no bien lo cogió por banda. ¿No se dio usted cuenta?

Otra vez cavilé: llegué a la conclusión de no haberme dado cuenta.

—No hasta el punto de aterrorizarme. Es tan dulce y tan atractiva. Incluso aunque le hincara a uno las garras, por lo demás —agregué—, no veo por qué la consecuencia (con lo encantadora persona que es) debería ser el terror. Es halagador que le hinque a uno las garras.

—Oh, usted es un audaz —dijo Obert.

—No sabía que usted fuese ninguna clase de tímido. ¿Cómo puede serlo, dada su profesión? ¿No se me viene a las mientes, por cierto, que (hace tan sólo unos años) le hizo usted un retrato?

—Sí, hasta ese punto le hice frente. Pero ahora está cambiada. Apenas lo comprendí:

—Cambiada ¿en qué sentido? Está tan encantadora como siempre. Como incluso para con-vencerse a sí mismo mi amigo semejó meditar un poco, y dijo:

—Pues... por entonces sus afectos no estaban, barrunto, a su disposición. Juzgo que eso es lo que ha debido de suceder. Estaban concentrados, y con intensidad; *y* ello representó la diferencia en cuanto *a mí.* Su magín había replegado, transitoriamente, las alas. En el momento presente está dispuesto al vuelo, busca una nueva alcándara. Está intentándolo. Tenga cuidado.

—¡Huy, no me hago la ilusión —exclamé riendo— de que lo único que yo necesite hacer sea extender la mano! En cualquier caso —insistí— *yo* no pediré socorro.

Semejó volver a meditar:

—No sé. Usted verá.

—Si es así, veré mucho más de lo que en este instante sospecho. —Él quería ir a vestirse, mas pese a ello lo retuve—: ¿Es que ella no es maravillosamente adorable?

—¡No me diga! —se limitó a exclamar.

—¿Es que no es tan adorable como aparenta ser?

Pero él ya había echado a andar:

—¿Qué tiene eso que ver con ello?

—En tal caso, ¿qué puede nada tener que ver con ello?

—Es desmesuradamente desgraciada.

—Pero ¿no constituye eso precisamente una ventaja para uno?

—No. Es misterioso. —Y huyó.

De todas formas la discusión ya nos había llevado hasta el interior de la mansión y hasta el punto de nuestra escalera donde ésta se bifurcaba hacia la habitación de Obert. Yo seguí hasta mi propio pasillo, con el cual ya otras ocasiones me habían familiarizado, y me llegué hasta la puer-ta en que esperaba ver una tarjeta con mi nombre. Dicha puerta, no obstante, se hallaba abierta, como a fin de mostrarme, en momentánea posesión de la habitación, a un caballero, por mí des-conocido, que, buscando sin ninguna indicación su aposento, parecía haber venido procedente de la otra punta del corredor. Él acababa de ver, reconociéndolo como ajeno, mi equipaje aún sin deshacer, con el cual me relacionó al punto. Además, para mi sorpresa, al pasar yo adentro, pro-nunció mi nombre, como reacción a lo cual lo único que al principio supe hacer fue quedarme

desconcertado. A decir verdad no fue sino hasta haber comenzado a ayudarlo a orientarse cuan-do, subsanando mi desconcierto, lo identifiqué como Guy Brissenden. Había sido despachado a solas, por alguna razón, al ala de los solteros y, explorando a la ventura, se había equivocado de cuarto. Para cuando dimos con su criado y su aposento, yo ya había cavilado sobre lo singular de haber sido tan estúpido con el marido como con la esposa. Desde nuestra llegada se me había escapado su presencia, mas yo, en mi calidad de hombre de mucho mayor edad, ya lo había visto —héroe de su extraña unión— en épocas pasadas. Al igual que su mujer, pese a ello, ahora se me había antojado un extraño, y no fue sino hasta que, en su habitación, lo tuve brevemente cara a cara cuando discerní el portentoso motivo.

El portentoso motivo era que yo *no* era hombre de mucho mayor edad; en todo caso, Guy Brissenden no era hombre de mucho menor edad. Era él quien era viejo; era él quien era más vie-jo; era él quien era el más viejo. En eso se había convertido tan chocantemente. Era en resumidas cuentas lo que habría sido si hubiese sido tan mayor como aparentaba. Aparentaba casi cualquier edad: aparentaba muy bien sesenta años. Volví a comprobarlo durante la cena, en que, a lo lejos, pero enfrente mío, lo tuve a la vista. Nada podía ser más raro que la forma como, fatigado, se-dentario, inmóvil, parecía haber acumulado los años. Ya estaban allí sin haber tenido tiempo de llegar. Era como si hubiese descubierto algún milagroso atajo que llevase al sino común. Había envejecido, en definitiva, del mismo modo en que a veces las personas que uno reencuentra des-pués de algún tiempo parecen haberse enriquecido: demasiado rápidamente para haberlo hecho por el camino honrado, o al menos por el camino correcto. Él había estafado o heredado o espe-culado. No tardé más que un instante, pues, en incluirlo en mi pequeña galería: el breve conjun-to, quiero decir, integrado por su esposa y por Gilbert Long así como hasta cierto punto induda-blemente también por Lady John: el museo de quienes me planteaban con tamaña intensidad el misterio de lo que les había sucedido. Su esposa, de idéntica manera, no estuvo fuera del radio de mi atención, y ahora, plenamente a la vista, iluminada, enjoyada, y además disfrutando visible-mente de su conciencia de estas cosas, su esposa, palabra de honor, tal como prontamente le co-menté a la dama que tenía a mi lado, su esposa (¡era realmente prodigioso!) aparentaba unos veinte años.

—Sí, ¿no es extraño? —repuso la dama que tenía a mi lado.

Tan extraño era que ello volvió a disparar mis cavilaciones y, con el interés que me suscita-ba, que se tornó una decidida excitación, hube de refrenarme a fin de no exteriorizarlo demasiado públicamente, no espetar a diestra y siniestra mis reflexiones. No sé el porqué: fue una sensación instintiva e irrazonada, pero el caso es que desde el primer instante sentí que si estaba sobre la pista de algo esencial sería preferible no dilapidar mi asombro ni mi sapiencia. *Estaba* sobre la pista, de eso estaba seguro; pero aun después de estar seguro todavía no habría sabido expresar con palabras mi mismísimo enigma. Meramente era consciente, de un modo impreciso, de perse-guir el rastro de un mecanismo, un mecanismo que lo explicaría todo, que se me aparecería como rector de los sutiles fenómenos —sutiles pese a ser tan espectaculares— con los cuales se entre-tenía mi imaginación. Parte del interés que ofrecían provenía, seguramente, de que yo los agran-daba: los englobaba dentro de un misterio más grande (y consiguientemente dentro de un "meca-nismo" más grande) de lo que los hechos, según los había observado hasta ahora, autorizaban; pero ése es el habitual defecto de las mentes para las cuales la observación de la vida constituye una obsesión. Puede concederse que dicha obsesión es remuneradora; pero para remunerar no tiene más remedio que pedir prestado. Concluida la cena, pero mientras los caballeros permane-cían en la sala, volví a sostener una pequeña charla con Long, a quien le inquirí si había estado situado en un asiento que le hubiese permitido contemplar al "pobre Briss".

Pareció sorprenderse, y ahora el pobre Briss, tras nuestro cambio de asiento, se hallaba algo alejado.

—Creo que sí... pero no me fijé especialmente. ¿Qué le pasa al pobre Briss?

—Precisamente eso es lo que creía que usted podría aclararme. ¡Pero si no advierte, en él,

nada especial...!

Durante unos instantes enfrentó mi mirada, después echó una ojeada a su alrededor:

—¿Dónde está?

—Detrás de usted; pero no se dé la vuelta para mirar, pues él sabe... —Pero me callé brusca-mente, habiendo captado en el rostro de Brissenden algo dirigido a mí. Mi interlocutor continuó inexpresivo, limitándose a preguntarme, pasado un momento, qué era lo que él sabía. Ante esto expliqué a qué me refería—: Él sabe que hemos notado algo.

Otra vez Long se extrañó:

—¡Oh, *yo* no! —Hablaba con cierta brusquedad.

—Él sabe —proseguí, notando también aquella brusquedad— lo que a él mismo le pasa.

—Pero ¿qué rábanos es ello?

Hice una breve pausa, teniendo de momento un plan entre manos.

—¿Suele usted verlo?

Long sacudió la ceniza de su pitillo, y contestó:

—No. ¿Por qué debería yo verlo?

Nítidamente, se sentía agitado —aunque por ahora quizá sólo vagamente— ante aquello a que yo pudiera querer ir a parar. Tal era precisamente mi plan, y aunque lo compadecí un poco por la presión que yo estaba ejerciendo sobre él, no por ello mi plan dejó de ser lo que más me embargaba:

—¿Quiere decir que en él no advierte nada especial?

Ante esto, inequívocamente, me miró con intensidad:

—¿”Especial”... en ese joven? Nada en él, que yo sepa, me ha parecido especial en toda mi vida. ¡Para mí no es un objeto del más mínimo interés!

Tuve la sensación de que si yo insistía terminaría por resucitar al antiguo Long, al estólido fatuo, propenso a toda grosería, cuya redención, resorción, sobreseimiento —uno apenas sabía cómo denominarlo— me había impresionado tan gratamente.

—Oh, desde luego, si usted no ha notado nada, no ha notado nada, y entonces no tiene senti-do la pregunta que yo iba a formular. Usted no entendería a qué me refiero. —Tras lo cual guar-dé silencio durante un lapso suficiente para dejar que se despertase su curiosidad en el caso de que su negación hubiese sido sincera. Pero no había sido sincera. Su

curiosidad no se despertó. Se limitó a exclamar, más condescendientemente, que no sabía de qué le hablaba yo; y al poco me percaté de que si yo lo había hecho ponerse, sin querer, agitado, ello era exactamente la prueba de que él se había vuelto lo que la señora Briss, en la estación, había denominado más inteligente y lo que yo tanto había notado mientras, en el jardín, antes de la cena, él nos ameni-zaba el paseo. Nadie, nada habría podido, en sus tiempos de necedad, inmutarle un solo cabello. Ésa era la señal de su apoteosis. Pero le ahorré congojas (en la medida en que ello era compatible con mi anhelo de lograr una absoluta certidumbre): cambié de asunto, hablé de otros temas, me preocupé de pronunciar despreocupadamente, y sólo tras haber aludido a varias de las demás damas, el apellido debido al cual acabábamos de tener nuestra desavenencia—: La señora Bris-senden es realmente fabulosa.

Él parecía haberse desviado, durante aquel intervalo, muchísimo:

—¿”Fabulosa?

—Caramba, por el aspecto que, a la luz de las velas *y* recubierta de plata *y* diamantes, todavía es capaz de ofrecer.

—¡Oh cielos, claro! —Se mostró aliviado de estar en condiciones de entender a qué me refe-ría—. Se ha vuelto muchísimo menos fea.

Pero no era a eso en modo alguno a lo que me refería.

—Oh —dije—, en la estación de Paddington usted lo formuló de otro modo... que fue mucho más acertado.

Él lo había olvidado por entero:

—¿Cómo lo formulé allá?

Igual que él había hecho antes, sacudí mi ceniza; y dije:

—No es que se haya vuelto muchísimo menos fea. Tan sólo se ha vuelto muchísimo menos vieja.

—Oh, vaya —contestó riéndose, pero como si su interés se hubiese esfumado raudamente—, la juventud es (lo digo comparativamente) belleza.

—Ah, no siempre. Sin ir más lejos, mire al pobre Briss.

—Bueno, si usted lo prefiere, la belleza es juventud.

—Tampoco siempre —repliqué—. A buen seguro, sólo cuando *es* belleza. Para que advierta que tampoco siempre, mire —repetí— al pobre Briss.

—¡Me parecía que hacía un momento usted me había dicho que no lo hiciera! —Por fin se puso en pie debido a la irritación.

—Pero ahora sí puede.

Yo también me incorporé, en ese mismo instante los otros caballeros principiaron a salir, y quedó a la vista el protagonista de nuestra alusión. En realidad esto no fue sino por un segundo, pues, cual si deseara examinar un cuadro que había tras él, súbitamente el personaje en cuestión se nos puso de espaldas. No obstante, Long había tenido tiempo de contemplarlo y después for-marse una opinión.

—Ya lo he mirado. Y ¿qué?

—¿No advierte nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera lo que todos los demás deben de advertir?

—¡No, mecachis!

A mí ya se me había antojado que, para mostrarse tan retorcido, él había de tener una razón, y la búsqueda de esa razón fue lo que, desde ese momento, me espoleó. A decir verdad yo ya la había medio intuido mientras estábamos allí. Pero eso no hizo sino volverme aún más explicati-vo:

—No es que, desde luego, Brissenden se haya vuelto menos bello: tan sólo se ha vuelto me-nos joven.

Ante lo cual mi amigo, mientras abandonábamos la sala, se limitó a replicar:

—¡No me diga!

Esta consecuencia que acabo de mencionar fue, empero, demasiado absurda. La espalda del pobre joven, delante de nosotros, todavía como si su propietario nos la volviese adrede, delataba la carga del tiempo.

—Esta tarde —continué—, ¿cuántos años calculamos que debía de tener?

—Que debía de tener ¿quién?

—Caramba, el pobre Briss. Frenó en seco nuestro caminar:

—¿No puede usted sacárselo de la cabeza?

—¿No me vuelve a las mientes, mi querido amigo, que usted mismo era quien lo sabía con exactitud? Tiene treinta como máximo. Es imposible que tenga más. Y ahí lo tiene: una momia tan exquisita, tan vendada, tan regia, a ojos vista, como pueda desearse. ¡No finja! Pero da igual. —Me reí mientras me reportaba—. He de hablar con Lady John.

Ya lo creo que hablé con ella, pero debo ceñirme a lo primordial. Lo que aquí viene más al caso es una observación o dos que, en el salón de fumar, antes de ir a acostarnos, intercambié con Ford Obert. Me resistía, como *ya* he insinuado, a manifestar todo lo que había visto, pero no me era ilícito juzgar lo que habían visto otros; y antes de la cena ya había recibido una pequeña demostración de que, en determinadas ocasiones, Obert era capaz de ver casi tanto como el que más. Sin embargo, por el momento no le comenté ninguna otra cosa acerca de la señora Server. Los Brissenden le resultaban nuevos y su experiencia en todo tipo de rasgo facial, de signo hu-mano, lo convertía precisamente en la piedra de toque que yo necesitaba. Como es natural, nada

fue más fácil que enfrascarlo en el tema de lo hermoso y lo horrible, la tipología y el carácter, el florecimiento y la calamidad, entre nuestros compañeros de reunión; conque mi alusión al aire de disparidad de la pareja que hace un momento he nombrado acaeció a su debido tiempo y produjo su debido efecto. Dicho efecto fue el de hacerme percibir —lo cual era lo que yo requería— que aunque para este experto observador tal disparidad era notoria, sin embargo era capaz de inter-pretarla completamente al revés. ¿Por qué una joven tan exquisita se había casado con un hom-bre que tenía el triple de edad que ella? Huelga decir que se quedó atónito cuando le dije que más bien era la joven quien tenía el triple de edad que Brissenden, y esto dio paso a una interesante charla entre nosotros sobre las consecuencias, por regla general, de semejante asociación en se-mejantes términos. El caso concreto que se nos presentaba, lo admití fácilmente, pecaba de exce-so de énfasis, pero constituía una buena aunque tosca ilustración de lo que casi siempre sucedía cuando veinte y cuarenta, cuando treinta y sesenta, casados o amancebados, convivían en intimi-dad. Desde luego la intimidad había de darse por supuesta. En un caso así siempre ocurría que lograba prevalecer o bien la cifra alta o bien la baja, y por lo común la alta era quien vencía. Pa-recía, dicho de otro modo, más posible retroceder que quedar parado, rejuvenecer que seguir igual. Si Brissenden hubiera tenido la edad de su esposa y su esposa la de Brissenden, entonces sería él quien habría tenido que volver a bajar la montaña, sería ella quien habría sido empujada hacia la cima. De veras había una conmovedora verdad en ello, tema para un... ¿cómo se llama-ban esas cosas?... un apólogo o una parábola.

—Un miembro de la pareja—dije—ha de pagar por el otro. Lo que acontece es un milagro, y los milagros son caros. ¿Qué milagro hay mayor que disponer de juventud dos veces? Es un se-gundo aliento, un nuevo “espaldarazo”... lo cual no es la clase de cosa con que la vida suele ob-sequiarnos. La señora Briss había de obtener de alguna parte su sangre nueva, su dosis extra de tiempo y lozanía; y ¿de quién podía extraerla más convenientemente que del propio Guy? Mer-ced a algún extraordinario alarde de prestidigitación, la *ha* extraído; *y* él, por su parte, para abas-tecerla, ha tenido que abrir un grifo en la fontana sagrada. Pero la fontana sagrada se asemeja a cuando un glotón dice que el pavo es un plato “pesado”. A veces puede resultar demasiado para uno solo, pero no hay bastante para convidar.

Ante mi teoría, en todo caso, Obert se sintió lo suficientemente impresionado como para aventurar una duda:

—De modo que, pagando hasta la última gota, el señor Briss, como usted lo llama, ¿no puede sino morir en el proceso?

—Huy, aún no, espero. Pero antes que *ella*, sí: bastante antes.

Se sintió divertido:

—¡Cómo borra usted del mapa a la gente!

—Yo me limito a hablar —repliqué— igual que usted retrata: ¡ni una pizca peor! Pero es cierto que uno debe preocuparse—admití—por cómo lo pasan los pobres infelices.

—¿Se refiere a si a Brissenden le gusta ello?

Lo resolví sobre la marcha:

—Si la ama debe gustarle. 0 sea si la ama apasionadamente, sublimemente. —Lo asimilé to-do—: De hecho, precisamente porque él la ama de esa manera es por lo que el milagro, para ella, está obrado.

—¡Cáspita —recapacitó mi amigo—, a la hora de tomarse fríamente un milagro...!

—...¿ella no tiene rival? Sí, así es como se lo toma. Tan silenciosa como egoístamente se be-neficia de él.

—¿Es que ella no ve cómo se deteriora su víctima?

—No. No puede. Esa percepción, si ella la tuviera, sería dolorosa y terrible... incluso podría ser fatal para el proceso. Así, pues, no la tiene. La elude y pasa de largo. Le hace falta todo su caudal de vida para estar a la altura de su propia oportunidad. Lo único que experimenta es una maravillosa sensación de éxito *y* bienestar. La *otra* sensación...

—...¿es toda para el otro miembro?

—El que se sacrifica.

—¡En tal caso, cuán singularmente debe experimentarla —exclamó mi compañero— el “po-bre Briss”!

Yo ya me había convencido. Brissenden se había ido a la cama, y mi imaginación lo siguió:

—Oh, hasta el punto de que si bien, en su pasión, siempre acompaña a su esposa a todas par-tes, apenas se atreve a asomar la cara. —Y realicé una última inducción—: Los implicados en el sacrificio se sienten agitados, infiero, cuando sospechan o temen que uno nota algo.

Mi amigo estaba entusiasmado ante mi ingenio:

—¡Cómo lo ha desentrañado usted!

—Vaya, me siento como si estuviera camino de algo.

Pareció sorprenderse:

—¿Algo todavía mayor?

—Algo todavía mayor. —Tuve el impulso de decirle que apenas sabía el qué. Pero me con-tuve—. Me parece olisquear...

—*Quoi donc?*

—Algo así como un descubrimiento que está por producirse. —Un descubrimiento ¿de qué? —Mañana se lo diré. Buenas noches.

3

A la mañana siguiente hice diversas cosas, mas la primera no fue cumplir aquella promesa. Fue dirigirme sin demoranza a Grace Brissenden:

—He de informarle que, pese a sus aseveraciones, no funciona en absoluto... ¡oh, pero que en absoluto! He puesto a prueba a Lady John, como indicó usted, y no puedo sino pensar que ello nos deja casi exactamente donde estábamos. —Entonces, como mi escuchante semejara no re-cordar muy bien dónde habíamos estado exactamente, la acorrí––: Ayer en la estación de Pad-dington usted dijo, para explicar el cambio operado en Gilbert Long (¿no se acuerda?), que Lady John, moldeándolo ininterrumpidamente con su genio y cediéndole lo mejor de sí misma, es lo bastante inteligente para dos. Entonces debe de ser

que no es lo bastante inteligente para tres... o, si no, para cuatro. Confieso que no me convence. ¿De veras la deslumbra *a usted?*

Mi amiga ya estaba en el ajo:

—¡Oh, posee usted un ingenio insuperable!

—No, tan sólo poseo un sentido de la realidad: un sentido que no se siente nada satisfecho con la teoría de un influjo como el de Lady John.

Ella se sorprendió:

—Entonces, ¿de quién es el influjo si no?

—¡Ah, eso es lo que aún tenemos que averiguar! Desde luego la tarea no puede ser fácil; ya que como inevitablemente las apariencias son una especie de delación, hay alguien a quien le interesa encubrirlas.

Esto lo asimiló la señora Brissenden:

—Oh, ¿se refiere usted a la dama?

—A la dama más que a nadie. Pero también al propio Long, si de veras es precavido en lo to-cante a la dama... lo cual es precisamente lo que nuestra teoría afirma.

Una vez estimulada, mi compañera era toda atención:

—Entiendo. Usted dice que las apariencias son una especie de delación porque señalan la re-lación personal que se oculta tras ellas.

—Precisamente.

—Y por necesidad la relación (para obrar algo de tal índole) ha de ser enormemente íntima.

—*Intimissima.Henry James La Fontana Sagrada* Página 14 de 123

—Y por lo tanto ha de ser mantenida en un último plano en exactamente la misma propor-ción.

—En exactamente la misma proporción.

—Muy bien —dijo la señora Brissenden—, pues en ese caso, ¿no le parece que la precaución del señor Long en lo tocante a Lady John encaja perfectamente con lo que yo le mencioné?

Rememoré lo que ella me había mencionado:

—¿El hecho de que él la hiciese viajar con el pobre Briss?

—Nada menos.

—Y ¿eso es todo en lo que usted se funda?

—Eso y la mar de cosas más.

Medité un instante... pero ya había estado meditando en abundancia.

—Ya sé a qué se refiere usted con eso de “la mar de cosas”. ¿Está Brissenden metido en ello?

—¡Cielos, no... el pobre Briss! A él no le gustaría eso. *Yo* percibí la estratagema, pero Guy no. Y usted debió de notar cómo se pegó a ella anoche durante todo el rato.

—¿Cómo se pegó Gilbert Long a Lady John? Oh sí, lo noté. Fueron como Lord Lutley y la señora Froome. Pero ¿a eso puede llamárselo ser precavido en lo tocante a ella?

Mi compañera lo sopesó:

—Él tiene que hablar con ella *alguna vez.* Me alegra que admita usted, en cualquier caso —prosiguió—, que para explicar lo de este hombre hace falta lo que tan hermosamente usted de-nomina la secreta cesión de lo mejor de una mujer.

—Huy, eso lo admito con todo mi corazón... o por lo menos con toda mi cabeza. Sólo que Lady John no ofrece ninguna de las trazas...

—...¿de ser la benefactora? Entonces *¿cuáles* son las trazas, para que eso esté tan claro? —Todavía yo no estaba preparado para responder a esto, empero; ante lo cual agregó—: No de-muestra nada, ya sabe, el que *a usted* no le guste ella.

—En efecto. Demostraría más el que a ella no le gustase *yo,* lo cual (por mucho que a usted yo pueda parecerle un bobo engreído) verdaderamente creo que no ocurre. Si ella me odiase se-ría, ya sabe, debido a mi implacable penetración de su secreto. Ella *no* tiene secreto. La encanta-ría tenerlo... y la encantaría casi tanto que se creyera que lo tiene.

Anoche, tras la cena, acaso du-rante un rato pudo darle la sensación de que *era* creída tal cosa. Pero no sirve. Es agua de borra-jas. Hace un momento usted me ha preguntado —seguí— cuáles serían lógicamente las trazas de semejante secreto. Pues bien, reflexione un instante sobre lo que lógicamente el propio secreto debe ser.

¡Oh, dio la impresión de saberlo todo sobre *eso!:*

—Es rematadamente fascinante (¿verdad que debe serlo?) influir sobre una persona, a través del afecto, hasta un grado tan profundo.

—Sí: es patente que no puede tratarse de ningún coqueteo inofensivo. —Me sentí algo así como un maestro alentando a un alumno avispado; mas no tenía otro remedio que seguir con la lección—: Quienquiera que sea ella, da todo lo que tiene. No retiene nada... nada para sí.

—Entiendo: eso es porque *él* lo toma todo. Sencillamente la deja despojada. —Me miró (por fin complacida de comprender de veras) con la conciencia mas tranquila del mundo—. ¿ *Quién* es la dama entonces?

Pero por ahora yo sólo estaba en condiciones de contestar con una pregunta:

—¿Cómo sería posible que fuese una mujer que no da absolutamente nada de nada, que raspa *y* ahorra *y* acumula, que se guarda cualquier migaja para sí misma? La totalidad del inventario se expone (para halagar la vanidad de Lady John y promocionar el negocio) en el elegante escapa-rate. Se puede contemplarlo, tanto como uno guste, e incluso disfrutar adivinando el precio. Pero Lady John nunca se deshace de una sola prenda. Si el pobre Long dependiera de *ella*...

—¿Y bien? —Se sintió auténticamente interesada.

—Caramba, continuaría siendo el mismo pobre Long de siempre. Andaría como antaño: des-

nudo y sin pudor. No —concluí—, él compra (adecentado como ahora lo vemos) en otra tienda.

—Me mostraré de acuerdo —dijo la señora Brissenden— con tal que me diga usted el nom-bre de tal establecimiento.

¡Ah, aún no podía sino reírme y retomar mi argumentación!:

—Él no encubre a Lady John (ella no se encubre a sí misma) con el marido de usted ni con ningún otro. ¡Es ella misma quien es utilizada para encubrir a alguien! Y, con lo orgullosa que está de ser tan inteligente y de ser considerada tal, ni siquiera se entera. No llega ni a sospechar-lo. En ese sentido es una majadera cabal. "Por supuesto que el señor Long es inteligente, porque está enamorado de mí y se sienta a mis pies y ¿no ven ustedes lo inteligente que *soy yo?* ¿No es-cuchan las cosas tan agudas que digo (aguarden un poco, que diré otra dentro de unos tres minu-tos) y cómo, sólo con que le den tiempo también, él las suelta imitándome? Tal vez las de él no suenen tan bien, pero ya ven de quién las aprende. Soy tan brillante, en definitiva, que los hom-bres que me admiran no tienen mas que plagiarme, lo cual, tal como pueden ustedes observar, saben hacer sorprendentemente." Algo por el estilo constituye toda su filosofía.

Mi amiga le dio vueltas a aquello:

—Suena usted igualito que ella, ¿sabe? Aun así, ¿cómo, si una mujer es estúpida...?

—...¿ha podido volver inteligente a un hombre? No ha podido. Al menos no ha podido iniciar el proceso. Aquello por lo cual conoceremos a la auténtica persona, en el caso que estudiamos usted y yo, es que a su vez el hombre la habrá vuelto aquello en que ella se habrá convertido. Ella habrá hecho precisamente lo que Lady John no ha hecho: habrá echado el cierre y clausura-do el negocio. Se habrá deshecho, en pro de su amigo, de su propio ingenio.

—¿Hasta tal punto que puede considerársela reducida a la idiotez?

—Vaya, es la única forma en que puedo concebirlo.

—¿O sea que si buscamos, en consecuencia, a la idiota apropiada...?

...¿daremos con la mujer apropiada, la mágica Egeria de nuestro amigo? Sí, por lo menos es-taremos acercándonos a la verdad. Estaremos "quemándonos", como se dice en el juego del es-condite. —Claro está que insistí en que la idiota tendría que *ser* la apropiada. Una idiota *cual-quiera* no serviría para nuestro fin. Si bastase con que la mujer fuese tonta,

la búsqueda podría volverse desesperada aun en una mansión que mal habría podido caracterizarse como un paraíso de los tontos. Estábamos a la sombra en una de las terrazas, a la cual, de trecho en trecho, daban puertas vidrieras. El panorama exterior era todo mañana *y* agosto *y* el interior todo clara penum-bra y ricos destellos. Una o dos veces nos quedamos parados, rastrillando la oscuridad en busca de iluminación, y en uno de tales momentos fue cuando la señora Brissenden me preguntó si en consecuencia yo consideraba a Gilbert Long como exaltado ahora a la categoría de huésped más ingenioso—. ¿El hombre más inteligente de la reunión? —Eso me hizo guardar silencio un mo-mento—. Apenas, tal vez... pues ¿no ve usted todas las pruebas que yo mismo estoy dándole? Pero digamos que es—consideré— el segundo en inteligencia. —Al siguiente instante yo ya ha-bía comprendido lo que ella había querido insinuar—: De ese modo, ¿lo que buscamos debería ser lógicamente la persona, del sexo opuesto, que más nos dé la impresión de haberse deteriorado en beneficio de él? ¿La mayor tonta, según sugiere usted, *debe*, coherentemente, ser la correcta? Otra vez sí: tal parecería. Pero en realidad eso no resulta, ¿sabe?, un atajo tan expedito como suena. Queremos a la más tonta, pero el quid está en descubrir quién es la más tonta.

—¡En ese caso me alegra que *yo* esté descartada! —exclamó riendo la señora Brissenden.

—¡Ya lo creo que usted no tiene ni un pelo de tonta! —convine galantemente—. Aparte, co-mo digo, debe verificarse la otra prueba: la prueba de las relaciones íntimas.

Habíamos avanzado, con esto, algunos pasos, pero otra vez mi compañera me detuvo y con un ademán de cabeza dirigió mi atención hacia una ventana:

—Así las cosas, ¿puede entonces servir *eso?* —Precisamente podíamos ver, desde donde es-tábamos, una esquina de una de las estancias. Estaba ocupada por una pareja sentada: una dama cuya cara se hallaba a la vista y un caballero cuya identidad era atestiguada por su espalda, una

espalda extrañamente repleta para nosotros, al instante, de una culpable significación. Ahí *estaba* la prueba de las relaciones íntimas. Que súbitamente habíamos pillado a Long en pleno acto de presentar su recipiente a la fontana sagrada, pareció proclamado por el tono con que la señora Brissenden nombró a la otra involucrada—: ¡Madame de Dreuil! —Nos miramos, según fui consciente, con cierto regocijo; mas fue efímera nuestra victoria. La Comtesse de Dreuil, nos dimos cuenta enseguida —una norteamericana casada con un francés—, no era de ningún modo la respuesta. Estaba casi tan "completa" como Lady John. Tan sólo se trataba de otra cobertura y nos fijamos, por cierto, al siguiente instante, en que asimismo Lady John estaba presente. El dar otro paso nos la había puesto al alcance de la vista: el cuadro destacado en el rico crepúsculo de la estancia era un grupo de tres. Desde ese instante, unánimemente, descartamos a Lady John, y mientras reanudábamos nuestro ambular mi amiga exteriorizó su desesperación—: ¿Así es que él no tiene nada *excepto* coberturas? ¡La necesidad de tantas hace pensar verdaderamente en el fue-go! —Y a despecho de desánimos pronunció, interrogativamente, uno tras otro, los nombres de aquellas damas con unas características mentales cuya perfección pudiese, una vez analizada, considerarse discutible. Pronto, no obstante, reparamos en que nuestro procedimiento era, a efec-tos prácticos, un tanto odioso. Ni una sola de las personas designadas pudo, en cualquier caso —para hacerles entera justicia—, antojársenos una ruina intelectual. En consecuencia fue natural que la señora Brissenden concluyera con escepticismo—: Puede que la dama exista, y que exista con todos los requisitos que usted plantea; pero, pensándolo bien, ¿qué demuestra que ella tenga que estar aquí? Cabe que no haya acudido con él. ¿Es imprescindible que siempre vayan juntos a todos sitios?

Estuve presto a declarar que sí lo era. Yo tenía mi teoría, y no vi por qué no exponerla:

—Mi convencimiento es que él no va a sitio alguno sin ella más de lo que usted lo hace sin el pobre Briss.

Me escudriñó con una espléndida serenidad:

—Pero ¿qué tenemos nosotros en común...?

—...¿con los que se dedican a un exacerbado coqueteo? Pues ustedes tienen en común con ellos su mutuo apego y el hecho de que juntos son plenamente felices.

—¡Huy—replicó bienhumoradamente—, nosotros no coqueteamos!

—Bueno, en cualquier caso, ustedes no se separan. En verdad él no tolera tenerla fuera de su vista y, para circular en la sociedad que usted adorna, usted no lo abandona en casa.

—¿Por qué no podría yo hacerlo? —preguntó mirándome, me pareció, una pizquita mas in-tensamente.

—No se trata de por qué no podría usted hacerlo: se trata de si lo hace usted. Usted no lo ha-ce, ¿o sí? Eso es todo.

Lo meditó detenidamente como si lo hiciese por vez primera:

—Se me hace que muchas veces lo abandono si no lo necesito.

—Ah, si no lo necesita... sí. Pero ¿hay alguna vez que no lo necesite? Lo necesita si necesita estar espléndida, y necesita estar espléndida si se mezcla en un escenario como éste. Me refiero —insistí para mi regocijo privado— a si necesita ser feliz. La felicidad, ya sabe, resulta, para una mujer inmersa en la marea del éxito social, aún más favorecedora que un vestido francés recién comprado. Usted dispone de la ventaja, para su belleza, de estar estupendamente casada. Usted florece gracias a la presencia de su marido. No digo que él haya de estar siempre junto a usted: tan sólo digo que usted saca pleno rendimiento a sus propias posibilidades cuando él no anda le-jos. Aunque no hubiese nada mas, quedaría la ayuda que a usted le proporciona su serena con-fianza en la pasión lícita de él.

—Me siento obligada a decir —repuso la señora Brissenden— que tal ayuda encaja admira-blemente con la circunstancia de que él no me haya hablado desde que partimos, ayer, para acu-dir en trenes distintos. Ni siquiera hemos llegado a vernos desde que estamos aquí. El considerar-lo yo tan indispensable encaja admirablemente con la circunstancia de que yo ni lo haya mirado.

Indispensable, si me hace usted el favor, ¿para qué?

—Para que no esté usted sin él.

—Entonces ¿qué hago yo cuando estoy *con* él?

Vacilé: había tantas maneras de expresarlo; pero las deseché todas.

—¡Oh, creo que solamente *él* puede decírselo! A lo que quiero ir a parar es a que ustedes tie-nen la intuición (que en ustedes opera, por ambas partes, con la soltura de la experiencia) de lo que significan el uno para el otro. Sólo quiero decir que es la misma intuición que deben tener Long y su buena amiga. Acaso ellos tampoco se hayan hablado aquí. Pero adonde él va, va ella; y adonde ella va, va él. Por eso sé que ella tiene que estar entre nosotros.

—¡Es maravilloso cuánto sabe usted! —tornó a exclamar riéndose la señora Brissenden—. ¿Cómo es capaz de pensar que ellos cuentan con las mismas facilidades que las personas que es-tán en *nuestra* situación?

—¿La de las personas casadas y que lógicamente han de estar juntas? Yo no digo —logré contestar— que las facilidades de ellos sean las mismas, y admito todas las limitaciones de su libertad. Pero insisto, pese a todo, en que ellos nunca dejan de llegar tan lejos como *pueden* lle-gar. Es una relación íntima, y ellos la viven: la relación, exquisita sin duda, consistente en ser conscientes de ayudarse mutuamente a refulgir. ¿Cómo no iban a ser, por lo tanto, como usted y Brissenden? Lo que discierno es que, cuando refuljan, servidor hallará (aunque sólo tras una lar-ga cacería, lo reconozco, como ve usted) que han tenido que estar implicados ambos. Sabedores de su recíproca necesidad y consumadamente diestros, se las habrán arreglado de alguna manera, lo habrán urdido.

Ella se lo tomó con su extraña mezcolanza actual de receptividad y mofa:

—¿Qué es lo que habrán urdido?

—¡Ah, pregúnteselo *a ella!*

—Lo haría si pudiera encontrarla! —Tras lo cual, por un instante, mi interlocutora tornó a re-capacitar—. Pero me parecía que la aseveración de usted era justamente que *ella* no refulge. Si es la perfecta brillantez de Lady John lo que descarta cualquier cosa de ese tipo, la hipótesis de usted, me parece, se derrumba.

Un poco sí se derrumbaba, según me di cuenta, mas volví a ponerla en pie:

—De eso nada.. Lo que ocurre es que refulge del mismo modo que Brissenden. —Me pre-gunté si ir más lejos, y me arriesgué—: En calidad de sacrificio.

Al punto percibí que yo no tenía por qué experimentar temor: su conciencia estaba demasia-do tranquila; únicamente se sintió divertida.

—Sacrificio, por el amor del cielo, ¿de qué?

—Pues (por el amor del cielo) de su propio tiempo.

—¿Su propio tiempo? —Se quedó pasmada—. ¿Acaso él no dispone de todo el tiempo que quiere?

—¡Mi querida amiga —sonreí—, él no dispone de todo el tiempo que quiere *usted!*

Mas obviamente no tuvo ni la más mínima vislumbre de mi intencionalidad:

—¿Acaso yo no lleno las cosas de magia, no extraigo animación de cualquier parte, pensan-do en él?

Me temo que lancé una carcajada:

—¡Tal vez se trate de eso precisamente! Es lo mismo que Gilbert Long hace pensando en su víctima: llena las cosas de magia y extrae animación de cualquier parte.

Sin embargo se detuvo otra vez, ahora realmente admirada ante lo que yo había dicho:

—Entonces, ¿es la mujer, lisa y llanamente, que sea más feliz?

—¿Porque Brissenden es el hombre que es más feliz? ¡Exactamente!

Tras lo cual, sin que ella echase a andar, nos miramos durante un instante.

—¿Realmente insinúa que si usted sólo me conociese *a mí,* se dispondría igualmente a dar caza a mi secuaz? Quiero decir si no lo delatara claramente, ya sabe, el hecho de ser mi marido.

Le di vueltas a aquello:

—¿Si ustedes fuesen sólo amantes... tal como hace un rato me hizo notar que no es el caso? ¡A buen seguro! —manifesté—. Yo llegaría hasta él, limpiamente, después de haber descartado a todos los demás, siguiendo el principio de buscar la mayor felicidad...

—...¿del más disminuido? ¡Vaya, tal vez él esté disminuido —suspiró condescendientemen-te—, pero está muy bien atendido! Mírelo allí ahora —agregó al instante inmediato— y juzgue. —Habíamos reiniciado nuestro paseo y doblado la esquina de la mansión, desplazamiento éste que ofreció a nuestra vista a una pareja justo al otro lado del ángulo de la terraza: una pareja que, como nosotros mismos, había debido de hacer un alto durante un amigable ambular. La dama, de espaldas a nosotros, estaba levemente apoyada sobre el pretil y contemplaba los jardines; el ca-ballero próximo a ella, en idéntica postura, nos presentaba el rostro de Guy Brissenden, tan reco-nocible desde lejos como el cartelón numerado de una "actuación" —la cifra negra sobre fondo blanco— en un teatro de variedades. Al vernos le dirigió una palabra a su compañera, quien rau-damente se dio la vuelta con cierta agitación. En ese instante su esposa exclamó para mí —sólo que con mayor brusquedad— de igual modo que al ver a Madame de Dreuil—: ¡Por todo lo más precioso, es May Server!

Lo interpreté, ni corto ni perezoso, como una especie de "¡Eureka!" pero sin sumarme a la idea de mi amiga. Al principio sólo fui consciente de que dicha idea me convencía tan poco co-mo cuando habían desfilado ante nosotros las otras posibilidades. ¿No era simplemente resultado de que esta dama era la única a quien por casualidad no habíamos descartado? Ni siquiera se nos había pasado por las mientes..Acaso era lo suficientemente bella para cualquier magia, pero no ofrecía las demás trazas. Por alguna razón yo no veía en ella —desde luego no de buenas a pri-meras— ni felicidad ni estupidez. Había una especie de leve sugestividad en haberla encontrado allí con Brissenden: muy bien habría podido haber cierta pertinencia, para nuestra curiosidad, o cuando menos para la mía, en una yuxtaposición de las dos personas que pagaban, como me ha-bía complacido denominarlo, tan heroicamente; sin embargo no era preciso nada más que que me lo subrayaran (verlos, es decir, lado a lado), para percatarme de cuán poco —por lo menos super-ficialmente— aquella grácil, natural, encantadora mujer tenía en común con el añoso joven.

Al vernos ella le había dirigido una palabra, en respuesta a la de él, y al cabo de uno o dos instantes ya se nos habían unido. Esto me había dado tiempo para más de una reflexión. A la se-ñora Brissenden asimismo le había dado tiempo para recalcarme su identificación de la dama, la cual pude ver que ella tendría menos propensión a descartar que en los casos precedentes:

—Ya la tenemos —murmuró—, ya la tenemos: ¡es *ella!*

A decir verdad fue a causa de tal insistencia por lo que se avivaron mis reflexiones. Incluso experimentaron una especie de escalofrío —un raro repeluzno— ante el roce del entusiasmo de ella. Es quizá singular que sólo en este momento —y sin embargo con toda certeza en este mo-mento- empezase a antojárseme carente de gusto la curiosidad a que tan generosamente yo me había entregado. Ésta se había reproducido en la señora Brissenden por culpa mía, y no encuen-tro palabras para describir cuánto motivo de vergüenza, después de tanto chismorrear sobre nues-tra búsqueda *y* nuestro rastro, hallé en nuestra estimulada *y* reforzada perspicacia. ¡Ojalá hubiese hallado antes todo ese motivo! En resumidas cuentas, mis escrúpulos fueron algo repentino: fue en un verdadero relámpago como aquel entretenido misterio me pareció no ser cosa de mi in-cumbencia. Una de las reflexiones a que hace un instante he aludido fue que yo no había estado muy afortunado al convertirlo tan absolutamente en cosa de la incumbencia de la señora Bris-senden. Otra fue, no obstante, que nada, por suerte, de lo que había ocurrido entre nosotros tenía ninguna auténtica trascendencia. Pues lo que tan inopinadamente me había embargado era mi conciencia de esta anomalía: simultáneamente estaba tan disgustado como si hubiese puesto en peligro a la señora Server y absolutamente convencido de sin embargo *no* haberla puesto en peli-gro.

A la par que, después de que los otros nos hubieran saludado y todos nos hubiéramos puesto

a charlar formulariamente, yo volvía a apreciar el efecto de aquella yuxtaposición, me aferré, con un regocijo privado que resultó harto excesivo —por sobrepasar en mucho la cota requerida—, a la sensación tranquilizadora que aquella yuxtaposición infundía. Dicha sensación brotó directa-mente de una fuente peculiar. El secreto de Brissenden era tan autoconsciente como para estar siempre a la defensiva. Reservado y suspicaz, en el momento presente estaba tan sumamente a la defensiva como me lo había parecido —en lo concerniente a mí— la noche anterior. Con arreglo a esto, ¿qué había en la señora Server —abierta y fragante en la brisa matutina— que equivaliese a cualquier consciencia de esa índole? Nada de nada: ni un solo indicio. Cualesquiera fuesen los secretos que ella pudiese albergar, no albergaba *ése;* ella no pertenecía a la misma cofradía; la fontana sagrada, en ella, no estaba amenazada de sequía. Enseguida tornamos a entrar en la man-sión todos juntos, pero la señora Brissenden, durante los pocos minutos que siguieron, se las in-dustrió para tomar posesión de la protagonista de su alegato. Me dejó aparte con *Guy, y* no pude evitar considerarlo un síntoma de su determinación. Ella estaba entusiasmada con el enigma en la misma medida en que yo me había desentendido del mismo; y más bien pesaroso me pregunté en qué diantres había estado yo pensando. Ni por asomo había formado parte de mis propósitos "comprometer" a nadie; pero alguien iba a quedar comprometido si ahora yo no obraba con cui-dado.

4

Ya he dicho que durante ese portentoso día hice muchas cosas, pero acaso la forma más sim-ple de caracterizar el resto de ellas sea como un vigilante intento de impedir aquella catástrofe. Logré, a base de tesón, evitar que mi reciente compañera se llevase consigo a la señora Server: yo no tenía ninguna gana de que fuese estudiada —al menos por nadie que no fuese yo— bajo la luz de mi teoría. A estas alturas yo creía entender mi teoría, pero no me complacía creer que la entendiese la señora Brissenden. Me temo que he de confesar con franqueza que me serví del engaño para salir de apuros: a fin de separar a las dos damas le dirigí a la más enterada una mira-da en la cual la invité a leer muchísimas cosas. Esta mirada, o más bien la que ella me devolvió, acude a mi memoria como la primera nota de un tolerablemente tenso, emocionante pequeño drama: un pequeño drama cuyo amplísimo escenario fue nuestras restantes horas en Newmarch. Ella acató, como yo quería, mi insinuación de que sería preferible dejar las cosas en mis manos para mejor llegar hasta la

verdad... estando más o menos en deuda conmigo por tal porción de ella como yo ya le había comunicado. Claro está que este paso era una promesa tácita de que más tarde yo le participaría el resto. Yo sabía de ciertos cuadros en una de las estancias que la noche anterior no habían sido iluminadas, y los convertí en mi pretexto para lograr el efecto ansiado. Le solicité a la señora Server que me acompañase a contemplarlos, reconociéndole al mismo tiempo que a duras penas podía esperar que me disculpase por haber tomado parte en la invasión del so-segado rincón donde evidentemente el pobre Briss había logrado cautivarla de tal manera.

—Oh sí —respondió mientras nos encaminábamos hacia allá—, *había* logrado cautivarme. ¿A que es curiosamente cautivador? Pero yo no —prosiguió al haberme quedado demasiado sor-prendido ante su pregunta como para dar una respuesta inmediata––, yo no había logrado cauti-varlo *a él.* ¡Naturalmente ya sabe usted por qué! —exclamó riéndose—. Nadie lo cautiva salvo Lady John y no fue capaz de pensar en nada más, mientras yo lo entretenía ahí, que en cuándo podría volver con ella.

Estos comentarios —de los cuales ofrezco más el fondo que la forma, pues fueron un poco dispersos y agitados, conque los depuré y ensamblé—, estos comentarios me brindaban, como ya habría de comprobar, inesperadas sugerencias, no todas las cuales estaba preparado para asimilar de buenas a primeras.

—Y ¿está Lady John cautivada por nuestro amigo?

—Dada su tesitura, no tanto, supongo, como tal vez él desearía. ¿No sabe usted *cuál* es su te-

situra? —siguió mientras sin duda yo semejaba un dechado de desinformación—. ¿No es bastan-te notorio que sólo hay una persona por quien ella está cautivada?

—¿Una persona? —Estaba completamente despistado.

Pero a todo esto ya habíamos llegado al gran salón pictórico que ambos ya habíamos recorri-do en anteriores visitas y al cual se nos habían adelantado dos huéspedes.

—¡Atiza, está ahí! —exclamó cuando nos detuvimos, en aras de la admiración, en el umbral. El elevado techo decorado con frescos se arqueaba sobre un suelo tan intensamente lustroso que parecía reflejar la colección de desvaídos cuadros al pastel, con marcos rococó, colgados de las paredes y que constituían el orgullo de la mansión. Nuestros compañeros, que examinaban juntos uno de los retratos y nos daban la espalda, estaban ubicados en el extremo opuesto, y uno de ellos era Gilbert Long.

Inmediatamente nombré al otro:

—¿Se refiere usted a Ford Obert?

Ella me dirigió, con una carcajada, una de sus hermosas miradas:

—¡Sí!

Por el momento era suficiente respuesta, y el estilo de la misma me demostró bajo qué ban-dera ella se había alistado. Me pregunté, mientras los dos hombres volvían la cabeza para com-probar quiénes éramos, por qué se habría alistado y luego reflexioné que si Grace Brissenden, contra todo pronóstico, estaba en lo cierto, ahora iba a haber algo que yo debía estudiar. ¿Cuál de los dos —el agente o el objeto del sacrificio— adoptaría mayor número de precauciones? Retuve adrede a mi compañera, durante unos instantes, en nuestro lado de la estancia, dejando que los otros, embebidos en sus observaciones, tardaran en unírsenos todo el tiempo que se les antojase. Ello me dio oportunidad de preguntarme si el misterio no iría a verse aclarado allí mismo. *No* había ningún misterio, había resuelto yo debido a los remordimientos, en el caso de la señora Server; pero ahora podría poner a prueba tal conclusión. Dicha prueba sería el acaecimiento, en-tre ella y su imputado amante, de cualquier cosa que no fuese enteramente natural. En aquel momento la señora Server, con la mirada alzada hacia la pintada cúpula, con una expresión en su exquisito rostro hechizada casi hasta la solemnidad, me pareció más que nunca, hube de recono-cerlo, una persona a quien imputar un amante. Saltaba a la vista que el lugar, excepción hecha de sus cuadros más modernos, triunfo de la florida ornamentación de dos siglos atrás, satisfacía

sus personales gustos, y una especie de éxtasis profano había descendido sobre ella casi como sobre un peregrino en un lugar sagrado, en una fina llovizna, bajo la fría luz, impregnándola de plata, de cristal, de desmayadas delicadezas heterogéneas de color. No sé qué hubo en ella —salvo, como es natural, el decidido grado de delicadeza en su hermosura— que, tan impresionada y en-tregada, la volvió indescriptiblemente conmovedora. Estaba como una niña sobrecogida: ella misma habría podido ser —toda tonalidades de Greuze, toda pálidos rosados *y* azules *y* blancos perlados y ojos cándidos— una antigua naturaleza muerta bajo un vidrio.

No se vio tan sumamente reducida a ese estado, empero, como para no adoptar, con bastante celeridad, su propia precaución... si como precaución debe ser calificada. Fui agudamente cons-ciente de que la naturalidad a que hace un momento he aludido sería, por parte de ambos, la úni-ca precaución digna de tal nombre. Nos desplazamos morosamente por la estancia, deteniéndo-nos aquí y allá en aras de la curiosidad: un rato durante el cual los dos hombres permanecieron donde los habíamos hallado. Por fin ella había principiado a mirarlos y había propuesto que comprobáramos en qué estaban tan absortos; pero la detuve en su impulso, alzando mi mano en una cordial intimación a guardar silencio. Conque guardamos silencio, cara a cara, mirándonos uno a otro, como para percibir una melodía. Esto era la que yo intentaba, pues acababa de anto-járseme que una de las voces estaba en el aire y que había despertado una intensa atención. El distinguido pintor atendía mientras —según toda apariencia— Gilbert Long se encargaba, en presencia del cuadro, de las explicaciones. Ford Obert se movió, tras unos instantes, mas no tanto como para interrumpir aquello: tan sólo lo imprescindible para presentarme su propio semblante

en rememoración de lo que la noche anterior había ocurrido entre nosotros en el salón de fumar. Retiré mi mirada de la de la señora Server: me permití comunicarme un poco, a través de aquel reluciente espacio, con la de nuestro compañero de escucha. Durante un instante la ocasión tuvo así la más singular pinta de una conferencia sobre estética suscitada por casuales pero inmensas insinuaciones y dictada por Gilbert Long.

No pude, desde lejos, junto a mi compañera, seguir bien tal conferencia, pero claramente Obert se mostraba lo bastante paciente para traslucir sentirse estupefacto. En todo caso su impre-sión constituía, sin duda, su cuota de sorpresa ante las dotes oratorias de Long. A decir verdad esto era lo que su mirada más parecía espetarme: "¡Qué sensacional crítico más inesperado!" Ello era extraordinariamente interesante: no me refiero al especial contenido de la elocuencia de Long, el cual no pude, como digo, apreciar, sino al fenómeno de que nada menos que él hiciese gala de semejante prenda. Esto me planteó la duda de si, en estas extrañas relaciones personales que de esta guisa yo creía haber entrevisto, los efectos de la persona "sacrificada" no serían ex-cesivamente desproporcionados teniendo en cuenta los recursos de dicha persona. Era como si en verdad tales elementos pudieran multiplicarse al ser transferidos, como si a efectos prácticos el deudor se hallase en posesión de una suma superior al patrimonio conocido del acreedor. De esta manera, la cesión agrandaba, como por ensalmo, la cosa cedida. Todos sabemos el refrán francés sobre esa *plus belle fille du monde* que no puede dar sino lo que tiene; no obstante, si la señora Server, pongamos por caso, *hubiese* sido la protagonista de esta concreta acción, la transferencia de su inteligencia a su amigo habría desmentido por completo semejante refrán. Habría dado mucho más de lo que tenía.

Cuando Long hubo concluido su exhibición y hubo cesado su rica voz, cruzamos para reca-bar información sobre la obra que lo había inspirado. Al igual que en mi caso, la estancia no le resultaba completamente nueva a la señora Server, y la impresión que ahora ella experimentaba no era sino una vibración mas intensa de una fibra ya anteriormente tocada; pese a ello quedé sorprendido cuando exclamó, como resultado de una mayor facultad de evocación que la que yo le había atribuido:

—¡Oh, claro: el hombre con la máscara en la mano!

No bien nos reunimos con los demás manifesté pesar por haber aparecido demasiado tarde para las ideas que, sobre tan prometedor tema, con toda seguridad ellos habrían

expresado, y Obert, conviniendo plenamente en que nos habíamos perdido todo un festín, dijo con franqueza, refiriéndose a Long pero hablándole más en particular a la señora Server:

—¡Es absolutamente asombroso, ¿sabe?, es absolutamente asombroso!

Observé que a raíz de esto Long no miró ni a la señora Server ni a Obert: se limitó a mirarme a mí, aunque con un matiz de incomodidad asaz penetrable. Entonces sucedió otra vez algo ex-traño, algo aún más extraño que mi rauda percatación, la tarde anterior en la estación, de que él era un hombre cambiado. Era como si estuviese todavía mas cambiado: desde la noche anterior había evolucionado tantísimo como durante el mucho más largo intervalo que originariamente yo había tenido que considerar. Había evolucionado casi como Grace Brissenden: tenía un aspecto auténticamente distinguido. Me dije que, de no ser por su estatura y ciertos detalles de su atuen-do, probablemente yo no lo habría reconocido. Absorto durante un instante en esta idea y en no perder de vista la agitación que suponía haberle avivado, sólo después de que la señora Server hubiese hablado me di cuenta de que ésta le había preguntado alegre y grácilmente a Obert por qué diantres un hombre tan inteligente *no* habría de mostrarse inteligente.

—Salta a la vista que Obert —me encargué de comentar en consecuencia— ha estado mo-viéndose bajo los efectos de un extraordinario error. Literalmente debía de dudar si Long *era* in-teligente.

—¡Qué gracia! —exclamó la señora Server dirigiéndole una encantadora sonrisa a Long, quien, todavía con un aire agradablemente capacitado y no demasiado fatuo, amablemente se la devolvió.

“Se muestran naturales, se muestran naturales —reflexioné en mi fuero interno—; es decir, él se muestra natural *con ella,* aunque no tanto conmigo.” Y, como si vislumbrase abismos dentro de esto y para ponerlo a prueba, lo interpelé:

—Por favor, mi querido amigo, estudiémoslo de nuevo. De todos los cuadros, éste es el mas necesitado de una interpretación. ¿ *Verdad* qué deseamos —le pregunté a la señora Server— desentrañar su sentido?

La figura representada es un joven de negro —un singular traje negro ceñido, propio de hace cientos de años— con una pálida, lívida cara chupada y una mirada de hito en hito, procedente de unos ojos sin cejas, cual la de algún payaso tradicional con la cara pintada de blanco. En la mano tiene un objeto que en un principio el espectador supone sencillamente alguna obscura, alguna ambigua obra de arte, pero que tras una segunda mirada se convierte en la representación de una cara humana, modelada y coloreada, hecha de cera, de esmalte, de alguna substancia no humana. De esta guisa tal objeto parece una auténtica máscara, como si fantásticamente hubiese podido ajustarse y ser llevada puesta.

—Sí, ¿cuál diantres es su sentido? —repuso la señora Server—. Podría llamársela (si bien eso no nos lleva mucho más lejos) la Máscara de la Muerte.

—¿Por qué? —requerí mientras todos tornábamos a examinar el cuadro—. ¿No es más bien la Máscara de la Vida? La propia cara del joven es lo que es la Muerte. La otra, lozana y agra-ciada...

—¡Huy, pero con una horrible mueca! —atajó la señora Server.

—La otra, lozana y agraciada —reiteré—, es la Vida, y él va a ponérsela... a no ser que en realidad acabe de quitársela.

—Él es horrible, es espantoso: a eso es a lo que me refiero —dijo la señora Server—. Pero ¿qué opina el señor Long?

—Por lo demás, la cara artificial —proseguí, ya que ahora Long no dijo nada— está extre-madamente elaborada y, cuando se la estudia atentamente, resulta fascinantemente bella. Yo no veo la mueca.

—¡Pues la mueca es lo único que veo yo! —insistió bienhumoradamente la señora Server—. Y ¿qué opina el señor Obert?

Por un instante éste último clavó la mirada en ella antes de contestar:

—El señor Obert opina que se parece a cierta preciosa dama.

—¿Esa máscara burlona? ¿Qué preciosa dama?

—Sí —manifesté para él, advirtiendo realmente lo que él quería decir—, se parece extraordi-nariamente a la señora Server.

Ella se rió, pero con indulgencia:

—Me siento enormemente halagada. Se merece usted —siguió para míque yo diga que la propia cara del joven es la réplica de la de cierto otro caballero.

—No es la réplica de la de usted —me dijo Obert, muy oportuno—, pero es extraño que de veras le recuerde a uno alguna cara de las que tenemos entre nosotros, en esta ocasión (me refie-ro a una cara de entre todos los huéspedes), y que no localizo. —Otra vez nuestra mirada se con-centró en la ominosa figura—. Lo vimos ayer... y lo hemos visto esta mañana. —Por extraño que parezca, Obert continuaba sin dar con ello—. ¿Quién diablos será?

—Ya lo sé —contesté pasado un instante, habiendo resultado esclarecedor una vez más, en un relámpago, el comentario de nuestro amigo—. Pero nada me empujaría a revelarlo.

—Si *yo* fuese el agraciado individuo —comentó Long, hablando por vez primera—, me da en la nariz que usted no me escatimaría el cumplido. Por lo tanto no es probable que sea yo.

—Ya lo creo que no es usted ni remotamente —se encargó de comentar benignamente la se-ñora Server—. Esa cara es tan mala...

—...¿y la mía es tan buena? —preguntó riendo nuestro compañero—. ¡Gracias por defen-derme!

Los escruté mientras se miraban, pues entre ellos hasta ahora no se había verificado un inter-cambio directo. Sí, se mostraban naturales. No me habría sido posible afirmar que no se mostra-ban así. Pero hubo algo, así y todo, que deseé saber, y de inmediato se lo planteé a Long:

—¿Por qué lanza usted semejante acusación contra mí?

Él acogió la pregunta —por singular que parezca— como si de repente lo hubiese abandona-do su vivacidad:

—¡No sé! —Y pasó a otro cuadro.

Ello nos dejó a los tres aún más enfrentados con el acertijo que había suscitado Obert, y la curiosidad de la señora Server perseveró:

—*Diga* el nombre —me intimó— del agraciado individuo.

—No: es una responsabilidad que dejo en manos de Obert.

Pero saltaba a la vista que todavía él estaba en blanco; era como un hombre con ganas de es-tornudar pero incapaz de hacerlo.

—Veo al fulano... y sin embargo no lo veo. Da igual. —Se apartó también—. Ya me vendrá.

—La semejanza —dijo Long, tras aquello, lejos de nosotros y sin volverse—, la semejanza, lo cual no creo que extrañe a nadie; ¡es sencillamente con el “pobre Briss”!

—¡Anda, es verdad! —Y Obert volvió con nosotros de un salto.

—Sí, ya lo percibo —reconoció la señora Server ladeando la cabeza, pero como si más bien conviniese en aras de la armonía.

Yo no creí que ella lo percibiese, mas eso no hizo sino volverla aún más natural; y natural fue asimismo el aire con que fue a reunirse con Long, en la nueva contemplación en que se había enfrascado éste, tras que yo admitiese que era en Brissenden en quien yo también había pensado. Obert y yo nos quedamos juntos ante el Hombre de la Máscara y, estando los otros fuera del al-cance del oído, él me recordó que la noche anterior yo le había prometido en el salón de fumar participarle hoy los datos que entonces yo me había reservado. Puesto que yo había declarado estar sobre la pista de un descubrimiento, ¿lo había efectuado ya, y qué era, en cualquier caso, lo que yo me había propuesto descubrir? Ahora me sentí, si he de ser sincero, a la hora de que me recordara mi promesa, más agitado

de lo que me había figurado, conque me dediqué a andarme por las ramas hasta que, en vez de cumplirla, vi ocasión de formular esta natural pregunta:

—¿Qué cosas maravillosas estaba diciéndole Long a usted?

—Oh, las típicas: fantasiosas, extravagantes, divertidas. Las cosas que le gusta decir, ya me entiende usted.

Verdaderamente se trataba de una opinión novedosa.

—¿Tan típicas le parecen?

—¿Del hombre que él es y de su tipo de inteligencia? A buen seguro. ¿No se lo parecen *a us-ted?* Él habla sólo por hablar, pero es realmente ameno.

Yo estaba observando a nuestros compañeros:

—Vaya si lo es: extraordinariamente ameno. —Para mí resultaba en extremo interesante oír hablar finalmente del “tipo de inteligencia' de Long—. Observe cuán ameno está pareciéndole a la señora Server en este preciso momento.

Obert lo observó: ella estaba mondándose de risa, con esa exageración siempre lo bastante hermosa como para resultar perdonable, e incluso nos miró como a fin de dar a entender median-te su fúlgida mirada persistente que su desternillamiento no nos sorprendería si tuviésemos idea de lo que estaba diciendo su gracioso acompañante, a quien ella nunca había sabido tan humoris-ta. En vez de acercarnos a enterarnos, así y todo, permanecimos juntos otro rato. Era a mí, ahora, pude verlo, a quien Obert hacía más caso:

—¿Qué les pasa?

Ello me sobresaltó casi tanto como si me hubiese preguntado qué me pasaba a mí... pues a estas alturas yo no podía ignorar, si a eso vamos, que algo me *pasaba.* Apenas habían transcurri-do veinte minutos desde que nuestro encuentro con la señora Server en la terraza había suscitado

la euforia de Grace Brissenden, mas el hecho es que mi nerviosismo había dado una extraordina-ria zancada. Quizá hasta este instante yo no había sido plenamente consciente de ello: de veras ello se me puso de relieve por la forma como Obert me miró cual si imaginase haberme notado temblar. Acaso la señora Server se mostraba natural, así como Gilbert Long, pero yo no exhibiría tal serenidad a menos que me reportara enseguida. Hice ese esfuerzo, encarando a mi perspicaz interlocutor; y creo que fue en este punto cuando plenamente calibré mi consternación. Precipi-tadamente, retardadamente yo me había puesto —eso era lo, que me pasaba a mí— ansioso. El malestar producido en mí por la señora Brissenden, en vez de descender, se había intensificado hasta la angustia, y eso que en aquel breve intervalo no había ocurrido nada peor que lo anterior, nada sino lo acertado. ¿Es que súbitamente me había enamorado de la señora Server hasta tal punto que para mí se había convertido en una obsesión la idea de proteger su reputación? De na-da servía decir que me limitaba a compadecerla: ¿por qué la compadecía si ella no estaba en pe-ligro? Sí estaba en peligro: esto me asaltó en el momento presente, me asaltó mientras procuraba parecer tranquilo y me demoraba en responder a mi amigo. Sí estaba en peligro... aunque sólo fuese porque ella había atraído y fijado el escrutador foco de la curiosidad de Obert. Recogí la pregunta de éste:

—¿Que qué les pasa? No sé nada excepto que son jóvenes y guapos y felices: hijos, como quien dice, del gran mundo, hijos del ocio *y* el placer *y* el privilegio.

La mirada de Obert se reorientó hacia ellos:

—¿Recuerda lo que ayer por la tarde le dije sobre ella? Va volando de flor en flor, pero se aferra, cada vez, a una distinta. Ha estado usted percibiendo, juzgo, el acierto ¡le mi comentario.

—Oh, ahora ella no ha “volado” hacia mí —repliqué— en modo alguno. Más bien, yo he vo-lado *hacia ella.*

—Pero Long no lo ha hecho —dijo Obert, todavía concentrada la mirada en ellos.

No pude sino guardar silencio unos instantes.

—¿Quiere decir que le ha parecido que Long la esquivaba? —inquirí.

A su vez él recapacitó:

—Me ha parecido que Long ha notado con cuánta intensidad, todo el tiempo desde nuestra llegada, ella ha estado revoloteando. Nada más presentarse empezó *conmigo,* y ha

ido tocándole el turno a cada uno de nosotros. Me atrevería a decir que no es sino justo, seguramente, que aho-ra le haya tocado a Long.

—¡Es afortunado por ello el muy bruto! Está todo lo encantadora que puede.

—Helo ahí, precisamente; y es lo que ninguna mujer debería estar (¡todo lo encantadora que puede!) más de una o dos veces en la vida. Esta dama lo está en cada dichoso momento y con cada dichoso hombre. Es como si se muriese de miedo de que no nos diésemos cuenta. ¡Ojalá supiera hasta qué punto nos damos cuenta! No obstante —siguió mi amigo—, usted me recor-dará que ayer diferimos sobre ella... y ¿qué importancia tiene todo esto? Desde luego servidor debería tomarse a la ligera algo que es tan ligero. Pero sigo en mis trece respecto de que ella se ha vuelto diferente.

Lo sopesé:

—Diferente ¿de quién?

—Diferente de sí misma... tal como era en la época en que la retraté. Le pasa algo.

—Ah, en tal caso yo soy quien debe preguntarle *a usted* el qué. Yo no soy consciente de ello, ¿sabe?

Durante unos instantes no ofreció respuesta ninguna, y a estas alturas ambos estábamos realmente más atentos a la retirada de los otros dos miembros de nuestro grupo. Se alejaban jun-tos recorriendo el brillante suelo, haciendo un alto, alzando la mirada hacia la pintada bóveda, diciendo las cosas consabidas... llevando a cabo, en resumidas cuentas, una retirada impecable. Extrañamente aquello me pareció una retirada y sin embargo me insistí a mí mismo, una vez más, que era algo perfectamente natural. A la altura de la gran puerta, que permanecía abierta, se

detuvieron un momento y se dieron la vuelta para mirarnos: nos miraron abierta, amigablemente, como conscientes de nuestra interesada atención. La señora Server agitó en mi dirección, como para despedirse momentáneamente, una desenvuelta mano justificatoria: pareció explicar que ahora estaba degustando a otro distinto. Por lo demás, Obert aportó su explicación:

—Ésa es la manera en que ella nos agarra por el cuello.

—Oh, a Long eso no lo molesta —dije—. Pero ¿en qué sentido ella le parece diferente?

—¿De lo que era cuando posó para mí? Pues en buena parte se trata de que no puede parar quieta. En aquella época permanecía tan quieta como si la pagasen por ello. Ahora está por todas partes. —Pero retrocedió a algo distinto—: Me hace gracia que usted hable, mi querido amigo, de algo de lo cual "no es consciente". No me imagino qué pueda ser tan asombroso ente. De to-das formas las cosas de las que sí es consciente me han dado tanto en que pensar que sin duda deberían serme de utilidad en el presente caso. Creo que debo comunicarle que ha logrado que yo también sea consciente de los Brissenden. —Por supuesto yo recordaba lo que le había conta-do; pero precisamente esto fue lo que ahora crispó mi malestar, así que me limité a repetir aquel apellido, un poco gratuitamente, a fin de intentar ganar tiempo—. Usted me elucidó su caso por-tentosamente —insistió Obert—, si bien naturalmente no le he contado a nadie la teoría de usted. En cualquier caso la teoría de usted arroja una gran luz.

Nuevamente no pude sino hacer de débil eco:

—¿Una gran luz?

—Sobre lo que puede suceder incluso entre otros que no sean los Brissenden. Es una teoría fantástica, una antorcha en la oscuridad; y ¿sabe qué he hecho con esa antorcha? La he acercado, no me importa decírselo, ni más ni menos que al enigma del cambio, ya que esto lo interesa, ope-rado en la señora Server. Si usted tiene su misterio, que me ahorquen si yo no he de tener el mío. Si usted cuenta con sus Brissenden, ya veré qué puedo hacer yo con *ella.* Usted me ha propor-cionado una analogía y declaro que la hallo deslumbrante. Me parece infinito lo que puede ha-cerse con tal analogía. Si Brissenden está pagando por su esposa, por su asombrosa segunda lo-zanía, ¿quién estará pagando por la señora Server? ¿Acaso no es *eso* (¿cómo lo denominan los periódicos?) la palabra que falta? ¿Tal vez eso es precisamente aquello sobre cuya pista estaba usted, tal como me contó anoche? Pero

ahora no me venga —continuó, cada vez más divertido ante su propia adivinación—, ahora no me venga con que obviamente el hombre es Gilbert Long... pues no me dejaré despistar por nada de ese jaez. Ella lo ha agarrado por el cuello dema-siado notoriamente. El auténtico hombre tiene que ser uno a quien no agarre por el cuello noto-riamente.

—Pero me parecía que lo que hace un momento afirmó usted fue que así de notoriamente nos agarra por el cuello a todos. —Ésta fue mi pronta réplica a la llamarada de ingenio de Obert, pe-ro no por eso yo había dejado de ver en la misma más cosas de las que podía replicar. Había vis-to, en cualquier caso, y lo había visto con alivio, que si él buscaba la palabra que faltaba, como bastante felizmente lo había denominado él mismo, guiándose por el principio rector que le había sido sugerido por el caso de los Brissenden, no habría el menor peligro de que diese con ella. Si, merced al mismo criterio, me sentía preocupado por la señora Server, todo cuanto yo debía hacer era mantenerlo en ese rastro falso. Puesto que ella no era por quien se pagaba sino posiblemente la que pagaba, la ocurrencia de Obert podría desviarlo inofensivamente hasta que concluyese el fin de semana en Newmarch. Al propio tiempo, en medio de estas reflexiones, el misterio del "cambio" operado en ella, que él estaba en mucho mejor situación de calibrar que yo, no podía evitar encerrar para mí un mal agüero, y mi conciencia de ello figuró, sin duda, en mis siguientes palabras—: ¿Qué lo hace pensar que aquello de lo cual habla usted era lo que a mí se me había pasado por las mientes?

—Pues la forma, sencillamente, en que cuadra. Desde luego que ella no es la misma persona que retraté. Es exactamente el mismo caso que la señora Brissenden cuando ayer no era para us-ted la misma persona que la última vez había visto llevando su nombre.

—Muy bien —repuse—, aunque ni por asomo me proponía que usted se aplicase a hurgar con tanto ahínco. No obstante, hurgue por su lado, claro que sí, mientras yo hurgo por el mío. Todo lo que le suplico es absoluta discrecion.

—¡Ah, naturalmente!

—Debemos recordar —proseguí, aun a riesgo de mostrarme demasiado moralizante— que el éxito en una tal indagación puede quizá resultar más embarazoso que el fracaso. Husmear en pos de una relación personal que una dama tiene razones para desear mantener en secreto...

—...se vuelve algo no sólo inofensivo, afirmo —me atajó de inmediato—, sino además deci-didamente honroso, si se restringe a las evidencias psicológicas.

Me maravillé ligeramente:

—Honroso ¿para quién?

—Caramba, para el investigador. Basarse en la *categoría* de indicios que el juego examina si se juega limpiamente, basarse únicamente en indicios psicológicos, se vuelve una noble aplica-ción de la inteligencia. Lo que es ignominioso es el detective y el ojo de la cerradura.

—Entiendo —admití tras un instante—. Yo tenía, anoche, mis escrúpulos, pero usted me alienta. Y sin embargo confieso asimismo —agregué pese a todo— que si ahora hago nuevo acopio de la osadía de mi curiosidad, es en parte porque todavía me siento, igual que creo que también debe sentirse usted, enteramente desprovisto de una pista física. Si tuviese una pista físi-ca me sentiría avergonzado: el propio hecho sería desanimador. Yo trasiego, por mi parte, en to-do caso, bastante en tinieblas... o en unas tinieblas iluminadas, en el mejor de los casos, por lo que usted ha denominado la antorcha de mi analogía. La analogía asimismo — peroré— muy bien puede resultar útil sólo a medias. Fue fácil encontrar al pobre Briss porque el pobre Briss está aquí y además siempre es fácil encontrar a un marido. Pero supongamos que el pobre Briss de la señora Server (o su equivalente, quienquiera que sea) *no* esté aquí.

A todo esto, habíamos echado a andar hacia la salida, pero mi acompañante se detuvo brus-camente a la puerta de la estancia:

—Estoy seguro de que sí está. Ella me dice que está cerca.

—¿Se lo “dice”? —Lo puse en duda, pero incómodamente reflexioné que eso era exactamen-te lo que yo mismo le había dicho a la señora Brissenden.

—Ella no estaría como está si él no estuviese aquí. Que ella esté así es el indicio de ello. Él no estaba presente (es decir, no estaba nada presente en la vida de ella) en la época en que la re-traté; y el cambio ante el cual estamos estupefactos es precisamente la prueba de que ahora sí lo está.

La dificultad a la hora de beneficiarme del alivio que tan inadvertidamente él me había in-fundido, naturalmente radicaba en que no me sentía autorizado a manifestarme tan estupefacto como lo estaba él. En realidad yo no había discernido en absoluto *ante qué* estaba estupefacto él, *y* tan sólo habría logrado estropearlo todo invitándolo a ser más explícito. Esto originó cierto fas-tidio, pues me habría gustado averiguarlo; pero por otra parte sentí que en el momento presente mi pista estaba eficazmente encubierta.

—Bien, pues entonces concedamos que es uno de nosotros. Somos más de una docena... una docena incluso sin contar a usted *y* a mí *y a* Brissenden. El obstáculo estriba en que no podemos hacer nada sin una orientación primordial. En lo de Brissenden *había* esa orientación.

—¿Se refiere a la que proporcionaba la apoteósica condición de su esposa, que era una indi-cación...?

—Exacto: para la búsqueda de una u otra cosa que contribuyera a explicarla. Dada la condi-ción apoteósica de su esposa, la condición mermada de él era lo que había que dar por supuesto. Yo sabía nítidamente, dicho de otro modo, qué buscar.

—¿Mientras que aquí no lo sabemos?

—La condición de la señora Server, desgraciadamente —contesté—, no es apoteósica.

Se rió de mi “desgraciadamente”, aunque reconociendo que yo hablaba meramente buscando

ser claro, y a renglón seguido comentó que él tenía su propia teoría. No dijo en qué consistía, y yo no se lo pregunté, insinuando que así era como se jugaba el juego de una manera deportiva; mas altaneramente exterioricé mis dudas sobre la suya en vista de que todavía no le había sido fructífera. Él replicó que los minutos que acabábamos de vivir eran lo que había hecho que se forjase su teoría: había brotado de la intensa impresión producida en él después de que ella entra-ra en la estancia conmigo.

—Es sólo ahora cuando la veo de verdad. No hizo ni dijo nada especial, nada chocante o ex-traordinario; pero eso no tuvo importancia, jamás la tiene; servidor vio cómo *es* ella. Ella no es sino *eso.*

—No es sino ¿el qué?

—Toda ella está *metida* en ello —insistió—. 0 todo ello está metido en *ella.* Viene a ser lo mismo.

—Por supuesto que todo ello está metido en ella —dije con toda la irritación que supe, aun-que la corroboración que él me ofrecía (toda vez que yo confiaba plenamente en sus percepcio-nes) me dejaba muy en deuda con él—. Eso es lo que postulamos, ¿no? Y nos deja igual de lejos de aquello hasta lo cual debemos llegar.

Pero estaba demasiado cautivado por su propia teoría para prestar atención a mi objeción. Se lo veía inmerso en la luz “psicológica”.

—¡Ya la *tengo!*

—¡Oh, pero se trata de tenerlo a *él!*

Ante esto me miró como si yo lo hubiese reconducido a una trivial cuestión de detalle, y tras un momento su semblante dejó de estar iluminado.

—En efecto. Dejo eso en sus manos. A mí me trae sin cuidado. —Su renuncia tenía la im-previsibilidad característica de las renuncias propias del temperamento artístico—. Busque al último hombre —agregó, pese a todo, aunque con más desapego—. Seguramente será él.

—¿El último? El último ¿en qué sentido?

—Pues la última clase de criatura que cabría esperarse de ella.

—¡Huy —repuse mientras tornábamos a ponernos en marcha—, el mayor impedimento de eso es que una clase de criatura como la última no puede *estar* aquí!

Titubeó:

—Tanto mejor. De todos modos, dondequiera que esté, se lo entrego enterito a usted.

—¡Gracias —respondí— por la belleza del regalo! Ya ve usted, entonces, que nuestra luz psicológica no impide, al fin y al cabo, que el enigma...

—...¿no sea cosa de mi incumbencia? En efecto. ¡Pobre mujer! —Extrañamente parecía con-vencido: renunciaba a todo—. No es cosa de nuestra incumbencia, ¿a que no?

—¡Caramba, justamente eso es lo que le insinuaba —exclamé irritado— que opino *yo!*

5

Lo primero que me aconteció tras separarme de él fue nuevamente hallarme ocupado con la señora Brissenden, todavía henchida del vivo convencimiento con que yo la había dejado.

—*Es* ella, sin posibilidad alguna de error, y usted lo sabe. No entiendo cómo he podido ser tan estúpida como para no discernirlo. Yo no poseo la inteligencia de usted, desde luego, hasta que me hacen toparme de bruces con algo. ¡Pero una vez que me *he* topado...! —Festejó su pro-pia modestia con una carcajada que fue orgullosa—. Los dos se han marchado juntos.

—¿Adónde se han marchado?

—No sé adónde, pero hace unos minutos los vi “fugarse” de la más patente de las maneras. Los pobrecillos se han ido a pasar un rato tranquilo, sin observadores, en la hacienda o en los jardines. Cuando uno está al corriente, no hay duda de eso. Pero, ¿cómo dice esa canción popu-lar?: “¡Primero hay que estar al corriente!” Me parece, si no lo molesta que se lo diga así, que el *Henry James La Fontana Sagrada*

modo en que *usted* llega hasta las cosas es decididamente fantástico. Hablo mas en concreto de lo primero que lo hizo descubrirla.

—Pero, mi querida amiga —protesté—, nada de nada ha sido lo primero que me ha hecho descubrirla. *No* la he descubierto, para empezar y para acabar. Fue sólo usted quien se empecinó con ella.

Mi interlocutora se quedó mirándome, y en ese momento tuve, lo recuerdo, una casi intolera-ble conciencia de su fatuidad y su crueldad. Éstas eran totalmente inconscientes, pero no por ello dejaban de resultar, a estas alturas, irritantes. Su exquisita pechera palpitó, sus ojos azules se di-lataron con su avasallador, su depurado egocentrismo. Yo no podía, en resumidas cuentas, des-cubrí, soportar que ella fuera tan perspicaz con la señora Server mientras que era tan estúpida con el pobre Briss. Aristocráticamente parecía restregarme que *ella* no tenía un amante. En efec-to: únicamente estaba devorando al pobre Briss pulgada a pulgada, pero no tenía un amante.

—En la señora Server —insistí— yo no veo ninguna de las trazas adecuadas.

Pareció casi indignada:

—¿Incluso después de haberme dicho que ve usted en Lady John sólo las inadecuadas?

—Ah, pero aquí hay más mujeres además de la señora Server y Lady John.

—Ciertamente. Pero ¿acaso no pensamos, hace un rato, en todas ellas y las descartamos? Si Lady John queda excluida, ¿cómo puede ser que la señora Server *no* quede incluida? Queremos a una tonta...

—¿Ah, la *queremos?* —gemí interruptoramente.

—¡Caramba, precisamente según la propia teoría de usted, con la que tanto me ha cautivado! Fue usted quien aventuró esa idea.

—¿La de que queremos a una tonta? —Me noté volverme bastante lóbrego—. De hecho, ¿queremos de veras a alguien?

Ella me dedicó, dentro de un momentáneo silencio, una sonrisa extraña:

—Ah, ¿pretende usted retractarse ahora? Lamenta haber hablado. Mi querido amigo, es posi-ble que usted lo lamente... —Pero ello no empecía el hecho, en resumidas cuentas, de que yo ha-bía inflamado junto a mí una exquisita aunque humilde y tímida inteligencia. Quedaba inmutable la verdad de la asombrosa evolución de nuestro amigo, hacia la cual yo había dirigido su aten-ción. Que me pesara mi imprudencia no volvía menor aquel

prodigio—. Usted me hará pensar, si se retracta, que hay una persona a quien súbitamente desea proteger. ¡Hombre débil —exclamó con una seguridad debido a la cual, lo confeso, hube de alarmarme—, a usted le ha sucedido algo desde que nos separamos! ¡Hombre débil —repitió con siniestro regocijo—, usted ha sido came-lado!

Literalmente me hizo sonrojarme:

—¿Camelado?

—¿Es que se da la contrariedad de que usted mismo se siente enamorado de ella?

—Vaya —respondí tras una rauda reflexión—, llámelo así si le apetece; pues ya puede ver qué motivo me da ello para estar, en un problema como éste tan maravilloso en el que resulta que por un rato usted y yo nos hemos dedicado a tomarnos tantas libertades, absolutamente seguro en cuanto a ella. *Estoy* absolutamente seguro. ¡Ea! Ella no encaja. Y por lo tocante a su postulado de que en el momento presente ella está en algún lugar a trasmano en compañía de Long, déjeme contradecirla sin demora. Eso es una afirmación infundada. Si va usted a la biblioteca, por la cual yo acabo de pasar, la verá allí en compañía del Comte de Dreuil.

Otra vez la señora Briss se quedó mirándome:

—¿Tan pronto? Ella *estaba,* de todas formas, en compañía del señor Long y al encontrárme-los me dijo que venían de contemplar los cuadros al pastel.

—Exactamente. Allí se encontraron, habiendo llegado juntos ella *y yo; y* se retiraron juntos ante mis narices. Debieron de separarse, está claro, al momento siguiente.

Ella lo asimiló todo, le dio vueltas a todo:

—En tal caso, ¿qué demuestra eso sino que tienen miedo de ser vistos?

—¡*Huy, no* tienen miedo, dado que tanto usted como yo los hemos visto!

—Oh, tan sólo lo suficiente para que ellos pongan de manifiesto no estar evitándose mutua-mente. Así y todo, ya sabe —dijo—, sí que lo hacen.

—¿Sí que se evitan? ¿Cómo concuerda tal creencia —pregunté— con la creencia de que se pasean juntos por la hacienda?

—Mutuamente se hacen caso omiso en público: se reúnen en privado.

—Ah, pero *no lo* hacen... puesto que, como le digo, incluso mientras estamos aquí hablando ella se constituye en centro del círculo mágico de las pamemas de Monsieur de Dreuil: encade-nada a un poste hasta donde se *puede.* Por otra parte —concluí— no sólo no es la "tonta apropia-da' sino que además resulta que no es tonta en modo alguno. Queremos a la mujer que haya sido vuelta más insulsa. Pero esta dama no ha sido vuelta así en absoluto. Es lo opuesto a insulsa. Está en posesión plena.

—En posesión plena ¿de qué?

—Caramba, de sí misma.

—¿Como Lady John?

Desgraciadamente aquí tuve que hacer distingos:

—No, como Lady John no.

—¿Como quién, pues?

—Como cualquiera. Como yo, como usted, como Brissenden. ¿No la convenzo? —pregunté pasado un instante.

Ella se limitó a mirarme un poco, seductora e intensamente:

—Para lograr convencerme tan fácilmente no habría debido empeñarse tanto en excitar mi curiosidad. Me atrevería a decir —agregó— que yo, pensándolo bien, empero, noto más cosas que usted.

—¿Como por ejemplo?

—Pues a May Server anoche. Entonces no me di entera cuenta, pero una vez que servidora ha recibido el "chivatazo", echa una ojeada retrospectiva y ve las cosas bajo una nueva luz.

Sin duda fue porque mi amiga me irritaba cada vez mas por lo que acogí aquello con una brusquedad posiblemente excesiva:

—Ella se muestra perfectamente natural. Lo que he visto es una prueba. Y también él se muestra así.

Pero ella no me hizo caso:

—Si no hubiese habido tal gentío, después de la cena yo sola habría notado que a ella le pa-saba algo. Habría percibido lo que era. Ella estaba por todas partes.

Lo expresó tal como lo había hecho el otro crítico de la pobre dama, pero eso no me cerró la boca:

—Ah, en ese caso, a pesar del gentío, sí lo percibió usted. ¿A qué se refiere con eso de "por todas partes"?

—No podía parar quieta. Era diferente de la mujer que la última vez había visto. Antes era tan calmosa... como si perpetuamente estuviera posando para un retrato. De hecho, ¿no se la re-trataba siempre con una falda rosa y una cascada de perlas, siempre mirándote fijamente en las exposiciones, como si dijera: "Heme aquí con ellas una vez más"? Anoche no paraba de saltar.

—¿Que no paraba de saltar? ¡No me diga!

—Sí, ya lo creo... de un hombre a otro. Se precipitaba sobre ellos. Conversó con diez, uno detrás de otro, seduciéndolos de la más descarada de las maneras y abandonándolos aún más alo-cadamente. Está tan nerviosa como un gato. Pregunte a cualquier hombre de los que hay aquí y ya verá lo que le dicen.

—Consideraría bastante engorroso preguntar a cualquier hombre de los que hay aquí —repliqué—; y yo habría dicho que usted lo habría considerado igual. Hablé con usted en la más

estricta confianza.

Por un instante fue de lo menos obsequiosa la mirada que me dirigió la señora Brissenden; después derivó en una sonrisa de inteligencia:

—¡Cómo *está* usted protegiéndola! Pero no grite —añadió— antes de que lo hayan herido. Puesto que me ha distinguido con su confianza (aunque yo no entienda muy bien por qué), puede estar seguro de que no he soltado prenda. Conque tanto más me ofendo de que me haga usted una escena por la fantástica razón de que yo me haya dedicado a observar con igual tesón que usted. Quizá lo que lo disgusta es que mi labor de observación pueda volverse *contra usted.* De-claro que es eso.

Era difícil aguantar que ella me pusiera en un brete, mas para recobrar mi buen humor hice un esfuerzo que creo que no fue infructuoso:

—No es en modo alguno a su labor de observación a lo que pongo peros, sino a las extrava-gantes inferencias que usted extrae de ella. Por supuesto, no obstante, admito que yo siempre de-seo proteger al inocente. ¿Qué es lo que ella sale ganando, según la teoría de usted, con toda su ubicuidad y sus saltos? ¿Acaso se había precipitado sobre Brissenden cuando lo encontramos con ella? ¿Está usted tan segurísima de que no era Brissenden quien se había precipitado *sobre ella?* Los dos tenían, en todo caso, a mi modo de ver, todo el aire de gente estancada: saltaba a la vista que, en ese momento, ella no estaba planeando un cambio de interlocutor. Fuimos nosotros, re-cordará usted, quienes tuvimos que hacer toda la labor de separarlos.

—¿Se propone usted dar a entender —inquirió en respuesta a eso la señora Brissenden–– que de repente ella ha tenido la feliz idea de enamorarse de mi marido?

Mientras ella hablaba, una nueva posibilidad me llegó con un batir de alas, y la expresé par-cialmente:

—Puede que a él ella lo comprenda.

Mi interlocutora apartó la mirada, e inquirió:

—¿Quiere usted decir que puede que lo compadezca? ¿Por qué motivo?

Verdaderamente yo había ido demasiado lejos; pero me zafé lo mejor que supe:

—¡Usted lo desatiende de tal manera! Pero *¿por qué* está ella, en cualquier caso —proseguí—, nerviosa, tan nerviosa como usted la describe?

—Por el peligro que corre: la posibilidad de que sea descubierta una intimidad tan profunda que apenas pueden permitirse dejar verla siquiera como una buena amistad. Piense en las cir-cunstancias (las circunstancias personales *de ella,* quiero decir) y admita que ello sería catastró-fico. Sería un caso demasiado malo. Todo contribuiría a ello. Deben de vivir en constante alerta. Si se demostrase algo sería enormemente duro para ella.

—A pesar de lo cual, ¿se extraña usted de que yo la “proteja'?

Fue una pregunta, empero, que mi compañera supo contestar:

—De que la proteja de la gente en general, no. De mí en particular, sí.

Para hacer justicia a la señora Brissenden reflexioné un momento:

—Pues bien, seamos enteramente francos. El que usted no suelte prenda, como dice usted, es una discreción que agradezco... tanto más cuanto que una pequeña indagación, llevada con sigi-lo, la habilitaría para juzgar si es bastante cualquier sospecha aislada. *Podría* surgir algún indicio paralelo que resultara contradictorio; aunque, a decir verdad, creo que no es sino natural que ex-hiba usted desdén a la hora de tomar eso en cuenta.

—¡Gracias por ese “a decir verdad”! —Con la cabeza mi compañera ejecutó un ademán ne-gativo—. Yo sé muy bien ante qué cosas exhibo desdén a la hora de tomarlas en cuenta. Total-mente al margen de eso hay otra cuestión. Usted mismo ha tenido que notar que cuando alguien agrada tanto...

—...¿hay una especie de amable consenso general de ceguera? Sí: podrían citarse casos. La popularidad cobija y santifica: tiene el efecto de hacer que un mundo bonancible acuerde no ver.

Mi amiga semejó complacida de que yo la hubiese entendido tan suficientemente:

—Pues está claro que éste ha sido un caso en que no sólo se ha acordado no ver sino que además se ha acordado incluso no mirar. De hecho se ha acordado mirar en dirección totalmente opuesta. Se dice que no hay humo sin fuego, pero parece que puede haber fuego sin humo. Estoy convencida, en todo caso, de que en lo relativo a estos dos nadie podría hallar ni la mas mínima fumarada. ¿No es eso precisamente lo que constituye la magnificencia de su éxito, el éxito que nos constriñe a especular sobre ellos basándonos en razonamientos puramente, etéreos? —Meditó sobre ello; sinceramente parecía envidiárselo—. ¡Nunca he *visto* una suerte así!

—¿Un infrecuente caso de la belleza de la impunidad *en cuanto* impunidad? —pregunté riendo—. Tamaño caso otorga valía a pasiones que de otra manera habrían de ser desaprobadas. De veras me alegro de que reconozca que nos "constriñe". *Estamos* constreñidos. Pero lo que hace un momento yo deseaba decir es que si continúa usted llevando a cabo esta amable cons-piración mientras yo hago lo mismo (y cada uno de nosotros hace una excepción sólo para con el otro) me comprometo absolutamente a ser franco. Si antes de que concluya este fin de semana he visto alguna razón para cambiar de opinión, se lo haré saber lealmente.

—¿De qué me servirá eso —preguntó— si *no* cambia de opinión? No cambiará de opinión si cierra los ojos ante ella.

—Huy, creo que ahora no podría hacer eso. *Estoy* cautivado. La prueba de ello es —proseguí— que le pido que me comunique alguna otra impresión suya. Aún no veo la lógica de que ella mariposee de un modo general.

—La lógica consiste ni más ni menos en que ella siente terror a dar la impresión de seducir a nadie en particular.

—Caramba, ¿acaso no le convendría, por mor de la cobertura, sencillamente sí hacer eso? La impresión de seducir a alguien en particular sería exactamente lo contrario a la impresión de es-tar liada con Long. Usted misma admite que ésa es la tónica *de él* con Lady John.

La señora Brissenden se formó su opinión:

—Ella no quiere hacer nada que se parezca tantísimo a la verdadera aventura. Y, por lo que respecta a lo que hace él, ellos dos no sienten de la misma manera. Él no está nervioso.

—Entonces ¿por qué se provee de una cobertura?

—Quiero decir —rectificó prestamente— que no está tan nervioso como May. No tiene los mismos motivos de pánico. Un hombre nunca los tiene. Por otra parte, en el señor Long no hay tanto que demuestre...

—...¿lo que, según mi teoría, ha tenido lugar? ¿Cómo que no, si precisamente el cambio ope-rado en él fue lo que inspiró mi teoría? Sobre cualquier cambio operado *en ella* sé muy poco en comparación.

Continuamente rondábamos de tal modo el caso del señor y la señora Brissenden que en ver-dad ello me agitó, y tanto más a causa de la persistente inconsciencia de ella:

—Oh, el hombre no se percata de su propio cambio. No lo ve tal como lo vemos nosotros. Para él todo es ventajoso.

—Pero *nosotros* vemos que para él todo es ventajoso. ¿Cómo puede eso impedir que él se percate?

—Nosotros vemos que es ventajoso para su inteligencia y su conversación pero no para su...

—¿Y bien? —acucié al quedarse callada bruscamente.

Ella estaba reflexionando cómo formular semejantes misterios:

—No para su delicadeza. Su gentileza. Su pensar en *pro* de ella. Él pensaría en pro de ella si no fuese egoísta. Pero es egoísta: demasiado egoísta para liberarla, para ser generoso, para perca-tarse. Tan sólo se trata, a fin de cuentas —continuó sagazmente, tornando a alimentarme, tal co-mo me estremeció darme cuenta, con una perspicacia de mi propio estilo—, tan sólo se trata de un caso exagerado, un caso que en él resulta que parece lo que los médicos denominan “saluda-ble”, de lo que sucede siempre que dos personas están tan arrejuntadas. Uno de los dos siempre saca más de ello que el otro. Uno de ellos (ya sabe usted el refrán) pone los labios, el otro la me-

jilla.

—Es la más profunda de las verdades. Y sin embargo la mejilla también se beneficia —argüí con mayor moderación.

—Se beneficia más que nadie. Recoge *y* guarda *y* utiliza todo lo que los labios ofrecen. Por consiguiente, la mejilla —continuó elucidando— es la del señor Long. Son los labios lo que em-pezamos por buscar. Ya los hemos encontrado. Están agotados, están secos esos labios. Al señor Long le parece natural y hermosa su propia mejora. Lo chifla. La da por descontada. Él es subli-me.

Por un instante esto me dejó mirándola pasmado: —¡También (¿sabe?) lo es *usted!*

Ella acogió esto enteramente como un homenaje a su perspicacia, y por lo mismo se mostró correspondientemente encantadora:

—Eso es sólo porque ello es contagioso. Usted me ha *vuelto* sublime. Me encontró pazguata. Me ha influido como la señora Server al señor Long. No quiero decir que a mí se me note —agregó— tanto como a él.

—¿Porque eso implicaría que *a mí* se me nota tanto como, según el alegato de usted, *a ella?* Pues confieso —declaré— que en gran medida me siento como ese par de labios. ¡Me siento agotado, me siento seco!

Su respuesta a esto, con otro ademán de cabeza, fue lo bastante extravagante para exigir dis-culpas: fue que yo era un insolente, y su acción de refuerzo de su acusación fue alejarse de mí, encaminándose nuevamente hacia la terraza, a la cual se salía fácilmente desde la estancia donde habíamos estado conversando. Atravesó la puerta vidriera que se abría al exterior, y la contemplé mientras, bajo aquella luminosidad radiante, abría su quitasol rosa. Dio unos cuantos pasos, co-mo para buscar en su derredor un cambio de compañía, y a estas alturas ya había alcanzado un tramo de escalones que conducía a un nivel mas bajo. Cuando observé que allí, en pleno acto de descender, súbitamente ella hacía un alto, supe que había sido detenida por algo visto abajo y que eso era lo que un instante después ya había hecho que se diera la vuelta para dirigirme una mirada. La interpreté como una invitación a reunirme con ella y cuando así lo hube hecho percibí la causa de su solicitud. Desde el punto en cuestión dominábamos una de las umbrías lomas de la hacienda y en particular una frondosa haya cuyo tronco había sido circundado por un rústico banco circular, comodidad ésta que parecía haber ofrecido, momentáneamente, una sensación de

enramado lujo a una dama vestida de azul pálido. Ésta estaba apoyada en el respaldo, y su figura se veía de perfil y su cabeza ligeramente orientada hacia el otro lado cual si conversara con al-guien que se hallase junto a ella, alguien ubicado de tal guisa que quedaba oculto a nuestra mira-da.

—¡Ea! —tornó a gloriarse la señora Brissenden, pues inequívocamente la dama era la señora Server. La risa fue inevitable: el hecho la demostraba. muy correctamente descrita por las pala-bras que yo había tenido que escuchar dos veces. Realmente parecía estar por todas partes—. Me parecía que usted había dicho —comentó mi compañera— que la había dejado recogida en algu-na parte en compañía de Monsieur de Dreuil.

—Vaya —repuse tras alguna recapacitación—, está claro que ése es Monsieur de Dreuil.

—¿Tan seguro se siente usted? Yo no puedo distinguir a la persona —insistió mi amiga—; lo único que veo es que ella no está sola. Le entendí a usted, aparte, que los había dejado en la man-sión muy recientemente.

—*Estaban* en la mansión, pero nada había que les impidiese salir. Han tenido tiempo de so-bra mientras conversábamos; debieron de descender por algún otro tramo de escalones. Además tal vez —agregué— se trate de otro hombre.

Pero a estas alturas estaba convencida:

—¡Es *él!*

—¿Gilbert Long? Me parecía que usted había dicho —comenté— que no podía distinguir a nadie.

Mirábamos al unísono, mas la distancia era considerable y la segunda figura continuaba que-dando encubierta.

—*Debe* ser él —recomenzó la señora Brissenden con irritación— puesto que fue con él con quien tan claramente la vi.

—Permítame ceñirla una vez más al hecho —repliqué— de que después ella había sucumbi-do, que yo sepa, a Monsieur de Dreuil. El tiempo ha volado, ya ve usted, durante nuestra absor-bente conversación y diversas cosas, según la teoría que usted sostiene sobre el continuo saltar de ella, han principiado y concluido. Además, lo que sobresale tras el vestido de ella ¿acaso no es un zapato marrón con una polaina blanca? Debe ser Lord Lutley.

La señora Brissenden miró y meditó:

—¿Un zapato marrón con una polaina blanca?

En aquel instante la señora Server se movió y al siguiente —como si fuese hora de dar un nuevo salto— ya se había levantado. Todavía no pudimos, sin embargo, distinguir sino un hom-bro y una estirada pierna de su caballero, quien, al erguirse ella, había parecido, como en señal de protesta, recalcar mediante un enfático desplazamiento su preferencia por que permaneciesen como estaban. Esto lo llevó detrás del árbol. De esta guisa lo perdimos totalmente, pero mientras aguardábamos ella permaneció allí de pie, evidentemente exhortándolo, tras un minuto de lo cual empezó a alejarse como confiada en que él la seguiría. Durante esa operación, dejando más visi-ble la cara, se había mostrado tan encantadora como casi siempre lo hace una mujer guapa cuya elocuencia crece ante el apático macho. Aún no había reparado en nosotros, pero en su actitud y ademanes había algo especial que me hablaba. En ello había implicaciones a las cuales no podía mostrarme ciego y me dio la impresión de que también mi vecina las había captado y se había sentido ratificada en su certidumbre. De hecho sentí la vibración de su certidumbre en otro rego-cijado "¡Ea!", en un "¡Mírela *ahora!"* Irrecusablemente, mientras seguía sin percatarse de nues-tra presencia, con cada movimiento de cabeza la señora Server confesaba ser partícipe de una relación personal. Su participación en dicha relación se le notaba a las claras, flotaba ante noso-tros, se nos aparecía enorme al lado opuesto de la extensión de la explanada. Y puesto que, ha-biendo bajado la guardia, ella nos dejaba verla hasta tal punto, ¿con quién diantre podía ser la relación —una tan intensa— sino con Gilbert Long? La interrogante no

quedó despejada hasta que ella hubo avanzado cierta distancia; entonces el causante de nuestro suspense, mostrándose y echando a andar tras ella, una vez más se reveló a nuestra compartida, a nuestra desconcertada atención como el pobre Briss.

Sin duda el hecho de sentirnos desconcertados no fue sino una prueba de lo intenso de la im-presión —la singular certidumbre de una intimidad que el suave aire estival nos había acercado— que, aunque defraudantemente, habíamos experimentado. Yo mismo habría estado tan dispues-to como mi vecina a decir: "¡Quienquiera que él sea, están implicados hasta el fondo!"... y ba-sándome en razonamientos, por lo demás, tan temeraria, tan fantásticamente interpretativos co-mo los de ésta. Nada podía explicar nuestra impresión salvo el hecho de que ya anteriormente los habíamos visto figurar juntos, y necesitábamos un respiro para atribuirles las lógicas inferencias que de ello se desprendían. En realidad, para ninguno de ellos resultó una inferencia favorecedo-ra el tono con que Grace Brissenden explicitó nuestra identificación:

—¿Mi amado Guy *otra vez?* —Pero ya se había rehecho lo suficiente para reírse—: ¡Yo ha-bría dicho que a él ya le había tocado sobradamente su turno!

A decir verdad ella se había rehecho mucho más que yo; pues de uno u otro modo, a raíz de este indicio, por lo convencida que ella había estado, y buscando la explicación de todo en su convencimiento, me encontré enfrentado, en mi fuero interno, a un material aún más cuantioso. Fue extraña la diferencia que para mí representó la renovada visión del amado Guy. Por supuesto no analicé este sentimiento en aquel mismo instante: eso ya llegaría más tarde. Mientras tanto nuestros amigos ya habían notado nuestra presencia y claramente se intercomunicaron algo —ello casi produjo, por un instante, una visible detención en su andar— respecto a quizá llevar al-

gún rato expuestos.

Se acercaron, empero, y desde lejos los saludé con la mano, a lo cual sólo respondió la seño-ra Server. En Newmarch las distancias eran inmensas y la arquitectura de los jardines se había hecho a gran escala: aún tardarían algunos minutos en alcanzar nuestra atalaya o en aproximarse lo suficiente para que les llegase el sonido de nuestras palabras. Por consiguiente realizamos con indolencia nuestro movimiento de dar media vuelta y regresar a la mansión. Habíamos estado tan absortos que este movimiento fue el característico de una ansiosa propensión a desmentirlo. Em-pero fue notable que, antes de que entrásemos, de nuevo se me hubiese antojado que la señora Brissenden había conseguido todo lo que quería. Tan enteramente se había recobrado de nuestra sorpresa que ahora su elevada lucidez reinó sin estorbo:

—No requerirá usted, supongo, nada más después de *eso.*

—Vaya, no termino de ver, me siento obligado a decirlo, ni siquiera cómo encaja “eso”.

Me incomodó singularmente poco, en la posición a que yo me había retirado, que mi aseve-ración fuera el exacto reverso de la verdad. Cómo encajaba, era lo que daba la casualidad de que ya estaba viendo yo: viéndolo con exclusión de casi cualquier otra cosa. Me venía de perlas que tal vez yo pudiese considerar haber concluido finalmente con Grace Brissenden. Deseé, en todo caso, cual si aquel alivio me hubiese sido garantizado, cederle el honor de decir la última pala-bra.

Ella estaba exquisitamente preparada para aceptar tal honor: —¡Caramba, esta argucia de uti-lizar a mi marido...! —Francamente suspiró de tener que explicarlo.

—¿De “utilizarlo”?

—Arrastrarlo para despistar como ella hace con todos ustedes, uno tras otro. Disculpe que lo equipare a usted con tantas pistas falsas. A todos ustedes les toca el turno... sólo que *a él* parece tocarle más de una vez, pobrecillo, al precio de dejarlo exhausto.

Durante unos instantes conservé esa imagen ante los ojos:

—Desde luego comprendo que para él debe suponer un enorme agotamiento la entera situa-ción en que se encuentra; pues no he olvidado lo que ayer usted me dijo sobre los servicios que él le presta a Lady John. Tener que trabajar de tal manera para dos damas a la vez... —Ello no podía dejar de ser, admití, extenuante para cualquiera. Por otra parte, si uno se paraba a reflexio-narlo, el mismo hombre no estaba en condiciones de ser *dos* pistas

falsas. Aparentar ser la de la señora Server menoscabaría proporcionalmente su capacidad para aparentar ser la de Lady John. Parecería, en resumidas cuentas, un asunto que sus amadrinadoras habrían de resolver entre ellas.

La señora Brissenden exteriorizó, tras esto, cierto enojo ante mi liviandad:

—Oh, los casos no son iguales, pues con Lady John ello lo divierte: él cree saber.

—Saber ¿el qué?

—Lo que ella quiere de él. Él no sabe —lo elucidó portentosamente— que en realidad ella no quiere nada de él... nada excepto, claro está—esto semejó una excéntrica rectificación—, a él mismo.

—Y él tampoco sabe —intenté estar a su nivel— que la señora Server sí quiere algo de él.

—En efecto —corroboró—, él no sabe el uso que la señora Server planea hacer de él.

—Él no sabe, en definitiva —proseguí jovialmente—, la verdad sobre nada. Y por supuesto, según el pacto que usted ha establecido conmigo, él no va a saberla.

Reconoció el pacto establecido conmigo, y sin embargo pareció como si se hubiese reservado cierta dosis de autonomía. Luego bellamente renunció incluso a eso:

—Desde luego no deseo que él se vuelva consciente.

—Es su inconsciencia—manifesté—lo que lo salva.

—Sí: incluso de sí mismo.

—En consecuencia debemos fomentarla. —Ya dentro de la mansión, deliberadamente, nos separamos; pero hubo algo, antes de ello, cuya discusión consideré exigida por mi profesión de lealtad—: ¡No era Gilbert Long, en todo caso, quien estaba detrás del árbol!

Empero, bajo la esponja que ella estaba dispuesta a reaplicar sobre gran parte de nuestra ex-periencia, fue efímera mi victoria:

—Por supuesto que no era él. Si lo *hubiese* sido no se nos habría obsequiado con esa escena. ¿Para qué habría ella de poner allí al pobre Briss sino para hacer ver precisamente que no era él?

6

Vi otras cosas, muchas cosas, después de esto, pero ya tenía tanto sobre lo cual reflexionar que las vi casi a despecho de mí mismo. Para mí la dificultad estribaba en la inercia ya adquirida por el acto —así como, sin duda, por la costumbre general— de la observación. En verdad re-cuerdo que al separarme de Grace Brissenden concebí el enérgico propósito de desembarazarme de mi ridícula obsesión. Era absurdo haber consentido en tal inmersión, intelectualmente hablan-do, en los asuntos de otras personas. Uno siempre tiene asuntos propios, y decididamente yo es-taba desatendiendo los míos. Tal, durante un rato, fue mi reflexión primordial; tras lo cual, en su debido o indebido orden, llegó una inevitable serie de otras distintas. Una de las primeras fue que, francamente, a estas alturas de mi vida mis asuntos estaban acostumbrados con creces a mi desatención. Siempre había habido bastantes motivos para que ello nunca hubiera podido dejar de pasar. Ahora me rodeó, adueñándose eficazmente del centro de interés, un completo racimo de motivos semejantes, y yo me encontré —aunque siempre sólo intelectualmente— atrapado dentro de su círculo. Durante el resto del día hice lo que estuvo a mi alcance para volverles la espalda, mas con el pronto resultado de percibir que casi me entremetía más en ellos reflexio-nándolos en soledad que cerniéndome personalmente sobre ellos. La reflexión era la verdadera intensidad; la reflexión, en lo tocante a la pobre señora Server en concreto, era un indiscreto abrir puertas. Ella se hizo vívida bajo la luz de la tan limitada teoría sobre ella que *yo ya* poseía, por muy denodadamente que me esforzara en no ampliarla más. Ya era algo no hacer ninguna nueva pregunta, mantenerme constantemente alejado tanto de la señora Brissenden como de Ford Obert, a quienes imprudentemente yo había invitado a cierto grado de participación; ya era algo charlar lo más intensamente posible con otras personas y de otros temas, mezclarme en grupos mucho más banales de lo que ellos mismos se creían, prestar oídos a chistes mas groseros, deba-tir enigmas más tangibles.

El día, conforme se desarrolló, fue amplio y caluroso, un esplendor estival sin cortapisas; las excursiones, el ejercicio, la diversión organizada fueron cosas que asombrosamente no nos fue-ron impuestas; la existencia se convirtió en un ambular interrumpido o una holganza estimulada y nos beneficiamos plenamente de la aristocrática libertad de Newmarch: esa tan envolvente co-modidad que en ningún aspecto era tan destacable como en el desparpajo de la charla. En tales condiciones el mismísimo ambiente del lugar impregnaba de una sensación de juego las faculta-des propias; si se deseaba algo a lo que jugar, bastaba con jugar a estar allí. Eso fue lo que yo mismo hice, con la ayuda, en especial, de dos o tres largos paseos en solitario: inmersiones sin compañía, de media hora cada una, en las partes más remotas de la mansión y sus terrenos. Debo matizar que mientras recurría a semejantes expedientes a fin de no ver, lo único que logré fue concretar más en mi mente lo que *había* visto, lo que no pude dejar de ver. Una de estas cosas fue la manera como, en el almuerzo, Gilbert Long, percibiendo la oportunidad que le era ofrecida por el indisciplinado orden en que nos colocábamos en el comedor, se deslizó, derrotando visi-blemente a otra persona, hasta el asiento de más conspicua proximidad a la inteligente Lady John. Una segunda cosa fue que entonces la señora Server ocupó un asiento lo más distante posi-ble de dicha pareja, pero no de Guy Brissenden, quien se las había arreglado para sentarse a su lado mientras mi atención estaba monopolizada por los otros. Sin embargo no hay duda de que lo que me dejó realmente estupefacto no fue otra cosa que la brillante omnipresencia de la señora Server, como por último había llegado a antojárseme, y la de los acompañantes que ésta había reclutado para la ocasión. Constantemente atendida por un caballero distinto, siempre estaba

dentro de mi campo de visión dondequiera que yo posara la mirada: siguió ofreciendo la misma imagen en escenarios separados por tales distancias que me maravillé de la celeridad con que era capaz de trasladarse de sitio a sitio. Nunca se quedaba sin aliento de una manera perceptible, aunque el cómplice de su éxtasis en cada momento sí que ofreciese tal aspecto; y experimenté continuadamente la misma impresión que, el día anterior, tan inmediatamente se había producido tras mi llegada: la extraña impresión, como de que algo le pasaba a cada uno, que yo había reci-bido, en los jardines, cuando la había visto dirigirse hacia mí acompañada por Obert. Claro está que a estas alturas yo ya había discernido —y resultaba absurdo que yo cerrara los ojos ante ello— qué había sido, por lo menos, *ese* especial algo. Había sido que raudamente Obert había descubierto que algo le pasaba *a ella, y* que ella, por su parte, se había percatado de su descubri-miento.

A raíz de esto me pregunté si semejante descubrimiento no sería algo inevitable para cada sucesivo caballero, y si tal era la razón de que éstos fuesen sustituidos tan a menudo. ¿Es que todos huían de ella, igual que Obert, debido a una incómoda impresión sobre ella y en este mo-mento se intercambiaban estas impresiones con secreta hilaridad o especulatividad, aunque sin haberme abordado aún a mí, excepción hecha del informante que ya he nombrado? Continua-mente tuve la sensación de atraer la mirada de ella, como si ella desease dirigir mi atención hacia quién estaba con ella y quién no. Yo había guardado las distancias desde nuestro episodio con los cuadros al pastel y sin embargo nada podía serme más patente que que en realidad yo no había rondado, desde entonces, lejos de ella. Nos encontrábamos sin hablar pero, gracias a aquellas agudas miradas, no sin comunicarnos. Seguramente, a propósito, mis cogitaciones —pues yo de-bía de estar erizado de ellas— ya me habían convertido en un misterio tan intrincado para otras mentes analíticas como yo había tolerado que otros fenómenos se convirtiesen para la mía. Segu-ramente yo deambulaba con una delatora inquietud caracterizada a efectos prácticos por una abs-tracción que muy bien había podido desconcertar a quienes no albergaban sospechas. Siempre que advertía la mirada de la señora Server, de veras la consecuencia era hacerme preguntarme cuántas sospechas albergaría *ella.* Me topaba con ella en grandes salones penumbrosos y me to-paba con ella ante grandes extensiones de paisaje. Una vez más me topé con ella acompañada por el Comte de Dreuil, por Lord Lutley, por Ford Obert, por casi todos los demás huéspedes masculinos de la mansión... y por varios de éstos, como

si no hubiese habido los suficientes para tantísimos turnos, dos o tres veces más. Sólo que en ningún momento, cualquiera que fuese el rutilante marco, me ocurrió toparme con ella acompañada por Gilbert Long. Desde luego consti-tuyó una anomalía el que, por pura casualidad, yo tampoco volviese a figurar dentro del rutilante marco. Que repetidamente yo me zafaba de ello tal vez fuese, de hecho, lo que más acusadamen-te nos comunicábamos durante nuestros mudos reconocimientos.

La reserva, pues, pensé finalmente, desempeñaba un extraño papel cuando lo único que con-seguía era dejarlo a uno más aferrado, espiritualmente, a su presa. Lo que hacia las cinco de la tarde se me apareció más evidente fue que yo estaba demasiado embebido como para no conside-rar lo más sabio aceptar mi talante. Ya estaba bien de huir: no podía haber más huida efectiva que hacer velozmente mi equipaje y tomar, a ser posible, un tren para la capital. En el lugar de los hechos no tenía más remedio que estar *metido* en los hechos; *y* en mí alboreó la idea de que había algo que posiblemente yo podría hacer con la señora Server que no fuera esforzarme inefi-cazmente por olvidarme de ella. Lo que no era cosa de la incumbencia propia podía cambiar de denominación si la importunidad tomaba la forma de la utilidad. En evitada observación que era vívida cavilación, en inevitable cavilación que era vívida observación, a través de una sucesión, en resumidas cuentas, de fases donde no osaré distinguir uno de estos elementos del otro, terminé valorando el fruto de la semilla que Ford Obert y la señora Briss habían dejado caer por igual. ¿Qué me pasaba *a mí?:* incluso esto había acabado yo preguntándome; y la respuesta se había presentado en la forma de un inequívoco retorno de la ansiedad producida en mí cuando por pri-mera vez advertí que había dejado francamente entusiasmada a Grace Brissenden. De hecho mi

primigenia protesta contra el relámpago de inspiración en que ella había atribuido responsabili-dad a la señora Server no había sido, ahora lo comprendí, más que el aterrorizado presentimiento de algo que me estaba reservado a mí mismo. En verdad este terror, para expresarlo claramente, no me había abandonado desde aquel instante; y si ya entonces me había sentido ansioso había sido porque me había notado predestinado a estar seguro de que así se sentiría la propia pobre dama. Por qué había tenido que importarme esto, por qué había tenido que estar ansioso ante su ansiedad y aterrorizado ante su terror, fue una pregunta que allí y entonces me absorbió dema-siado poco como para tolerar que me absorba, en cuanto pintor de mi situación, en estas páginas. Baste decir que, cuando la tarde hubo declinado lo bastante para que se apreciaran síntomas de que enseguida iba a servirse el té al aire libre, yo ya sabía cuantísimo había llegado a compade-cerla. Pues finalmente yo no había tenido más remedio que asimilar lo que me habían proporcio-nado mis dos confidentes. La impresión de ellos —coincidente y, como si dijéramos, desintere-sada— no podía, después de un cierto intervalo, dejar de lograr imponerse hasta cierto punto. Tenía su valor. La señora Server *estaba* “nerviosa'.

Ahora me importaba poco que la señora Briss me hubiese planteado —que incluso yo me lo hubiese planteado fantasiosamente a mí mismoque acaso estuviese enamorado de ella. Era una manera tan buena como cualquier otra de denominar un interés que había brotado en el plazo de una hora, y por lo demás era una aceptable hipótesis de trabajo. De hecho tal sentimiento no se había impuesto “al primer vistazo”, aun cuando muy bien habría podido figurar notablemente entre los casos de lo que se conoce como segundo vistazo. Lo cierto era, pese a todo, que ella me inspiraba demasiada lástima como para sentir por ella algo más que lástima. Esta extraña sensa-ción es algo que igualmente puedo decir que ni siquiera ahora intentaré justificar... en parte, cier-to es, porque mi crónica del resto de lo que hube de ver lo hará en no pequeña medida. Fue una fuerza a la cual en esta fase sencillamente hallé haber sucumbido. Si no era resultado de lo que en mi fuero interno yo había admitido que le pasaba a ella, entonces es que más bien era la pro-pia razón por la cual yo había hecho tal admisión. Era algo diferente de mi raudo impulso primi-genio de encubrirla. Yo ya la había encubierto: había luchado por ella hasta donde había podido o hasta donde el caso lo había requerido en primera instancia. A efectos prácticos mi propia con-ciencia de lo que yo sentía se había aclarado, en resumidas cuentas, en presencia de

esta más honda visión de ella. Por fin mis adivinaciones e inducciones me habían hecho caer en la cuenta de que en todo el enorme, brillante, concurrido lugar yo era la única persona, a excepción de otra, que estaba en algo que pudiera calificarse como una relación con ella. La relación de la otra persona era oculta, mientras que la mía, en lo que respectaba a ella misma, no se había expresado en palabras... conque supongo que lo que mas se agitaba dentro de mí, en tamaña coyuntura, era la pregunta de cómo podría expresarla satisfactoriamente. Me daba en la nariz que en la misma medida en que yo no la expresase permanecería torturado por la idea de algo infinitamente con-movedor y trágico en la soledad de ella... posiblemente en su tormento, en su terror. Si ella esta-ba “nerviosa' hasta el grado que yo había llegado a admitir, sólo podía ser porque tenía razones para estarlo. Y ¿cuáles podían ser lógicamente dichas razones sino que, arreglada y ataviada, dis-frazada y adornada, persiguiendo inútilmente, mediante nuestra indiferente compañía, su bús-queda de la apropiada clase de manifiesta seguridad, sin embargo se sentía todo el rato víctima inquieta del miedo y del fracaso?

Una vez que mi imaginación la hubo visto bajo esta luz, podía confiarse en que resultarían operantes las pinceladas que mi imaginación pudiera añadir al cuadro. La observación de poste-riores indicios habría de convencerme de la justeza de las mismas, pero mientras yo aguardaba aquello con la corazonada de que a despecho de mí mismo aquello llegaría, las multipliqué y prodigué fácilmente. Por encima de todo discerní lo que más estaría ella procurando ocultar. No era, por así decirlo, el encubierto hecho primordial: sólo podía ser, desdichada mujer, esa necesa-ria, esa desastrosa consecuencia delatora de tal hecho que sus facultades exhibirían y sobre todo el roto cordón de su facultad de conversar. Guy Brissenden tenía comprometidas, en el peor de

los casos, una cara y una figura que mostrar y ocultar... si era, es decir, tan consciente de las mis-mas como era dable sospechar. Ella tenía comprometida su entera maquinaria de pensamiento y palabra, y aunque estos indicios no eran, como los de él, externos, ello no hacía sino dificultar su caso, pues ella tenía que producir, con una inteligencia rápidamente menguante, con un semides-vanecido ingenio, la ilusión de estar intacta. Era como una infeliz dama a quien hubiesen robado sus mejores joyas: obligada a utilizar y disponer las insignificantes baratijas que se hubieran sal-vado, a fin de dar todavía la impresión de un rico *écrin.* ¿Acaso tal turbación, si se analizaba un poco, no era lo que había en el fondo de que ella hubiera estado todo el día, según la vulgar ex-presión y tal como los tres habíamos señalado con excesiva crueldad, por todas partes? De he-cho, si a eso vamos, *¿estaba* limitado a nosotros tal comentario o por fin había sido irreprimi-blemente formulado por toda la concurrencia en general? Éste era un enigma, me apresuro a agregar, que por nada del mundo yo habría sometido a una prueba empírica ahora. Me pareció que yo sabría cómo zafarme si al fin se me participase cualquier rumor de asombro ante la con-ducta de la señora Server. Desde este momento yo podía tener, tanto como gustara, mi propia concepción de su conducta, mas era resuelto profesador de una especie de lealtad hacia ella que me habría vuelto mudo delante de los otros; aunque no es que eso —¡oh, finalmente, si he de ser sincero, todo lo contrario!— fuese a disuadirme de observar y observar. Desde luego yo temía la posibilidad de que uno de los caballeros me preguntase si yo sabía que todo el mundo murmura-ba de ella. Si todo el mundo murmuraba de ella, yo no quería saberlo en modo alguno. Pero na-die murmuraba de ella, probablemente: por ahora los otros apenas estaban en condiciones de ha-cerlo. Sin sugestivos indicios paralelos, en la mansión no podía haber nadie tan concienzudamen-te infernal como la señora Brissenden, Obert y yo.

Newmarch siempre se había conducido, en nuestra época, como la gran morada del más ex-quisito ingenio, dando a entender más o menos expresamente que, en cuanto a implorar hospita-lidad o cualquier otro patrocinio, era inútil cualquier solicitud de los estúpidos, incluso de los seguidores de lo crasamente obvio; mas en el presente momento afortunadamente pude reflexio-nar que el rasero de Newmarch en ese sentido no siempre había coincidido con el mío y que, por lo demás, cualquiera que fuese la exactitud que aquél poseyera, la atonía humana, incluso en tan venturoso ámbito, no había sido abolida

por completo. Había una estable ley en virtud de la cual uno siempre podía esperar de las personas —lo mismo en los círculos privilegiados que en los no privilegiados— más inconsciencia que perspicacia. ¿Acaso no era precisamente la inconsciencia de las personas lo que a efectos prácticos más se aproximaría a su afabilidad? Por muchas cosas que los sucesivos acompañantes efímeros de ella hubiesen notado, seguro que no habían descubierto en las excusas de ella para abandonarlos precipitadamente un atisbo del miedo a que ellos notasen sus crecientes dificultades verbales. Mi propia teoría actual, que tan ampliamente se ha-bía desarrollado, era que, en cada ocasión, ella podía mantenerse a flote nada más que durante unos cuantos minutos y por consiguiente se veía obligada a interrumpir el trato antes de quedar en evidencia. Yo había desentrañado su atolladero a la perfección: al mismo tiempo ella debía cultivar sus amistades, para que la gente no intuyese su verdadero reconcentramiento, y con-vertirlas en un auténtico visto y no visto, para que no se sospechase el debilitamiento de su inte-ligencia. Obviamente seguía siéndole valiosísimo el hecho de resultar tan seductora. En compa-ñía de la señora Brissenden yo había teorizado sobre su hipotética insulsez, pero la explicación de tamaño cinismo en ambos de nosotros no podía ser sino una intensa conciencia de la verdad de que unos tan grandes atractivos podrían mantenerla a flote incluso bastante después de que se hubiese hundido la pura y simple inteligencia.

¿Acaso mi presente agitación no era, pese a todo, una íntima curiosidad por verificar exacta-mente cuánto o cuán poco de esa cualidad ella había salvado del naufragio? Ella trampeaba, di-simulaba, manipulaba, interrumpía, aferrándose a sus oportunidades y sin embargo aventurando tonterías, distracciones y otros detalles delatores, recurriendo a posturas, gestos, expresiones, una personalidad física, en definitiva, que a una mujer fea no la habría conducido mas que al fracaso; *Henry James La Fontana Sagrada* Página 39 de 123

por consiguiente la paz pública podría presidir la escena en cualquier caso excepto en el de que ella, para expresarlo crudamente, empeorase. ¡Cómo recuerdo haber dicho para mis adentros que si ella no mejoraba no había duda de que *debía* empeorar, sabedor de que por un lado me refería a su oculta entrega y por el otro a la horrible penalización que ésta acarreaba! Se me hizo patente que tal vez podría recuperarse si acaecía algo que la detuviera bruscamente, que la desviara hacia algún otro cauce. Si, empero, semejante meditación no me absorbió por mucho tiempo, puede que el hecho sirva de indicio de lo poco que yo creía en cualquier detención. Tal vez Gilbert Long moriría, pero no la pasión que éste había inspirado. En este respecto se derrumbaba, prose-guí reflexionando, la analogía con la situación de los Brissenden; en todo caso acogí de buen grado la idea de que realmente la parte sacrificada de *esa* unión pudiera encontrar la detención de su decadencia, si no la renovación de su juventud, en la pérdida de su esposa. De hecho, ¿co-menzaría esta dama, por efecto de la muerte *de éL* a arrugarse y marchitarse? Sonaría brutal decir que esto era lo que me habría gustado afirmar de no ser porque a decir verdad terminé viéndome forzado a reconocer lo precario de tal posibilidad. Ella habría amado la juventud de él y la habría hecho suya, así en la muerte como en la vida, y él habría abandonado el mundo, en verdad, tan sólo para dejárselo más completamente a ella. La incertidumbre de la señora Server —que era cuanto ahora me interesaba— radicaba precisamente en su propia certidumbre de la ausencia de cualquier alternativa. Pero no necesito ofrecer muchas más pruebas de cómo ello había disparado mis cavilaciones.

Tanto como todo lo demás, quizá, fue el miedo a lo que alguno de los caballeros pudiera de-cirme lo que durante una o dos horas me volvió, en esta crisis, continuamente reservado. Sin du-da, nadie me habría dicho nada peor que que ella se mostraba más coqueta que nunca, que todos ellos habían comparado notas y por tanto estarían interesados en cierto resumen de otra, posi-blemente mas profunda, experiencia. Habría sido casi igual de embarazoso tener que contarles cuán poca experiencia efectiva había tenido yo como tener que contarles cuánta había tenido en mi imaginación... máxime tomando en consideración que por ahora yo sólo contaba con una te-nue idea de la línea de pensamiento que la había llevado a no cogerme por banda a mí. El té en las terrazas representó, mientras tanto, entre nosotros, tal desentendimiento de cualquier otra co-sa que durante algún rato mis meditaciones permanecieron tan inobservadas como habría podido yo desearlo. Por

otra parte, yo no advertía demasiado adónde me guiaban éstas y únicamente me percaté de lo que les debía al ver finalmente que se me había tomado la delantera en un cenador adonde había llegado deambulando. Entonces comprendí haberme adentrado en una remota zona de los grandes jardines y que también para algunos de mis amigos la meditación apartada poseía alicientes; aunque no es que, me apresuro a agregar, ninguno de los dos que aquí hallé semejase estar remontando el vuelo en una dirección muy original. Lady John y Guy Brissenden, dentro del cenador, estaban juntos meditando apartadamente: estaban juntos, es decir, porque apenas un palmo los separaba y estaban meditando, colegí, porque no estaban haciendo ninguna otra cosa. Según todos los síntomas, entre ellos se había asentado claramente el silencio y, fuera lo que fue-se lo que yo interrumpí, no fue nada parecido a una conversación. Nada —en aquel aire general de obviedad— me pareció tan patente como que lo que el excelso intelecto de Lady John seme-jaba extraer de la presencia de Brissenden era sobre todo la posibilidad de descansar. Empero dicho intelecto se sacudió esta languidez no bien su propietaria se apercibió de mi llegada; inme-diatamente se lanzó al campo de batalla; ejecutó, pude verlo, todas las maniobras exigidas por la falaz idiosincrasia de milady. Pude identificar estas emociones, y lo que las determinó, como atisbando a través de un cristal transparente.

Yo hallé, por mi parte, un infrecuente placer intelectual, el más excéntrico regocijo secreto, al notarla comenzar instantáneamente a representar el papel que yo le había atribuido en el irre-ducible drama. Se despabiló de una manera que únicamente podía tener como propósito darme a entender que era una mera bondad laxa lo que la había arrastrado a semejante situación embara-zosa. Por complacer al marido de su amiga era por lo que ella se había apartado tanto de los de-

más, pues en cierto modo lo compadecía y —siendo ella una bellísima persona como todos sa-bíamos— tenía, por cuestión de principios, una actitud comprensiva hacia los enamoriscamientos tontos. El de él *era* tonto, mas era inequívoco, *y* a ella llevaba cierto tiempo pareciéndole, en re-sumidas cuentas, un caso en el cual se requería un especial tacto. Que él la aburría mortalmente ya lo habría inferido yo de la manera en que estaban sentados allí, y ella podía confiar en que yo creería —¿verdad?— que ella sólo estaba cavilando cómo desembarazarse de él lo menos cruel-mente posible. Ella lo reconduciría de una manera segura al rebaño si yo le daba tiempo. Ella parecía pedirlo todo, extrañamente, *de mí,* hacerme notablemente partícipe de sus secretos, re-cordarme, como cifra del comportamiento de él, la notoria desatención hacia su esposa el día an-terior: el hecho de que él hubiese preferido, para trasladarse a Newmarch, el tren en que había de viajar la pobre de *ella.* En cualquier caso una de las consecuencias de mi haber engarzado tantas cosas, me dio la impresión, resultó ser el que a estas alturas yo estuviese capacitado para engar-zarlo todo. En la portentosa conducta de Lady John —conducta que pedía a gritos, por lo demás, un análisis— detecté todo cuanto estaba implicado en las conclusiones que yo había sacado a partir de las otras partes del problema. La pobre de ella fue quien inconfundiblemente me pro-porcionó la orientación y no quedó menos claro que me insinuó que le haría un favor tanto que-dándome con ellos como ingeniando algo que ahuyentase a su perseguidor. Ella deseaba, incluso al precio de ser dejada sola, que él fuera desviado de su persecución.

El pobre de él, en su asiento, me apresuro a agregar, no aportó a mi tarea de trazar a tientas este bordado nada más útil que un constante permanecer al margen. Habló lo menos que pudo, semejó no percatarse de lo que hablaban los demás y se limitó a dirigirme para su propia expli-cación una o dos miradas de tenue sugestividad. Sin embargo estas miradas fueron las que más impresión me produjeron y lo que transmitieron, por su lado, fue una súplica que directamente contradijo la de Lady John. Le entendí que era él quien estaba aburrido, él quien había sido per-seguido, él para quien la terquedad se había convertido en una horrible amenaza, él, en definiti-va, quien suplicaba mi intervención. Estaba tan dispuesto a encargarme que lo exonerara de su compañera que creo que sencillamente habría salido disparado sin apelar a mí si yo no hubiese adoptado mis precauciones contra ello. Pero es que resultaba que yo había visto en él una mo-mentánea utilidad distinta de

aquélla; por un lado deseaba no perderlo a él y por el otro no perder a Lady John, aunque con bastante celeridad yo había adivinado las auténticas preferencias de es-ta brillante mujer y de hecho enseguida mi más ardiente deseo fue dar con una demostración de ellas. La unión de estos dos era demasiado artificiosa como para que yo no hubiese relacionado ya con dicha unión el favor que dicha unión podía hacerle, según las previsiones de milady, a ese inobservado cultivo, por parte de ella, de un sentimiento hacia Gilbert Long que, merced a ser fingidamente correspondido por él, encajaba tan perfectamente con las otras piezas de mi rompe-cabezas. En aquel momento ver todo esto equivalió, recuerdo, a sentirme tan inhumanamente complacido como si hubiese descubierto tener el poder de crear una obra. Lo único que yo había creado era una o dos ayudas para la mejor comprensión que todavía yo necesitaba, y sin embargo decididamente me sentí poseído por un delicioso júbilo artístico. Lo que ocurría era que, para la cabal completud de mi demostración, yo necesitaba a Long y que, en aquel mismo ardor, me ha-bía convencido de que seguramente este caballero terminaría por presentarse si yo contempori-zaba un poco.

Lady John estaba enamorada de él y había levantado, para salvar su propia respetabilidad, la cortina de humo de una fingida relación con otro hombre: una relación de mero artificio y un hombre a quien nadie creería que ella diese esperanzas. Sin embargo también ella estaba discer-niblemente dividida entre su prudencia y su vanidad, pues aunque era dificultoso lograr que de un modo mínimamente vívido el pobre Briss figurase como un satélite tozudo, el fatigoso tacto del cual ella podía hacer gala le daba precisamente, argüía ella misma, derecho a ser refrescan-temente abanicada por algún ocasional ondear de la bandera bajo la cual ella, como ridícula-mente se imaginaba, había triunfado de veras. Aunque ella estaba donde yo acababa de encon-

trarla porque su cortejador la había arrastrado hasta allí, ella lo había soportado plácidamente gracias a la esperanza de ser rescatada por otro pretendiente. Lo había aguantado todo por la po-sibilidad de que el señor Long—con quien una *podía* sentarse en un cenador sin que pareciera un despropósito— hubiera tenido alguna venturosa adivinación del infortunio de ella. Ya anterior-mente él había tenido adivinaciones semejantes —gracias a cierta coyuntura suya que volvía desmesurada su sensibilidad—, y lp menos que podía hacer una infeliz mujer al salir perjudicada por un exceso de dadivosidad de la Naturaleza era enfrentar enamorado contra enamorado y ser la "comidilla' de todos de un modo halagador. Sólo por esta vez ella habría admitido, debía yo inferir, que era ocasión de echarle las culpas —¡oh, tan inofensivamente!— a su conocimiento del caballero mudamente nombrado entre nosotros. Pues bien, la "demostración" a que hace un momento me referí fue que yo no llevaría ni cinco minutos sentado junto a mis amigos cuando se presentó Gilbert Long.

Al instante vi cuán claramente favorecía el juego *de él* la circunstancia de que yo estuviese sentado junto a ellos: de esta guisa yo podría dar testimonio de que él podía dejar en paz a Lady John casi tan poco como... vaya, como podían hacerlo otras personas. Muy bien pudo ser el pla-cer de esta reflexión lo que de nuevo lo volvió desenvuelto y alegre, lo que suscitó en él, en todo caso, un modo de conducirse distinto de aquél debido al cual, antes del almuerzo, tal vez a con-secuencia de su vago *flair* para mi posible perspicacia, yo había sospechado que él me evitaba. Desde mi charla con él en la estación de Paddington la tarde anterior, yo no había tenido oportu-nidad de admirarlo hasta tal punto como el transfigurado conversador. Ver a Lady John con él supuso tener muy pocas dudas de la admiración *de ella,* del mismo modo que este espectáculo puso los puntos sobre las íes en lo relativo a mi convicción acerca de la venial duplicidad —sólo así me es posible denominarla— de él. Sobre la marcha discerní que originariamente no había formado parte de su plan servirse de Lady John y que lo peor de que podía acusárselo era de una bonancible aceptación, más aparente que real, en aras de sus propios fines, de la creencia de ella —la cual ella dejaba vislumbrar de vez en cuando— de que mutuamente se habrían cobrado mas afición si cada uno de ellos no hubiese sido, ¡ay!, tan decente. Él se aprovechaba de la afortunada casualidad de haber enamorado a una persona tan espectable, y en realidad me resultó tolerable-mente claro que ninguno de los dos resultaba estafado.

Lady John no deseaba un amante: esto habría constituido, como suele decirse, una demanda mayor de lo que ella, dadas las otras com-plicaciones de su existencia, podía atender; pero sí deseaba, en alto grado, causar la impresión de vivir una pasión que parejamente imponía audaces hazañas y sensatas abnegaciones, y esta cir-cunstancia se ajustaba plenamente a la conveniencia y la especial situación de su amigo. La va-nidad de ella gozaba, en tanto en cuanto alguna vez ella se atrevía a dejarla degustar un pequeño bocado, y los secretismos que ella practicaba, las simulaciones que urdía, ese peligro global de ser descubierta en el cual se hacía la ilusión de andar públicamente, a fin de cuentas constituían igualmente buen grano para el molino de ese apetito.

En la misma medida, no obstante, en que entre ellos nunca podría salir a colación que había otra mujer en la vida de Gilbert, por la otra parte había tenido que ser un axioma formulado ver-balmente que tantos pobres Briss como ella quisiese serían bienvenidos a figurar en la suya pro-pia. Bajo esta mas profunda inferencia, de repente cobré conciencia de que en gran manera yo compadecía a este último personaje también: lo compadecía casi tanto como a la señora Server; y no hay duda de que mi compasión tuvo algo que ver con que —tras proponerle que abandonára-mos juntos aquella tertulia y una vez que hubimos dejado atrás, tras su rauda aunque algo adusta contestación, el odioso cenador— yo pasara mi mano por su brazo. Había cosas que yo deseaba de él, y la primera era que me dejara demostrarle que yo podía ser amable con él. Del té en la mansión me había servido yo como pretexto para abandonar a los otros dos, cada uno de los cua-les pareció dirigir mi atención asaz ostentosamente hacia sus buenas y queridas razones para no anhelar reunirse con el gentío. Respecto a lo que Brissenden anhelaba, yo ya me había formado mi idea: me había formado mi idea del tema de sus pensamientos mientras, durante su cautiverio,

éstos habían errado lejos de Lady John; y puesto que la segunda cosa que yo deseaba era auscul-tar su anhelo, había resuelto ponerla por obra cuando llegásemos a la más cercana de las arbole-das al final de las cuales la mansión alzaba su bizarra fachada.

7

Lo detuve allí mientras le expresaba que probablemente él preferiría volver efectivamente a la mansión.

—¿Usted no vuelve a la mansión, pues?

—No, no me apetece el té de manera especial; y ahora puedo confesarle que me propongo dar un insociable paseo solitario. No disfruto de ocasiones como ésta —dije— a menos que de vez en cuando me retire solo a algún sitio el tiempo necesario para decirme cuánto las disfruto. Para eso era para lo que estaba cultivando la soledad cuando hace un rato me topé con ustedes por azar. Cuando lo vi allí con Lady John no pude menos que intentar poner buena cara; pero me alegra esta oportunidad de asegurarle que, a despecho de cualquier apariencia en contra, yo no merodeaba en busca de ustedes.

—Bueno —repuso francamente mi compañero—, me alegra que se presentara usted. Yo no estaba divirtiéndome excesivamente. —¡Huy, creo que sé cuán poco!

Durante un instante me atalayó con su anciano rostro patético, y fui más consciente que nun-ca de compadecerlo. De veras lo compadecí extraordinariamente y me pregunté si no sabría dár-selo a entender sin ofensa o indiscreción. Con tal fin lo había asido hacía un momento y deseaba retenerlo un poco, y me sentí alentado debido a que, aunque ya lo había desasido, él permanecía allí en vez de dejarme. Lo había hecho sentirse agitado la noche anterior, y posiblemente aun en el corto plazo transcurrido desde entonces habrían hecho su aparición una o dos nuevas causas para hacerlo sentirse así; sin embargo estos elementos dependerían asimismo de la manera en que se los tomase. La mirada con que en el momento presente me encaraba pareció insinuar que se los tomaría como yo esperaba, y no hubo sequedad, sino por el contrario el alborear de una tenue intuición de que tal vez yo podría auxiliarlo, en el tono con que recogió mis palabras:

—¿Lo “sabe” usted?

—¡Oh —exclamé riendo—, yo lo sé todo!

Él no se rió; no lo había visto reírse, en Newmarch, ni una sola vez; se mostraba continua, portentosamente serio, y en el momento presente recordé cómo durante el

almuerzo me había producido una gran impresión el efecto de ello, contrastado como había estado por el de la de-sesperada y exquisita frivolidad de la señora Server.

—¿Sabe usted que estoy absolutamente harto de esa horrible vieja?

En su pregunta hubo un sonido que habría podido, a mi modo de ver, sobresaltarme, aunque con idéntica celeridad esperé no haberme sobresaltado al modo de ver de Brissenden. No logré persuadirme a mí mismo, empero, de haber evitado exteriorizar el acaloramiento de mi esfuerzo por no exteriorizar nada. Yo había interpretado su asqueada alusión como referida a la señora Brissenden, y en ese sentido había resultado turbadora. Pero nada, por fortuna, resultó psicológi-camente más interesante que captar al instante siguiente el verdadero sentido de su alusión. El hecho de que él mismo pareciera mucho más viejo que Lady John era lo único que por un mo-mento me había hecho no ver lo lógico de que él no la considerara joven. Ella no era joven en la escala que *él* tenía derecho a aplicarles a las personas, y sentí upa soflama —también, me temí, demasiado visible— en cuanto comprendí a quién se refería. Que se refiriese así a Lady John me hizo, de alguna manera, sentirme tan bien que pensé que me habría sentido aún mejor de oírlo llamarla bruja o Jezabel. No era cosa de mi incumbencia (¡cuán poco era de mi incumbencia, si a eso vamos, casi todo!); aun así, indefiniblemente, inexpresablemente, me sentí satisfecho de él y aliviado. En verdad creo que durante uno o dos instantes hubo la posibilidad de que en mi pro-pensión a sondearlo, a fin de poder ofrecerle mi simpatía, yo estuviese dispuesto a arriesgarme a

trastumbar todo el edificio de mis precauciones. Por suerte, tal como sucedieron las cosas, no hice nada por el estilo: me las industrié para soplar suavemente sobre su secreto sin delatar nin-guna intencionalidad. Entre los huéspedes no había casi nadie salvo dos o tres de las mas joven-císimas mujeres a quien él no habría tenido derecho a llamar viejo. Lady John era una vejarrona, pues; la propia señora Server era mas que madura; Gilbert Long era gordo y cuarentón; y busqué si había alguna luz bajo la cual pudiera decirse que *yo —à plus forte raison*— era un viejo verde.

—Desde luego usted no puede apreciar lo divertido de ello, y en realidad eso no es justo para usted. Usted me pareció estar mucho mas en su elemento —me aventuré a agregar— cuando, esta mañana, más de una vez, por un acaso lo vi capturado por la señora Server.

—Oh, eso es harina de otro costal —repuso con un acento que prometía un incremento de la confianza.

—La señora Server es una mujer madura —proseguí—, si bien a un tipo como usted no pue-de parecerle tan vieja como Lady John. De cualquier manera tiene más encanto... aunque quizás —agregué— no tanta conversación.

Ante esto dijo algo extraordinario, que de nuevo casi me hizo sobresaltarme:

—¡Huy, no tiene ninguna *conversación!*

Me refugié, tan raudamente como pude, en una maravillada objeción:

—*¿Ninguna??*

—Ninguna digna de ese nombre.

Dejé manifestarse toda mi sorpresa:

—Pero ¿no estuvo parloteando con usted durante el almuerzo? —Esto lo forzó a sostener mi mirada mas prolongadamente y ya pude advertir que mi experimento —pues en eso insidiosa y disculpablemente deseaba yo convertirlo— estaba en vías de triunfar. 0 sea que yo había estado en lo cierto y ya sabía a qué atenerme. No habría sido posible “sondearlo” sobre su esposa y tampoco habría sido posible sondearlo, de un modo mínimamente directo, sobre él mismo, pero como resultaba que era fácilmente posible sondearlo sobre Lady John, de igual modo sería posi-ble sobre otras mujeres, o sobre la mujer concreta, al menos, que me importaba a mí. Me dio la sensación de que de veras yo sabía lo que hacía, pues sondearlo sobre la señora Server era en la práctica sondearlo indirectamente sobre sí mismo. De hecho fue quizá porque a estas alturas yo sabía de una

manera precisa, aunque en términos globales, el interés que él me inspiraba por lo que ahora me hallé libre para cambiar la base de mi indiscreción. Únicamente quería que supiese que en lo tocante al problema de la señora Server estaba dispuesto a llegar tan lejos con él como a él le apeteciera ahondar. ¡Cómo me convencí ahora de que él era *la* persona absolutamente se-gura de las de la mansión para hablar sobre ella!—. Me encontraba demasiado lejos de ustedes como para oír —ya había proseguido yo— y sólo pude apreciar el flujo de la conversación de ella a partir de la animada expresión de su semblante. Estaba extraordinariamente animada. Pero con ella, he de admitirlo —agregué—, a servidor eso siempre se le antoja una especie de *parti pris.* Jamás está *no* extraordinariamente animada.

—Su conversación no fluye en modo alguno —dijo Guy Brissenden.

Lo consideré:

—¿De veras?

Ahora pareció mirarme sin ninguna agitación:

—Caramba, ¿es que no ha visto por sí mismo...?

—...¿cómo es ella en ese aspecto? ¿Quiere decir que si no he conversado con ella? Pues esca-samente: se da la circunstancia de que todo hombre de la mansión *excepto yo* se me antoja haber sido colmado de tal privilegio... ¡suponiendo —exclamé riéndome— que su falta de temas per-mita que ello sea un privilegio o una colmadura! Me da en la nariz, de todas formas, que está de-cidida a no tener nada que ver conmigo. Trae al retortero a todo el resto de ustedes; a cada uno le concede su turno; sólo a mí me salta, me hace caso omiso sistemáticamente. Me consuela a me-dias, sin embargo —concluí—, ver las oportunidades tan breves de que disfruta cada uno de us-

tedes. Creo que usted personalmente ha disfrutado de la más larga.

Brissenden pareció preguntarse adónde quería yo ir a parar, mas no como si tuviera miedo de ello. Incluso había un punto en especial, con tal que yo supiera adivinar cuál, adonde le habría gustado que fuese a parar.

—Oh, es enormemente encantadora. Pero desde luego es asombrosamente extraña.

—¿Extraña? ¿De veras?

—Caramba, en el sentido, quiero decir, que pensé que usted insinuaba haber notado.

—¿El de una exagerada vivacidad? Oh, sólo he podido notarlo de lejos, sin saber qué signifi-ca.

Vaciló:

—¿No tiene ni idea de lo que significa?

—¿Cómo podría tenerla —sonreí— si ella nunca se me aproxima? He pensado que *eso,* co-mo le digo, es manifiesto. ¿Qué significa que me evite *a mí?* ¿Por casualidad ha arrojado, ante usted, alguna luz sobre ello?

—Creo —dijo Brissenden pasado otro momento— que ella le tiene cierto miedo.

No pude menos que sorprenderme:

—¿Al hombre más inofensivo de la mansión?

—¿Lo *es* en realidad? —preguntó, y hubo un matiz cómico en oírlo plantear esto con su in-veterada seriedad.

—Si me toma usted por algo distinto —respondí— dudo de que encuentre a alguien que lo respalde.

Ante esto, mi compañero apartó la mirada unos instantes, se dio la vuelta, fijó la mirada en la mansión y pareció, como con un cese del interés, a punto de dejarme. Pero en vez de dejarme espetó al instante siguiente:

—No deseo que nadie me respalde. No me haría ilusión. Ahora mismo yo no quería decir —prosiguió— que la señora Server me haya dicho algo contra usted o que le tiene miedo porque la disguste. Lo único que me ha contado es que cree que *ella lo* disgusta a usted.

Ello me causó una especie de conmoción:

—Una criatura tan preciosa y tan... tan...

—Tan ¿qué? —preguntó al quedarme yo cortado por mi deseo de protegerla.

—Pues tan refulgentemente feliz.

Ya había reconquistado toda su atención:

—¿Eso es lo que ella es?

—¿Es que usted no lo sabe, pese a todas sus oportunidades? —Fui consciente de recibir toda una inspiración, parte de la cual consistió en mostrarme jocoso—: ¿Qué está intentando —pregunté riéndome— sonsacarme?

Por suerte me dio la impresión de que, aunque él permaneció tan inaccesible a la alegría co-mo de costumbre, no se sintió, debido a su embebecimiento, desagradablemente afectado por mi tono:

—Claro está que si usted no tiene ni idea, no puedo sonsacarle nada.

—Ni idea ¿de qué?

Fue entonces cuando por fin lo engatusé efectivamente:

—Pues de lo que a ella le pasa.

—¿Es que le pasa algo en especial? ¡Si sí le pasa —seguí—, yo ya le he sonsacado algo *a us-ted!*

—¿Cómo es eso, si ignora lo que es?

—¿Quiere decir si usted mismo lo ignora? —Pero, sin entretenerlo con esto, pregunté—: ¿En qué consisten los indicios en concreto?

—Pues en que todo el mundo opina eso: que le pasa una u otra cosa.

Esto me conmocionó de nuevo, pero me conmocionó excesivamente: *Henry James La Fontana Sagrada* Página 45 de 123

—¡Oh, todo el mundo es tonto!

Él advirtió, a su extraña manera desvaída, dicha conmoción:

—¿O sea que usted *tiene su* propia teoría?

Seguramente la sonrisa que le dediqué, mientras guardaba yo silencio, traslució agitación.

—¿Quiere decir que se murmura de ella? —inquirí.

Pero él también guardó silencio; después dijo:

—¿Es que no le han demostrado...?

—No: nadie ha hablado ante mí. Además yo no lo habría consentido.

—¡Pues helo *ahí!* —exclamó Brissenden—. Si los ha mantenido a distancia, ha de ser porque discrepa de ellos.

—¡No estaré seguro de hacerlo —repliqué— hasta enterarme de lo que opinan! No obstante, repito —agregué— que incluso entonces ello me traería sin cuidado. No tengo inconveniente en reconocer que ella me interesa inmensamente.

—¡Helo ahí, helo ahí! —tornó a exclamar.

—Eso es todo cuanto a ella le pasa por lo que *a mí* respecta. Ya ve usted, en cualquier caso, cuán poco miedo necesita tenerme ella. Es bella y es gentil y es feliz.

Mi amigo clavó la mirada en mí:

—¿Qué es lo que a usted lo interesa tanto en eso? ¿Acaso ésa no es una descripción que aquí puede aplicarse a una docena de otras mujeres? No puede usted afirmar, ya sabe, estar interesado por *ellas*, pues hace un momento las caracterizó como igual número de tontas.

Para mí hubo cierta sorpresa en tamaña perspicacia, la cual, empero, sin duda me apercibió sobre la necesidad de conservar mi sangre fría:

—No pensaba en las mujeres: pensaba en los hombres.

—Se lo agradezco por lo que me toca *a* mí—dijo con su delicada melancolía.

—Oh, querido Brissenden, lo exceptúo “a usted”.

—Y ¿por qué debería usted hacerlo?

Me sentí una pizca presionado:

—Le hablaré sobre ello en alguna otra ocasión. Y entre las mujeres exceptúo a la señora Brissenden, con quien, como ya ha podido notar, he estado conversando mucho.

—Y ¿también me hablará sobre eso en alguna otra ocasión? —Tras lo cual, puesto que me limité a realizar amigablemente un ademán negativo con la cabeza, tuvo su primer asomo de chistosidad—: Entonces se lo sonsacaré a mi esposa.

—Jamás. Ella no le contará nada.

—¿Le ha dado su palabra? Eso no alterará el hecho de que a mí me lo cuenta todo.

A decir verdad dijo aquello de una manera que durante un instante me hizo protegerme con-sultando mi reloj:

—¿Va á volver a la mansión para tomar el té? Si la respuesta es sí, lo acompañaré, pese a mi deseo de vagar, durante una veintena de pasos. —Ya había vuelto a pasar mi mano por su brazo y anduvimos un poco hasta que insinué sentirme seguro de que la señora Server estaría esperán-dolo. A esto repuso que si lo que deseaba era desembarazarme de él, él estaba dispuesto a asentir lo mismo a aquello que a cualquier otra cosa: comentario al cual, por mi parte, respondí con una pregunta, aunque una pregunta que nada tenía que ver con aquello—: ¿Asimismo usted se lo cuenta todo a la señora Brissenden?

Esto lo detuvo mas bruscamente de lo que yo había esperado.

—¿Me lo pregunta a fin de que yo no le hable a ella de esto?

Me mostré despistado:

—¿De “esto”?

—Caramba, de lo que hemos discernido...

—...¿usted y yo acerca de la señora Server? Con respecto a eso debe usted obrar, mi querido amigo, enteramente a su propia discreción. Tanto mas cuanto que ¿qué diantres *hemos* discerni-

do? Le aseguro que yo no tengo secreto alguno que confiarle sobre ella, exceptuando que jamás he visto persona más inextinguiblemente radiante.

Casi se precipitó sobre aquellas palabras:

—¡Pues ésa es precisamente la cosa!

—Ésa es precisamente ¿qué cosa?

—Caramba, lo que todos murmuran. Que ella es así de endiabladamente radiante. Que es así de inmensamente feliz. Se trata—explicó— del misterio de qué diantres tiene que la vuelve así.

Me estremecí un poco, pero procuré no exteriorizarlo:

—Mi querido amigo, ¿cómo puedo saberlo *yo?*

—Ella *cree* que usted lo sabe —contestó tras una pausa.

No pude sino quedarme pasmado:

—¿La señora Server cree que yo sé qué la vuelve feliz? —Caractericé tanto más fácilmente como peregrino tal convencimiento cuanto que de veras me había resultado sorprendente.

Pero ahora Brissenden estaba enfrascado en sus propios pensamientos:

—Ella *no* es feliz.

—¿Quiere decir que eso es lo que le pasa bajo su apariencia...? Entonces ¿qué vuelve tan asombrosa su apariencia?

—Caramba, precisamente lo que digo: que en ella no se ve nada de nada que se corresponda con ello.

Titubeé:

—¿Quiere decir en sus circunstancias?

—Sí, o en su carácter. Sus circunstancias no son nada fuera de serie. No le sobra el dinero; ha tenido tres hijos y los ha perdido; y nadie que le pertenezca parece haber sido especialmente agradable con ella.

Le di vueltas a aquello:

—¡Cuánta empatía *tiene* usted con ella!

—¿Llama usted empatía a estar más desconcertado cuanto más la veo?

—¿Acaso decir que está desconcertado no es sino, hablando en términos generales, decir que está fascinado? Eso siempre (¿no es verdad?) describe más o menos cualquier relación absorben-te con una bella dama.

—Vaya, no estoy seguro de estar tan fascinado. —Habló como si hubiera meditado esta pre-cisa cuestión para sus adentros; tuvo una manera peculiar de mostrarse lúcido sin brillantez—: No soy nada fácil de fascinar, ¿sabe? —agregó al siguiente instante—; y no soy un tipo que vaya mucho tras las mujeres.

—¡Huy, jamás he supuesto tal cosa! ¿Por qué diantres *debería* usted hacerlo? ¡Sería lo últi-mo! —exclame riéndome—. Pero ¿no es éste, bastante (¿cómo diría yo?) inocentemente, un caso algo especial?

En él mi pregunta suscitó un pequeño gesto de euforia, un gesto enfatizado por un chasquear los dedos índice y pulgar:

—¡Sabía que usted sabía que era un caso especial! ¡Sabía que usted había estado meditando sobre ello!

—Ciertamente —repliqué con aplomo— usted me ha hecho, durante los últimos cinco minu-tos, meditar sobre ello con cierta intensidad. No pretendo que ahora yo no reconozca que algo *debe* pasarle. Tan sólo deseo (no es de extrañar) que le *pase* algo, para justificar mis meditacio-nes, si, tal como está usted seguro, puede imputárseme haberme tomado una tal libertad. Si la señora Server es bella *y* gentil *y* extraña —continué especiosamente—, ¿qué son tales cosas sino un atractivo?

Vi cómo él tenía tales cosas, fuesen lo que fuesen, ante sí mientras negaba lentamente con la cabeza:

—No son un atractivo. Son demasiado anómalas.

En un instante me percaté de cuál era la manera de congeniar con él; y más aún porque a es-tas alturas me sentía empeñado, hasta las cejas del intelecto, en averiguar *cuán* anómala podía ser la persona a debate.

—Oh, por supuesto no hablo de ella en cuanto parte de ningún coqueteo superficial u objeto de ninguna clase de persecución vulgar. Pero hay tantas maneras diferentes de estar seducido.

—Para un tipo como usted. Pero no para un tipo como yo. Para mí sólo hay una.

—¿Sentirse, quiere decir, enamorado?

Él lo expresó de una manera levemente distinta: —Vaya, sentirse enteramente complacido.

—Oh, sin duda ésa es la manera mejor y el terreno firme. Y ¿quiere decir que *no* se siente en-teramente complacido en compañía de la señora Server?

—En efecto... y sin embargo deseo ser gentil con ella. Conque ¿qué es lo que pasa aquí?

—Oh, si lo que me pregunta es qué le pasa *a usted*, eso amplíala cuestión. Si desea ser gentil con ella, es que tiene empatía con ella, tal como íbamos diciendo, en medida suficiente para mi alegato. Y ¿no pasa también, a fin de cuentas —exigí—, que sencillamente usted percibe que ella desea que usted sea gentil?

—Ella lo desea. —Y me miró como con la sensación de extraer de mí, para su alivio, una cierta ayuda mayor que la que por ahora yo tenía la valentía de ofrecer—. Es cierto que ella desea que yo sea gentil. Ello le agrada. Y lo extraordinario es que ello me agrada *a mí*.

—Y ¿por qué diantres debería no agradarle a usted?

—Porque ella me aterroriza. Tiene algo que ocultar.

—Pero, mi querido amigo —pregunté con una despreocupación singularmente alejada de la pequeña emoción secreta que me habían producido aquellas palabras—, mi querido amigo, ¿qué mujer que valga algo la pena no lo tiene?

—Sí, pero hay modalidades diferentes. Lo que *ella* pretende es esa falsa apariencia de felici-dad.

Sopesé aquello:

—Pero ¿acaso eso no es algo estupendo?

—Es terrible tener que mantenerlo.

—Ah, pero ¿y si usted no tiene que hacerlo *por* ella? ¿Y si todo el peso recae sobre ella?

—No es así —dijo enseguida Guy Brissenden—. Yo (“por” ella) colaboro a mantenerlo. —Y después, igual de inesperadamente para mí, brotó el resto de su confesión––: Deseo hacerlo, pro-curo hacerlo: a eso me refiero con lo de ser gentil con ella y lo de la gratitud con que ella se lo toma. Servidor siente que no desea que ella se hunda.

Fue en este punto —por el patético matiz que tuvo— cuando por fin sentí que yo había que-mado mis naves y no me importó hasta qué grado yo exteriorizase estar de parte de él:

—Pero no se hundirá. Usted debe mantenerla a flote.

Permaneció un rato con un pulgar en cada bolsillo de sus pantalones y su melancólica mirada errando por algún punto muy por encima de mi cabeza, por las copas de los árboles más altos:

—¿Quién soy *yo* para mantener a flote a nadie?

—Caramba, usted es exactamente el hombre indicado. ¿Usted no es feliz?

Siguió mirando hacia las copas de los árboles:

—Sí.

—Pues bien, en ese caso usted pertenece a la clase útil. Usted cuenta con los recursos preci-sos. Las personas felices son las que deberían ayudar a las otras.

Otra vez, en idéntica actitud, guardó silencio.

—¡Para *usted* es fácil hablar de eso! —exclamó.

—¿Porque yo no soy feliz?

Esto lo hizo bajar la mirada hacia mí:

—Creo que en estos momentos sí lo es un poco, a costa mía. Lo negué de un modo conforta-dor:

—A usted no le cuesta nada si (tal como ahora lo reconozco) yo entiendo hasta cierto límite.

—¡Eso es más, entonces, de lo que (tras hablar así de ello con usted) *yo* creo entender!

Había espetado esto con un repentino suspiro, volviéndose para reiniciar la marcha; conque avanzamos unos cuantos pasos más.

—No tiene usted nada de lo que preocuparse —comenté entonces con espontaneidad— ex-cepto de *ser* tan gentil como lo requiere el caso *y* de ayudar. Seguramente la verá usted buscán-dolo incluso ahora en la terraza. —Le di unas palmadas en la espalda, mientras avanzábamos un poco más, pero como yo seguía prefiriendo permanecer apartado de la mansión, enseguida me detuve otra vez—. No desperdicie la oportunidad. *Noblesse oblige.* Nosotros la sacaremos del apuro.

—¡Usted dice "nosotros" —replicó—, pero se mantiene al margen!

—¿Por qué debería usted desear que yo interfiriese en su tarea? —pregunté—. Yo no me mantendría al margen si ella me necesitase a mí tanto como a usted. Precisamente eso es, tal co-mo lo ha admitido usted mismo, lo que ella no necesita.

—Pues bien, entonces —dijo Brissenden— haré que ella vaya por usted. Creo que yo necesi-to su ayuda tanto como ella puede necesitar la mía.

—Huy —protesté ante eso—, de veras ya le he dado a usted toda cuanta puedo exprimir de mí. Y sabe por su cuenta mucho más que yo.

—¡Nada de eso! —con lo cual se volvió un tanto brusco—; pues usted sabe *cómo lo* sabe... cosa de la cual yo no tengo ni lamas mínima noción. Ello es precisamente—insistió, encarándo-me de nuevo— lo que debería usted revelarme.

—Tengo alguna duda sobre de qué me habla usted, pero barrunto que alude a lo extraño de estar yo tan interesado sin haber sido mas informado.

—Usted tiene alguna pista —dijo Brissenden—; y de una pista es de lo que yo mismo carez-co.

—¡Entonces sonsáquesela —exclamé riendo— a la señora Server!

Se maravilló:

—¿Ella sabe?

Aún tuve, pese a todo, que mostrarme un poco elusivo:

—Que si sabe ¿el qué?

—Caramba, que usted ha averiguado lo que ella tiene que ocultar.

—Usted es enteramente libre de preguntárselo. Incluso me maravilla que no lo haya hecho todavía.

—Pues... —dijo con el más exquisito mandoble de inconsciencia que me había asestado has-ta ahora— pues supongo que ha sido porque le tengo miedo.

—Pero no el suficiente miedo —me aventuré a sugerir— para en este momento no anhelar verla si vuelve usted a donde está reunida la mayor parte de nuestra concurrencia. Usted no va por el té, usted va por la señora Server: exactamente en quien usted pensaba, a mi parecer, mien-tras estaba allí sentado en compañía de Lady John. Conque ¿a qué teme usted tan tre-mebundamente?

Fue como si yo leyese en su penumbrosa cara una especie de gratitud por sacarle a relucir to-das aquellas cosas:

—Yo no sé que sea nada que ella pueda hacerme *a mí.* —En cierto modo lo explicó para sí mismo—. Es como si pudiese sucederle algo a ella. Es lo que ya le he dicho a usted: que puede hundirse. Si usted me pregunta cómo o en qué —siguió—, ¿cómo puedo especificárselo? En lo que quiera que sea en que ella esté empeñada. Ignoro qué es. —Entonces concluyó con un suspi-ro que, pese a su suavidad, él trató de reprimir torpemente—: ¡Pero es una u otra cosa!

—En tal caso, ¿qué cosa puede ser —pregunté— sino aquello a que alude usted con eso de lo que yo he “averiguado”? El esfuerzo que usted percibe en ella es el esfuerzo del ocultamiento: vano, como infiero que les parece a ustedes dos, en lo que *a mí,* con mi preternatural clarividen-

cia, concierne.

Asimilando esto con la definitiva serenidad a la cual mi apoyo había coadyuvado directamen-te, aun así me dirigió, antes de siquiera abrir la boca, una extraña mirada de soslayo:

—¿Realmente no sería mejor que usted me lo revelara? Yo nunca la interrogo, ya ve usted. A ella yo no le expongo así las cosas.

—Claro, claro: ya le he mostrado a usted que yo lo veo todo. Eso que usted me dice es parte de su admirable gentileza. Pero debo insistir en que nada me empujaría a revelárselo a usted.

Su pobre cara de anciano francamente suplicó:

—Pero es que deseo saberlo con tantas ganas.

—¡Ah, helo ahí! —exclamé riendo casi triunfalmente.

—He ahí ¿el qué?

—Caramba, todo. Lo que he adivinado que es la ligazón entre usted y la señora Server. El que usted desee saberlo con tantas ganas.

Me dio la impresión de que ahora él fuese, intelectualmente hablando, maleable cera en mis manos:

—¿Y el que ella desee que yo no lo sepa?

—El que ella desee que yo no lo sepa —sonreí.

Él ató cabos:

—Y el que esté deseosa, por consiguiente...

—...¿de que usted (sólo usted, por empatía, por compañerismo, por el exuberante hechizo de ello) sí lo sepa? ¡Pues entonces, por todas esas razones, *y a* pesar de lo que usted denomina su propio miedo, *sondéela!* —Tras lo cual ahora lo abandoné por fin.

8

Temo no poder decir exactamente qué fue, después de eso, lo primero que hice ni qué prove-cho inmediato extraje de nuestra separación. Me sentía absurdamente excitado, aunque de hecho así era como me había sentido durante todo el día; en realidad había habido grados cada vez más profundos de ello desde mi primer estremecimiento sobrenatural tras pasar, el día anterior en nuestro vagón de tren, una hora abocado a la contemplación y el cotejo, por así decirlo, de Gil-bert Long y la señora Brissenden. Ya he

consignado cómo mi primer contacto pleno con el esta-do transmutado de estos acompañantes había ocasionado que en mi serena mente sonase una au-dible campanada de alarma. Ya he hablado de mi agudizada percepción de que algo completa-mente fuera de lo común le había sucedido, por separado, a cada uno, y ciertamente ahora estaba en condiciones de congratularme de no haberme perdido ni una sola traza de la senda que de esta guisa había sido arrastrado a seguir. Era una senda que me había llevado lejos y en este momento verdaderamente me *sentí* lejos. Me atrevería a decir que durante algún rato después de haber de-jado al pobre Briss, después de lo que de veras puedo calificar como haberlo apremiado, fue así como predominantemente me sentí. Estar donde yo estaba, me llevase ello a donde me llevase, me pareció lo bastante halagador para hacerme experimentar el regusto del triunfo. Entonces pa-recía que cuantas más cosas yo hacía encajar, más significado, en todos los sentidos, adquirían éstas: observación que me produjo una extraordinaria satisfacción. Justificaba mi indiscreta cu-riosidad; coronaba con belleza mi operación sibilina. Quizá dicha belleza fuese sólo *para mí* la belleza de haber estado en lo cierto; de todos modos se constituyó en un elemento en el cual, mientras el largo día se extinguía suavemente, vagué *y* devalé *y* despreocupadamente floté. Tal elemento me animó airosamente, y mi personal triunfo pareció fundirse con el hechizo de aquel momento y lugar.

Había una oscuridad general en las zonas más bajas: una clara penumbra delicada en el jardín y las avenidas, una tenue difusión del ocaso contra el cual se recortaban en el aire dorado las co-sas más altas, las elevadas copas de los árboles *y* los pináculos, las largas crestas del bosque in-

móvil *y* los tejados rematados por chimeneas. Los últimos gritos de las aves sonaban ex-traordinariamente fuertes: eran como los rítmicos chapaleos alarmados, en anchas aguas tranqui-las, de somorgujos que no esperasen volver a alzar la cabeza. Apenas sé qué extraña sensación tuve de deambular a la caída de la tarde por las tierras de algún castillo encantado. Decididamen-te no había visto nada tan comparable a esto desde los días de los cuentos de hadas y del infantil imaginar lo imposible. En *aquella* época solía dar vueltas alrededor de castillos encantados, pues en aquella época vivía en un mundo donde lo extraño "se materializaba'. El materializarse era lo que constituía la demostración del encantamiento, el cual, por lo demás, lógicamente nunca era tan grandioso como cuando tal materialización era, hasta el grado ya expresado y gracias al más romántico de los conjuros, fruto de la hechicería propia. Verdaderamente estaba —de tal forma se había completado el ciclo— orgulloso de mi obra. Lo había desentrañado todo a base de pen-sarlo, y haberlo pensado era, maravillosamente, haberlo hecho surgir. Y sin embargo recuerdo que incluso entonces supe inmediatamente que había algo supremo que yo no habría logrado ha-cer surgir de no haberme percatado súbitamente de la mismísima presencia del fantasmagórico principio rector, por así decirlo, de mis pensamientos. Ésta fue la luz bajo la cual la señora Ser-ver, caminando ahora sola, al parecer, por el bosque gris y deteniéndose al verme, se apareció con su claro vestido al final de una arboleda. Fue exactamente como si se hubiese presentado allí merced a una operación de mi inteligencia o incluso —de una manera aún más venturosa— de mi sentimiento. Mi excitación, como antes la he denominado, cuando la vi, se volvió sin duda alguna emoción. Sin embargo, *¿qué* fue en realidad esta sensación... a rendir cuentas de la cual, al punto a que de esta guisa habíamos llegado, me sentí instado por todas las cosas?

Pues bien, antes de expirar aquel minuto supe que ello me había emocionado al modo de una extraordinaria ternura; conque ésta es la denominación que debo adjudicarle para extraer el ma-yor provecho. Ya anteriormente había tenido la impresión de que la compadecía, pero ahora me resultó patente que la compadecía más de lo que había creído. De inmediato toda su historia pa-reció contemplarme desde el hecho de su solitario vagabundeo en este momento. Sostuve esta mirada sin ninguna renuencia, únicamente deseando que ella supiese que si le daba la impresión de que la acechaba en el bosque, de que al anochecer la esperaba allí con una intencionalidad, en modo alguno iba yo a

defenderme de tal acusación. Apenas puedo constatar claramente en cuán-tas exquisitas cosas extrañas pensé durante este breve suspense de su vacilación. En primer lugar quise ponerle fin, y mientras daba algunos pasos hacia ella me sentí casi tan sigiloso y precavido como si estuviera atrapando un pájaro o cazando un cervatillo. Aquellos pasos que di me ubica-ron en un sitio donde otra perspectiva hacía intersección con la nuestra, de tal manera que juntas formaban un círculo vegetal con un anocheciente cielo por encima y unos grandes entrantes alar-gados y arqueados en que se espesaba el crepúsculo. Oh, con ello había de sobra para formar mi castillo encantado, y cuando reparé en cuatro viejos bancos de piedra, masivos y musgosos y si-métricamente emplazados, reconocí no sólo la influencia del estilo grandioso sobre mi aventura sino también la familiar identidad de este rincón consagrado, que pertenecía a la categoría de to-do lo olvidado y rememorado. Nos encontrábamos dentro de un bello cuadro antiguo, nos encon-trábamos dentro de un bello cuento antiguo, y no sería por culpa de Newmarch si no había algún otro verde *carrefour*, no muy lejos, que complementase a éste y ofreciese la alternativa de horna-cinas, entre el verdor, ocupadas por estatuas sobre floridos pedestales deterioradas por las incle-mencias del tiempo.

Sin dilaciones me senté en el más próximo de nuestros bancos, pues ésta me pareció la mejor manera de expresar la idea de la cual me había henchido la visión de la señora Server. Ello le manifestó que puesto que la observaba asimismo la esperaba y que por consiguiente no fingía de modo alguno que realmente ella debiese desaprobar. Había estado demasiado alejada para que yo pudiese escrutar su semblante, pero su aproximación había vacilado lo suficiente para que yo hu-biese advertido que si ella no lo hubiese considerado demasiado tarde, habría ideado, a fin de huir de mí, algún subterfugio para dar media vuelta y marcharse. Fue precisamente el que yo me

sentase lo que representó la diferencia: fue el mostrarme tan natural con ella lo que la atrajo. Se acercó despacio y un poco fatigadamente por el sendero, y su triste avance tímido, con el api-ñado bosque a ambos lados de ella, fue como la remembranza de una pintura o el estribillo de una balada. Lo que *para mí* representó la diferencia —si alguna diferencia era necesaria aún— fue mi conciencia de este brusco cese de su extravagancia pública. Había replegado su actitud al igual que su sombrilla de volantes, la cual parecía arrastrar tras de sí tal como un soldado triste arrastra su mosquete. Sin el menor remordimiento tuve presente que ésta era la persona a cuya búsqueda había instigado yo al pobre Briss: la persona al no lograr encontrar a la cual el pobre Briss me profesaría tan escaso agradecimiento. Para mí fue igualmente notorio que, por muy desapegada y despreocupada que, al avistarme por primera vez, hubiera deseado mostrarse, era para posarse sobre el pobre Briss para lo que había salido de paseo: por no haber estado él en la mansión y en consecuencia resultar posible que él, por su lado, estuviera vagabundeando era por lo que ella había tenido buen cuidado de salir sin compañía. Mi demostración estaba completa desde el momento en que los había pillado a los dos en el acto de buscarse mutuamente, y me sentí tan satisfecho de haberlos capturado que me importó muy poco qué más hubiesen perdido. Ni me moví ni hablé hasta que se me hubo aproximado lo bastante, y como ella tampoco pro-nunció palabra pareció hacerse patente el significado de nuestro silencio. Nuestro silencio formu-ló ahí absolutamente, dentro de todas aquellas circunstancias maravillosas, una relación ya esta-blecida; pero lo extraño y hermoso fue que tan pronto como hubimos reconocido y aceptado es-to, dicha relación casi nos infundió desenvoltura.

—Debe de estar fatigada de caminar —dije por fin—, y ya ve que he estado guardándole un sitio.

Por último me había levantado, a modo de señal de bienvenida, pero inmediatamente ya ha-bía vuelto a mi anterior postura, y fue una buena ilustración de los términos en que nos tratamos el que a ninguno de nosotros pareciera importarle que al mismo tiempo ella se quedase de pie. Se quedó de pie ante mí como para asimilar —con su sonrisa que a estas alturas se había desvaneci-do bastante— más de lo que sería probable que ninguno de los dos pudiera, al fin y a la postre, decir. Desde este instante vi incluso, creo, que ella, entendiera lo que entendiese, no sería capaz de decir sino muy poco. Se entregó, en aquel

instante, más de lo que, sin duda, supo: se entregó, quiero decir, a una más intensa aprehensión mía. Ensayó la expresión facial, pero lo que me lo dijo todo fue el modo como la expresión facial se hundió. Su preciosa mueca, luz de las horas anteriores, resultó tan borrosa como una acuarela estropeada al derramarse un vaso del pintor. Me atalayó con su mueca igual que durante aquel día había atalayado a cuarenta personas, pero su mueca se retorció cual un pájaro con una ala rota. Miró de izquierda a derecha y de abajo a arriba, hacia cada uno de nuestros crepusculares senderos y hacia nuestras áureas copas de árbo-les y nuestro pintado cielo, donde, en ese momento, el paso de una bandada de cornejas produjo un clamor. Parecía desear brindar una explicación de su propia soledad, pero bastante rápida-mente me convencí de que ella nunca lograría dar con una explicación presentable. Únicamente quise demostrarle cuán poco yo se la exigía:

—Me gusta dar un paseo solitario —proseguí— al final de un día abarrotado de gente: me da la impresión, en ocasiones así, de que ha sucedido algo que la mente quiere atrapar y fijar antes de que la vividez se esfume. Así que me dejo ir a la deriva durante una hora, hago inventario de mis impresiones. Pero hay una cosa que no creo que sepa usted. Es la primerísima vez, en un lu-gar así y a una hora así, que me ha sobrevenido toparme con una amiga aquejada de la misma perversidad y ocupada en la misma finalidad. En su mayoría las personas, ¿no se da cuenta? —sostuve mi discurso como pude—, ni por asomo saben lo que les ha sucedido, pero no se preocu-pan por saberlo. Ésa es una de las modalidades, y no niego que a efectos prácticos pueda ser la mejor. Pero si uno sí se preocupa por saberlo, ésta es otra modalidad. Tan pronto como la vi al extremo del sendero, me dije con un leve estremecimiento de júbilo: “¡Ah, eso es que también es su modalidad!” Me pregunto si usted me tolerará decirle —seguí debatiéndome lisonjeramente—

que inmediatamente usted me agradó más a causa de ello. Ello parecía unirnos más. Eso es lo que he querido expresarle sentándome aquí sin dilaciones. “Sí”, deseé que usted comprendiera que yo decía sinceramente, *“estoy,* igual que usted, a la deriva, o en las musarañas, o como se quiera denominarlo, y éste es un paraje nada malo para semejante tesitura'. No soy capaz de ex-presarle cuánto placer supone para mí ver que usted me ha comprendido.

Sostuve mi discurso, como digo, para tranquilizarla y aliviarla y calmarla; no había nada, por muy fantástico que fuese y nacido de la presión del momento, que yo no habría aventurado con ese propósito. Ella estaba absolutamente en mis manos junto con su secreto: supe esto por la ma-nera en que siguió de pie y me escuchó, mostrándose silenciosamente confortada y apaciguada. Fue palmario que aunque hasta ahora me había parecido que ella estaba “por todas partes”, sin embargo en ningún otro lugar yo había tenido menos esa impresión que en este remoto paraje. Pero si, aunque yo estaba únicamente más cerca de su secreto y todavía no en posesión del mis-mo, me sentía tan justificado como ya me he autodescrito, de igual modo se me ocurrió que esta-ba lo suficientemente cerca, habida cuenta del punto a que habíamos llegado, para lo que habría de deducir de todo aquello. Ella estaba en mis manos: era ella misma, pobre criatura, quien lo estaba; esto fue lo que precisamente ahora se perfiló como grandioso, y en comparación el secre-to resultaba un simple detallito.

—Creo que es usted muy gentil —dijo por toda respuesta al discurso que he reproducido, y al instante siguiente ya se había dejado caer, en confeso desplome, sobre mi banco, en el cual se quedó sentada mirando fijamente ante sí. Ahora el mero mecanicismo de su expresión, el solo farolillo colgante, era todo lo que quedaba en su cara. Permaneció así un rato como desalentada ante la percatación del agotamiento que su rendición había traslucido. Vacilé, únicamente por este miedo a aumentarlo, en compadecerla por ello más explícitamente, pero ella habló otra vez antes de que yo hubiera encontrado algo que decir. Lo cierto es que reanudó su atención como con esfuerzo y desde la distancia—: ¿Qué es lo que le ha sucedido a usted?

—Oh —dije riendo—, ¿qué es lo que le ha sucedido *a usted?* —Mi pregunta no tenía la me-nor intención de presionar, mas la hizo volverse para mirarme, y ésta, lo advertí con celeridad, era toda la respuesta que aun la más despiadada curiosidad habría podido desear,

tanto más cuan-to que en la misma no hubo mayor deliberación que en mis anteriores palabras. Hermosa, abis-mal, involuntaria, su exquisita debilidad sencillamente abrió de par en par las puertas que ella habría querido cerrar. En resumidas cuentas se trató de un supremamente infructuoso esfuerzo por no decir nada. Eso lo dijo todo, y al cabo de un instante mi parloteo —de todos modos, fuera de lugar por ser totalmente audible— quedó acallado para convertirse en un temor reverencial ante lo que ello había transmitido. Vi como nunca en mi vida lo que una pasión devoradora pue-de hacer del infortunado mortal sobre quien, con el pico y las garras abiertos, se lanza como so-bre una víctima. Me recordó a una esponja exprimida y con finos poros desgarrados. Vaciada y rebañada de todo, sólo restaba estrujar su cáscara. Así me percaté de que la víctima podía ser destruida, y así se desprendió de estas cosas que la destrucción podía ser consciente. Ésa era la tragedia de la señora Server: que su consciencia sobrevivía, y sobrevivía con una energía que la impelía a luchar y disimular. Dicha consciencia era todo su secreto: de cualquier modo era todo el mío. Rotundamente me prometí que en adelante yo me mantendría bien alejado de cualquier otro secreto.

Mas no por ello dejé de desenzarzar —merced a simplemente permanecer allí sentado con ella— el sentido de mas cosas de las que habría podido nombrar, cada una de las cuales, tal co-mo me di cuenta, enterneció aún mas mi compasión. ¿Quién de todos nosotros podía afirmar que su propia caída no podría ser tan profunda... o que al menos no podría llegar a ser así en unas cir-cunstancias similares? Por unos instantes me olvidé enteramente de la señora Server, me temo, debido a la intimidad de esta visión de las posibilidades de nuestra común naturaleza. Ella se convertía en un tan malgastado y humillado símbolo de ellas que muy bien habría podido inun-dar de lágrimas cualesquiera ojos. Cuando seguidamente torné a fijarme en ella —nuestro en-

cuentro parecía diluirse en una mera dulzura de silencio—, vi que mientras que generalmente las personas, en casos tales, tal vez habrían renunciado a mucho, la clase de persona que era esta po-bre dama sólo era capaz de renunciar a todo. Ella era el naufragio absoluto de su propia tor-menta, por consiguiente, pero al cual todavía se aferraba el pálido fantasma de una insólita sensi-bilidad, haciendo ondear en el mástil, con un coraje que emocionaba el corazón, el último jirón de su bandera. Hay impresiones demasiado delicadas para ser puestas en palabras, conque no intentaré decir cómo fue que bajo la influencia de ésta sentí que no podría volver a hacérseme presente nada que concerniese a mi compañera salvo el propio hecho de su asombrosa gallardía. Éste era el origen de su pequeña gloria estéril, que constituía incluso para ella una pequeña su-blimidad bajo cuya luz se tornaban vulgares las meras adivinaciones menores. Ahora yo sabía a punto fijo quién era éL porque precisamente gracias a eso me había enterado de quién era *ella;* y nada habría podido ser más intenso que la fuerza con que ello me inculcó que en realidad me ha-bía enterado de muchas más cosas de las que había pretendido. No habría tenido por qué sobre-venirme nada si yo no me hubiese mostrado tan absurda, tan fatalmente meditativo sobre el po-bre Long: accidente éste que la mayoría de los huéspedes, huéspedes más sensatos, parecía haber sorteado con suficiente habilidad. Puesta en relación con mi presente percatación, la percatación con que me hallaba sentado ahí, esa otra visión se hizo copiosa, y mas copiosa aún la relación entre ambas.

Tales fueron algunas de las reflexiones a que me entregué mientras de vez en cuando su mi-rada —con sus extraños interludios de oscuridad o de luz: ¿quién podría decir de qué?— me de-cía que ella sabía que era en virtual beneficio de ella misma lo que quiera que fuese que yo estu-viese cavilando. Fue prodigioso lo que, bajo la apariencia de comunicación suprimida, nos inter-comunicamos durante aquellos extraordinarios minutos. Nuestra relación no tenía más remedio que ser una confesión recíproca, y recuerdo que me dije que si ella hubiese sido tan sutil como yo —¡lo cual no era el caso!—, asimismo ella habría deducido que yo había estado murmurando odiosamente de ella. Habría seguido en mí las trazas de la aseveración que yo le había hecho a la señora Briss en el sentido de que, quienquiera que ella fuese, lógicamente había de estar idiotiza-da. El peculiar patetismo de su hundimiento consistía en que, por lo menos en lo que a mí res-pectaba, dicho hundimiento constituía un estrago cuya cuantiosidad ella había cesado de intentar ocultar.

Había estado intentándolo, y más o menos lográndolo, durante todo el día: el pequeño drama de su pública falta de sosiego no había tenido, si uno se paraba a reflexionarlo, otra moti-vación. Había sido el terror lo que había guiado sus pasos: la constante necesidad de mostrarse animada y liberal, sumada a la aún mas acuciante necesidad de no mostrarse, por regla de tres, lánguida y vacía. Éste había sido el inconfundible y feroz principio rector de sus reanudaciones y rupturas: la angustiada desconfianza de su ingenio, el obsesionante conocimiento de cuán poco lejos podía llevarla éste, la consiguiente importancia de administrarse el tiempo con precisión y el rápido instinto de huida ante la amenaza del descubrimiento. Ella no podía dejar en paz a la concurrencia, porque eso habría constituido un indicio; no obstante, por temor al surgimiento de otro indicio peor, sólo podía relacionarse con ella interponiendo una compleja estrategia. Por lo tanto se encontraba expuesta por todos lados, y el estar yo un rato con ella así de calladamente equivalió a leer retrospectivamente en su conducta la totalidad de la explicación, que ahora se me apareció definitivamente sencilla. Continuando con mi vívida metáfora, durante todo el día ella había estado navegando, aunque apenas capaz de mantenerse a flote, bajo el pabellón de su anti-gua fama de tener respuestas prontas. Había utilizado como vela cualquier triste trocito de un sustitutivo de una rapidez mental que en tiempos había sido considerada notable. La última de todas las cosas que su silencio me dijo fue que ya podía yo juzgar a partir de un espectáculo tan pobre lo que había sido de sus aptitudes para conversar. Lo que de hecho juzgué fue que en ver-dad había sido preciso un frenético arte para hacer pasar sus bellos silencios, de un apuro a otro, por bellas pláticas. La mitad de este arte, sin duda, había sido el resplandeciente engaño de su sonrisa, la sublime, conmovedora cordialidad exagerada que constituía su propia aportación a

cualquier conversación hasta tal punto que, a falta de toda otra elocuencia, únicamente podría no quedar nada en absoluto en el momento en que cesara de operar. *No* quedaba nada en absoluto. Ésa era la verdad; en consonancia con la cual —en aras de todo lo que ello podría representar para mí mismo— por último extendí mi mano y la posé sobre la suya con la mayor gentileza del mundo. La suya reposaba lánguidamente sobre la piedra de nuestro banco. Desde luego, para ella había sido algo valiosísimo el hecho de resultar, a despecho de todo, tan seductora.

Todo esto se ajustó bastante a la circunstancia de que finalmente me acordara de que, aunque ella aceptó con agradecimiento lo implicado en mi recién consignado gesto, era ciertamente en busca de un alivio aún más hondo por lo que ella había salido a pasear. Cuanto más examiné su rostro —y en especial, tan consentidamente, complementándolo con un escrutinio de su cons-ciente presencia pasiva—, más seguro estuve de esto y más lejos fui en mi concepción de su hermosa duplicidad. Acabé adivinando que aunque indudablemente yo resultaba bueno para ella, habida cuenta de que se había disipado tan por completo la necesidad de mantener la impostura ante mí, y aunque el favor que así yo le hacía resultaba no menos patente para ella que para mí mismo, acabé adivinando, decía, que no por eso ella dejaba de tener la tenue visión de un con-suelo aún más aquietador. Durante estas pocas horas Guy Brissenden se había convertido en su necesidad definitiva: una necesidad aún mayor que aquélla en que recientemente me había com-placido discernir que ella se había convertido para él. Cada uno tenía, debido a su inaudito infor-tunio, algo para el otro, alguna intimidad de inefable confianza, que nadie más en el mundo po-dría tener para ninguno de los dos. Habían estado tanteando el camino hacia ello, pero al final de su espasmódico día habían quedado aturdidos aunque benéficamente convencidos. A este respec-to otra vez la explicación era sencilla: experimentaban la sensación de un destino común. No les hacía falta aludirla ni expresarla, quizá ni siquiera habrían podido hacerlo si lo hubiesen intenta-do: el sosiego y la confortación les habían llegado sin necesidad de hacerlo, gracias a su mera revelación mutua. ¡Oh, cómo discerní que aunque para la pobre dama era de veras grato sentir así en *mi* compañía que su carga era aliviada, a fin de cuentas mi compañía no podría ser sino un pobre sustitutivo de la de Guy! Él era un amigo aún mejor, aunque mal habría podido él mismo especificar el porqué; y si a este

respecto yo hubiese podido poner palabras en boca de ella, a renglón seguido detallo algo del sentido que las habría hecho tomar.

“Sí, mi querido amigo, de verdad lo comprendo a usted... perfectamente ahora y la verdad es que (no sé por qué milagro) hasta cierto punto lo he comprendido desde el principio. Profundo es el descanso de sentir con usted, de esta guisa, que soy observada, de momento, sólo en la medida en que usted me observa. Todo se ha detenido, conque puedo detenerme *yo.* ¿Cómo hacerlo en-tender lo que para mí significa que por fin ya no haya ningún otro bicho viviente a la vista, que el bosque se oscurezca a mi alrededor, que el ruido cese y el alivio aumente?; ¿qué puede significar para usted que inclusive haya dejado de preocuparme de si, entre los demás, se me echa en falta y se murmura de mí o no? Sirve de ayuda a mi extraño caso, en definitiva, como ve, dejarlo en-tretenerme aquí; pero yo habría encontrado en mayor medida lo que andaba necesitando si hu-biese encontrado, en vez de a usted, al hombre a quien llevaba en mis pensamientos. Él es tanto mejor que usted como usted lo es que cualquier otra persona.” Finalmente me sentía, en una pa-labra, tan cualificado para atribuirle a mi compañera un discurso mudo de esta índole, que ello no pudo menos que tener sobre mí, como inmediata consecuencia, un efecto determinante, un efecto bajo cuya influencia hablé:

—Me separé de él a cierta distancia de aquí, hace algún rato. Lo había encontrado en uno de los jardines en compañía de Lady John; tras lo cual la abandonamos juntos. Paseamos un poco y charlamos, pero me di cuenta de lo que él anhelaba en realidad. Anhelaba encontrarla a usted, conque le dije que probablemente lo conseguiría durante el té en la terraza. Visiblemente fue con ese propósito (el de volver a la mansión) como me abandonó a mí.

Ante esto me miró durante un breve rato, asimilándolo, y sin embargo temerosa de ello.

—¿Lo encontró en compañía de Lady John? —preguntó al fin, y con una nota en su voz que

me hizo ver lo que (ya que había habido una precaución que yo había descuidado) ella temía.

Durante un instante la percepción de esto, a su vez, operó en mí casi como la mas singular de las tentaciones. Yo lo había desentrañado todo y lo había engarzado todo; me sentía espiritual-mente tan confiado e intelectualmente tan triunfante como aquí me he autodescrito con franque-za; pero todavía no había ninguna prueba objetiva a que yo hubiese sometido mi teoría. La posi-bilidad de someterla a una —y que sería infalible— había despuntado de súbito. En ello habría emoción, diversión, averiguación: en verdad no se trataría más que de una más rocambolesca manifestación de interés y afecto. Por encima de todo, zanjaría terminantemente el misterio que durante tantas horas me había tenido obsesionado. Quedé deslumbrado ante mi oportunidad. Ella había sentido incertidumbre, en otras palabras, respecto de a quién me refería, y el hecho de que durante unos segundos ello la asustase no tenía ninguna importancia comparado con mi oportu-nidad. Ella se delataría supremamente si exteriorizaba sospechar que yo había puesto el dedo en su oculta llaga, si consideraba que el hombre que yo no había nombrado era nombrable como Gilbert Long. Lo que la había puesto en este brete, desde luego, era que yo sí hubiese nombrado a Lady John. Pues bien, ¿cómo puedo expresar suficientemente hasta qué punto se inmiscuyó en esta coyuntura la extraordinaria rareza de su mirada durante esta brevedad de suspense? Se in-miscuyó absolutamente, pues fue lo que me hizo conmoverme aún más de lo que ya me había conmovido, de modo que literalmente no pude soportar más aquello. En consecuencia no apro-veché la situación o, mejor dicho, únicamente la aproveché para el fin que yo me había propues-to al pronunciar aquellas palabras. Lancé una carcajada con nerviosismo indudablemente excesi-vo, mas ello no maculó mi caballerosidad:

—¿No sabe que Lady John está constantemente precipitándose sobre él?

Todavía, sin embargo, yo no lo había nombrado... lo cual fue lo que prolongó la tensión.

—Se refiere usted a... se refiere usted a ...? —Tras lo cual se interrumpió con una débil risita *y* una aún más débil exclamación—: *¡Hay tantos* caballeros!

En ello hubo algo que en otras condiciones tal vez habría sido tan trivial como la risita tonta de una criada; pero lo cierto es que para mi oído tuvo el tintineo argentino de la poesía. Al punto le revelé a quién me refería:

—El pobre Briss, ya sabe usted —dije—, siempre está en las garras de Lady John.

¡Oh, cómo la liberó aquello! Y sin embargo, en cuanto esto hubo acaecido y en consecuencia yo hube saboreado al instante el deleite de mi tino, me percaté de algo harto más extraordinario. Aquello la liberó: ella me lo mostró durante un instante, a despecho de sí misma; pero al instante siguiente me mostró algo asaz distinto, que consistió, cosa la más maravillosa de todas, en que deseaba que yo advirtiera que ella no comprendía del todo por que había yo de dedicarle tanta atención al hombre que sí habla nombrado. "¿El pobre Briss?", semejaron hacer de eco repenti-namente su semblante y su actitud, en gran manera, por lo demás (y ésa fue la parte mas diverti-da, más triste), como si a nuestro alrededor se hallasen escuchando todos nuestros amigos. ¿En qué le incumbía tan íntimamente el pobre Briss? ¿Cuál, por favor, era mi fundamento para hacer referencia con tamaña desenvoltura al pobre Briss? Casi repudió al pobre Briss. No sabía nada de nada sobre él, y toda la estructura que yo había alzado en el aire con la ayuda de él, ante el toque que de esta guisa ella le administró, tal vez se habría desmoronado si su solidez hubiese dependi-do exclusivamente de eso. Tuve un momento de sorpresa que, de haber durado otro momento más en cuanto pura y simple sorpresa, con igual celeridad tal vez se habría convertido en algo semejante a un disgusto. Por fortuna, en vez de eso se convirtió en algo aún mas semejante al entusiasmo que lo que hasta entonces había yo sentido. El mandoble *fue* extraordinario, pero ex-traordinario en razón de su nobleza. En él vi de inmediato, desde el momento en que me hube formado mi parecer, mas cosas exquisitas que nunca. Por ejemplo vi que, espléndidamente, ella deseaba no incriminarlo. Todo lo que nos habíamos intercomunicado, nos lo habíamos interco-municado en silencio, mas era asunto bien diferente lo que podíamos intercomunicarnos con pa-labras. Por lo tanto nos miramos mutuamente con una impostada sonrisa a cuenta de cualquier

cuestión de identificaciones. Era como si hubiese sido una cosa —para su aturdida intensidad relajada— delatarse ante mí, y otra muy distinta delatar a otra persona.

Y no obstante, superficialmente paralizado como me había quedado por el momento, ense-guida reconocí fácilmente en esta instintiva restricción —el último, el expirante esfuerzo de su innata lucidez— una demostración supremamente persuasiva. Resultó aún más persuasiva que si ella hubiera hecho alguna de las cosas ordinarias: balbucear, mudar de color, exteriorizar apren-sión ante lo que el hombre nombrado podía haberme dicho. Gracias a mí ella se había enterado de que él y yo habíamos hablado sobre ella, pero ella no admitía la idea de que él hubiese podido tener algo que decir acerca de ella. Advertí —ítem más— que no había nada favorable a mi pro-pósito (teniendo en cuenta que mi propósito era comprender) que ella habría tenido, tal como estaban las cosas, suficiente capacidad para imputarle. Para mí fue extremadamente curioso adi-vinar, justo en este punto, que ella no tenía ningún atisbo de la auténtica razón del venturoso efecto de Brissenden sobre sus nervios. Era el efecto, en tanto en cuanto provenía de él, del cual por ahora una hermosa delicadeza le prohibía rendirme cuentas; pero ciertamente ella misma se hallaba aún en la etapa de considerarlo una anomalía. ¿Por qué, por otro lado, tal como yo habría podido preguntarme, ella no se había precipitado sobre la oportunidad, sobre el alivio, de ver que se la acusaba de unas preferencias lo bastante irrelevantes para poder ser “trabajadas”? ¿Por qué no se había sentido inmensamente satisfecha de que propiciamente la gente pudiera emparejar su nombre con el del hombre equivocado? ¿Por qué, en resumidas cuentas, según el lenguaje que Grace Brissenden y yo habíamos utilizado juntos, el marido de esta dama no constituía el súm-mum de una pista falsa? Pues precisamente porque, lo percibí, la relación personal que se había establecido entre ellos *era,* a la hora de la verdad, una relación íntima: la relación de un compa-ñerismo que se resistía a la perdición.

Nada habría podido resultar más extraño que el hecho de que yo supiera que lo era mientras que las propias partes afectadas permanecían en la ignorancia; pero nada, por otra parte, habría podido resultar, como he discernido desde entonces, más magnánimo que la actitud de la señora Server. Se movía, a tientas y sin aliento, en fa creciente oscuridad de su sino, pero todavía había decisiones que entenebrecidamente podía tomar. Una de ellas era que no debía involucrar a nadie más. En verdad creo que, a ese respecto, ella sentía escrúpulos, intensos y sutiles, incluso acerca de permitir que nuestro mismísimo amigo

advirtiera cuánto le agradaba a ella estar con él. Por lo menos no estaba dispuesta a permitir que ningún otro lo advirtiera. Yo advertía lo que advertía, percibía lo que percibía, pero precisamente este hecho era una señal de que podía apañármelas solo. Por lo visto había en ella, me vi obligado a admitirlo, una percatación muy imperfecta de haber exteriorizado indebidamente que para ella *nuestro* encuentro había sido en cierto modo una bendición. En realidad, en ese preciso instante no había presente nadie que gracias a ello pudiera incrementar su sapiencia; de lo contrario, tal vez yo incluso habría temido que se hubiese sentido impelida a considerar cerrado el incidente. Yo no tenía, por cierto, ningún deseo de prolongarlo más allá de su propia conveniencia: el incidente ya me había revelado todo lo que le era posible revelar. Además me parecía saber lo que ella había obtenido de la ocasión. Yo prefería, pese a ello, que nos separásemos a instancias de mi propia iniciativa: no deseaba verla marcharse para librarse de mí. Así que me puse en pie, a fin de que se sintiese más a sus anchas, y fue mientras permanecía así ante ella cuando intenté convertir en ventaja suya aquello que yo ya había desve-lado a propósito de Brissenden:

—Tuve la impresión, en todo caso, de que él estaba buscándola... tanto mas cuanto que él no lo negó.

No se había movido: había dejado que retirase mi mano de la suya inmutándose tan poco como cuando al principio sintió su contacto. Se limitó a mantener la mirada fija en mí:

—¿Qué lo hizo tener semejante impresión?

—¿Qué acostumbra hacerme tenerlas? —pregunté riéndome—. Mi extraordinario interés por mis congéneres. Tengo más que la mayoría de los mortales. A decir verdad jamás he visto a na-

die que tuviera ni la mitad. Eso engendra observación, y la observación engendra teorías. ¿Sabe lo que la observación ha conseguido? —seguí—. Ha engendrado en mí la teoría de que Brissen-den está enamorado de usted.

En su mirada hubo algo que se me antojó que delataba —y el patetismo de ello me llegó al corazón— su constante temor de que si se embarcaba en una charla podría patentizar confusión. A pesar de todo, luego de un momento espetó con la mayor naturalidad y encanto del mundo:

—¿Cómo puede ser eso si está tan manifiestamente enamorado de su esposa?

Le concedí el beneficio de la más ostensible reflexión: ¿Manifiestamente, dice usted?

—Caramba, me parecía que se notaba... lo que él hace por ella.

—Bueno, desde luego ella es extremadamente bella, o al menos extremadamente lozana *y* atractiva. Él *está* enamorado de ella, no hay duda, si se toma por trimestres, o por años, como un yate o un establo —seguí adelante a la ventura—. Pero ¿no existe también un estado calificable como estar enamorado por días?

Guardó silencio, y por la forma como lo hizo adiviné exactamente el porqué. Fue la más obs-cura de las insinuaciones de que habría preferido que yo no la hubiese hecho hablar; pero, a estas alturas, la obscuridad no me presentaba mayores dificultades. Pese a ello, dicha insinuación me desconcertó un poco, y mientras confusamente yo buscaba alguna transitoria solución intermedia entre insistir y no insistir, como fruto de mi propia demora ocurrió la cosa mas extraña. Y fue ni más ni menos que el resurgimiento de su terrible sonrisita fija. Retornó como con un audible chasquido, cual hace un quemador de gas cuando se lo enciende. De manera ostensible ello me indicó que si ella tenía que conversar sólo podía hacerlo con esa ayuda. En verdad percibí al ins-tante el efecto de esa ayuda:

—¿Cómo voy a saberlo? —inquirió en respuesta a mi pregunta—. Nunca he *estado* enamo-rada.

—¿Ni siquiera por días?

—Oh, con seguridad un día es un periodo muy largo.

—Lo es —repuse—. Pero aun así yo, más afortunadamente que usted, he estado enamorado todo un día. —Entonces amplié mis cavilaciones debido a un impulso del cual acababa de perca-tarme y que claramente fue resultado de la desgarradora contorsión facial —desgarradora, es de-cir, cuando se sabía lo que yo sabía— con que se imaginó a sí misma

representando el agradable toma y daca de las relaciones sociales. Para mí, esta sensación supuso un rápido horror a forzar-la, en tales condiciones, a hablar. El pobre Briss me había mencionado, como un rasgo de sus contactos con ella, su aprensión de que ella se hundiese; y ahora, con un mero detalle, entendí lo que había querido decir. Ella *se hundiría si* yo no tenía cuidado. De esta guisa me hallé, en cues-tión de segundos, temiendo enormemente por ella, temiendo en realidad por nosotros dos, tal como habría podido temer algún accidente o peligro físico: su caída de un caballo desbocado o el trizarse de una fina capa de hielo bajo sus pies. Era imposible —ésa era la extraordinaria impre-sión— acorrerla demasiado. Cada uno de todos nosotros, a nuestra manera, hora tras hora, había estado, tan amistosa como inconscientemente, echándole una mano, y sin embargo ¿cuál era el final de ello sino que todavía se encontrase ahí sentada para asegurarme un sentimiento de grati-tud —que ella ni siquiera podía expresar verbalmente— hacia cualquier mínima alcándara que aún pudiera serle ofrecida? Lo único que pudo, por consiguiente, dado el caso, parecerme idóneo fue poner Tácticamente en su boca —si era posible hacerlo sin traslucir alarma con excesiva tor-peza— las palabras que podía adivinarse que ella habría deseado usar de haber sido capaz de usar alguna. Era un pequeño servicio preventivo que procuré prestarle con el menor aire medici-nal posible—: Seguramente se pregunta usted —comenté de acuerdo con ello— por qué diablos he sacado a colación a Brissenden.

—¡Huy, *cuánto* me lo pregunto! —respondió con el refinado aunque exagerado júbilo que es forma frecuente en compañías elevadas y coloquios ligeros. *Estaba* ayudándola: era admirable sentirlo. A ella le agradó que no le impusiera una proposición más compleja. Le agradó que le *Henry James La Fontana Sagrada* Página 58 de 123

planteara el asunto muchísimo mejor de lo que ella habría sabido planteármelo a mí. Pero inme-diatamente después desvió la mirada como si —ahora que lo *habíamos* planteado, *y* no importa-ba quién lo habría hecho mejor— ya no tuviéramos nada más que ver con él. Me ofreció un indi-cio de abandonos e inconsecuencias que de hecho habría podido desvelar abismos, pero durante todo el rato sonreía sin parar. Y sin embargo, con independencia de lo que hiciera o dejara de hacer, tal como incluso entonces exclamé para mis adentros, ¡cuán seductora seguía siendo! Ex-trañamente el placer que uno hallaba en ello contribuía a que por su parte uno no se hundiera —ya que el hundirse estaba en liza— de pura conmiseración. No sabía de qué podría tener ella ho-ras para el hombre —quienquiera que fuese— por quien se había sacrificado; mas dudé si para cualquier otra persona habría estado tan bella alguna vez como para mí lo estaba en aquellos momentos. Haberla mantenido así, haberlo acrecentado de tal forma, ¿cómo podía en realidad ese resultado de su mutua relación no haber refulgido como una luz cegadora de los ojos de su amante? Pensándolo bien, ¿qué había estado éste en condiciones de discernir en ella salvo su pa-sión y su belleza? ¿No eran suficiente tamañas maravillas para monopolizar su consciencia? Si no monopolizaban la mía —aunque ocupasen tan gran espacio en ella—, ¿no era únicamente porque yo no recibía la dedicación exclusiva de ellas tal como lo hacía el otro participante del prodigio? Habían monopolizado también la mía, si a eso vamos, precisamente en este instante, durante el suficiente tiempo para autodescribirme como conducido por ellas a una momentánea pérdida del hilo. ¿Qué *podía* resultarle aceptable como explicación del motivo que yo había teni-do para evocar la marchita identidad de nuestro amigo? En su aspecto constantemente se traslu-cían, diría yo, las más extrañas alternancias de presencia y ausencia, tal como únicamente puedo denominarlas en aras de la brevedad: algo así como interrupciones de intensidad, cesaciones y reanudaciones de vida. Eran como los lentos parpadeos de una llama en dificultades, alimentada *y* luego abandonada, avivándose *y* apagándose. Verdaderamente ella se había apagado —quiero decir en lo relativo a su conciencia de las cosas— mientras yo permanecía ahí.

Permanecí el tiempo suficiente para advertir que en realidad carecía de importancia el que yo lo explicase o no, y durante este intervalo me hallé —para mi sorpresa— recibiendo un auxilio aún mejor que cualquiera que yo tuviese para dar. Por casualidad me había vuelto —mientras bastante desmañadamente, sin duda, pasaba de quedarme quieto a

cambiar de postura y vicever-sa— hacia la parte de donde había llegado la señora Server; y allí, exactamente al final de la misma arboleda, vi material para una respuesta idónea. En este momento la mirada femenina es-taba fija en otro lado, y eso me proporcionó todavía un poco más de tiempo, al cabo del cual mi alusión tuvo absoluta razón de ser.

—Suponía que usted llevaba a Brissenden en sus pensamientos —dijeporque evidentemente eso es lo que él mismo da por sentado. ¡Pero deje que él mismo se lo cuente!

Él ya estaba cerca de nosotros: al echarla en falta en la mansión, había reanudado su búsque-da y la había seguido con éxito. Por un instante el efecto que le produjo el vernos había sido ha-cerlo detenerse tal como yo había visto hacer a la señora Server. Pero acto seguido había avanza-do exactamente como lo había hecho ella; yo había esperado a que nos alcanzase; y ahora ella lo vio. Lo miró como siempre nos miraba a todos, pero no nos miró a ninguno de los dos como si hubiésemos estado hablando de el recientemente. Si se trataba de vacuidad, fue elocuente; si de vigilancia, espléndida. Lo que resultó mas curioso, de todos modos, fue que el pobre Briss era quien ahora se sentía desconcertado. Había contado con encontrarla, pero no con encontrarla conmigo, e interpreté cierta pesadumbre en él como indicio de una rauda sensación incómoda de que él había debido de servirnos como tema de conversación. Instantáneamente me percaté de que lo conveniente era informarlo de que efectivamente lo había sido, y le comenté, como en broma, que había llegado justo a tiempo de defenderse. Habíamos estado hablando de él, y yo no me responsabilizaba de lo que hubiese pensado decir la señora Server. Él se lo tomó con serie-dad, pero se lo tomaba todo con tanta seriedad que en ello no aprecié síntoma alguno. De hecho, como al principio semejó evitar cuidadosamente mi mirada, durante uno o dos minutos no apre-

cié síntoma alguno en nada: en nada, al menos, salvo en la manera como, en pie junto a mí y ante el banco de la señora Server, él acogió el consciente viso de su reconocimiento sin devolvérselo y sin siquiera dirigirle la mirada. Miró en todo su derredor: contempló, como ella misma lo había hecho tras nuestro propio encuentro, el encantador lugar y las huellas que éste evidenciaba de la hora, la rica luz crepuscular, más profunda ahora en las arboledas, y las copas de los árboles y el cielo, mas intensos ahora de colorido. De súbito noté que lo compadecía tanto como había com-padecido a la señora Server, y apenas sé cómo se me antojó que durante el corto intervalo que había mediado desde nuestra separación había sucedido algo que había acarreado un cambio en él. ¿Consistía ese cambio en una consciencia aún más intensificada que cuando yo lo había abandonado? No supe precisarlo exactamente, y en realidad la cuestión se perdió en lo que ense-guida pasó a ser esencial para mí: el deseo, sobre cualquier otra cosa, de ahorrarles congojas a ambos y de ahorrárselas por igual.

Sin embargo, la dificultad radicaba en ahorrarles congojas de una manera que no fuese más palmaria que continuar observándolos. Abandonarlos juntos sin contar con un pretexto decente sería palmario; mas esto, reconocí con ansiedad, era no obstante lo que más me absorbía. Con independencia de lo que ellos percibieran en ello, a estas alturas cabían pocas dudas sobre cómo ello indicaría a mi propia inteligencia que la rueda había dado un giro completo. Ése era el punto al que yo había ido a parar en el plazo de unas pocas horas. En verdad había ido lejos desde que la visión de la pareja en la terraza había interrumpido mi mañanera conversación con la señora Briss. Me vi obligado a admitir para mis adentros que nada habría podido resultar más singular que alguna de las consecuencias. Había llegado al polo opuesto de la protesta que a la sazón mi compañera había suscitado en mí: el polo de convenir con ella; y ante mí se cernió agudamente el hecho de que me había comprometido a confesarle mi evolución. Ahora no era capaz de estar en presencia de las dos criaturas a quienes finalmente estaba considerando que no estaban ni un ápice menos marcadas de lo que originariamente las había imaginado: no era capaz de hacer eso y pensar con algún agrado en el cumplimiento de mi compromiso; pues el proceso mediante el cual había incriminado definitivamente a la señora Server era precisamente un proceso tal de in-tervención providencial que me hacía moralmente responsable, por así decirlo, de ella, y por lo mismo intensificaba mis escrúpulos. Pues bien, mis escrúpulos tuvieron la última

palabra: fueron lo que me decidió a consultar mi reloj y declarar que, aunque Brissenden y la señora Server aún pudiesen disfrutar de cualquier sensación de tiempo libre, a mí me cumplía no olvidar que yo tardaba, en tan excelsas ocasiones, una hora en vestirme para la cena. Era una excusa resuelta-mente tosca para mi retirada; quizá incluso debería mas bien decir que mi retirada fue práctica-mente desnuda y desguarnida. Formulaba la relación personal de ellos. Los dejé con dicha for-mulación en las manos, ambos mirándola extrañamente, ambos sin saber qué hacer con ella. Se-guro que merced a algún episodio que pronto sería corrección de éste, sin embargo, podría sen-tirse que era dable confiar en ellos. Me pareció sentir justificada mi confianza, a mis espaldas, antes de haberme alejado una veintena de metros. Para cuando hube hecho esto, debo agregar, algo más me había sobrevenido. El pobre Briss había enfrentado mi mirada justo antes de mi huida, y fue entonces cuando descubrí lo que le había sucedido en la mansión. Se había encon-trado con su esposa; de alguna manera ella se había ocupado de él; y de nuevo la intimidad de su unión le había quedado impresa. En definitiva, el pobre Briss parecía diez años más viejo.

9

Jamás olvidaré las impresiones de aquella velada ni la manera, en especial, como el efecto inmediato de algunas de ellas hubo de atenuar la luz de mis extraordinarias percepciones por culpa de un embeleso mucho más abrumador. Recuerdo que me sentí seriamente advertido, mientras transcurría la cena, de no sucumbir más a mi ociosa costumbre de leer en simples cosas humanas un interés muchísimo más hondo de lo que en general las simples cosas humanas están

en condiciones de ministrar. En Newmarch, esta hora particular poseía siempre un esplendor que exigía escaso análisis, que incluso se conducía con una amable arrogancia, como indiferente ha-cia lo que la imaginación pudiera hacer de él. Creo que la imaginación, en aquel escenario de arte y fortuna, casi inevitablemente era considerada un asunto más bien pobre: el lugar entero y sus partícipes eran tan abundosos en amenidad y en estampa ––en todas las felicidades, para los cinco sentidos, que allí se daban por descontadas como el mismísimo fundamento de la existen-cia— que incluso el ánimo más finamente poético, que aspirase a extraer conclusiones, a duras penas habría podido evitar sentirse sometido a algo así como el desaire que afecta, cuando lo afecta, al periodista no invitado en cuyas narices es cerrada una puerta. Durante la cena me dije que pensándolo bien éstas eran escenas donde una inteligencia trascendente no tenía aplicación ninguna y que, en resumidas cuentas, en ellas fácilmente cualquier inoportuna perspicacia podría sufrir una pérdida de dignidad semejante a la que sorprende al reportero expulsado a puntapiés. Existíamos, todos nosotros juntos, para ser bellos y felices, para realmente ser lo que parecíamos, puesto que parecíamos inmensamente dichosos: para ser esto ni mas ni menos, absteniéndonos de desdorar mediante tristes secretos y agresivas dudas nuestro elevado privilegio de armonía y buen gusto. Sólo nos concernía lo que era brillante *y* franco, y la expresión que a todos nos con-venía era, aun en el peor de los casos, la de la mirada deslumbrada pero gratificada, el aire de estar complacidamente ofuscados por un excesivo fulgor.

La señora Server, en la mesa, estaba fuera de mi vista, pero me pregunté si, de no haberlo es-tado, en este instante no me habría sentido movido a advertir en su inmutable expresividad úni-camente nuestro común agasajo recíproco. ¿Acaso todos los que mis ojos podían captar en el momento presente no ostentaban una inmutable expresividad? ¿No estaría muy posiblemente yo mismo, merced a esta congruencia fisiognómica, más fisiognómico que nadie? Hice que mi ex-celsitud, por si las moscas, hiciera todo lo posible por encubrir mis temporáneas dudas. Vi a la señora Brissenden, con otro atuendo, naturalmente, y otras joyas distintas de las de la noche an-terior; pero no me dirigió, a lo largo del condumio, ni una mirada, cual si se hubiese desentendi-do completamente de mí. Se me antojó que ella consideraba que se *había* desentendido: que, en lo referente al tema de nuestra discusión, a estas alturas consideraba su alegato tan consolidado como para

presentar relativamente poco interés. Yo no podría abordarla para reanudar nuestra discusión: tan sólo podría abordarla para otorgarle la razón; y sin duda le parecía —para hacerle justicia— más elegante no mostrarse triunfante sobre mí por adelantado. Sin embargo, en su be-llo rostro reinaba una profesión de gozo no menos ampliamente por no estar dirigida explícita-mente a mí. Aunque yo parezca desmentir mi generalización constatando que su marido, por su parte, no hacía más profesión pública de gozo que de costumbre, todavía quedo justificado por el hecho de que incluso en el acostumbrado abatimiento de Brissenden había algo extrañamente decorativo. En este rato me recordó más que nunca algún viejo y bello Velázquez u otro retrato: una plasmación de fealdad y melancolía que habría podido resultar regia. En su seca y distingui-da paciencia había algo tan fuera de lo común como en la situación que yo discernía en él. Mar-chito y reservado, él miraba su situación por encima de la rígida etiqueta —su peculiar perfec-ción de corbata, pechera y chaleco— cual algún anciano vestigio de soberanía mira en la ópera por encima de la cinta de una condecoración y el borde de un palco.

Debo agregar, empero, que a despecho de mi impresión de que su esposa se mostraba indul-gente, continué teniendo plena conciencia de que, mientras los platos se sucedían, cada vez se aproximaba más mi hora de rendirle cuentas: cada vez me figuré más el momento de la noche en que, francamente divertida por tenerme por fin entre la espada y la pared, me sacaría discreta-mente de la multitud. A buen seguro, asimismo, estaba muy ocupado en preguntarme hasta qué punto estaba preparado para cometer perjurio. *¿Estaba* dispuesto a fingir que mi candor todavía exigía algo más antes de quedar convencido? Y, en caso de ser así, ¿me contentaba con hacer maquinal acopio de mis objeciones? Ciertamente lamentaba tanto que la señora Server estuviese fuera de mi vista como si aún me propusiera luchar; y lo cierto es que me sentí, a ese respecto, *Henry James La Fontana Sagrada*

como si aún pudiese haber algo por lo cual luchar después de que la dama de mi izquierda me hubiese dado cierta noticia. Yo le había preguntado si por casualidad sabía, ya que no podíamos ver, quién estaba sentado al lado de la señora Server; y ella, aun no estando en condiciones de responderme inmediatamente, no le hizo ascos, tras breves instantes, a averiguarlo con el mayor descaro. La forma en que no le había importado estirarse para mirar, o la información que había hecho que le transmitieran mientras yo estaba ocupado a mi derecha, estableció que Lord Lutley era quien había traído a la preciosa dama y que el señor Long era quien estaba sentado al otro lado de ella. A decir verdad estas cosas no constituyeron el punto mas sutil de la comunicación de mi vecina, pues advertí que lo que ella pensaba que me interesaría realmente era que el señor Long había traído a Lady John, quien naturalmente era, en consecuencia, su otra vecina. Al otro lado de Lady John se hallaba el señor Obert, y al otro lado del señor Obert se hallaba la señora Froome, esta vez increíblemente no emparejada, según la leyenda inmemorial, tan decididamente cómica por su publicidad, con Lord Lutley. ¿No era bastante extraño el tipo de abuelesca con-cepción de su relación que hacía que siempre se anhelase verlos juntos? Aunque tal vez cuestio-né que "abuelesca" fuera exactamente el calificativo aplicable a aquella concepción, sin embargo lo que por lo menos sí resultó incuestionable en vista de las colocaciones de esta velada fue que había ocasiones en que se los veía separados. Por supuesto mi amiga menospreció esta observa-ción como la usual excepción que "confirmaba la regla"; pero era extraordinario el modo como me había excitado su noticia, y por otro lado nuestro intercambio de ideas contribuyó a que yo prosiguiese cavilando.

Mi teoría no había sido en absoluto diseñada para abarcar el fenómeno que así se había pre-sentado: había sido precisamente diseñada, por el contrario, para ajustarse a la observada perpe-tuidad de la circunstancia de que las dos personas que consideraba escapaban de cualquier yux-taposición pública que durase más de un momento. Me sentí francamente contrariado por la ne-cesidad de decidir tan tardíamente si lo que me ofrecería mejor refugio sería construir una nueva teoría o fortificarme contra cualquier dato nuevo. Acaso no sea exagerado decir que a duras pe-nas habría sido capaz de seguir sentado si no hubiese sido por el consuelo que me fue brindado por lo insólito de la separación de Lord Lutley y la señora Froome; lo cual, aun proveniente de una apariencia general diametralmente opuesta a la unión de mis amigos, de alguna manera pro-porcionaba el

alivio de una sugestiva analogía. A lo que yo podía aferrarme directamente era a que si en uno de los casos la excepción confirmaba la regla, en el otro podría confirmarla igual-mente. Si por un raro acaso una de estas parejas podía ser dividida, del mismo modo, por un azar parejamente fortuito, la otra podía ser juntada... radicando la única diferencia en la gravedad del mecanismo infringido. ¿En cuál pareja era mayor la infracción? No fue hasta que la cena hubo prácticamente concluido y las damas estuvieron a punto de retirarse cuando recobré la necesaria lucidez para discernir cuantísima mas maquinaria habría sido preciso que se pusiese en marcha para evitar permanentemente las casualidades desconcertantes que para mitigarlas episódica-mente.

Enseguida todas las casualidades, debo agregar, habrían de perderse en lo inesperado de en-contrarme, antes de abandonar el comedor, en una placentera charla con Gilbert Long... charla que por lo menos resultó placentera *para éI* con independencia de lo que hubiese podido pare-cerme necesariamente destinada a resultar para mí. Cuando se me aproximó —pues fue él quien se aproximó a mí— percibí que de algún modo ello era “importante”; así de sabedor era yo de que algo en el estado de mi consciencia no podía menos que impedirme dar por supuesto que en esta coyuntura fuera posible una conversación entre nosotros. El estado de mi consciencia era que yo sabía demasiado: que en realidad nadie tenía derecho a saber todo lo que yo sabía. Sólo con que él sospechase la quincuagésima parte de ello no podría tener ningún ánimo elemental con que abordarme. Por supuesto habría sido elemental desear pulverizarme, pero eso quedaba excluido por ser elemental en demasía. Tratándose de él ni siquiera habría sido adecuado atribuir su impulso a un mero capricho repentino. Concordaba, en definitiva, con mis cogitaciones el que *Henry James La Fontana Sagrada*

para él fuese tan fundamental desear hablarme que yo no envidiaba sus esfuerzos por lograr el especial matiz de aplomo requerido para —salir airoso del trance. Gracias a la señora Server ha-bía debido de enterarse de que yo no era en absoluto, en lo que a ellos dos concernía, como los demás; y de esta guisa su plan, fruto de aquel estímulo, sólo podía ser sondearme, felicitarme o —por así decirlo— acabar conmigo. Lo que al mismo tiempo resultó obvio fue que ninguna de estas intenciones triunfaría a solas. El simple hecho de verlo abandonar su asiento para ocupar otro más próximo al mío me hizo percatarme en un relámpago —y mucho mas profundamente de lo que hasta ahora lo había logrado ninguna otra cosa— de la existencia real en él de las ca-racterísticas que constituía mi locura privada (no menos privada por el tan limitado atisbo que Grace Brissenden había tenido de la misma) creer que yo había inferido impecablemente. ¿Acaso este pequeño detalle no es el mejor ejemplo que puedo brindar del absorbente interés que por fin yo había conseguido que mi locura privada me ofreciese? Me vi debiéndole a ésta, desde aquel instante y durante el resto de la velada, momentos de máxima intensidad.

Lo que para mí habría podido haber de tormento o duda fue directamente borrado por la pe-culiar impresión de advertir cuán “inteligente” el pobre Long no sólo debía ser, sino que confia-da y realmente *era;* ya que esta percatación pareció ponerme en posesión de su inteligencia, además de dejarme con toda la mía. Le dispensé una amistosa acogida, le ofrecí un nuevo pitillo, sobre todo preví que iba a divertirme con él; mi reacción ante sus prolegómenos fue, en otras pa-labras, lo bastante pronta para estimularnos. Y sin embargo me temo que no estoy en condiciones de aportar un reflejo preciso del agradable *y* disimulado piélago de sensaciones *y* reflexiones que, en mí, produjeron nuestros diez minutos juntos. Los elementos que en el mismo se mezclaron apenas permiten diferenciación. Aún mas que anteriormente originó una profunda convicción de quedar yo justificado. Durante aquellos diez minutos mi interlocutor estuvo inconmensura-blemente superior —superior, quiero decir, a sí mismo—, y le habría sido imposible volverse así excepto mediante la relación íntima que tan pacientemente yo había rastreado. Allí me encaró con una brillantez distinta de la suya propia, habló con otro sonido, pensó con otra facilidad y entendió con otro oído. Yo diría que lo que tratamos fueron las simples cosas de aquella ocasión si no fuese por el complicado punto al que, a mi parecer, habían llegado las cosas de aquella oca-sión. Mientras nuestras miradas, de todas formas, por ambas partes, se

encontraban serenamente y nuestra charla, que versó sobre el tema, sobre el extraordinario encanto especial, del día en so-ciedad que ahora tocaba a su fin, aludía sucesivamente a nuestros compañeros, aludía la manera en que fulano y mengano habían resultado ser una parte primordial de dicho encanto... mientras tales eran nuestras circunstancias externas, a buen seguro yo me preguntaba si él no llevaría en sus pensamientos, tan consciente e intrínsecamente como yo, otra cosa enteramente distinta. No es que a decir verdad nuestra referencia a esa otra cosa hubiese podido ser detectada por una ter-cera persona.

En la medida en que se produjo, dicha referencia fue de una “sutileza”, como decíamos en Newmarch, en relación a la cual el rasero común para una tal presión habría resultado, me temo, ser un barómetro demasiado anticuado. Por lo demás tuve el consuelo —pues consuelo llegó a ser— de percibir seguidamente que nosotros nos comprendíamos demasiado bien como para que de hecho nuestra mutua comprensión hubiese tolerado interferencias de alguna pasión: alguna pasión que en él habría consistido en un fastidio ante mi inteligencia y en mí habría consistido en un fastidio ante la suya. Lo que de elevado deporte había en tan cuantiosa inteligencia —entre caballeros, pues con seguridad ello debe estar vedado a los alcances de cualquier otra persona— exigía y comportaba en su propio interés cierta cordialidad. Sí, por consiguiente, prontamente yo había obtenido la respuesta que mi asombro ante su aproximación pedía: él me había abordado en aras de la práctica de un deporte de categoría. Antiguamente él habría sido incapaz de ello, pero actualmente era primorosamente capaz. Era precisamente la clase de deporte de categoría —el juego de la perspicacia, de la expresividad, de la amistosidad— en la cual uno o dos años atrás la señora Server habría participado de una manera parejamente desenvuelta. Inútil agregar

lo poco que ello se apreciaría en el actual diapasón de esta dama. Durante nuestros diez minutos él me soltó todas las cosas chispeantes que ahora no habría podido soltar ella. No obstante, si bien cuando nuestro anfitrión nos dio la señal de trasladarnos al salón principal todo esto se ha-bía vuelto mucho más claro, aún me quedaban, valga la expresión, uno o dos gatos que desence-rrar. Para cuando hubimos salido todos juntos, empero, tales omisiones ya habían sido subsana-das. De veras las respuestas se habían limitado a aguardar que hicieran acto de presencia las pre-guntas. Me parecía que el juego de la inteligencia de Long se había acentuado más, desde la ma-ñana, en la misma medida, tal como habría podido decirse, que el avance en edad del pobre Briss; e igual que yo había obtenido, un rato antes, en el bosque, una explicación de este último incremento, también obtuve ahora una explicación de aquél... la cual ofreceré enseguida.

Cuando la música, en la alta sociedad inglesa, como sabemos, no es un acompañamiento de la voz, en general puede contarse con que la voz afirme su agradable identidad como un acom-pañamiento de la música; pero en Newmarch habíamos sido considerablemente adiestrados y esta noche, en la estancia donde la mayoría nos habíamos congregado, un interesante pianista que la noche anterior había dado un recital en la ciudad vecina y que durante el día había sido traído para cenar y dormir, difícilmente habría podido sentir en alguna de sus fibras sensibles que entre nosotros no llevaba la voz cantante. Tal vez fuera una alucinación mía, pero mientras está-bamos sentados juntos en un disperso círculo después de la cena, yo habría dicho que, en cuanto concurrencia, éramos considerablemente conscientes de cierto montante de experiencias, mayor o menor según los casos, que nos había preparado para el hechizo del ejecutante. Oportunamente diseminados y agrupados, desde casi cualquier punto de vista habríamos podido tener el aspecto de estar tratando de encontrar un bálsamo en ese hechizo... para unas inquietudes que necesita-ban ser aquietadas, unos nervios que necesitaban ser calmados, unas sensibilidades que necesita-ban ser aliviadas. La escena entera estaba organizada como si entre nosotros apenas hubiera quien no tuviese una secreta sed de infinito que necesitaba ser saciada. Y fue el infinito lo que, durante la ocasión, el distinguido extranjero derramó sobre nosotros, haciéndolo ondular en ma-ravillosas olas de sonido, casi de color, sobre nuestras receptivas actitudes y semblantes. Ahora cada uno de nosotros, creo, presentó la expresión —o al menos delató las sugerencias— de algu-na meditación indescriptible; la

cual no tenía por qué ser, cierto es, nada más inmencionable que una simple sensación de cómo una actitud de deferencia hacia este noble arte siempre tiene cierta elegancia personal que infundir. En este sentido no negligimos nada que pudiera hacer grandioso nuestro efecto global y, fuera o no el piano lo que nos mantuvo callados, desde luego fuimos aleccionados, de un extremo a otro, por nuestra recíproca visibilidad, que claramente cada uno de nosotros deseó volver esplendorosa. Pocas dudas me caben, otrosí, de que cada uno de nosotros merecía, como coronación de una irrepetible jornada, la imputación de tener algo intensamente personal sobre lo cual meditar.

Meditamos, pues, seguimos meditando, y pensé que, merced a la ley que regía esta ocasión, hasta ahora no había habido para ninguno una tan soberana oportunidad de reconcentrarse en los asuntos privados de los demás. Como resultado de esta influencia, retornó como un torrente todo lo que durante la cena había comenzado a desvanecerse en mi interior y se cernió ahí con vivi-dez. Perseguí muchos engranajes y encajé muchas piezas; pero a lo que quizá mas me dediqué fue a hacerle nueva justicia a la maravilla de nuestra civilizada actitud. La perfección de eso, dis-frutado como lo disfrutábamos, se constituyó en un marco, una serie de círculos concéntricos color de rosa (color que se difuminaba en la grata indefinición de todo lo demás que no importa-ba), para la tan notable figurilla de la señora Server, que a mi parecer continuaba siendo la ima-gen predominante, el verdadero principio rector de la disposición, en esta afluencia de cosas be-llas. Lo que, por mi parte, mientras escuchaba, discerní mejor fue la singularidad y el terror de condiciones tan sumamente organizadas que bajo su égida la pequeña lucha solitaria de ella con-tra la desintegración podría seguir su curso sin ser delatada por un jadeo o un chillido y sin ma-yor fruncimiento traicionero de labio o ceja que el temblor del dorado tallo de esa constan-

temente renovada flor de afabilidad que tan repetida y despiadadamente mi labor de observación había arrancado con el solo resultado de tornar siempre a hallarla en su sitio. Dicha flor se me-neaba bastante perceptiblemente en nuestro aire asaz turbulento, pero había cierta paz, pese a ello, en sentir que provisionalmente disfrutaba de reposo el alma de la que la llevaba puesta. De momento no había ningún caballero sobre quien necesitase precipitarse, ningún descuido del cual necesitase guardarse, ninguna apariencia que necesitase crear ni ninguna sospecha que necesitase disipar. Se me antojó que me habría gustado abandonarla en esta pausa de su tráfago: en mí eso habría dejado el agradable recuerdo de haberla visto perderse de vista, como quien dice, hecha música.

Pero, ¡ay!, estábamos todos demasiado presentes, demasiado interrelacionados e involucra-dos como para eso: cada uno de los actores de la obra que tan inesperadamente había insistido en erigirse para mí, ocupaba su asiento como en insinuación de que no se dejaría despachar tan fá-cilmente. Era como si antes de que pudiese caer el telón quedase aún por ser representado algún último acto. La dramática señal definitiva para el descenso del telón, en ese caso, ¿únicamente podría ser —en calidad de clímax *y coup de théâtre* grandioso— la inevitable comprobación de que el pobre Briss había sucumbido al tiempo inexorable y la señora Server se había rendido ba-jo los efectos de una lesión cerebral? Y el resto de nosotros, ¿habría de dispersarse decorosamen-te merced al simple instigamiento de la revelación de que, al ejecutar nuestro pianista la última nota, a consecuencia de permitir ello cambios de actitud, la víctima de Gilbert Long había alcan-zado el punto de la simplificación definitiva y la de Grace Brissenden el límite de edad regis-trado en los hombres? Yo no podía mirar a ninguna de estas víctimas sin experimentar una más aguda conciencia del contraste existente entre la tragedia de su atolladero y la comedia de esta situación que hacía en pro de ellas cualquier cosa excepto sospechar aquello. Verdaderamente habían sido engalanadas y ungidas, verdaderamente habían sido apartadas, para el sacrificio. In-cluso en este momento fui suficientemente consciente de que si uno no hubiera estado al tanto no habría podido advertir nada; pero no fui menos consciente de que uno no podía estar al tanto sin advertirlo todo; y así fue como, mientras nuestro pianista interpretaba, también mi mirada erra-bunda no hizo más que interpretar. Otra vez mi mirada errabunda asimiló, mientras iba de uno de ellos al otro, la sutil luz que cada uno había arrojado sobre el otro y nuevamente me hizo pregun-tarme qué alivio aún más sutil

podrían estar ellos mismos en plena faena de extraer de su turbia comunidad. Para que despuntara este alivio era para lo que yo los había abandonado juntos dos o tres horas antes; y sin embargo me veo obligado a reconocer que, por mucho que mi imaginación los examinó, no detecté nada semejante a un resultado efectivo. No atrapé miradas de ninguno de los dos que me hablasen de que hubiesen experimentado algún consuelo; y no atrapé ninguna, en especial, de uno de ellos al otro, que yo pudiera interpretar como indicio de que habían compara-do notas. Para mí la simpatía que a cada uno le suscitaba la perdida luz del otro siguió siendo nada más que un vínculo sospechado: el plenamente florecido fruto de mi teoría. En este mo-mento me habría gustado que se me apareciera como otro fruto, parejamente maduro, el hecho de discernir una turbia comunidad similar entre Gilbert Long y la señora Brissenden, poder imagi-narlos avanzando juntos a tientas, homólogamente, hacia una camaradería de adquirida luz; pero si no logré esto en aras de una simetría ideal, ello pareció basarse en la verdad general de que el gozo une a las personas menos que la desdicha.

Tal fue el curso de mis reflexiones mientras duró la música: un curso bastante coherente con que me sintiera preparado para nuevas revelaciones tan pronto como la música concluyese. Con prontitud, al acontecer esto, la pose reverencia) se desvaneció; y la revelación que primeramente recibí, en medio de todos aquellos movimientos y murmullos y frufrús, fue, una vez más, la de ver juntos al pobre Briss y Lady John, habiendo aprovechado ésta última el revuelo general para intentar volver a cultivar la más vacua de sus múltiples imposturas. Había posado sobre él la misma mano coactiva a la cual debía yo el haberlo encontrado en compañía de ella por la tarde, pero ahora mi intervención iba a exhibir menor ceremonia. Casualmente me encontraba lo bas-

tante cerca de ellos como para que Brissenden, al verme, clavase en mí su mirada en silencio pe-ro de una forma que no pudo menos que hacerme aproximarme de inmediato. Lady John nunca hacía nada en silencio, mas cuando me llegué hasta ellos me acogió con una ingeniosa falsa alarma:

—¡Eso sí que no —exclamó—, esta vez no se lo llevará! —Pero el pobre Briss se escabulló, dejándonos cara a cara, incluso mientras ella estaba exhalando su desafío. Él no había hecho un chiste a costa de aquello y yo no había recibido de él ninguna otra indicación; por consiguiente fue un mero detalle, y sin embargo me suministró un perceptible indicio de que él había comen-zado, tal como iban las cosas, a depender de mí: de que en cierto modo él ya me consideraba —y, pensándolo bien, basándose en evidencias sorprendentemente parcas— su natural protector, su providencia, su eficaz omnisciencia. Igual que la propia señora Server, él estaba prácticamente en mis manos, así que era adecuado que yo "obrase" en pro de él. Me pregunté si efectivamente él estaría comenzando a esperar que yo modificase su inexorable destino. Pues bien, aunque su inexorable destino iba a ser una culminación indecible, sin embargo tenía sus fases bien defini-das, y ahora yo *había* modificado una de ellas. Durante un instante lo seguí con la mirada y lue-go le comenté a Lady John que decididamente ella me tomaba por una persona demasiado inge-nua. Mientras tanto ella también había observado la dirección tomada por su liberada víctima y al instante siguiente ya tenía lista una réplica a mi acusación—: ¿Porque se ha ido a conversar con May Server? No entiendo muy bien lo que quiere usted decir, pues creo que en realidad él le tiene terror a ella. En su mayoría los hombres de aquí se lo *tienen,* ya sabe, y me he cerciorado meticulosamente de que él no la encuentra ni un ápice menos peliaguda que los demás. La en-cuentra aún más peliaguda precisamente por la palmaria atención extra que ya ha podido usted notar que ella le ha dedicado.

—Y ¿por ventura es eso lo que con tanto entusiasmo ha ido ahora a manifestarle?

Lady John estaba ubicada de tal manera que no le era preciso dejar de mirar a nuestros ami-gos y discerní que no se hallaba, en lo tocante a ellos, desprovista de cierto ligero componente de perplejidad. Éste fue suficiente incluso para hacerla desatender pasajeramente la reparación de la brecha que yo había abierto en su razonamiento.

—Si por “manifestarle” entiende usted hablarle, él no ha ido (puede verlo usted mismo) a manifestarle nada; tienen una sumamente chocante afición, que ya he estado observando, a per-manecer sentados juntos sin cruzar palabra. ¡Ignoro —exclamó riendo— qué les pasa a personas tales!

—Generalmente ello implica —convine— o bien cierta frialdad o bien cierta calidez, y per-fectamente me hago cargo de que ésa no es la manera como *usted* permanece sentada junto a sus amistades. Usted rehuye admirablemente cualquier extravagancia. No comprendo, de todas for-mas, por qué la señora Server constituye un terror...

Pero Lady John ya había completado mis palabras:

—...¿si ella no parlotea como *yo?* —Reconsideró aquello—. Pero sí que lo j hace... con todos menos con el señor Briss. Quiero decir con todos los hombres que se ponen a tiro.

Emulé su reflexividad:

—¿Se quejan de ello ante usted?

—Son más corteses que usted —respondió—; pues si, cuando huyen de ello, se topan con-migo en su huida, no se explican insinuando que han salido de la sartén para caer en las brasas. Por lo demás, yo veo cómo sufren.

—¿Y lo oye?

—¿Cómo sufren? No: me he cuidado muy bien de no sufrir yo misma. No escucho. No es cosa de mi incumbencia.

—¿Es eso una forma de declarar gentilmente —me aventuré a preguntar— que tampoco es cosa de la mía?

—Podría ser así—contestó—si yo tuviese, tal como usted parece tener, imaginación para las *Henry James La Fontana Sagrada*

atrocidades. Pero no oso determinar qué le incumbe a usted.

—¡Me pregunto si lo que me incumbe en este preciso momento no es —exclamé pasado un instante— culparla a usted de un intento de duplicidad que ni siquiera ha disfrutado de la gracia redentora del éxito! ¿Fue en pro del propio Brissenden por lo que hace un momento usted habló como si creyera que él no desea separarse de usted?

—Vaya, soy lo suficientemente caritativa como para cualquier cosa —dijo riendo de bastante buen talante—. Pero ¿qué —preguntó con mayor incisividad— está usted tratando de averiguar?

Tantísimas cosas, habría sido cortésmente la respuesta a esto, que seguramente lo atinado de la pregunta produjo en mi semblante un asomo de turbación. Al momento siguiente sentí, no obs-tante, que no tenía por qué temer demasiado. Lo que, al abordar a Lady John, me había sentido movido a poner a prueba, utilizándola para ello como afortunada piedra de toque, era el grado del circundante sentido latente de las anomalías: impulso reafirmado por el modo como momen-táneamente ella había dado vueltas en torno al fenómeno de la voracidad de la señora Server, al misterio de las relaciones que con dicho fenómeno había establecido nuestro amigo. Tuve pre-sente que si conseguía vislumbrar, en mi interlocutora, algo parecido a una sospecha directa, po-dría tomar eso como indicativo de un peligro global. Mentalmente me referí con esta expresión a la posibilidad de una sapiencia colectiva, porque con una especie de horror súbitamente me hallé pensando en cualquier contingencia merced a la cual yo tuviera que exponer al mundo, que de-fender contra el mundo, que compartir con el mundo, esa maraña ahora tan compleja de hipótesis que en aras de la concisión he tenido que denominar mi teoría. Yo sabía lanzar la pelota, sabía recogerla y volver a lanzarla, y la costumbre había hecho que este ejercicio terminase siendo —en mi fuero interno— fácil y seguro. Pero el simple roce de la curiosidad de Lady John, mucho más tosca que la mía, me había hecho temblar por la seguridad de mi creación. Si hubiese aso-mado, como si dijéramos, algún discernimiento, por débil que fuese, de *mi* discernimiento, me habría sido imposible no interpretar eso como la amenaza de alguna catástrofe incalculable o de algún escarnio público. No estaba a mi alcance figurarme nítidamente las naturales consecuen-cias del descubrimiento que la perspicacia de otros pudiera hacer del tema de mis reflexiones; pero esto no tenía más que cernirse ante mí como una posibilidad para que yo sintiese que debía combatirlo denodadamente, si bien

puedo parecer socavar esta afirmación si agrego que ejercía una casi insuperable atracción mi oportunidad de verificar el nivel del confeso desconcierto de mi presente compañera. Esto, barrunto, se debía precisamente a todo lo que estaba en peligro. ¿Cómo expresarle idóneamente lo que estaba yo tratando de averiguar?... ¿cómo revelarle, o sea, no tanto como para crearme riesgo y empero sí lo bastante como para generarme alivio? La me-jor solución semejó ser dar un valiente salto. Yo era consciente de haber despertado en ella cierto asombro ante mi apariencia de compasión intelectual.

—Vaya —espeté por último—, me muero de ganas de preguntarle si me toleraría tomarme una gran libertad, debiendo a su abierto requerimiento mi oportunidad de plantearla. ¿Me permi-te decir francamente que creo que usted lleva un peligroso juego con el pobre Briss, en quien confieso estar interesado? Claro está que no hablo del menor peligro para usted misma; pero es injusto manipular tan flagrantemente a un hombre. Usted no se hace la más mínima ilusión de que el pobre tipo esté enamorado de usted: la alegraría muy poco que lo estuviera. Y sin embar-go está dispuesta a hacerlo creer que él le gusta a usted, en la medida en que ello pueda ser nece-sario para justificar su tan frecuentemente ingeniosa apropiación de él. A él usted no le gusta *demasiado*, por ahora; ni siquiera le gusta usted lo suficiente. Pero su energía puede, al fin y a la postre, tener efecto sobre él, y entonces, dado que de una manera tan obvia las preferencias de usted están en otra parte, lo que sucederá es que usted descubrirá, para su inconveniencia, haber ido demasiado lejos. A un hombre nunca le gusta una mujer lo suficiente a menos que le guste *más* que suficiente. Por desgracia, seguramente es lo que al tonto de remate le pasará tarde o temprano.

Lady John semejó sólo lo bastante interesada como para semejar apartada de la mayoría de

las más vulgares tendencias a sentir rencor:

—¿Debo entender que con ese bonito calificativo usted se refiere al señor Briss?

—Algo de eso hay, pues pienso en lo idiotas que somos todos. Yo lanzo un aviso contra una contingencia.

—¿Está usted previendo la contingencia de que él deje de estar enamorado de su esposa? Si es así —y la diversión de Lady John acreció—, puede decirse que desde luego usted tiene una mente precavida y sabe que es mejor prevenir que curar.

Ante esto agucé los oídos:

—¿Lo dice porque él sea de una fidelidad aparentemente incorruptible?

—Lo digo porque la entera situación está tan a la vista de cualquiera. Ella lo tiene tan cauti-vado que ninguno de los dos corre siquiera el grado de peligro que podría sobresaltar a un ratón. Eso no impide que él guste de entretenerse por el camino... pues *ella* se entretiene por el camino, y él hace todo lo que ella haga. ¿No la he observado —insistió Lady John— entreteniéndose un poquito, por cierto, con *usted?* Usted tiene la amabilidad de decirme que él no me considera lo bastante buena, pero no hace falta, ¿verdad? (para una intención como la que él tiene), que yo sea extraordinariamente buena. ¡Usted me dirá que usted suaviza inmensamente sus propias afirmaciones *y* procura endulzar la píldora! Pues bien, así *y* todo, abandone, a fin de llevar una vida tranquila, el intento de obrar como providencia. No puede usted ser una providencia sin re-sultar un entrometido. Una verdadera providencia *sabe...* mientras que usted —dijo Lady John, expresándose paladinamente— tiene que averiguar, y averiguar incluso interrogando a gente de *mi* “calaña'. Además sus exquisitas palabras no me dicen en absoluto el qué.

De nuevo me impresionó que pudiera acercarse tanto sin acercarse del todo. Muy cierto era que yo quería averiguar; y aunque es posible que yo esperase, o temiese, demasiado de ella, me maravillaba que ella sólo advirtiera esto, que no discerniera más profundamente. El peligro de un escarnio público que me rondaba aumentaba o menguaba, en este momento, según mi fluctuante visión de la cortedad de alcances de ella. 0 mas bien, para ser más precisos, *yo ya* la veía defini-tivamente estúpida porque la veía asombrosamente presuntuosa. Lo que por supuesto veo ahora es que por mi parte yo fui casi estúpidamente severo con ella... al igual que en aquel momento tal vez compartí asimismo con ella su otro defecto. ¿Acaso no me dediqué, correspondientemente al grado en que me percataba de lo

poco que ella veía, a darme pisto, como decíamos en Newmarch, por ver muchísimo más? Se me viene a las mientes que perfectamente pudo subír-seme a la cabeza la sensación que así tuve de que mi visión era superior. Si tal sensación fue una delirante ilusión, me declaro culpable; pero si fue cualquier otra cosa, no resultó sino natural que me sintiese embriagado. De hecho, en realidad recuerdo que nada me había parecido corroborar tantísimo la exquisita cualidad de mi estado como esta reafirmada suposición de mi tino. Creo que tuvo que haber un momento en que no estuve seguro de que no fuera indicio de una gregaria vulgaridad, por parte de los demás, el no compartir mi estado... como si en la intensidad de la sapiencia que yo había alcanzado hubiese un decidido mérito, una extasiante dicha. Sólo *yo* era magnífica e increíblemente sapiente: todos los demás se hallaban ignorantemente fuera de ello. Así es que reflexioné que con seguridad no había casi nada que yo pudiera comentarle a mi pre-sente objeto de ensayos que no la haría pensar que yo era un simple chismoso. Yo no podría po-ner en sus manos ninguna pista en la cual su celebrada agudeza pudiera entrever alguna trascen-dencia. Lo más que ella podría hacer sería que le entreviera trascendencia yo mismo, y por lo tanto la pista que me pareció mejor seleccionada fue una completa confesión de culpa:

—Usted hace gala de un inimitable entendimiento en el cual no puedo menos que reconocer que aun la más elevada pureza de motivos parece ruin y negra. Por consiguiente es usted quien saca a colación lo que hasta tal punto me ha hecho andarme con rodeos. ¿Tiene usted realmente un nivel tal de encariñamiento por Gilbert Long como el que la mayoría de nosotros, colijo (aun-que quizá a causa de nuestra ceguera), piensa que claramente él da por sentado? *¿Puede* él con-fiar amorosamente en seguir contando con ello? 0, si usted objeta esa forma de plantear mi pre-

gunta, ¿no es, sinceramente, para volver más convenientes para cada uno de ustedes dos los sen-timientos de él (a fin de cuentas tan del dominio público) para lo que (quizá sin haber calibrado del todo lo que se traen entre manos) ustedes dos han perseverado en sacrificar al pobre Briss? Lo denomino sacrificarlo, ya ve usted, a pesar de que todavía no ha sido causado un daño tan grande. Y si otra vez usted me pregunta en qué medida me incumben tales indagaciones, caram-ba, sin duda lo mejor será responderle que, poseyendo en mi ser una menor dosis de incontrola-ble humorismo que la que usted posee en el suyo, yo no soy capaz de tomarme con tanta ligereza como usted mi propensión a preocuparme por el bien de aquéllos a quienes quiero. Como colo-fón déjeme apresurarme a agregar que ahora no estoy incluyendo en esta categoría a ninguno de los dos caballeros que he mencionado.

Admito sobradamente, mientras prosigo mi relato, que el hecho de que de alguna manera ella me comprendiese en este punto dio pruebas de unas facultades por parte de Lady John que ha-brían debido impedirme considerarla desmesuradamente lerda.

—En tal caso, *¿quién* son tales objetos de los desvelos de usted?

Mostré, además de vacilación, pesar por mi necesidad de vacilar:

—Mucho me temo que me es imposible revelárselo.

No sin razón, se burló abiertamente de aquello:

—Inquiriéndome todo y no revelándome nada, ¿espera, no obstante, que yo lo satisfaga? ¿Quiere decir —prosiguió— que habla usted en pro de la felicidad de personas cuyas predilec-ciones están más legítimamente fundamentadas que la que tan galantemente me imputa a mí misma?

—¡Bueno, sí, describámoslas de esa forma! ¿No adivina usted —me arriesgué más todavía—por lo menos quién constituye *uno* de mis desvelos?

Resultó bien patente la indulgencia de su consentimiento en meditarlo:

—¿Tiene usted el propósito de hacerme creer que le causo alarma a Grace Brissenden? —En su asombro hubo suficiente lucidez—: Conmigo ella no se ha mostrado sino simpática: no es el tipo de persona a quien es posible molestar sin sufrir las consecuencias; y no logro figurarme qué le ha sucedido si de lo que ha estado lamentándose ante usted durante sus aparentemente tan pro-fundos conciliábulos es de un agravio de esa índole.

Este lanzamiento de pelota fue tal, según lo advertí con bastante celeridad, que ni siquiera una afición por el deporte habría justificado que yo se la devolviera, y por lo demás mi lógico interés estaba concentrado en otro lado:

—¡No, cielos! Ciertamente la señora Brissenden es consciente de su propia fuerza y yo jamás osaría tomar a mi cargo ninguna tribulación personal de ella. Yo llevaba en mis pensamientos a una muy distinta persona.

Como a fin de mostrarse paciente conmigo, Lady John echó una ojeada por todos nuestros compañeros buscando algún indicio de aquella incógnita identidad, preguntándose a cuál de las damas podía concebirse que yo “quería' tanto como para tolerar yo su preferencia por un rival; pero el efecto de este escrutinio fue, según observé al siguiente instante, que su atención se des-pegase de lo que yo había dicho. Su atención había sido reclamada por la presencia de Gilbert Long dentro de nuestro campo visual y luego había sido visiblemente retenida por la circunstan-cia de que la persona que estaba sentada con él, en uno de los pequeños sofás que casi por nece-sidad volvía íntima cualquier conversación, fuese la persona cuyo nombre, recientemente pro-nunciado por nosotros, aún flotaba en el aire a falta del otro nombre que Lady John buscaba. Gilbert Long y la señora Briss se hallaban en familiar coloquio... aunque en esto yo no percibí, a primera vista, nada que debiese dejar pasmada a mi interlocutora. Es decir, no percibí nada ex-cepto que simultáneamente yo mismo había sido empujado a cierto incremento de mi atención. ¿Qué *podía* ser lo que me hacía maravillarme del momentáneo acaecimiento de esta concreta conjunción de inteligencias sino simplemente el hecho de que yo no había visto que anterior-mente acaeciera entre las muchas conjunciones que había notado... *más* el hecho de que tan sólo

unos minutos atrás, en interés de una plena redondez de mi teoría, a efectos prácticos yo había estado anhelándola? Estas dos personas se habían encontrado en mi presencia en la estación de Paddington y habían viajado juntas ante mis narices; yo había hablado sobre la señora Briss con Long y sobre Long con la señora Briss; pero el vívido cuadro que su amistosa unión ofreció aquí y ahora, suscitó dentro de mí —aunque en exceso tardíamente, según habría podido parecer, tra-tándose de una emoción tal— una impresión sobradamente novedosa. Sin embargo, tal como se ofrecía aquí y ahora, ¿por qué era vívido, por qué suscitante, por qué en definitiva un cuadro? En una mansión que tanto fomentaba la sociabilidad, ¿había *alguna* combinación transitoria que quedara fuera del ámbito de lo lógico? Intensamente prontas, apenas necesito decirlo, fueron tan-to dicha novedosidad como mis percibidos desagrados ante ella. Sin duda el desagrado más gra-cioso, de haber tenido tiempo de ponerlo en palabras, habría sido que el especial efecto que aquella yuxtaposición causaba —por lo menos a mi parecer— era que se trataba de algo que ha-bría sido imposible prever. Sus integrantes actuaban, ciertamente, de una manera que yo no había imaginado; aunque incluso esto, según razoné, no constituía una descripción asimilable por la inteligencia de Lady John... para quien, sin embargo, no era tan indispensable, a fin de cuentas, una formulación de lo que confusamente ella advertía.

Brevemente observamos juntos, en cualquier caso, y cuando nuestras miradas tornaron a en-contrarse confesamos además que habíamos observado. Y superficialmente no habríamos podido ofrecernos más explicación sino que habíamos estado hablando de los involucrados como sepa-rados y que consiguientemente era un poco extraño encontrarnos de sopetón viéndolos como uno. Pues ahí estaba el busilis: *eran* uno; uno, al menos, para *mi* exhaustivo análisis. Por otro la-do mi exhaustivo análisis debió, para conveniencia del resto de mi pequeña charla con Lady John, hacerse lo más compendioso posible. Tuve la extraña sensación, hasta que por fin nos se-paramos, de dejar un dedo rígidamente fijo en un párrafo de un autor predilecto en el cual yo no hubiese reparado anteriormente. Mantuve el libro fuera de la vista y detrás de mí; hablé de cosas que de ninguna manera figuraban en él... o de ninguna manera en esa precisa página; pero mi tomo, pese a ello, simplemente estaba esperando. Lo que ahí podía estar escrito zumbaba ya en mis oídos como consecuencia de una mera ojeada. ¿También *ellos* habían empezado maravillo-samente a saberlo todo? ¿Había empezado *ella*, de la más maravillosa de las maneras, y habían ellos,

en tal caso, aunado sus fuerzas en ello prodigiosamente? Ésta era una posibilidad en que mi imaginación estaba en condiciones de adentrarse aún más profundamente que en los abismos sobre los cuales yo había visto cerniéndose a la otra pareja. Estas parejas opuestas se equilibra-ban cual grupos de bronce a ambos extremos de una repisa de chimenea, y lo máximo que pude decirme como lúcida desautorización de estos pensamientos fue que yo no debía darlas igual-mente por supuestas simplemente *porque* se equilibrasen. En la vida real las cosas tienen la cos-tumbre de no equilibrarse; toda esta delicada simetría era producto de un calenturiento sentido de la proporción. Empero, incluso mientras mantenía mi mirada apartada de la señora Briss y de Long, se me hizo patente que, considerando que formaban tan primorosa "composición", difí-cilmente iban a evitar ocupar un puesto en mi pequeña galería. La mente humana, otrosí —y mi generalización menoscabó fuertemente, en un rápido giro, la hipersutileza respecto de la cual acababa de congratularme privadamente—, la mente humana, sin duda, ignora en qué se hallará útilmente ocupada, de un minuto a otro, bajo el conjuro de la vida fantasmagórica. Unos segun-dos antes me había parecido vulgarmente lerdo por parte de Lady John mostrarse curiosa, o sa-piente, sólo de una tan pequeña porción; a despecho de lo cual ahora yo estaba estremeciéndome secretamente ante el indicio de que éstos otros habían empezado a estar menos en tinieblas y quizá incluso a intercambiar vislumbres directamente.

Mi ventaja personal, basada en una plena perspicacia, se había vuelto, sobre la marcha, en un abrir y cerrar de ojos, más que cuestionable, y de hecho me sentí bastante asustado ante la posibi-lidad de tener que enfrentarme —de tener que verlos a *ellos* enfrentarse— a otra percatación. ¿Qué implicaba este desasosiego sino la completa reversión de mi estimación del valor de la sa-

piencia? Hasta ahora la señora Brissenden y Long se habían pasado magníficamente sin ella, y quizá yo era responsable, por un capricho a efectos prácticos mucho más estúpido que el más estúpido de los de ellos, de haberlos pertrechado gratuita e irreversiblemente *con* ella. Estar sin ella era la forma más armoniosa, más afortunada, por ser la más cordial, de egoísmo; y ¿por qué había de hacerse que gente admirablemente dotada para permanecer así, gente brillante y orgu-llosa en su estado previo, gente en quien habría debido respetarse este estado como se respeta una superficie desprovista del más mínimo arañazo, empezase a vibrar desde dentro, a trizarse *y* resquebrajarse? ¿No era bastante con que *yo* pagara, vicariamente, el impuesto de ser absurdo? ¿Habíamos de ir a parar todos, sin salida ni escapatoria, a una condición en la que ese impuesto sería exigido de manera colectiva? Fue como si, abruptamente, merced a una emoción nueva, hubiese deseado impensar todos los pensamientos con que había estado ocupado durante veinti-cuatro horas. Permítaseme agregar, empero, que fui consciente de que aun si tal proceso hubiese sido factible yo no me habría propuesto iniciarlo hasta haber concluido con Lady John.

Naturalmente el tiempo que ella tardó en responder a mi más reciente comentario no está re-presentado por esta extensa ojeada mía a la cantidad de sugerencias que justo entonces me llega-ron del otro lado. De cualquier manera salió debidamente a la luz entre nosotros que la señora Server era la persona que yo llevaba en mis pensamientos; y recuerdo que a la sazón me pareció que en comparación con la susodicha ojeada importaba poco por cuál de nosotros, finalmente, hubiese sido nombrada primero. Tal vez haya algo extraño —que debo achacar a toda mi emo-ción de aquel momento— en el hecho de ahora no poder yo precisarlo. Me habría alarmado enormemente que la visión de Gilbert Long hubiese parecido hacer que de repente mi compañera pensase en la señora Server; y el recuerdo de un sobresalto semejante no se encuentra entre aqué-llos de que guardo conciencia. Lo que en mí sí perdura es la remembranza de cómo, pasados unos momentos, se disiparon mis aprensiones de variadas clases, en su mayoría bajo la paulatina convicción de que Lady John no era ni un ápice menos agradablemente superficial de lo que in-cluso en el mejor de los casos yo habría podido desear. Lo que a mi parecer quedó comprobado fue que, aunque ante sí misma y ante tantos otros ella diese la impresión de comprenderlo todo, no había comprendido ni una pizca de todo aquello que en aras de mis designios era conveniente que ella no comprendiese. Tan vasto es, en verdad, el mundo de la

observación, que ambos po-díamos espigar en él así de activamente sin cruzarnos cada uno en los pasos del otro. Allí está-bamos, cerca el uno del otro aunque —a excepción del azar de un encontronazo final, tal como enseguida relataré— a extremos opuestos del campo.

Es un asunto en que la verdad suena fatua, mas no puedo evitarlo si me pareció irremisible-mente vulgar —sí, decididamente— una persona capaz de realizar cualquier posible inducción acerca de nuestros compañeros *excepto* las que tan pormenorizadamente ya he referido que había realizado yo por mi cuenta. Verdaderamente habría sido mejor no examinarlos —lo cual era el caso del resto de la concurrencia— que concentrarse en ellos, con pretenciosos ademanes, sólo para sacarles tan escaso jugo. El que yo percibiese cuáles eran las predilecciones de May Server, el que May Server percibiese cuáles eran las predilecciones del pobre Briss y el que incongruen-temente mi percepción pareciese resignarse, filosóficamente, al contratiempo de las predileccio-nes de dicha dama... éstas fueron, en definitiva, circunstancias a las cuales claramente ella asoció ideas demasiado triviales como para que yo juzgue interesante detallarlas. Lady John, bien lo sabe Dios, analizaba todas las cosas bajo la luz de la omnipresente posibilidad de una “relación”; pero la mayoría de las relaciones que ella maliciaba sólo habrían podido introducirse forzada-mente en mi teoría para verse, al instante siguiente, eliminadas. Eran de una sustancia ajena: in-solubles en mi todo. Para ella Gilbert Long no mantenía relación ninguna, en mi sentido más profundo que el suyo, con la señora Server, ni la señora Server con Gilbert Long, ni el marido con la esposa, ni la esposa con el marido, ni yo con ninguno de los integrantes de las dos parejas, ni nadie con nada, ni nada con nadie. De esta guisa Lady John estaba exactamente donde yo deseaba que estuviese, pues, francamente, me había percatado, en este punto culminante de mis *Henry James La Fontana Sagrada*

conclusiones, de que hasta cierto punto yo deseaba que ella estuviese donde nítidamente había terminado haciéndome notar que su propicia inspiración la había situado. Aunque acabo de decir que se habían disipado definitiva y totalmente mis aprensiones de variadas clases, tal vez habría sido una afirmación más exacta decir que desde el momento en que nuestras miradas se encon-traron en referencia al espectáculo de nuestra pareja en el sofá, sencillamente se vio obliterado el tema de cualquier cosa imaginable distinta de *ese* indicio de una relación. Reducido a sus rasgos esenciales, este boceto de una intensificada amistad entre nuestros camaradas hizo pensar a Lady John. A mí no me hizo hacer otra cosa distinta, pero ambos pensamos, irremediablemente, si-guiendo cauces dispares.

De tal manera he caracterizado ya como raudas mis series de reflexiones, que es posible que no parezca que me paso de la raya si mencióno con cuánta diversión y filosofía enseguida me pareció inequívoco que ella estaba convencida de lo atinado de sus recientes sondeos. A su pro-pio modo de ver descendían mucho más cerca del fondo del mar que cualquier plomada que yo estuviese en condiciones de lanzar. El pobre Briss estaba enamorado de su esposa: esto, al apre-tarle yo las tuercas, ella no había tenido otro remedio que admitirlo; pero sí había tenido otro re-medio que admitir que su esposa estuviera enamorada del pobre Briss. Así las cosas, ¿qué habría podido combatir, dentro de la lady, una lógica consciencia —al término de un espléndido día es-tival, un día en que las ocasiones se habían multiplicado de tal manera— de una determinada im-presión? ¿Qué habría podido indicar que en ello “no había nada” cuando dos personas estaban sentadas dando *tan* extraordinaria impresión de que en ello había todo y de que por primera vez —gracias a una oportunidad más idónea— estaban haciéndose plena justicia mutuamente? De he-cho, en esta coyuntura, ¿habría sido posible que mi amiga no concediese ninguna atención a que Grace se había prestado con un raro entusiasmo, la tarde anterior, a la maniobra mediante la cual, para viajar desde la capital, la nombradía de milady se había acrecentado gracias a una compañía no peor, precisamente, que la del pobre Briss? Obviamente ahora la propia nombradía de la seño-ra Brissenden estaba en condiciones de acrecentarse gracias al recuerdo por parte de mi compa-ñera —si es que había sido informada del hecho— de que durante aquel trayecto la señora Bris-senden había sido escoltada por Gilbert Long. Todo esto, al menos, sí vi que Lady John lo vio, y puede considerarse que mi visión constituye el encontronazo a que ya he confesado que me dirigí

desde mi extremo de nuestro campo. Nos presenta a nosotros dos, para ser más exactos, topán-donos perceptiblemente —aunque *yo* fui el único que sintió el choque— durante nuestra tarea de recoger pajas. Nuestra impresión de aquella intensificada amistad fue sólo paja, pero cuando me agaché para recogerla sentí que mi cabeza chocaba con la de mi vecina. Eso habría podido ha-cerme avergonzarme de mi alacridad, pero, por muy sorprendente que parezca, este efecto no tuvo lugar. De hecho se me antojó que, teniendo en cuenta que incluso llegamos a pelearnos por aquella paja, yo me llevé, al alejarme, la mejor tajada.

10

En el momento en que me alejaba fue cuando extrañamente descubrí, sin mirar, que también la señora Brissenden se había desplazado inmediatamente. Yo quería mirar y sin embargo tenía mis razones para aparentar no hacerlo con excesiva celeridad; a despecho de lo cual me pareció patente, incluso después de un intervalo, que mis dos amigos se habían separado para evitar lla-mar la atención. Gilbert Long, habiéndose levantado justamente después que su secuaz, se había marchado ya, pero dicha secuaz, permaneciendo donde se hallaba de pie y así percatándose de mí, se valió de la ocasión para exteriorizar ganas de hablarme. Tal fue la idea que articuló cuan-do al punto fui a su encuentro:

—Durante unos minutos... dentro de poco.

—¿Quiere decir a solas? ¿Voy con usted?

Vaciló el tiempo suficiente para que la juzgase una pizca sorprendida de que yo estuviese tan

dispuesto... como si en realidad más bien hubiese esperado que no lo estuviese; lo cual le habría servido de cómodo pretexto para ganar tiempo. De hecho, con una cara que no se asemejó preci-samente a la valiente cara que hasta el momento me había mostrado a cada paso, aunque difería de una manera que allí mismo ciertamente yo no habría sabido definir; con una expresión, en re-sumidas cuentas, que me pareció que se refugiaba en una insinuación global de que no era mi conveniencia, sino la suya propia, la que estaba en juego, respondió:

—Oh, ahora no; pero sí antes de que se haga demasiado tarde. Dentro de unos minutos. ¿Dónde se encontrará usted? —preguntó con un matiz, según imaginé, de agitación. Había mira-do en su derredor como buscando trazas de una aceptación de la finalización de la velada por parte de las damas, mas ambos vimos a nuestra anfitriona ocupada en otros menesteres—: Toda-vía no vamos a acostarnos. Supongo —agregó como si se le hubiese ocurrido una idea nueva— que mañana usted se marchará temprano.

Reflexioné:

—No lo he pensado. ¿Y usted?

Ahora me encaró más directamente:

—Tampoco lo he pensado. —Luego guardó silencio, sin salir ni ir al grano, como me pareció que habría podido hacer, para revelarme lo que llevaba en sus pensamientos. Incluso imaginé que su momentáneo silencio, combinado con la manera como ella me encaraba —como si eso pudiera hablar por ella—, tuvo la intención de aseverar que, cualquiera que fuese el tren que ella cogiese por la mañana, urdiría que no fuera, como sí lo había sido el día anterior, el mismo que el mío. En su actitud capté de veras todo un mundo de malvadas alusiones al pequeño trayecto que ya habíamos hecho juntos. Ella tenía propensiones, tenía obligaciones que se interponían, y yo no debía pensar que ningún pequeño trayecto fuera factible otra vez en esas condiciones. Se me pasó por las mientes que éste muy bien había podido ser un asunto debatido por ella, debati-do y decidido, con su interlocutor en el sofá. Se me pasó por las mientes que si, antes de que to-dos nos fuéremos a la cama, por casualidad yo tenía también un minuto de charla con dicho in-terlocutor, igualmente obtendría de él la sensación de una opinión desfavorable a que partiéra-mos en el mismo grupo. Y me pregunté si esto, en tal caso, no me parecería indicar un retroceso a la antigua forma de ser de Long: una pérdida de las condiciones, fuera cual

fuese el parecer que uno se formara de ellas, que inesperadamente lo habían hecho mostrarse, en la estación de Pad-dington, tan asequible y tan agradable. Si *él* “retrocedía”, ¿no se transformaría Grace Brissenden de acuerdo con el mismo mecanismo? Y si ello sucedía con Grace Brissenden, ¿sucedería tam-bién con su marido? ¿Acaso el milagro no adoptaría la forma del rejuvenecimiento de dicho ma-rido? ¿No adoptaría, siguiendo con esta regla de tres, la forma del envejecimiento *de ella*, vol-viéndose si no tan vieja como el marido, por lo menos sí tan vieja, como quien dice, como ella misma? ¿No adoptaría la forma de que ella se volviese terriblemente fea: fea con esa fealdad de la simple madurez fondona y de la conservación artificial? Y, si adoptaba esa forma con los otros, ¿cuál adoptaría con May Server? ¿Recobraría,, de un salto tan notorio como el de ellos, su presencia de ánimo y sus perdidas dotes?

Naturalmente el tipo de suspense que me produjeron estas crecientes preguntas no experi-mentó merma alguna después de que la señora Briss interrumpiese todo al abandonar la estancia entre el crujir de sus exuberantes vestidos. Tenía algo que decirme y sin embargo no lo tenía: no tenía nada que decir y sin embargo yo la sentía haberse embarcado ya en un discurso. Había otras personas a quienes yo había hecho sentirse agitadas sin la menor intención, pero por lo me-nos ella no me había sufrido, y yo no deseaba que lo hiciese; en consecuencia de lo cual ella no tenía por qué temer agobio ninguno. A despecho de esto, mi suspense permaneció... tanto más perceptiblemente cuanto que de súbito yo me había desprendido de mi inquietud en lo tocante al cumplimiento de mi compromiso con ella. Extrañamente me había abandonado de golpe el temor de que me solicitaría, en consonancia con nuestro pacto, para pedirme cuentas respecto de aque-llo que habíamos denominado la identificación de la mujer. Dicha solicitación era lo que yo ha-

bía esperado de ella después de que me hubiese visto separarme de Lady John: *entonces* mi pri-mer pensamiento no pudo menos que ser que yo debía amoldarme, por así decirlo, a las circuns-tancias. Era insólito que, al cabo de un minuto, me sintiese seguro de haber quedado, tal como me es lícito expresarlo, libre; en todo caso fue indudable que mientras yo permanecía ahí obser-vándola retirarse y estudiando indisimuladamente, en medio de mis tribulaciones, su bella espal-da asertiva y el peculiar frufrú de su largo atuendo, fue indudable que, ante cierta sugerencia que logré, al instante, reconocer pero no asir, mi consciencia se percató de haber experimentado un giro completo. Aunque ahora yo era libre, eso mismo es lo que yo había sido hacía relativamente poco tiempo, lo que había sido cuando me dirigía en carruaje, en Londres, hacia la estación. ¿Era esto ahora una presciencia de que, a la mañana siguiente, al regresar a la capital, me sentiría de-vuelto a ese vacío? El estado perdido era el estado de exención de obsesiones intensas, y por lo tanto el estado recobrado estaría lógicamente a tono con él. Si de esta guisa, como debido a la agitación del aire ocasionada por mi amiga al mover bruscamente la cola de su vestido, la pres-ciencia había descendido sobre mí, de algún modo mi liberación era lo que ya estaba yo degus-tando. ¡Y sin embargo cuánto degusté también, junto a ello, algo así como la amenaza de que mi curiosidad se enfriara! El sabor de que había concluido ese realmente sublime imperio de la apa-sionada visión en el cual había estado viviendo durante horas repletas, ¿era éste un sabor que yo estaba seguro de ir a disfrutar especialmente? ¡Bastante palmario resultó, sin duda, que incluso durante el arrebato de sentirme exonerado reflexioné apesadumbradamente sobre todas las mu-chas cosas, las muchísimas cosas, que aún quería yo saber!

Pues bien, de todos modos, algo de esa cantidad habría de llegarme, ya que la señora Briss quería hablar conmigo. El suspense que permanecía en mí, como ya he indicado, era el novedoso suspense especial que ella acababa de generar. Se alimentó, durante un momento, enérgicamente, de ese examen de su exquisita persona en el acto de retirarse al cual he confesado que mi mirada se entregó. Naturalmente estos segundos fueron pocos, y sin embargo mi memoria extrae de ellos algo que sólo puedo comparar, en su efecto actual, con el aroma de una rara flor pasada ve-lozmente ante mi nariz. En otras palabras me parece recordar que gracias a aquel roce recibí la más intensa impresión que mi aventura entera había de ofrecer: la impresión que constituye mi motivo de decir que en la coyuntura

en cuestión “estudié” la espalda de la señora Brissenden. En verdad se diría necesario un profundo estudio para dar una idea de la misma. Fue tan bella y asertiva que simultáneamente ella confirmó y desmintió mis figuraciones, pero ¿acaso no fue la aserción (en tanto diferenciada de la belleza, que fue cuestión de estatura y volúmenes) franca-mente directa y desafiante? ¿Acaso no me pareció que lo que vi dijo expresamente *para* mí, sin ambages de ninguna índole: *“Soy* joven, lo *soy y* lo *seré;* vea, *vea si* no lo soy; ¡ea, ea, ea!”, con “eas” tan insistentes y rítmicos como las ondulaciones de su huyente presencia, como la enjoya-da inclinación de su vuelto rostro? Si su cara no hubiese quedado oculta, ¿acaso no me habría sentido justificado precisamente en mi suposición de que ofrecía un aspecto, durante esos instan-tes, terriblemente más viejo de lo que nunca lo había ofrecido? Mi réplica idealmente cínica ha-bría sido: “¡Oh, cualquier mujer con los recursos de usted puede parecer joven estando de espal-das! ¡Pero usted ha necesitado ponerse de espaldas para hacer tamaña proclamación!” Procla-mando fue como ella salió de la, estancia, y me quedé allí un poco derrotado aun contando con su promesa de que tendría otra entrevista con ella. ¿Sería ésta una promesa que ella cumpliría? Yo me había liberado, sí, a ciencia cierta. Pero ¿no lo habría hecho ella también?

Naturalmente, de cualquier manera, no me quedé allí clavado; y, aunque pareció mucho, pro-bablemente no fue largo el tiempo durante el cual, tras esto, me dediqué a pasearme por la estan-cia nerviosamente. Me sentía dividido entre la descortesía de desear que las damas se fuesen a la cama y la aprensión de que si lo hacían demasiado temprano yo podría perderlo todo. ¿Estaba la señora Briss esperando a que hubiera más intimidad o simplemente estaba esperando a darme esquinazo completamente? Por supuesto, incluso mientras yo me preguntaba esto, hube de re-procharme hasta qué punto estaba dando por sentado en ella un motivo deliberado. Con todo y

eso, si ella no tenía un motivo para darme esquinazo, ¿por qué no había tenido un motivo, cinco minutos antes, para ir al grano ante mí? Esta interrogante me mantuvo estancado donde ella pu-diera encontrarme en cualquier instante, pero esto no fue incompatible con que poco después yo me dirigiera, igual que ella misma, a otra estancia. La primera en que entré —había largas series de ellas en Newmarch— me mostró una vez más, en el extremo más alejado de la puerta, el ente que, presente o ausente, más había estado ante mi mirada y en cuyo reconocimiento ahora no pu-do haber error alguno. Nunca la inextinguible sonrisita de la señora Server había estado tan lejos de extinguirse como cuando advirtió que yo había tenido tiempo de notar cómo Ford Obert, para variar, estaba escudriñándola. Estos dos amigos míos parecían haberse trasladado juntos, después de la música, al rincón en que no me parecería desfigurar la verdad decir que los había sorpren-dido. Nada de la armonía que los unía se lo debían —al revés que mi otra pareja— a la limita-ción de un asiento común; una mesita acristalada, muestrario de diminutos objetos de valor, se extendía entre ellos como si se les hubiese ofrecido como ocasión de arrastrar hasta ella un par de asientos bajos; pero no por ello su unión dejaba de tener un aire. tal de duración aceptada co-mo para desconcertarme ligeramente. Esto habría representado tanto mayor razón para no rom-perla aun si yo no hubiese deseado especialmente respetarla. De alguna forma era grano para mi propio molino el que hubiera sucedido una u otra cosa a consecuencia de la cual Obert se hubiera deshecho del impulso de repetirme su extraña invitación a que yo interviniese. No me prestó atención cuando pasé; toda atención provino de su compañera. Constituyó, sentí, por parte de ésta, exactamente tanta y exactamente tan poca invitación como la había constituido en el mo-mento —que tan inmediatamente siguió a nuestra llegada— en que por primera vez los vi juntos; lo cual no es sino otra forma de decir que en la señora Server nada parecía admitir que hubiese transcurrido un lapso. Era casi medianoche, pero estaba otra vez en zafarrancho de combate: an-tes de la cena nos habíamos intercomunicado todo lo imaginable —o quizá, mejor dicho, todo lo inimaginable—, pero de nuevo su semblante se mostraba exquisito en su repudiación de cual-quier referencia.

Cualquier referencia, me apercibí, habría sido difícil *para mí* si desventuradamente me hu-biese visto forzado a abordarla. En lo que habría consistido la poco común espinosidad del pro-blema era en que precisamente la vacuidad constituía la más directa de las

referencias. Tuve, sin embargo, cuando pasé a su lado, una percatación tan íntima como aquélla con que había contem-plado la retirada de la señora Briss. “¿ Quéveré cuando la vea a usted la próxima vez?” era lo que tácitamente yo le había preguntado a la señora Briss; pero “¡Quiera Dios que jamás vuelva a ver-la *a usted!”* fue la plegaria que bruscamente mi corazón formuló cuando dejé atrás a la señora Server. La dejé atrás para siempre, mas mi plegaria no ha sido atendida. La vi otra vez; la veo ahora; la veré siempre; en determinados momentos seguiré sintiendo en mis propios músculos faciales el pequeño dolor mortífero de su heroica mueca sonriente. Con esto, empero, no hube de enfrentarme entonces, y mi sencilla filosofía del momento no pudo ser sino abandonar la estan-cia. El resultado de este desplazamiento fue que, dos minutos más tarde, en un umbral diferente pero que esta vez se abría a un gran pasillo, me vi paralizado por una revelación que en realidad habría debido parecerme la más nimia de mis preciosas anomalías pero que —ya que yo resulta-ba guarecido por la accidentalidad— observé, durante tanto rato como me fue posible, con inten-sidad. A este respecto yo describiría mi mirada como otra vez analizando la parte menos escruta-ble de una figura humana, de no ser porque hasta ahora la espalda del pobre Briss, que en este momento se me ofreció al lado de la de su esposa —pues tales fueron los ingredientes de aquella revelación—, se me había antojado el más elocuente de sus rasgos. Cuando mostraba la cara era cuando parecía, en cada ocasión, más viejo; pero cuando mostraba, por detrás, el singular recar-gamiento de sus hombros era cuando parecía el más viejo.

Cuándo aparecí acababan de atravesar la puerta y se alejaron, a paso lento y con una especie de confidencial proximidad mutua, por la larga avenida del corredor. La cabeza de ella iba siem-pre alta y la de su marido siempre baja, de tal modo que no pude estar seguro —tal vez fue sólo

fantasía mía de si en ellos el contraste de este hábito era más acendrado que de costumbre. Si no hubiese sabido nada sobre ellos me habría contentado con decir inimaginativamente que la charla estaba toda en un lado y la atención toda en el otro. Por supuesto que yo, a ese respecto, *no* sabía nada sobre ellos; sin embargo recuerdo que se me ocurrió, mientras mi improvisada sagacidad se cernía a sus espaldas, que no debía considerar demasiado enormemente simple nada de lo que pudiera estar teniendo lugar entre ellos. Mi posición era, a despecho de mí mismo, la de haber dominado bastantes posibilidades entre las que elegir. Si una de éstas podía ser —pues la cara de ella, pese a que su cabeza se inclinaba hacia atrás, estaba dirigida hacia él— que aparentaba su verdadera edad directamente *ante* él y sin embargo estaba haciéndole el amor con ello más inten-samente que nunca, igualmente otra era que él ya había vuelto a ser tan completamente apabulla-do que ella no tenía necesidad de rogar atención, que estaba más espléndida que nunca y que, vuelto el mismo pobre Briss de antes de su breve ventura, sencillamente él estaba tornando a sen-tir en su alma, como sumisa reacción ante su esposa, el chorreo de la fontana sagrada. La osada elección entre estas alternativas no logró, en mí, permítaseme decirlo, florecer a tiempo; lo que sí se alzó ante mí a tiempo fue que —fuera cual fuese, durante aquel vigilado instante, la nota pro-funda de su encuentro— sólo una cosa me atañía en ello: el que era exclusivamente cosa de la incumbencia de ellos. Así que por eso magnánimamente lo dejé ir, penetrando en el pasillo pero avanzando en sentido contrario y dirigiéndome hacia una salida que juzgué que alcanzaría antes de que ellos dieran media vuelta en su paseo. Sin embargo, todavía yo no la había alcanzado cuando escuché el cerrarse de la puerta más distante de mí; ante cuyo sonido me di la vuelta con el solo resultado de comprobar que los Brissenden habían desaparecido. No habían querido dar otra vuelta por el pasillo sino que, evidentemente, se habían encaminado de regreso al salón principal, donde, no menos presumiblemente, incluso entonces estaría formándose la procesión de damas en dirección a la cama. Al punto la señora Briss se sumaría a ella, *y* por lo tanto yo la *había* perdido. Odié dar la impresión de perseguirla, por muy tardío que pueda parecer el afirmar que antepuse mi dignidad a mi curiosidad.

Libre otra vez, en todo caso, para aguardar o para vagar, permanecí un minuto donde me ha-bía detenido: junto a una amplia ventana, según dio la casualidad, que, en esta punta del corre-dor, se hallaba abierta a la cálida oscuridad y dominaba, desde una altura no muy

grande, una de las terrazas. La noche era suave y rica, y si bien las luces de dentro no eran, por respeto a la tem-peratura, demasiado numerosas, el soplo del aire exterior me pareció un súbito correctivo a la densidad de nuestro brillo y al espesor de nuestro ambiente, nuestra pesada humanidad global. Gusté su dulce sabor y mientras para airearme me apoyaba sobre el alféizar pensé en muchas co-sas. Una de las que desfilaron ante mí fue el modo como Newmarch y sus hospitalidades eran sacrificadas, pensándolo bien, y en mucho mayor medida que en círculos más modestos, a priva-ciones sustanciales. Éramos todos tan exquisitos y ceremoniosos, y en particular las damas a la vez tan vestidas y tan desvestidas, tan recargadas de fruncidos y sin embargo tan despojadas de ropa, que las estrellas veraniegas nos solicitaban en vano. Les habíamos hecho caso omiso dentro de nuestra jaula de cristal y entre nuestras titilantes lámparas: realmente no éramos más libres de apearnos que si a toda velocidad estuviésemos viajando en un cerrado tren a través de una pre-ciosa comarca. Recuerdo que me pregunté si no estaría todavía a tiempo de dar un paseo bajo ellas, y recuerdo que al pedir a mi reloj su sanción vi que ya era más de medianoche. Eso era el final, pues, y mis únicas alternativas posibles eran la cama o el salón de fumar. La dificultad de irme a la cama radicaba en que no estaba en condiciones de dormir, y la dificultad de reunirme con los caballeros radicaba en que —decididamente, sí— había uno de ellos a quien deseaba no volver a ver. Sentí esto con intensidad mientras me apoyaba sobre el alféizar; sentí esto con tris-teza mientras contemplaba las estrellas; sentí otra vez lo que cinco minutos antes había sentido al volverle definitivamente la espalda, tan deliberadamente, a la señora Server. Vi al pobre Briss como recién acababa de desaparecer de mi vista y supe, tal como lo había sabido en el otro caso, que de buena gana mi atribulada conciencia quería sentir que a efectos prácticos ya no tendría

nada más que ver con él. Estaría bien, pues nada podía yo hacer en *pro* de él, que *yo ya* no hubie-se de volver a verlo. Lo que en mí permanecía desde esa visión de su paseo por el corredor en compañía de su esposa era la convicción de que su destino, fuera cual fuese, lo asía enérgica-mente. No lo dejaría marchar, y todo lo que ahora yo le pedí fue que me dejase marchar *a mí.* Yo me *marcharía,* iba a marcharme; lo cierto es que ya me habría marchado si no fuese porque tenía que resignarme al intervalo de la noche. Las admoniciones de aquel momento —del todo con-firmadas, me apresuro a agregar, por lo que aún habría de venir— eran que por la mañana cogie-se, con resolución, un tren para la capital más temprano de lo que probablemente ningún otro había de hacerlo y que partiese a solas en él, despidiéndome de Newmarch para una larga tempo-rada. Yo no tendría prisa por retornar, pues quería dejar atrás mi enmarañada teoría, ninguno de cuyos hilos sueltos me hacía ninguna falta retomar y en ninguno de cuyos engranajes sueltos era preciso que mi pie tornase a tropezar. Había sido camino de esta residencia campestre, en defini-tiva, cuando me había asaltado mi obsesión, conque desandando esos pasos lograría desembara-zarme de ella. Sólo que yo debía romper con todo tajantemente, debía eludir cualquier recordati-vo rehusándome a cualquier retorno.

Todo eso estaba muy bien, pero quizá habría estado aún mejor si me hubiese ido derechito a acostarme. En ese caso *habría* roto con todo tajantemente: demasiado tajantemente para reparar en algo que me retuvo en la ventana un minuto más y que tuvo el instantáneo efecto de hacerme preguntarme si, en interés de la observación, no debería apagar la luz eléctrica que, alumbrando justo a mis espaldas, podía delatar que me hallaba allí. Resistí este impulso y, con la reflexión de que mi posición no resultaba comprometedora en modo alguno, arrostré el riesgo de ser observa-do yo mismo. Por lo demás advertí enseguida que en realidad yo no podía ser visto; asimilé tran-quilamente aquello de lo cual no había estado seguro al principio: la identidad de la figura situa-da justo dentro de mi campo visual, pero justo fuera del haz de luz proyectado desde mi ventana. Uno de los caballeros de nuestra concurrencia había salido solo a darse un garbeo, y dicho caba-llero era Gilbert Long. Había hecho un alto, discerní, en su caminar: tenía la espalda vuelta hacia la mansión y, apoyándose sobre el pretil de la terraza con un pitillo en los labios, se había entre-gado a sentir las fragantes tinieblas. Se movía tan poco que yo estaba a salvo, sin darse la menor vuelta que me habría obligado a retirarme: se limitaba a

fumar parsimoniosamente en su ubica-ción y parecía tan abismado en sus pensamientos como yo en mi atención a él. Apenas supe la impresión que me causó esto; todo cuanto percibí fue que, por muy leve que fuera el hecho y pe-queño el indicio, esencialmente encajaba. Tenía una importancia para mi imaginación, un valor para mi teoría, y de hecho originó una sensación bajo cuya influencia dicha teoría, que yo acaba-ba de ahuyentar con hartazgo, se posó de nuevo sobre mis hombros. Despertó mi más hondo in-terés el ver a Long aislado de tal modo, manifiestamente reconcentrado de tal modo. Estas cosas lo marcaban y lo desenmascaraban más que ninguna hasta entonces, y también lo relacionaban con otros asuntos más que ninguna. Lo presentaban, pensé, como serio; caracterizaban su situa-ción como grave. Yo no habría sabido decir qué demostraban, pero me turbaron como si lo de-mostrasen todo. Sencillamente la demostración se constituyó desde el instante en que fue captada la imagen de él allí solo en la cálida oscuridad. Precisamente con todo lo que había en el misterio era con lo que él *estaba*, con lo que impulsivamente había necesitado estar, solo. Nervioso e in-quieto después de separarse de la señora Briss ante mis narices, había ambulado erráticamente hacia el salón de fumar, todavía vacío; *él* tampoco sabía qué hacer *y* era incapaz de cama *y* de sueño. Había reparado en la comunicación del salón de fumar con la terraza y había salido al aire libre; esto era lo que le sentaba bien y, con pausas y meditaciones, posiblemente con mucho que reflexionar a estas alturas, estaba prolongando su apacible vigilia. Pero por último se movió y experimenté un sobresalto. Dejé de observar y volví sobre mis pasos. Me sentía, pese a todo, francamente humillado. No había hecho falta más que otro abrir y cerrar de ojos para restablecer todas mis cavilaciones.

No había andado, empero, veinte pasos cuando encontré a Ford Obert, quien había penetrado

en el pasillo por la otra punta e iba, como de inmediato me informó, camino del salón de fumar.

—¿Están todos dispersándose, pues?

—Algunos de los caballeros, creo —dijo—, están imitando mi ejemplo; otros, me parece (¡extraordinarias criaturas!), han ido a engalanarse. Otros más, sin duda, han ido a acostarse.

—¿Y las damas?

—0h, se han ido flotando, se han remontado hacia lo alto: a una juerga (¿no es ésa la inten-ción?) en sus propios aposentos. ¿No practican también ellas, a estas horas, ciertas sociabilida-des? Forman, en todo caso, ahora mismo, un cuadro admirable sobre aquella gran escalera.

Me abstraje un instante:

—Ojalá lo hubiese visto. Pero de hecho lo veo. Sí: espléndido. ¿Está el lugar completamente despejado de ellas?

—A no ser, se me ocurre, que hayan dejado alguna “pluma negra a modo de signífero...”

—¡Espero que no a modo de signífero —repuse riendo— de algún “mendacio” que sus “ánimas hayan arbitrado'! Pero ¿no se ha quedado ninguna de ellas? .

Pareció sorprenderse:

—¿”Quedado”? ¿Para qué?

—Oh, no sé; ¡en esta mansión...!

Miró nuestra larga perspectiva, todavía iluminada; pareció percibir conmigo nuestra magná-nima comodidad, la cual presuponía que poderes invisibles cuidaban de nuestro buen placer y esperaban hasta que nos retirásemos todos. De veras no hay nada comparable a la magnánima comodidad de Newmarch. Y sin embargo Obert me recordó —si es que yo necesitaba que me lo recordasen— que al fin y al cabo no debía dar nada por hecho sobre la base de aquello:

—¿Es que una de ellas tenía que quedarse *por usted?*

—Vaya, ya que me lo pregunta, eso era lo que yo esperaba. Pero ya que usted responde de que mi esperanza se ha visto truncada, me someto a los dictados de una fuerza superior.

—¿Quiere decir que se viene a fumar conmigo? Venga pues.

—¿Qué es lo que, si voy—pregunté con cierta intencionalidad—, me dará usted?

—Temo que de entre lo que está dentro de *mis* alcances no puedo prometerle mas que un vulgar pitillo.

—Entonces ¿qué es lo que —proseguí— me quitará usted?

Él había enfrentado mi mirada, y ahora me atalayó un poco con una sonrisa que me pareció intencionada:

—Pues temo que no *puedo* quedarme con nada más...

—...¿del tipo de cosas —pregunté riendo— que ya ha aceptado de mí? Cosas lastimosas, quizá... ¡algo mísero pero mío! A pesar de como es, no pido sino poder quedármelo para mí solo, y no era a eso a lo que me refería. Quería decir: ¿qué flor arrancará usted, qué estragos causará entre...?

—¿Y bien? —preguntó al quedarme callado.

—...entre varias supersticiones que, al fin y al cabo, me son queridas. *Mon siège est fait:* un gran palacio de reluciente cristal. ¿Cuántos cristales destrozará usted como recompensa por per-manecer yo amablemente despierto en su compañía?

Pudo ser una mera impresión mía —pero *fue* una impresión mía— el que él me miró una piz-ca mas intensamente:

—¿Cómo diantres puedo saber de qué me habla?

Guardé silencio un instante; después continué:

—¿Por casualidad las contó usted?

—Que si conté ¿el qué?

—Caramba, a las damas mientras desfilaban escaleras arriba. ¿Faltaba alguna por subir?

Hizo un brusco ademán de impaciencia:

—¡Vaya a comprobarlo usted mismo!

Una vez más me limité a guardar silencio; luego insinué:

—Pero suponga que me topo con la señora Server...

—...¿rondando por ahí por si acaso lo ve a usted? Córcholis, creía que ella era lo que usted buscaba.

—¡Entonces —repliqué— usted sí sabía de qué le hablaba yo! —Durante unos instantes des-pués de esto nos miramos cara a cara sin más palabras, pero enseguida continué—: ¿De veras no advirtió usted si se quedaba rezagada alguna dama?

—Creo que me pregunta usted demasiado —espetó por fin—. ¡Cuide usted de sus damas, mi querido amigo, por sí solo! Vaya —repitió— a comprobarlo.

—De acuerdo: eso será lo mejor; pero dentro de tres minutos volveré a reunirme con usted. —Y mientras él se encaminaba hacia el salón de fumar yo avancé sin más demoranza para cercio-rarme, llevando a cabo en sentido contrario el itinerario que había recorrido diez minutos atrás. Era extraordinario lo que había hecho por mí la visión de Long a solas en la oscuridad exterior: yo diría que me había puesto “en ello” de nuevo en el momento en que resueltamente me sentía fuera de ello. Creo que, si no lo hubiese visto, ahora habría podido marcharme a la cama sin en-trevistarme con la señora Briss; mas súbitamente mi remozada impresión había representado una gran diferencia. Si ése era el modo como él me había impresionado, ¿cómo no podría hacerlo la señora Briss, si es que yo conseguía acceder a ella? Y ella podía, a fin de cuentas, en la intimidad que por fin nos ofrecían las vacías estancias, estar aguardándome. Las recorrí todas, empero, con el solo resultado de verlas auténticamente vacías. Conforme a las grandes concesiones de todo tipo que constituían la ley de Newmarch, todavía permanecían abiertas e iluminadas, conque si yo hubiese confiado en la reaparición de la señora Briss habría podido aguardarla cómodamente, allí mismo, cinco minutos más. No estoy seguro, por cierto, de que no lo hice. Por lo menos re-cuerdo que me pregunté si no podría tocar alguna campanilla para encargarle a algún criado que le subiese un recado. No toqué ninguna campanilla, pero debí de aguardar un poco por si acaso se presentaban los criados para apagar las luces y para verificar que la mansión quedaba segura. Aún no se habían presentado, sin embargo, cuando otra vez me convencí de que debía someter-me.

Me sometí yendo, definitivamente, al salón de fumar, donde se habían congregado varios ca-balleros y donde Obert, un poco apartado de ellos, estaba en edificante comunión con los ana-queles. Son de todo punto maravillosos, en Newmarch, los anaqueles, pero devolvió un volumen a su sitio en cuanto me vio entrar y un momento después, ya sentados, torné a decirle, a guisa de recordativo de nuestro reciente episodio:

—¡Entonces usted sí sabía de qué le hablaba yo! —Y agregué, para completar mi alusión—: Ya que usted pensaba que la señora Server era la persona que, cuando lo detuve, por intermedio de usted lamenté enterarme de que se me había escapado.

Su transitorio silencio semejó admitir la sapiencia que yo le había atribuido.

—Entonces ¿resulta que se le *ha* escapado? ¿No estaba aguardándolo ahí?

—No había nadie "aguardándome ahí"; conque me temo que si usted no hubiera estado, tal como sí es el caso, aguardándome aquí, mi diversión habría tocado a su fin. A decir verdad —continué—, ya la había dado por finiquitada hasta que, hace un ratito, lo vi a usted en conversa-ción con la dama que hemos nombrado. Ante esto, lo confieso, se ensancharon un tanto mis perspectivas. Me dije que, puesto que el interés *de usted* no había decaído por completo, ¿por qué, aun en el peor de los casos, había de hacerlo el mío? Esta mañana, ¿no es cierto?, durante un rato el de usted *fue* el mío. ¿0 fue el mío el que fue de usted? Celebramos un intercambio, en cualquier caso, de algunas intensas impresiones. Sólo que, antes de separarnos, su ahínco decayó o su buena educación se inmiscuyó: usted dejó de lado, como cosa que no era de su incumbencia, *Henry James La Fontana Sagrada*

el enigma que inopinadamente nos había fascinado.

—También usted lo dejó de lado —dijo mi amigo.

—Sí, y nos separamos con la convicción que era cosa tan escasamente de mi incumbencia como de la suya.

—Pues bien, ¿entonces? —Mantuvo la mirada, con la cabeza echada hacia atrás, en las en-trañables encuadernaciones, extraordinarias por la antigua doradura y el antiguo colorido, que cubrían la pared que tenía enfrente suyo.

—Pues bien, entonces, si he inferido atinadamente que usted está, a despecho de nuestra co-mún renuncia, todavía interesado, le confieso que yo también lo estoy. Di por sentado mi apar-tamiento demasiado pronto. No he estado apartado. No estoy apartado, mecachis, ahora mismo. Y todo porque usted fue tan esclarecedor desde los comienzos.

—¿Desde los comienzos?

—Caramba, desde el instante en que ayer nos vimos en los jardines: el instante en que por primera vez lo observé en compañía de la señora Server. En verdad el origen de todo fue la mi-rada que entonces usted me dirigió. Todo —y ahora hablé con auténtico convencimiento— hubo de brotar de eso señaladamente.

—¿Qué entiende usted —preguntó— por todo?

—Pues esta imposibilidad de mi apartamiento. Lo que ayer por la tarde usted me contó cuan-do subíamos a vestirnos... lo que entonces usted me dijo es responsable de ello. Y, si a eso vamos —proseguí—, ahora discierno que tampoco usted ha dejado nada de lado... a menos, es decir, que me haya dejado de lado *a mí.* Por cierto que esto es lo que sospeché cuando atravesé aquella estancia.

Fumó mientras se produjo un nuevo silencio; luego comentó:

—Usted tiene unas ideas extraordinarias sobre responsabilidades.

Lo atalayé un instante, pero él se limitó a contemplar fijamente los libros, sin desviar la mi-rada. Algo en su voz me había hecho sentirme más seguro, y dicha seguridad me hizo reírme:

—¡Veo que usted *va* en serio!

Pero él insistió bastante serenamente:

—Usted tiene unas ideas extraordinarias sobre responsabilidades. Niego rotundamente la mía.

—¡Usted *va* en serio, ya lo creo que *va!* —repetí con un regocijo que procuré que resultara inofensivo y que creo que lo resulto—. Pero da igual. Usted no es peor que yo.

—Desde luego que no soy, según su propio relato, ni la mitad de malo que usted. Pero, como usted dice, da igual. Me trae sin cuidado. Me aventuré a ahondar en aquello:

—Oh, ¿de veras?

Su buen talante no se inmutó:

—Me trae sin cuidado.

—En tal caso, ¿por qué se abstuvo de mirarme hace un rato? —¿Me abstuve de mirarlo?

—Sabe usted perfectamente que así fue. La señora Server sí que me miró... con su indecible intensidad: haciéndome percibir de nuevo, por cierto, que nunca he visto a una mujer comprome-terse tan poco manejando procedimientos tan comprometedores. Pero aunque usted advirtió la intensidad de ella, ni por un instante ello lo desvió de la suya propia.

Encendió un nuevo pitillo antes de replicar a aquello:

—Difícilmente un hombre que está enfrascado en una conversación con una adorable mujer escoge semejante momento para guiñarle el ojo a otra persona.

—¿Quiere usted decir que dicho hombre se limita a guiñárselo *a ella?* Mi querido amigo, ayer eso no fue suficiente para usted, y esta mañana tampoco lo había sido en medio de las im-presiones que desembocaron en nuestra última conversación. Precisamente lo que me estimuló fue el hecho de que entonces usted me guiñase el ojo a mí, de que me lo *hubiese* guiñado.

—Y ¿qué hay del hecho de que usted me lo hubiese guiñado *a mí?* ¡Los guiños *de usted,* cór-*Henry James La Fontana Sagrada* Página 80 de 123

cholis —exclamó riendo Obert—, son portentosos!

—Oh, si incriminamos —dije humorísticamente luego de un momentoes que concordamos.

—No estoy tan seguro —replico— de que concordemos.

—Ah, pues entonces, si diferimos, ello es aún mas revelador. Porque, ya sabe, ni ayer ni esta mañana diferimos.

Sin precipitación ni nerviosismo, aunque con un razonable desconcierto, su mente retrocedió en la conversación:

—Me parecía que hacía un momento usted había dicho que sí diferimos... reconociendo co-mo ha debido reconocer que usted estaba ansioso por una cacería de la cual yo me había lavado las manos.

—No estaba ansioso, no. Acaba usted de comentar que se acuerda de que yo la había dejado de lado. También yo me lavé las manos.

Esto pareció proporcionarle la conclusión del problema:

—Entonces, si tenemos limpias las manos, ¿de qué estamos hablando?

Lo encaré, tras ello, un poco más directamente y lo miré tan prolongadamente que por último él tuvo que mirarme; ante lo cual, tras retener su mirada otro instante, expresé mi convencimien-to:

—No tenemos limpias las manos.

—¡Ah, hable sólo por las suyas! —Y mientras se retrepaba en su asiento yo muy bien habría podido considerarlo agitado. En la forma como prosiguió hubo un indicio de la misma índole—: Le aseguro que declino toda responsabilidad. Considero que la responsabilidad es singularmente suya.

—Bien —dije—, yo sólo deseo jugar de una manera deportiva. Usted fue el primero en sacar a relucir que ella estaba cambiada.

—¡Pues no está cambiada! —dijo mi amigo con un casi estremecedor, para mí, efecto de sorpresa—. 0, mejor dicho —agregó rauda e incoherentemente—, sí lo está. Ha retrocedido.

—¿”Retrocedido'? —Me había dejado pasmado.

—Retrocedido —reiteró con cierta brusquedad y como para de una vez por todas concluir, en lo que a él respectaba, con aquel embrollo.

Pero para mí el embrollo seguía vigente en un grado que lo hizo percatarse de estar muy lejos de haber concluido con él; y, sobre todo, ahora algo me decía que de ninguna manera él debía concluir con él antes que yo. Además rápidamente advertí que yo debía, con sutileza, hacerlo desear no concluir con él.

—¿Retrocedido a lo que ella era cuando usted la retrató?

Hubo de meditar sobre esto un instante:

—No: no exactamente a eso.

—¿A qué entonces?

De algún modo procuró complacerme:

—A otra cosa diferente.

De tal manera aquello pareció, a mi modo de ver, el destello de algo que encajaba, que casi temí apagar dicho destello al acuciar. Así, pues, debía sonsacarle todo lo que pudiese sin presio-nar demasiado:

—¿No sabe exactamente a *cuál* otra cosa?

—No lo sé exactamente, no. —Pero en ello hubo un sonido, esta vez, que interpreté como un indicio de ciertas ganas de saberlo, casi un reconocimiento de que tal vez yo pudiera ayudarlo.

Por consiguiente lo ayudé lo mejor que supe y, me es lícito agregarlo, tanto como lo permitió el decidido nerviosismo que él había generado dentro de mí. ¡Aquello encajaba, aquello encaja-ba!

—Si ella ha cambiado a otra cosa diferente, entonces supongo que un retroceso no es la de-nominación más exacta para ello.

—Tal vez no. —Francamente me apasioné al aceptar él mi sugerencia como una ayuda––. En cualquier caso ella no es como ayer la consideré.

Fue asombroso a qué profundidades descendió esto a mi parecer y con qué posibilidades se fundió:

—Recuerdo lo que ayer dijo usted sobre ella.

Lo espoleé de tal manera que lo hice rememorar las palabras exactas que él mismo había usado:

—Era tan desmesuradamente desgraciada. —Pero ahora visiblemente las pronunció no como remembranza de lo que él mismo había dicho, sino para referirse al contraste de aquella circuns-tancia con lo que en el momento presente él discernía; de tal forma que a mi modo de ver fue inmenso el valor que esto confirió a lo que en el momento presente él discernía.

—Y ¿quiere decir que eso se ha esfumado?

Hizo una tregua, empero, un poco como escamado de tener que explicar tan repetidamente lo que quería decir, y mientras guardaba silencio me miró de nuevo.

—¿Qué quiere decir *usted?* ¿Que usted mismo no cree que haya sido así?

Puse la mano sobre su brazo y lo así un momento con un apretón que delató, seguramente, mis esfuerzos por ensamblar mis pensamientos y no perderme ni una pista. Delató, sin duda, tan-to mi miedo a tal fracaso como mi intensa pregustación del triunfo. Recuerdo que al mismo tiempo, absolutamente, me pareció experimentar otra vez el gozo del dominio intelectual sobre datos díscolos: ese gozo de identificar, casi de crear resultados que ya he constatado como un regocijo inherente a algunas de mis anteriores zambullidas en la perspicacia.

—Se tardaría mucho tiempo en contarle lo que quiero decir.

El tono de esto francamente lo hizo contemplarme igual que yo había estado contemplándolo a él:

—Caramba, ¿no disponemos de toda la noche?

—Huy, se tardaría más que toda la noche... ¡aun si dispusiéramos de ella!

—Con eso, ¿insinúa que no disponemos de ella?

—En efecto: no disponemos de ella. Quiero marcharme.

—¿A la cama? Lo creía tan ansioso.

—*Estoy* ansioso. Ansioso no es la palabra exacta. No quiero marcharme a la cama. Quiero marcharme, a secas.

—¿Irse de la mansión... en plena noche?

—Sí, por absurdo que pueda sonar. Usted me altera excesivamente. No se da cuenta de lo que me hace.

Continuó mirándome; entonces lanzó una carcajada que no constituyó un mentís, sino más bien una corroboración, del efecto que en él había producido mi apretón. Si yo había querido in-teresarlo, lo había interesado. Sólo que llegó a pasárseme por las mientes que lo había interesado en demasía. De hecho percibí esto gracias a la siguiente cosa que dijo:

—Si está usted, pues, excesivamente alterado para ser claro ahora, ¿qué tal si me lo cuenta mañana?

Tardé un breve rato en reportarme. Por muy ridículo que pueda semejar, aún tenía que calmar mis nervios; lo cual constituye una demostración, a buen seguro, de que para la verdadera excita-ción no hay aventuras como las mentales.

—¡Huy, mañana me habré lanzado al espacio!

—Ciertamente ninguno de nosotros dos estará aquí. Pero ¿no podemos convenir, digamos, en vernos en la capital o incluso en viajar juntos en condiciones tales que nos permitan hablar?

Otra vez le di unos pequeños meneos a su brazo:

—Gracias por su paciencia. Es realmente amable por su parte. ¿Quién sabe si mañana seguiré vivo? *Estamos* viéndonos. *Estamos* hablando.

Pero con tantas cosas como tenía en que meditar debí de caer, tras esto, en el más profundo

de los silencios, pues la siguiente cosa que recuerdo es que replicó:

—¡No estamos haciéndolo! —Yo repetí mi gesto tranquilizador, le di a entender que dentro de unos instantes volvería a consagrarle toda mi atención y seguidamente él, mientras me conce-día tiempo, volvió sobre algo de su propia cosecha—: De todas formas, mi guiño no habría dado paso a ningún entendimiento entre nosotros, como ya he dicho, de no ser por el de usted. Eso es lo que yo denomino su responsabilidad. Fue, tal como lo expresamos, la antorcha de su analo-gía...

—¡Oh, la antorcha de mi analogía!

Gemí esto de tal manera —como en un auténtico arrebato— que ello lo hizo interrumpirse, y vi que de veras su curiosidad había vuelto a ser azuzada. Pero prosiguió con una continuidad que en cierto modo me reprendió:

—Fue el que usted me hiciese cavilar, tal como le dije esta mañana, sobre lo que me había contado acerca de Brissenden *y* su esposa, fue *eso*...

—...¿lo que lo hizo cavilar —completé sus palabras de inmediato— sobre lo que por su parte usted me había contado acerca de nuestra atribulada dama? Sí, precisamente. Ésa *fue* la antorcha de mi analogía. Lo que yo le mostré del primer caso pareció revelarle qué buscar en el segundo. Usted caviló sobre eso. No lo culpo de nada peor que de *haber* cavilado sobre eso. Pero ya puede ver lo que el cavilar hace con ello.

Pareció divertirlo la forma en que yo había dicho aquello:

—¡Ya puedo ver lo que hace con *usted!*

—¡No puede verlo, no! No todavía. Ése es precisamente el problema.

—Precisamente el problema ¿de quién? —Yo le había agradecido su paciencia y él demostró merecerse tal agradecimiento—: ¿Precisamente el de usted?

—Vale, digamos que el mío. ¡Pero cuando usted vea...! —Y callé como insinuando la rica promisión de ello.

—¿Quiere decir cuando yo vea en qué punto se halla usted?

—La única dificultad radica en si usted *puede* verlo. Pero intentémoslo. Usted me ha impeli-do a dar vueltas y más vueltas, pero debemos ir paso a paso. ¡Ah, toda la cosa parte de la semilla que usted dejó caer! —refrendé—. Si ahora no es desmesuradamente desgraciada...

—...¿es desmesuradamente feliz? —interrumpió, explicitando más nítidamente, si no la ver-dadera impresión que hacía un rato había estado infiriendo ante mis narices, por lo menos sí algo que había empezado a discernir que mi alegato implicaba—. Pues ésa *es* la manera como yo también concibo el cambio de ella. Su cambio, quiero decir —agregó en su patente deseo de co-laborar conmigo—, ¡su cambio de su otro cambio! ¡Ea! —Se rió como si también él se hubiese juzgado francamente fantasioso—. ¿Acaso *eso* no está claro para usted?

—Cristalino... *para mí.* Pero porque yo sé por qué.

Ahora veo de nuevo la prolongada mirada que, tras esto, me dedicó. Raudamente discerní mucho de lo que había en la misma.

—¡Pues yo también!

—Pero ¿cómo diantres...? Yo sé, en mi fuero interno, *cómo* lo sé.

—Pues yo también—reiteró luego de un momento.

—Y ¿puede contármelo?

—Desde luego. Se debe a lo que ya le he mencionado: la antorcha de su analogía.

Le di vueltas a aquello:

—Evidentemente usted ha hecho un uso admirable de la antorcha de mi analogía. Pero lo asombroso es que parece haberlo hecho sin contar con todos los datos.

También él reflexionó:

—¿Qué entiende por todos los datos?

—¡Huy, me llevaría mucho tiempo explicárselo! —No pude evitar reírme ante la comparati-va simplicidad con que él había preguntado aquello—. Es la clase de cosa para realizar la cual

acabamos de hablar de reservar un día. En todo caso, teniendo en cuenta cómo son dichos datos —continué—, a efectos prácticos ahora me considero en firme posesión de ellos. Pero lo que no logro entender es cómo ha podido llegar a estarlo *usted.*

Pues bien, él fue capaz de desvelármelo:

—¿Por qué diantres su analogía no habría debido ponerme al corriente? —Habló con regoci-jo, pero con rotundidad—: Yo tampoco soy idiota.

—Entiendo. —¡Pero había tanto que entender!

—¿Pensaba usted que lo *era?* —preguntó cordialmente.

—No. Entiendo —repetí. Sin embargo yo no entendía realmente, plenamente; lo cual él per-cibió enseguida:

—Usted me hizo pensar en su teoría sobre el matrimonio Brissenden hasta el punto de que ya no conseguí pensar en otra cosa.

—Claro, claro —dije—. Prosiga.

—Bien, como usted había plantado la teoría en mí, empezó a dar fruto. Comencé a vigilarlos. Seguí vigilándolos. No hice mas que vigilarlos.

El súbito descenso de su voz durante esta confesión —como si significase una especie de en-negrecimiento de su conciencia—tornó a divertirme:

—¿Usted también? ¡Entonces cuán ocupados hemos estado los dos! Pues yo, ¿sabe?, he vigi-lado (o eso había hecho, hasta que hace un ratito lo vi a usted en conversación con la señora Ser-ver) todo y a todos *excepto* a usted.

—Oh, pero yo sí que lo he vigilado *a usted—dijo* Ford Obert como si quizá, pensándolo bien, en tal caso me llevase ventaja—. Reconozco que lo noté volver a ponerse sobre el rastro; pues creí notarlo desconcertado.

Enterarse de si de verdad yo había estado desconcertado habría sido, percibí, lo que más le habría gustado; pero asimismo percibí que él experimentaba ciertos escrúpulos en preguntárme-lo. Lo que percibí mejor que nada, no obstante, fue que para revelárselo yo necesitaba entender.

—¿A qué rastro se refiere?

Sonrió como si yo hubiera podido figurarme estar en condiciones de refugiarme en evasivas:

—Caramba, a la prosecución de esa identificación que no era cosa de nuestra incumbencia: la identificación del amante de ella.

—Ah, ¿respecto a eso —repuse sin demoranza— es respecto a lo que usted me ha juzgado desconcertado? Temo —agregué casi con igual celeridadtener que admitir que lo he estado. Por fortuna, de todos modos, *no* es cosa de nuestra incumbencia.

—En efecto —dijo mi amigo, sintiéndose divertido por su parte—, no es de nuestra incum-bencia nada que no podamos averiguar. Advertí que usted no lo había identificado. Pero —continuó Obert— ¿qué más da él ahora?

Esto tardó sólo un momento en orientarme para advertir que el convencimiento de mi com-pañero sobre este punto era un convencimiento que decididamente había de ser respetado; e in-cluso esa pizca de vacilación no fue sino resultado de que yo me preguntase cómo habría llegado él a convencerse de aquello.

—¿Qué más da él, desde luego? —respondí con prontitud—. Pero ¿cómo advirtió usted que yo había fracasado?

—Advirtiendo que había fracasado yo mismo. Pues también yo he estado buscando. Él no es-tá aquí —dijo Ford Obert.

Por muy encantado que me sintiera de que él lo creyera así, sin embargo me sentí impresio-nado por su complacencia en su propia certidumbre, que otra vez se puso en relación con mi ob-servación de su tan reciente coloquio con ella:

—Oh, para estar tan seguro, ¿es que lo ha camelado la señora Server?

—¿Él *está* aquí? —preguntó apremiantemente por toda respuesta a aquello.

No vacilé sino un instante:

—No está aquí, no. Ello no es grato para el ahínco propio, pero quizá es mejor para la urba-nidad propia. Hablo al menos por la mía. Si usted ha vigilado —proseguí—, sin duda habrá visto con creces adónde ha ido a parar la mía. Él no está aquí, de todos modos —reiteré—, y habremos de arreglárnoslas sin su identidad. De hecho, ¿qué estamos demostrándonos mutuamente —pregunté— sino que nos las *hemos* arreglado sin ella?

—¡*Yo* me las he arreglado sin ella! —declaró mi amigo con suprema franqueza y con algo semejante, como me vi obligado a reconocer, a mis propios regocijos interpretativos—. Me las he arreglado sin ella perfectamente.

De veras advertí que así había hecho, y realmente me pareció asombroso. Pero restringí la exteriorización de mi asombro:

—Por consiguiente, si hace un momento usted habló de haberlos vigilado...

—...naturalmente me refería —completó mis palabras de inmediato— a haber vigilado a los Brissenden. Y naturalmente, sobre todo —agregó casi con igual celeridad—, a la esposa.

Ahora convine por completo:

—Huy, naturalmente, sobre todo a la esposa.

Ello lo alentó tanto como era preciso:

—El amante de una mujer no tiene importancia (por lo menos no tiene importancia para na-die que no sea él mismo, no tiene importancia para usted o para mí o para ella) una vez que ella lo ha abandonado.

Este testimonio de su observación me hizo exteriorizar, pese a que a estas alturas yo ya lo había previsto en gran medida, parte de la vivacidad de mi emoción:

—¿Ella lo *ha* abandonado?

Pero de nuevo me puso en guardia la sorpresa que se traslució en el movimiento de sus ojos:

—¿De qué otra cosa estamos hablando, pues?

—De ninguna otra cosa, claro está —balbuceé—. ¡Pero la manera como usted ve!... —En-contré refugio en una boquiabierta exclamación admirativa.

—Ya lo creo que veo. Pero —él *quería* volver sobre eso— sólo gracias a que usted vio pri-mero. Usted me proporcionó las piezas. Yo me he limitado a ensamblarlas. Usted me proporcio-nó a los Brissenden, atados de pies y manos; y yo me he limitado a obligarlos, en

ese lamentable estado, a sacarme de apuros. No he cesado de alimentar mi antorcha, en otras palabras, hasta que, llameando y humeando, me ha guiado, a través de un magnífico claroscuro de color y negrura, hasta la luz del día.

Realmente me sentí deslumbrado ante su metáfora, pues plasmaba su labor personal:

—Usted ha hecho más que yo, me parece... y con menos con que hacerlo. Si yo le proporcio-né a los Brissenden le di todo cuanto entonces tenía.

—Pero todo cuanto entonces usted tenía era inmenso, mi querido amigo. Los Brissenden son inmensos.

—¡Pues claro que los Brissenden son inmensos! Si no hubiesen sido inmensos no habrían si-do *(nada* habría sido) nada. —Luego, tras una pausa, continué—: Es espléndida su metáfora: el haber logrado salir de la cueva. Pero ¿a qué *denomina* usted exactamente —espeté con insidia— “la luz del día”?

Permanecí un momento, no obstante, sin estar seguro de haberme mostrado demasiado sutil o demasiado transparente. Él exhibió otra de sus cautelas:

—¿A qué lo denomina *usted?*

Pero yo estaba resuelto a obligarlo a proporcionármelo todo por su propia cuenta y riesgo, pues la valía de sus informaciones dependería de que yo no lo hubiese orientado.

—Primero dígamelo usted —solicité consiguientemente de manera un poco inelegante.

Esto dio lugar a un momento durante el cual hasta tal punto pareció considerarme un pregun-tón, que tuve miedo de perderlo todo. Incluso habló con cierta irritación:

—Si realmente no lo ha descubierto usted mismo, ¿sabe?, apenas veo qué ha *podido* descu-

brir.

Entonces me vino una inspiración. Me arriesgué a aproximarme a la aspereza, con tanto ma-yor desenvoltura cuanto que mis palabras fueron estrictamente ciertas:

—¡Oh, no tema: cosas más grandiosas que las de usted!

Esto tuvo éxito, pues azuzó su curiosidad, y perceptiblemente pensó que, conteniendo su irri-tación, se enteraría de cuáles eran dichas cosas. Se calmó, contestó y al siguiente instante me ha-llé en casi total disfrute de la pieza precisada para justificar todas mis otras piezas: justificarlas en virtud de esa especial singularidad de mi esquema según la cual el todo dependía de tal forma de cada parte y cada parte avalaba de tal forma el todo.

—Lo que yo denomino la luz del día es la concepción que me he forjado de la percatación que ha tenido ella.

—¿La percatación que ha tenido ella? —Casi pendí en el aire.

—De lo que tienen en común ella misma y él. De que también su situación (la del pobre dia-blo) es insólita.

—¡Bravo! Y en eso usted ve...

—...lo que, durante todas estas horas, la ha conmovido, fascinado, impelido. En ella ha ope-rado un instinto.

—*Bravissimo!*

Mi aprobación lo condujo a buen puerto:

—El instinto de empatía, de compadecimiento, el nacimiento de una camaradería en la desdi-cha: la percepción de otro destino tan anómalo, tan monstruoso como el de ella misma.

No pude evitar incorporarme de un salto; me quedé de pie ante él:

—De modo que, independientemente de quién *era* el hombre, *ahora* el hombre, el hombre actual, es...

—¡Oh —exclamó Obert, lúcido y franco, alzando la vista hacia mí desde su asiento—, ahora el hombre, el hombre actual, es...! —Pero bruscamente se calló, súbitamente apartando de mí la mirada y transformándose sus palabras en una exclamación informe. Se había abierto la puerta de la estancia, a la cual yo daba la espalda, así que velozmente me di la vuelta para mirar. Era nada menos que Brissenden quien, para mi suprema sorpresa, se erguía allí, con una rápida pinta buscadora en su actitud y su rostro. Percibí, en cuanto él

reparó en mi rostro, que yo era lo que él buscaba, y, pidiéndole inmediatamente a Obert que me dispensara por unos instantes, me antici-pé, cruzando la estancia, a la necesidad, por parte del pobre Briss, de cualquier otra indicación. Toda mi conciencia de la situación se encendió vivamente al toque de su presencia, e incluso an-tes de que yo lo hubiese alcanzado, me había arrollado la prodigiosa ola de la percatación de no haberme perdido nada en absoluto. Ni remotamente soy capaz de reflejar cómo el hecho de su aparición coronó la confidencia que mi interlocutor acababa de hacerme, ni en qué vívida confu-sión de muchos elementos me sentí mientras encaraba al pobre Briss. Uno de dichos elementos fue precisamente que nunca hasta este momento el pobre Briss había sido hasta tal punto el po-bre Briss. Ello contribuyó a la confusión no menos que a la vividez, pues si el mero hecho de que él se encontrase allí renovó mis fuentes y alimentó mi cauce —habló enteramente, en resumidas cuentas, para ganancia mía—, asimismo, por otra parte, bajo la luz de lo que yo acababa de en-tender a través de Obert, su especial continente originó una especie de conmoción. Nada mejor puedo hacer para explicar esta peculiar impresión que mencionar mi instantánea certidumbre de que para lo que él había acudido era para transmitirme un mensaje y de que de alguna manera —sí, indubitablemente— tal circunstancia parecía haberlo devuelto a lo más hondo de su agujero. Dentro de esa profundidad fue donde me permitió verlo; fue a través de ello como se me confió. ¡Pobre Briss!, ¡pobre Briss!: antes de que él hablara yo ya me había preguntado cuánta gentileza sería necesaria para acogerlo adecuadamente. ¡Pobre Briss, pobre Briss!: ni siquiera ahora estoy seguro de no haberlo acogido de buenas a primeras con *este* irreprimible lamento. A mi modo de ver, envuelto en tal lamento era como, de esta guisa, en plena medianoche, él había recorrido en

cumplimiento de su encargo la longitud de la gran mansión oscura. Mentalmente pisé en compa-ñía de él, sobre el terciopelo y el mármol, a través de recodos y vueltas, entre sombras *y* luces *y* ecos, cada pulgada del camino, *y* fue increíble cuán gran humillación, para él, representó allí, mientras nos mirábamos, su larga peregrinación. Era la definitiva expresión de su sacrificio.

—Mi esposa tiene algo que decirle.

—¿La señora Briss? ¡Muy bien! —Y lo único que esperé fue que la sinceridad de mi sorpre-sa expresase todo lo que intenté hacerla expresar—: ¿Ha venido hasta aquí con usted?

—No, pero me ha pedido que le diga que si se presenta usted enseguida en el salón principal, ella irá a su encuentro.

¿Quién habría podido dudar, mientras yo posaba la mano sobre su hombro —patentemente dándole palmaditas, a despecho de mí mismo, como si fuesen aplausos—, quién habría podido dudar dónde me presentaría yo enseguida?

—¡Ello es inusitadamente amable por parte de ustedes dos!

En su enigmático servicio había algo que, volviéndolo casi augusto a él, dio a mi disimulado contento el sonido de una alabanza vacua. *Yo* encarnaba el hueco parloteo del mundo vulgar y él... oh, él se mostraba tan serio como concienzudo; lo cual era bastante.

—Ella dice que usted sabe lo que ella desea... y estaba segura de que lo hallaría aquí. Así, pues, ¿le digo que usted se presentará?

Su cortesía casi me partió el corazón:

—¡Caramba, mi querido amigo, con mucho gusto! Mil gracias. Acudiré junto a ella.

—Soy yo quien le da las gracias *a usted.* Ahora mismo baja. Buenas noches. —Paseó la mi-rada por la estancia, observando a los dos o tres grupos de hombres fumando, entretenidos, com-placidos, en sus cómodos asientos y entre sus botellas descorchadas; por unos momentos atalayó a Ford Obert, cuya mirada, pensé, sostuvo pasajeramente. Fue enteramente como si, a mi modo de ver, él estuviese echando un vistazo a todas estas cosas —desde la sima que iba cerrándose sobre él— por última vez. Después tornó a orientarse hacia la puerta, la cual, sólo para amable-mente no dejar de acompañarlo uno o dos pasos, yo ya había abierto. Al otro lado fue donde me despedí de él. Aunque a lo lejos brillaba una luz, el corredor estaba más oscuro que el salón de fumar y yo había cerrado la puerta.

—Buenas noches, Brissenden. Mañana me habré marchado antes de que usted se deje ver.

Jamás olvidaré el modo como, sorprendido por mis palabras, hizo que su pálido rostro me mirara fijamente en la penumbra:

—¿”Deje ver”? *¿Qué* dejo ver yo?

Le había dado la mano en señal de despedida y, riéndome inevitablemente, pero ocasionando que sonara como una nota sumamente falsa, se la estreché:

—¡No deja ver nada! Es usted magnífico.

Permitió que le retuviera la mano mientras cosas no habladas ni abordadas, no hablables ni abordables, todo lo que unas horas atrás nos habíamos intercomunicado en el bosque, circularon de nuevo entre nosotros. Pero sólo así podíamos dejarlas y, con un escueto “¡Adiós!” brusco, se desasió del todo. Con la mano en el picaporte de la cerrada puerta contemplé unos momentos su retirada a lo largo del corredor, y recuerdo la reflexión que, antes de volver junto a Obert, me hice sobre ello. Parecía que yo estuviese perpetuamente, en Newmarch, escudriñándolo desde atrás.

Desde entonces Ford Obert me ha dicho que cuando retorné a su lado había lágrimas en mis ojos, pero a la sazón no capté hasta qué punto las palabras con que me acogió dieron por sentado que yo era consciente de mis lágrimas:

—¡Se diría que él tiene cien años!

—¡Huy, pues debería usted observar sus hombros, siempre, cuando se aleja! *¡Dos* siglos... o diez! ¿A que es asombroso?

Tan asombroso era que, durante un breve lapso, ello hizo que nos mirásemos de hito en hito.

—Yo había pensado —dijo— que por el contrario habría estado... —...¿visiblemente rejuve-necido? También yo. Tengo que desentrañarlo —agregué—. Lo *haré.*

Pero Obert, con menos cosas por las que guiarse, no pudo mostrar paciencia. Fue maravillo-so, a ese respecto —y con todo lo que me parecía extenderse ante mí—, cómo yo sí pude. Lo lo-gré, en aquel momento, en mi remozada intensidad, gracias a la ayuda de encender atolondrada-mente otro pitillo, el cual yo no iba a disponer de tiempo para fumar.

—Yo había pensado —insistió mi amigo— que también él habría retrocedido.

¡Asimilé, en mi fuero interno, mucho más de lo que podía exteriorizar!

—Desde luego. Usted no había pensado que habría avanzado. —Entonces salté a otro punto con un impulso que tendió un puente sobre un abismo de cavilaciones—: Lo que usted más ad-virtió mientras estaba allí en compañía de *ella,* ¿fue que su desgracia, esa desgracia a que usted aludió desde los comienzos, se ha desvanecido?

—Desvanecido, sí. —Fue taxativo acerca de ello—. Ante usted la califiqué como desmesu-radamente desgraciada aunque incluso entonces fui consciente de que la desmesurada desgracia no lo era todo. Era parte de ello, era bastante de ello; pues ella estaba... vaya, no hay duda de que usted podría contármelo *a mí.* En este preciso instante, de todos modos —y recordando, reflexio-nando, deduciendo, empleó, con el más intenso efecto, tal como muy a menudo lo hacía en la pintura, el recurso más simple—, en este preciso instante ella está estupendamente.

—¿Estupendamente?

Él no podía saber que mi pregunta le exigía muchísimas más respuestas de lo que era facti-ble. Pero la contestó ateniéndose a los datos con que contaba; repitió:

—Estupendamente.

Me extrañé a despecho del placer que sentí, tal como más de una vez en mi vida ya había te-nido ocasión de sentirlo anteriormente, ante la contemplación de una aplicación concienzuda de su sentido pictórico. Mi extrañeza provino de que a Lady John también le había parecido que la señora Server estaba estupendamente, y la visión de Lady John era tan cerrada como abierta era la de Obert. No me hacía gracia que estos dos observadores hubieran recibido la misma impre-sión.

—¿Quiere decir que en ella no advirtió usted nada de nada que resultase mínimamente extra-ño?

—Oh, yo no diría tanto como eso. Pero nada que resultara más extraño que que ella *estuvie-se*... vaya, al fin *y* al cabo, estupendamente.

—Con los cinco sentidos a pleno rendimiento, ¿eh? —aventuré tras un instante.

No me era lícito planteárselo de una manera más clara que ésa, aunque sentí la tentación de tratar de hacerlo. Que a Obert le hubiese parecido que ella estaba con los cinco sentidos a pleno rendimiento una o dos horas después de que a mí me hubiese parecido que ella estaba con los cinco sentidos en plena enajenación, nuevamente me hizo sentirme, dado mi nerviosismo, una pizca amenazado incluso a estas alturas. Las cosas *tenían,* paso a paso, que estar concatenadas, pero precisamente aquí parecían —hechas todas las salvedades— estar un tanto deslavazadas. Toda mi superestructura, no pude menos que recordarlo, se sostenía sobre mi opinión acerca del estado de la señora Server; pero parte de mi atolladero —que a su manera era realmente igual que el de ella— era no poder proporcionar una orientación práctica a mi interlocutor sin deshon-rarme. La cuestión de la felicidad de ella era esencialmente secundaria; la que podía ratificarme o desmentirme era la de sus facultades. Pero yo no podía, por otro lado —si quería seguir siendo “probo'—, insistirle a mi amigo sobre el paradero de esas propiedades robadas. Si él no las había echado de menos en ella por sí mismo, yo no podía ponerlo sobre la pista; ya que, con la exhibi-ción que ante mis narices él había presenciado del nivel a que Long vivía intelectualmente, como uno no podía menos que denominarlo, nada sería más lógico que que él engarzase ambos casos. Ahora mi personal problema, no alterado en el menor particular por nada, era laborar hasta el final sin susurrar en un oído ajeno que Long había sido su amante. Ésa era la única cosa que re-

sultaba patente en todo el asunto. Me hizo concentrarme aún un instante más, tanto para mi ali-vio como para mi turbación, en las implicaciones de este hecho de la opinión de Obert. Incluso como secuela de la visión que éste había tenido del cambio operado en ella, casi nada justificaba que ella estuviese estupendamente excepto la sola circunstancia de la visión que recientemente yo había tenido, desde la ventana, del hombre innombrado. Durante estos segundos lo vi de nue-vo intensamente, y notar que todavía se mantenía alejado de la concurrencia casi equivalió a in-suflar certidumbre a una teoría sobre sus extraños motivos para ello. Que ahora la señora Server estuviese, gracias a un maravilloso revés, estupendamente, por lo menos ofrecía una firme base para este razonamiento. Sería algo con lo cual cuadraría la ausencia de Long. Proporcionaría ve-rosimilitud, en resumidas cuentas, a la posibilidad de que, merced a un proceso no menos mara-villoso, él mismo estuviese deplorablemente. Si *estaba* deplorablemente yo podía explicarme satisfactoriamente la más reciente impresión que de él había recibido. Si estaba deplorablemente —si se sentía, en todo caso, a punto de estar así—, ¿qué otra cosa podía ser coherente con ello sino que deseara ocultarlo y que se le hubiera antojado que el método más eficaz era, notoria-mente gregario como normalmente se mostraba, permanecer alejado de los fumadores? Indeci-blemente se me pasó por las mientes que aún *estaba* ocultándolo y *estaba* permaneciendo aleja-do. ¡De qué manera, por consiguiente, había debido él —y la señora Briss— urdir esto desde el momento en que, mientras yo hablaba con Lady John, la visión de estos dos sentados juntos ha-bía inspirado mis reflexiones! Pero mientras tanto llegó la respuesta de Obert a mi cauteloso re-querimiento:

—¡Oh, cuando una mujer es tan inteligente...!

Eso fue todo, con sus visos de experiencia y sus aires de filosofía; pero fue pasmoso. Así, pues, ¿decididamente ella ya era de nuevo “tan inteligente”? De hecho esto era más de lo que por ahora yo estaba en condiciones de hacer encajar, mas me sentí apremiado; Brissenden ya habría regresado al aposento de su esposa, conque contemporicé:

—¿Fue la inteligencia de ella lo que lo cautivó a usted de tal manera que cuando pasé se abs-tuvo de mirarme?

En el momento presente me miró de sobra:

—Me di cuenta de que usted pasaba, pero precisamente quería subrayarle a usted el cambio. Si realmente quiere saberlo —confesó el pobre hombre—, yo estaba un poco

avergonzado. Más bien había sido antes, ¿sabe?, cuando yo la había puesto al descubierto ante usted.

—Y ¿se prometió no hacerlo otra vez?

Sonrió con su ahora absoluta sinceridad:

—Ah, no hacía falta. —Luego empleó felizmente, para enmendarse, mi propia expresión—: Ella estaba con los cinco sentidos a pleno rendimiento.

—Entiendo, entiendo. —Empero, en realidad no entendía lo suficiente como para prescindir de darme la vuelta para ausentarme por un rato.

—¿Adónde va? —preguntó.

—A hacer aquello para lo cual vino aquí Brissenden hace un momento.

—Pero yo no sé, ¿se da cuenta?, para qué vino aquí Brissenden hace un momento.

—Pues a transmitirme un mensaje. Durante esta velada ella iba a haberse entrevistado con-migo, pero, como no me dio ninguna oportunidad, yo ya temía haberla perdido y que, siendo tan incómodamente tarde, no se aventuraría. Pero a lo que él acudió ahora mismo, a petición de ella, fue a decir que sí se aventurará.

Mi compañero se quedó pasmado:

—¿A esta insólita hora?

—Huy, la hora —dije riendo— no es más insólita que cualquier otra parte del asunto; no más, por ejemplo, que la presente conversación de usted y yo. ¿Qué parte del asunto no es insóli-ta? Si ahora *es*, eso sí, notoriamente tarde, la culpa es *de ella*.

Sin embargo no es de extrañar que, pese a mi explicación, él no dejara de sentirse maravilla-

do:

—Y.... er... ¿dónde van a entrevistarse entonces?

—Oh, en el salón principal o en el vestíbulo. Conque buenas noches.

Ante esto se incorporó, dirigiéndose conmigo hacia la puerta; pero su desconcierto —aunque yo estaba en condiciones, globalmente hablando, de mitigarlo en muy pequeña medida— me re-tuvo todavía:

—¿Los criados se mantienen levantados por ustedes?

Yo mismo me lo pregunté, mas di con algo tranquilizador:

—¡Ella debe de haber camelado a los criados! Además probablemente no tardaremos mucho rato.

Su desconcierto se delató francamente, ante esto, como pura curiosidad. Sencillamente lo confundía el motivo de semejante entrevista, pese al punto hasta el cual yo había aguijado su in-genio:

—¿Quiere decir que usted se propone discutir con ella...?

—Mi querido amigo —sonreí con la mano en la puerta—, es *ella* (¿no se da cuenta?) quien se propone algo.

—Pero ¿qué diantres...?

—Ah, tendré que aguardar para poder revelarle *eso.*

—Junto con todas las demás cosas? —Su semblante, mientras sondeaba el mío, pareció decir que en tal caso yo debía comprender que su expectativa era sincera. Pero asimismo pareció decir que estaba —nítidamente, sí— más perplejo que conforme en confiar enteramente en mí—. ¡Pues será mucho, realmente...! —Pero bruscamente se interrumpió––. ¡Usted —suspiró en un esfuerzo por resignarse— sabe más que yo!

—Y ¿no he admitido eso?

—¡Que me ahorquen si usted *no* sabe quién es él! —espetó ahora, por toda respuesta, el po-bre diablo.

Lo dijo como si yo no hubiese estado, después de todo, jugando deportivamente, así que ello me hizo vacilar durante un instante.

—En realidad no lo sé, no. Pero de eso es precisamente de lo que tal vez me entere ahora.

—¿Quiere decir que lo que ella se ha propuesto es *revelarselo?*

Su oscuridad se había acendrado hasta tal punto que no fue sino ahora cuando advertí algo que yo habría debido advertir antes: el error de interpretación del cual, en mi desmesurada pre-suposición de la mucha distancia que él había recorrido conmigo, en un principio no me había dado cuenta. Pero fue un error de interpretación que no hizo sino incrementar su valía como tes-tigo: implicaba tal convencimiento del nuevo vínculo nacido entre nuestros dos amigos sacrifi-cados que para mí constituyó inmediatamente la más potente luz que, durante nuestra conversa-ción, él habría podido arrojar. Sí: hasta ahora no había arrojado tanta como con esta equivocada suposición de quién era la dama que había mandado llamarme. Claro está que ello no tardó, por otro lado, más que unos pocos segundos en hacerme recordar otra vez los innumerables indicios que necesariamente él se había perdido. Mientras tanto su pregunta, que debidamente formulé a mi propio pensamiento, tornó a brindar a mi propio pensamiento, a guisa de respuesta, una in-mensa sugerencia, que por lo demás, para él también, fue transitoriamente una respuesta sufi-ciente:

—¡Ella me revelará quién *no* es él!

Semejó despistado:

—Ah, pero *eso*...

—Eso —declaré— será esclarecedor.

Lo comprendió:

—¿En calidad de indicio, cree usted, de que él debe ser el mismísimo que niegue ella?

—¡El mismísimo! —exclamé riendo; y lo dejé imbuido de aquella simple y segura ilusión de

que mi cita era con la señora Server.

12

Fui de una estancia a otra, mas con el solo resultado de encontrar, al principio, igual que en mi anterior periplo, un desierto donde todavía no se había puesto el sol. La señora Brissenden no estaba por ninguna parte, pero todo el lugar aguardaba tal como lo habíamos dejado: con asientos descolocados y flores deshojadas, un abanico olvidado encima de una mesa, un libro abandonado sobre una silla. Mientras miraba por doquier se me pasó por las mientes que si ella *había* "came-lado" a los criados, una demanda tan grande, como suele decirse, era suficiente indicio de lo que yo iba a recibir de ella. Realmente prefería que fuese cosa suya, no mía; pero ello patentizaba con elocuencia que al fin y a la postre ella había juzgado que le merecía la pena algún esfuerzo que otro. Por lo demás su renovado retraso contribuyó a mi curiosidad interior respecto de la ín-dole de dicho esfuerzo al parecerme parte del mismo. ¿Qué era, me pregunté, lo que podía mere-cerle tanto la pena como para tener que antecederlo con una renuencia tan ostentosa? Pero por último la divisé al final de una perspectiva de puertas abiertas y, mientras sin demoranza me di-rigía hacia ella —ella no avanzó paso alguno para reunirse conmigo—, sin duda me sentí nue-vamente impresionado ante el "tirón" que una mujer siempre posee en el trato social. Sobre la marcha fue capaz de asumir mediante su simple actitud y porte el aire de haber estado esperando dispuesta y por lo tanto incordiada. Oh, bien pronto percibí que estaba dispuesta y que una de las modalidades de su disposición sería ni mas ni menos que aparecérseme como si hubiese obrado exclusivamente por complacerme: por proporcionarme, a guisa de consecuencia de lo que ya nos habíamos intercomunicado, la oportunidad por la cual ella me había dado a entender que iba a quedarle agradecido antes de concluir con ella. Y sin embargo, puesto que estaba seguro, por otro lado, de que ella había adoptado una actitud impostada, yo sentía curiosidad respecto de cómo, en interés de ella, iría a ser manejada nuestra propia relación. Con lo que originariamente ésta nos había dejado era con su convencimiento de que yo estaba equivocado. Yo le había pro-metido, por mi honor, ser franco, pero aun si hubiese estado dispuesto a cesar de impugnar la identificación que ella había hecho de la señora Server, a duras penas era dable esperar de mí una demostración de gratitud tal que ella pudiera considerarse compensada de quedarse levantada hasta las tantas. En resumidas cuentas, en el asunto había elementos que yo no lograba concebir

enteramente como favores hacia mí. Su atavío no ofrecía, maravillosamente, ninguna señal de preparación para dormir y si, desde nuestras últimas palabras, se había mirado al espejo con al-guna ansiedad, no había sido a fin de quitarse una joya o cambiar de emplazamiento una flor. Estaba tan en zafarrancho de combate como lo había estado al descender las escaleras para cenar: tan lozana en su atuendo como si todavía ese banquete estuviera por celebrarse. De hecho me acogió de una manera tan admirable —ésa fue la verdad que eclipsó todas las demás— como si hubiese conseguido adivinar la muy peculiar curiosidad con que, desde mi extremo de la larga serie de estancias, yo había avanzado hacia ella.

Durante estos segundos había formado parte de la mezcolanza de mis previsiones la posibili-dad —por muy absurda y ridícula que suene al verbalizarla aquí— de cierto cambio en su perso-na que a mi modo de ver se correspondiese con los otros cambios que yo había tenido tan inten-sos momentos de hacerme la ilusión de haber discernido. En el salón de fumar acababa de darles vueltas a algunas de estas evoluciones y a continuación había tenido tiempo de preguntarme si ahora iba a ser obsequiado con la visión de la mayor, la más portentosa, de todas ellas. Al enca-rarla después de mis últimos momentos junto a Lady John, ya había notado despuntar cierto cambio, y había visto confirmada mi impresión de ello gracias a lo que había acaecido después. La había confirmado la manera como ella me había vuelto la espalda para marcharse al final de aquella breve conversación; la había confirmado la decisión de irse a la cama sin tornar a verme; de nuevo la había confirmado el hecho de haberse pensado mejor, por razones particulares, tal

decisión; y sobre todo la había confirmado el detalle de mandar abajo a su marido para convo-carme. Pues bien, ¿no la confirmaría definitivamente, todavía más que todas las otras cosas jun-tas...? Pero yo apenas había sabido, en este punto, qué notoriedad o qué sutileza de síntomas ho-mólogos vaticinar. Me había limitado a aguardar allí con una conciencia de aquellos indicios ge-nerales tan intensa que se me había antojado posible casi cualquier nueva derivación de los mis-mos. Todo esto es verdad, pero luego de un momento hube de pasar a ser consciente de algo que me impresionó de una manera tan extraordinaria como si me hubiese hallado enteramente des-prevenido. Sí, literalmente, esa nota final, en el salón de fumar, la nota presente en la exclama-ción de Obert a cuenta de los cien años del pobre Briss, no me había hecho pensar en una corre-lación obvia. Me vi forzado, tras examinar unos momentos a Grace Brissenden, a reconocer que mi imaginación se había desencaminado de medio a medio. La entera impresión duró un minuto: un minuto durante el cual ella no dijo nada; entonces me hizo sentirme profundamente y, sobre todo, tal como advertí, perceptiblemente consciente del prodigioso hecho, *el* hecho, con el que yo no había contado. Esto fue lo que le brindó una tan singular oportunidad de no hablar: estaba más que suficientemente ocupada en percibir aquello con lo que yo no había contado y en no-tarme contar con ello a toda prisa, a fin de recuperar el tiempo perdido, mientras ella me escruta-ba.

Todo cuanto en un principio yo había asimilado era, como digo, su intacto esplendor indu-mentario; no sé por qué ello hubo de sorprenderme (cual si hubiese sido posible que ella se pre-sentase en bata); ello era lo único que habría podido esperarse. Y de hecho ello incrementó y enalteció su aplomo, arropó su adecuación, infundió un carácter de cosa lógica y natural a nues-tra nocturna entrevista. Pero hubo otro servicio que ello le prestó en aún mayor medida: hasta tal punto encubrió, en un principio, el verdadero tenor de su aspecto físico, que ella disfrutó el lujo —y yo la noté disfrutarlo— de ver paralizarse mi perspicacia. Es asombroso, cuando pienso en ello, el número de cosas que sucedieron durante estos suspendidos segundos de nuestro silencio; pero tal vez queden compendiadas de la mejor manera con las dos intensidades más notorias de mis propias sensaciones: la primera, la certidumbre de que nunca desde su casamiento ella había manifestado de manera tan triunfante su derrota del tiempo; y la segunda, la convicción de que nunca desde el día anterior yo —perdiendo ante ella, mientras, por así decirlo, nos arrimábamos

mutuamente, una cierta ventaja que jamás habría de recuperar— había constituido una figura tan pobre en mi propio terreno. Ah, puede que ella sólo me notara estupefacto ante su remozada be-lleza durante seis segundos; pero seis segundos, fue inevitable advertirlo, bastaron y sobraron para todos y cada uno de los propósitos con que ella había bajado a reunirse conmigo. Ella habría podido ser una grandiosa, hermosa, rica, próspera persona de veinticinco años; en cualquier caso se mostraba lo bastante cerca de ello como para amilanarme para toda la eternidad. Era un triun-fo, por su parte, del cual, aunque de momento no estuve en condiciones de calarlo plenamente, no pudo haber duda ninguna, así como tampoco de que de algún modo yo iba a pagar por el mismo. La mera circunstancia de que ella se encontrara allí, a semejante hora, en semejantes condiciones, se convertía cada vez mas, por momentos, dentro de todo el asunto, en parte de su ventaja; realmente su victoria residía en casi cualquier sesgo que ahora ella pudiera hacer que ello adoptara para mi imaginación. De esta guisa la inmensa cantidad que yo poseía de tal facul-tad, que jamás se había visto tan estimulada, constituyó, en cierto modo, la fuerza de ella; con lo cual me refiero a mi imposibilidad de mostrar indiferencia hacia la pura sugestividad inmensa de nuestras presentes circunstancias. ¿Cómo expresar ahora hasta qué punto cautivó mi mente la consciencia de éstas: la infinita extrañeza de la idea inefable a cuenta de la cual nos habíamos reunido, la ausencia y silencio de cualquier cosa excepto tal idea, tan magnificada consecuente-mente y, sin embargo, pensándolo bien, enteramente fantástica? También flotó allí en beneficio de ella, habló en beneficio de ella, su decisión vívidamente “anticonvenciona “: la valentía de haber acudido —siguiendo un razonamiento tan difícil de desentrañar— haciendo crujir sus ro-pas al pasar por lugares y momentos vueltos seguros sólo gracias al sueño de los no sapientes. En *Henry James La Fontana Sagrada* Página 92 de 123

resumidas cuentas, mi imaginación, ya que la he aludido, no pudo sino obrar en pro de ella desde el instante en que, tan natural aunque tan portentosamente, ella no había querido darme esquina-zo. Por consiguiente tornó a mí de nuevo la cavilación sobre sus motivos. De hecho figuraron con creces en el sonido de lo que enseguida ella dijo:

—Tal vez lo ignore usted, pero he mencionado en el lugar debido que iba a permanecer le-vantada un ratito. ¡Aquí, por fortuna, los criados son de una gentileza...! Conque todo está bien. —Todo estaba bien, no había duda: ella hacía que lo estuviera; pero también hacía que, a despe-cho del esplendor que me mostraba, estuviera algo nerviosa—. Además sólo tardaremos —agregó— un minuto.

Quizá yo me habría preguntado más intensamente qué se propondría hacer en un minuto si no me hubiese parecido que mas o menos ella ya había logrado hacerlo. Sí, ella habría podido tener veinticinco años, y había tardado bastante poco tiempo en lograr *eso.* No obstante, aquello en lo que me concentré, aquello a lo que me aferré, fue que se trataba de unos nerviosos veinti-cinco años. Tal vez yo habría de pagar por su triunfo, pero ¿seguro que en mí no había nada por lo cual habría de pagar *ella?* También yo estaba nervioso, pero cuando nuevamente me percaté, echando una ojeada a nuestra larga serie de estancias, de las maravillosas condiciones que nos amparaban, hice lo posible por convencerme de que sólo se debía a que me sentía tan divertido. A eso —en tan elevada forma— se reducía todo en última instancia.

—Ya suponía —repuse— que usted habría arreglado eso; pues, pese al cariz que tomaban las cosas, yo no había desesperado de verla. Aún no he comprendido, lo confieso ––proseguí—, por qué ha preferido usted un encuentro tan intensamente tardío... respecto del cual opino en gran manera, empero, que, si resulta que a usted le conviene así, a mí no me toca protestar. Pero me sentí seguro del cumplimiento de su promesa (eso fue lo maravilloso) desde el momento, hace media hora, en que tan amablemente usted se me dirigió. Yo le había dado, ya ve —dije riéndo-me—, lo que suele denominarse “soga”.

—¡Espero que no pretenda que sea —exclamó— para que me ahorque!... pues ni por asomo es a eso, se lo aseguro, a lo que estoy dispuesta. —Después semejó restregarme otra vez la mag-nificencia de su juventud. No es que, en todo aquel rato, según habría yo de advertir, ella exhi-biese algún abismo de ironía, pues de hecho felizmente no necesitaba ninguno. Su triunfo ya era en sí mismo lo bastante irónico y toda su agudeza estaba en su

conciencia de su lozanía—. ¿De veras estaba usted tan impaciente? —Pero como inevitablemente hice una pequeña tregua, ella siguió hablando antes de que pudiera yo contestar; lo cual de hecho me ayudó de alguna forma puesto que me desveló la única falla que había en su autoconfianza. Acaso mas extraordinaria que cualquier otra cosa, por lo demás, fue precisamente la percatación que yo tuve de eso; lo cual indica la cuantía de todo lo que perceptiblemente cada uno de nosotros creía que el otro había logrado descifrar, había estado discerniendo y coligiendo, desde que nos separáramos, en la te-rraza, tras ver aparecer desde detrás del árbol a la señora Server y a Briss. Cada uno de nosotros *había* llegado, en verdad, a sus propias conclusiones... aunque naturalmente las mías eran las únicas en que yo debía creer; y fue prodigioso que abiertamente nos tratásemos no sobre la base de lo que sabíamos cuando nos habíamos separado la última vez, sino exactamente sobre la base de lo que habían alcanzado nuestras inmencionadas evoluciones posteriores. No las habíamos mencionado, no habíamos aludido a ellas, y además indudablemente no habríamos podido hacer-lo; pero de todas formas se hallaban con intensidad ante nosotros, con todo el deslumbrante es-cenario vacío acaparado por ellas. Sólo que ella tenía la perspicaz impresión de que mi evolu-ción, por motivos particulares, podría estar aún mas encubierta que la suya. ¿Acaso yo habría excavado en lo más hondo... para salir tras su espalda en algún lugar imprevisto? Aquí estaba la falla que había en su autoconfianza. A pesar de todo ella contaba con terreno firme, conque apre-cié, si he de hacerle justicia, la enorme diferencia existente entre una tal complacencia y una va-nidosa ignorancia como la de Lady John. Si no temiera dar la impresión de desvariar sobre mi propia sapiencia, yo diría que ella contaba, además de con todo el resto de su “tirón”, con la ven-

taja de parecer estar a mi propio nivel. Se encontraba *dentro* del círculo mágico, mas que nin-guno de nosotros; ella sabía el tamaño del mismo; y fue el estar ahora dentro de él solos y juntos, con todos los demás fuera de él y con el mayor tamaño que había adquirido nunca, fue esto lo que le infundió a la ocasión, en definitiva, una tan intensa vividez.

Pero mientras tanto ella ya había recogido mi alusión a que hubiese preferido demorarse tan-to:

—Quería verlo a usted con tranquilidad; lo cual es lo que intenté (no con entero éxito por lo que entonces me pareció) darle a entender cuando lo abordé. Usted se quedó tan pasmado que no supe muy bien lo que pasaba. No podría haber ninguna tranquilidad, comprendí, hasta que hubie-se concluido la retirada a la cama, y se me antojó que ésta iba a producirse de un momento a otro. No deseaba ser públicamente avisada de que era la hora de acostarse y arrancada de estas disquisiciones conjuntas nuestras, y, aunque yo pueda parecerle absurda, sentía repugnancia a dirimir nuestras discrepancias sobre May mientras ella estuviera rondando por ahí. Por supuesto yo sabía que ella se quedaría rondando por ahí hasta el último instante posible, y eso fue lo que quizá un poco torpemente (¡si es que la culpa fue mía!) me esforcé por transmitirle a usted. Pue-de que todavía ella esté rondando por ahí —continuó la señora Briss, echando una más amplia ojeada en derredor (ahora eran inmensas su ojeadas en derredor)—; pero por lo menos yo habré hecho todo lo posible. Sentí cierto desagrado (¡perfectamente ridículo, lo admito!) hacia la idea de que ella nos viera juntos; pero si vuelve a bajar, igual que tan audazmente he hecho yo, y nos pilla, no tendrá que agradecérselo mas que a sí misma. Es una mansión muy divertida, a este res-pecto —siguió divagando mi amiga—, conque no estoy segura de que nadie se *haya* ido a la ca-ma. Cada uno hace lo que quiere; ¡yo *ya soy* mayorcita, en todo caso, así que *yo* lo hago! Ahora ella se explicaba, se explicaba demasiado, abundaba en explicaciones, utilizando su propia charla para imbuirse sólidamente de cualquier autoconfianza que le faltara. Mientras tanto, con cada palabra que ella pronunciaba, tuve una percatación más aguda del empuje, detrás de todas ellas, de una novedosa consciencia. Dicha consciencia rebosaba de todo lo que ella no decía, y de nin-gún modo lo que sí decía reflejaba lo que primordialmente llevaba en sus pensamientos. A buen seguro habíamos dado un salto desde el mediodía, a buen seguro habíamos avanzado lejos. Por lo demás, precisamente esta espléndida insinceridad de su mirada —la luz de un papel que repre-sentar, la excitación

(¡sabe Dios qué me pareció que era!) de una debida duplicidad— muy bien pudo ser lo que preponderantemente coadyuvó a su presente aire grandioso.

En todo caso fue lo que preponderantemente evocó en mi interior la contrastante imagen, tan reciente en mí, de la otra, la trágica dama: la imagen que de esta guisa personificó todo lo inde-ciblemente opuesto a lo que de veras se hallaba delante de mí. Lo que de veras se hallaba delante de mí era el decidido orgullo de la vida y la plenitud, la amplitud de la acción y el propósito deli-berados: no el árido canal abandonado por la corriente, sino el bien nutrido río que discurre hacia el mar, el volumen del agua, la majestuosa corriente, las inundadas riberas sobre las cuales se había prodigado un afluente. No había nada que la señora Server habría podido arriesgar, pero ya sólo en el porte de la cabeza de Grace Brissenden había una intensa indiferencia hacia el riesgo. Por cierto que su alusión a nuestro tan debatido misterio tuvo el efecto de relegar al reino de las oscuras sombras a la dama que lo encarnaba, y poco fundamento tenía que ella tomase en cuenta la posibilidad de que dicha dama volviera a rondar inquietamente. En verdad había —podía ha-ber— poca sinceridad en cualquier aseveración directa de una mujer que tan palmariamente se andaba por las ramas e iba procurándose ventajas. Ciertamente, las relaciones entre las dos da-mas eran indirectas e intrincadas, pero a mi modo de ver fue indudable que, para el oído espiri-tual, las palabras de mi compañera tuvieron el sonido de un duro choque, un topetazo ante cuya energía se habría podido oír resquebrajarse la vasija más débil. ¡Por fin, dioses misericordiosos, se había hecho añicos! El impacto del cobre había afectado a la porcelana, y por un instante me imaginé enfrentándome a la señora Brissenden a cuenta del estropicio: un estropicio del cual, como me di cuenta, yo nunca habría de ver recobrarse al desterrado fantasma. Tan extraño como *Henry James La Fontana Sagrada*

lo que más fue este efecto casi de sorpresa que me había producido la familiaridad con que ella había nombrado a “May”. ¿Para qué se había reunido ella conmigo, si es que se había reunido conmigo para algo, sino para insistir en la teoría que ella misma se había forjado acerca de May, y por lo tanto qué resultaba más natural que nombrarla? Y sin embargo fue casi como si nom-brarla ya hubiese comportado deshacerse de ella. Fue nuevamente nombrada, empero, de manera inevitable y no obstante rauda... incluso como si fuese sencillamente para hacerla recibir una sa-cudida final antes de ser abandonada del todo. Mi amiga sostuvo su discurso:

—Si tan empeñado estaba usted en no perderse lo que yo pudiera tener para aportarle que afortunadamente permaneció en el barco, a fin de que el pobre Briss lo rescatase, ¿no se debía también en gran manera —me lo planteó rotundamente— a que durante todo el día usted ha es-tado rumiando el agravio que esta mañana le infligí tan desenvueltamente?

Guardé un instante de silencio, pero en buena medida por asombro:

—Oh, ciertamente tenía buenas razones (igual que no menos ciertamente he tenido buena suerte) en no abandonar nuestra pequeña *y* querida *y* maltrecha aunque todavía suficientemente boyante embarcación, de la cual todos los demas parecen, lo admito, *sêtre sauvé.* ¡Aún flotará un rato más! Pero (¡antes de que se hunda!) ¿a qué se refiere con eso de mi agravio?

—¡Ah, bien sabe usted a qué me refiero con eso de su agravio! —*Ella,* la señora Briss, no te-nía ninguna intención de hundirse—. Yo tenía que concederle tiempo para que usted cayera en la cuenta de que la señora Server era nuestra dama. Usted se tomó tan mal, por algún motivo, que yo le insinuase mi teoría, que apenas pensé que se dedicaría a meditarla mínimamente; sólo que yo no había olvidado, cuando lo abordé hace un rato, que de todas formas usted me había prome-tido generosamente que se esforzaría al máximo.

—Sí, y, aún mas generosamente, que si yo cambiaba de opinión, me tragaría, en presencia de usted, a modo de expiación por mi error, un buen pedazo de mi orgullo. Si esta mañana usted no comprendió muy bien —continué— por qué había yo de ser tan meticuloso, igualmente yo no comprendo muy bien por qué, a su diferente modo, lo ha sido *usted;* lo cual no quita que yo haga entera justicia a la buena fe con que ahora me ha concedido la oportunidad de retractarme de mi error. Por favor créame que si yo *pudiese* sinceramente aceptar esta oportunidad sentiría el ma-yor placer del mundo en retribuírsela.

Es sólo, ¡ay!, porque me atengo a mi sinceridad por lo que oso decepcionarla. Si esta mañana me mostré meticuloso fue debido a algo en verdad muy senci-llo. Usted no me había convencido, si bien yo me habría mostrado exactamente igual de meticu-loso si sí me hubiese convencido. Simplemente no percibía lo mismo que *usted.* Yo necesitaba más datos de los que entonces usted estaba en condiciones de aportarme. Yo sabía, ya lo ve, qué necesitaba... ¡quiero decir, antes de haber encallado! De ese elemento de un indicio paralelo era de lo que carecíamos ambos. Yo no era capaz de prescindir de él como hacía usted. Esto fue lo que yo, bastante torpemente, procuré insinuarle que opinaba. Por su parte —proseguí—, usted se aferró pasmosamente al hecho obvio de que ese elemento *podía* existir sólo en cantidades tan diminutas que a efectos prácticos burlasen toda detección. —Sostuve mi discurso igual que había hecho ella con el suyo, y recuerdo que tuve la impresión de haberme mostrado muy poco menos agitadamente verboso. Fui consciente de hallarme en un punto en el que no tendría más remedio que avanzar en línea recta, avanzar de prisa, avanzar, valga la expresión, a ciegas, a fin de poder avanzar en modo alguno. Asimismo fui consciente —y ello provino de la mirada con que ella me había escuchado y que me dijo más de lo que ella deseaba— de advertir bruscamente, aunque nada más que instintivamente, en definitiva, que todavía, a despecho de lo que a efectos prácti-cos me hubiese perdido, yo iba a enriquecer y completar en grado sumo mi experiencia personal al haberle manifestado claramente que, por mucho que lamentara no complacerla, yo no tenía, ni siquiera a estas alturas, retractación alguna que hacer. De hecho dudé de si haciéndola la *habría* complacido; pero pensé que, pese a tantísimas cosas como habían estado sucediendo, ahora yo no debía adoptar, en su posible beneficio, ningún tono nuevo ante ella. Bastante iba a benefi-ciarse ya, aun en el peor de los casos, del tono antiguo. Mi antigua motivación —antigua en vir-

tud de la portentosa antigüedad que todas estas pocas horas le habían conferido— me había abandonado por completo; ahora me parecía estar muy alejado de mi deseo de "proteger" a la señora Server. En verdad la señora Server estaba fuera del alcance de cualquier protección, al menos en lo tocante a la señora Briss; pues en mí había crecido, durante estos escasos minutos, la convicción de que ahora no había ninguna porción de la increíble verdad que secretamente —con lo cual quiero decir mentalmente— la señora Briss no hubiese sopesado. Pero a pesar de los pe-sares, merced a un razonamiento absolutamente simple, seguí luchando, y sin la menor sensa-ción, debo agregar, de infringir ahora la solemne promesa que yo había hecho por la mañana. Desde entonces yo había hecho otra solemne promesa: se la había hecho a la propia pobre dama cuando nos sentamos juntos en el bosque; *a ella* le había dado mi palabra de que no había apro-ximación alguna que ni siquiera ante mí mismo yo pudiera pretender haber realizado. Así, pues, ¿cómo me era dable pretender tal cosa ante la señora Briss, *y* qué hechos *había* advertido yo so-bre los cuales pudiera hacer decentemente ante ésta última una admisión de que me había aveni-do a su teoría? Si yo hubiese "pillado" juntos —realmente juntos— a nuestros incriminados amantes aunque sólo fuese durante tres minutos, sí me habría, reflexioné sinceramente, avenido. Pero no estaba dispuesto a admitir este cambio de opinión basándome en nada menor, tal como ahora pasé a explicarle—: Claro está que si usted cuenta con nuevas pruebas me deleitará escu-charla; y claro está que no puedo evitar preguntarme si contar con ellas y desear abrumarme con ellas no son, juntas, las únicas cosas que hasta ahora ha estado rumiando usted.

¡Oh, cuán intensamente la disgustó semejante tono! Si ella no hubiese presentado un aspecto tan hermoso yo diría que torció el gesto ante aquello, aunque ni siquiera entonces preví lo que su disgusto la movería a hacer. Antes de ser movida a hacer nada, a decir verdad, aguardó como si fuese cuestión de darse cabezazos contra un muro. Después, por último, cargó:

—Qué tontería. No tengo nada que contarle. Opino que todo es agua de borrajas y me he rendido.

Casi me quedé boquiabierto —con lo cual quiero decir que esa pinta ofrecí— por la sorpresa:

—¿Conviene usted en que ella no es ...? —Entonces, como otra vez ella guardara silencio, insistí—: ¿Es *usted* quien se ha avenido?

—¿A sus dudas sobre que la dama sea May? Sí: me he avenido.

—Oh, discúlpeme —repliqué—, pero lo que esta mañana exterioricé no fueron, si mal no re-cuerdo, “dudas”, sino un resuelto convencimiento íntimo que no dejaba lugar *a ninguna* duda. Me mostré tajante (pura *y* simplemente) acerca de que aquello no encajaba.

Presentó el aspecto, empero, de haberme pillado ahí en una contradicción:

—Entonces, ¿por qué me dijo usted que si cambiaba de opinión...?

—...¿yo se lo haría saber generosamente junto con mi base para ello? Caramba, tal como acabo de recordarle, fue un detalle de cortesía hacia usted: para ayudarla magnánimamente, por así decirlo, a sentirse tan ufana como me figuré que lógicamente desearía sentirse de su propio convencimiento. Nada más que para eso. Y ahora —sonreí— ¿debo entender que, a pesar de ta-maña magnanimidad, *no* se ha sentido, durante todo este tiempo, ufana?

Con la cabeza ejecutó, tras esto, de una maravillosa manera singular, un lento y simplificador ademán negativo:

—¡La señora Server no está implicada!

Por lo tanto la única forma de interpretar esto fue pensar que su admisión era el preludio de algo aún más sensacional; y, después de concederle tiempo para que advirtiese que yo había caí-do en la cuenta de ello, sufrí un acceso de ansiedad y me desboqué:

—En tal caso, ¿ha discernido usted quién *está* implicada?

—¡Huy, yo no discierno, ya sabe —exclamó riendo—, tanto como usted! *Ella* no lo está—se contentó con reiterar.

Consideré esto, en mi arrebato, un tanto pesarosamente... casi como si ahora yo deseara, des-pués de todo, que sí lo estuviera.

—Ah, pero, ¿sabe?, realmente tengo la impresión de que usted discierne portentos. Esta ma-ñana discernió algo que yo fui totalmente incapaz de discernir. Yo no había desentrañado nada tan extraordinario (en completa ausencia de todo) como que *debía* ser nuestra amiga.

La señora Briss semejó, por su parte, asimilar la intencionalidad de aquello:

—¿Qué entiende por completa ausencia? Cuando incurrí en mi error —declaró como en des-cargo de su propia dignidad— yo no consideraba que todo estuviera ausente.

—Entiendo —concedí—. Entiendo —repetí meditabundo—. Y, en ese caso, ¿ahora sí consi-dera que lo está?

—Tuve una impresión sincera en aquel momento —siguió como si no me hubiera oído––. Había apariencias que, según me pareció entonces, encajaban.

—Exactamente. —Y le recordé la que mas la había apasionado—: En particular habla la apa-riencia de que en un determinado momento ella estaba manipulando a Brissenden para hacer ver a quién no estaba manipulando. *Entonces* usted percibió —me aventuré a comentar— la eviden-cia de eso.

Aventuré menos de lo que, a estas alturas, me habría gustado aventurar; pero de todas formas creí notarla ensayar qué efecto me causaba el insinuarme que estaba pasándome de la raya:

—¿Es su intención —inquirió con mucha nobleza— restregarme mi falta de coherencia a fin de escarnecerme? —De algún modo su nobleza ofició como tal reprensión a mi mera lógica que, en mi pasajera irritación, estuve a punto de contestar afirmativamente su pregunta. Esta inminen-cia de mi asentimiento, justificada por el horror que sentí ante su inmenso egocentrismo, pero no justificada por nada mas y que lo sedimentó todo, pareció tan notoria durante estos pocos segun-dos como si los dos estuviésemos pendientes de la misma. Mas me contuve tan rígidamente que el peligro se disipó, dejando que mi silencio hiciera lo que buenamente pudiese para certificar mis buenos modales. Mientras tanto ella pasó a suministrar una muy generosa constatación de los suyos—: Usted debería hacerme la justicia de reconocer cuán poco imprescindible me era hablar una sola palabra más con usted y cuán poco, asimismo, halagan el natural orgullo de ser-vidora estas amables explicaciones que estoy dándole. Me parece que me he reunido con usted exclusivamente para halagar el de *usted.* Usted habla de tragarse el orgullo propio, pero se me antoja que,

palabra de honor (debido a todo lo que acabo de revelarle), soy yo quien he tenido que tragarme el mío. Realmente no veo, tampoco, de quién es la magnanimidad de que usted ha-bla —prosiguió en todo su grandor— si no es mía. No veo que en modo alguno yo estuviese obligada a dar explicaciones sobre nada.

Reconocí esto con celeridad y sin reticencia:

—No está obligada a dar ninguna, cierto es: si usted lo hace es solamente por ser una tan es-pléndida criatura grandiosa. Desde luego siento que, al lado de usted —me di, al menos, el gus-tazo de divertirme diciendo—, yo me muevo dentro de un círculo chiquitito. Aun así, no estoy dispuesto a conceder —también yo podía, otra vez, sostener mi discurso––que esta entrevista no le ofrezca a usted más que el sabor de la humillación. Usted engulle su bocado de amor propio, pero ¿acaso no ha sido servido en bandeja de oro? Ha tenido usted un día magnífico, una copa rebosante de triunfo, y se muestra mas bella y lozana (después de todo ello, y a una hora en que la fatiga resultaría casi decididamente grácil) que incluso durante esta mañana, cuando vino a mí cual hija de la aurora. ¡Ése es el tipo de sensación —exclamé riendo— que no puede menos que magnificar a una mujer! —Y con una entera reanimación de mi buen humor concluí—: No, no. Le quedo agradecido, inmensamente agradecido. Pero no la compadezco. Usted puede permitirse perder.

Yo quería que su perplejidad —una adecuada dosis intensa de ella— brotase tanto de saber como de no saber suficientemente a qué me refería; y cuando de hecho advertí cuán perpleja po-día llegar a sentirse y cuán poco, además, podía llegar a disfrutarlo, nuevamente experimenté mi asombro interior de que ella hubiese querido y osado convocarme. *¿Dónde* estaba para ella el disfrute, la insolencia del triunfo, si un soplo de ironía podía helarlos? ¿Por qué, si era osada, de-

bía mostrarse susceptible, y cómo, si era susceptible, podía mostrarse osada? Apenas sé qué fue lo que, en este momento, posibilitó mi adivinación; pero al siguiente instante ya todo, tanto lo nítido como lo turbio, se había esclarecido por completo ante el roce de la auténtica verdad. La certidumbre de cuál había sido el origen de mi presente oportunidad me anegó antes de que hu-biéramos intercambiado una palabra más. El origen había sido ni más ni menos que Gilbert Long, y ella estaba allí porque así lo había decidido él. Esta inferencia se colgó de un clavo, cual un cuadro imprevisto y con un chasquido que ampliamente resonó por todas nuestras vacías es-tancias, en el museo de mis anteriores inferencias, para inmenso enriquecimiento, tal como fue fácil percibirlo, de la ocasión y para inmensa corroboración de la mismísima idea que, en el de-curso de la velada, yo había estado a punto de expulsar de mi mente por semejar demasiado fan-tástica incluso para el resto de las ideas cuya compañía ésta debería disfrutar ahí. Aquello de lo cual ahora me sentí seguro iluminó retrospectivamente, en cualquier caso, todos los matices de sentido que yo habría podido desear leer en la insinuación que me había sido brindada, después del recital del pianista, por la yuxtaposición de aquellos dos. Una vez solidificada así esta con-vicción, se extendió y extendió hasta una distancia mayor que la que en ese preciso momento pude recorrer ante las narices de la señora Briss pero que, acaso por esta misma razón, reavivó mi enorgullecimiento del reino intelectual que yo había conquistado. De veras yo no iba a sentir, dentro de la totalidad del asunto, en medida mayor de lo que lo sentí ahora, que con mi propia mano derecha había ganado ese reino. Long y ella estaban unidos, y de esta guisa yo estaba solo frente a ellos, y sin embargo mi entretejida corona no carecería de una sola de las flores de un jardín.

A mi amiga debí de parecerle extraño mientras yo me sonreía a cuenta de este juramento; pe-ro es que de momento tal vez me volvió indebidamente impetuoso saborear la forma como yo estaba ensamblando las cosas. Me reconvine a mí mismo, no obstante, por fortuna, antes de que a ella —un poco asustada, así y todo, aun con Long valiéndole de apoyo— aquello pudiera ce-derle una ventaja que aprovechar, de modo que, en infinitamente menos tiempo del que he nece-sitado para consignarlo, yo ya había concluido mi vuelo hacia el luminoso éter y, posándome graciosamente con los pies, me había reincorporado a mi puesto. En otras palabras ya había asi-milado todo el portento de la *entente* entre el amante de la señora Server y la esposa del pobre Briss, así como la más

sutil energía que ello había insuflado a ésta última en calidad de represen-tante de los intereses de ambos. Asimismo puedo agregar que incluso me había sobrado tiempo para terminar absteniéndome de decidir cuál de estas dos ramificaciones de mi visión —la de las condiciones de sus relaciones personales o la de su necesidad de las mismas— era probable que apareciera, al lanzar una deleitosa mirada retrospectiva, como la más amena. Todo esto, lo admi-to, fue una considerable cantidad para que desfilara ante mí mientras mi privilegio, en su mis-mísima esencia, temblaba en la balanza. Bastaría con que la señora Briss me volviese la espalda, y todo se habría terminado. Estrictamente hablando, ella ya había expresado lo que redimía su honor, y fácilmente su venganza contra la impertinencia podría consistir en retirarse con uno de sus majestuosos movimientos. En ese caso ciertamente yo no podría correr tras ella sin descubrir el pastel. Dado que ahora mis acúmulos de sapiencia, empero, eran tales como para permitirme arrostrar cualquier pérdida, prontamente me percaté de las ventajas que comportaría una conce-sión superficial; y tras un nuevo examen del singular hecho de que ella conocía la energía de la mano de Long, otra vez avancé con firmeza y en derechura. Ella estaba obrando no sólo en pro de sí misma, y puesto que tenía otro a quien también servir y, tal como me sentí seguro, rendir cuentas, yo estaba en condiciones de retenerla suficientemente. Además fui consciente de haber-la retenido no bien principié a hablar nuevamente:

—No quiero decir que cosa alguna altere el hecho de que usted es una buena perdedora. Es rematadamente encantador que se rinda así, y sin embargo, justificado como quedo por ello, no puedo evitar lamentar un poco el apasionamiento con que esta mañana me orienté hacia una di-rección distinta de la suya. ¿Me permite decirle —se me ocurrió súbitamente plantearle— de

qué, por alguna razón, soy consciente ahora? —Y a renglón seguido, ya que, cautelosa, todavía agitada, no quiso comprometerse a otorgar permiso ninguno, dije—: De que orientarme en contra de usted también tuvo su emoción. Usted defendió bien su causa. Oh ––agregué raudamente—, ya sé (¿quién podría saberlo mejor?) que era una mala causa. Sólo que (¿cómo decirlo?) *usted* no era mala, y servidor tuvo que luchar realmente. ¡Y luego estuvo aquello por lo cual servidor lu-chaba! Pues bien, tampoco ahora lo hace usted nada mal; conque puede preguntarme, desde lue-go, qué más quiero. —Procuré reflexionar un instante—. No es que, una vez de vuelta a la relati-va insipidez de una paz victoriosa, me parezca (como se sabe que suele sucederles a las perso-nas) que mi propia causa se ha vuelto menos buena; no es eso, no. —Tras lo cual tuve una inspi-ración—: Le diré qué me sucede a mí: ¡es la tristeza de dejar de cooperar con usted!

Tuvo el aspecto de que fuese muy natural su incapacidad de seguirme:

¿”Cooperar”?

Al punto se lo expliqué:

—Incluso luchar contra usted era cooperar con usted, pues ambos obteníamos iluminación, lo recordará, e iluminación era lo que anhelábamos. Helo ahí pues —insistí alegremente—. Ilumi-nación es lo que aún anhelamos, y usted no ha acudido a verme, confío, con una cochambrosa cerilla usada. Cuento con que tenga usted otra por prender. —Audazmente le mostré todo lo que yo daba por descontado—: *¿Quién* es entonces?

Apareció soberbia en su frialdad, pero su mirada fija fue parcialmente vacua:

—¿Quién es qué?

—Caramba, la que lo ha hecho. —Y como incluso ante esto ella no encendiera ninguna luz, le di algo así como una pista—: Espero que bajo la influencia de su renuncia usted no habrá de-jado escapar del todo nuestro hilo. —Pero en vista de que, pese a aguardar de esta guisa a que retomara nuestro hilo, ella no hizo nada, yo hice ademán de inclinarme literalmente hacia la al-fombra para recogerlo y tornar a depositárselo en la mano—: La que ha hecho lo que nos pasa-mos la mañana investigando. ¿Quién diantre, si está claro que no es la señora Server, es la mujer que a Gilbert Long lo ha vuelto... vaya, como usted sabe?

Yo había necesitado aquel momento para asimilar el especial aspecto de candor que a estas alturas estaba dispuesta a presentarme. Fue un candor, en concreto, respecto de la

relación de cualquiera —dentro de todo el vasto enrarecimiento de las cosas— con cualquiera:

—Me temo que no sé nada.

Durante un instante me pregunté de veras cómo podía ella esperar ser auxiliada por tamaña salida de tono.

—Pero me parecía que acababa usted de reconocer tener conciencia de su disculpable error. Usted sabe algo si sabe lo suficiente para apercibirse de haberlo cometido.

Me encaró como con una abierta percatación de que, sin importar de qué más pudiera ser yo consciente, yo poseía triquiñuelas en abundancia y de que probablemente ésta sería una de las peores.

—Oh, creo que en general uno sabe cuándo ha cometido un error.

—Pues eso es *(un* error, como apropiadamente lo denomina usted) lo único que la invito a permitirme imputarle. No estoy acusándola de haber cometido cincuenta. Usted no cometió nin-guno en absoluto, lo mantengo, cuando tan entusiásticamente convino conmigo respecto del asombroso cambio operado en él.

Me dio la impresión de que se preguntó brevemente, tras esto, si acaso podrían seguir valién-dole el despiste, la falta de memoria, el rechazo de absurdidades. Pero al siguiente instante atinó con un procedimiento mejor. Todo volvió a sus recuerdos, pero desde una grandísima distancia:

—¿El cambio operado, quiere usted decir, en el pobre señor Long?

—¿De qué otro cambio (exceptuando, como podría usted responder, el suyo propio) ha acu-dido usted a hablarme? El suyo propio, no necesito recordárselo, está estrechamente relacionado con el de Long.

—Huy, el mío propio —replicó enseguida— es un problema mucho más simple que incluso ése. El mío propio es la admisión que he hecho ante usted y que no puedo consentir, fíjese, que usted tergiverse hasta hacerla pasar por admisión de otra cosa distinta. Mi admisión es que no sé nada del cambio de ninguna otra persona que no sea yo. Me ciño, si me lo permite usted, a mi ignorancia.

—Con mucho gusto se lo permitiré —dije riéndome— si usted me permite ceñirme a ella *con* usted. El cambio de usted es asaz suficiente: nos suministra todo cuanto precisamos. ¡Nos sumi-nistrará, si reconstruimos sus fases, todo, todo!

La señora Briss recapacitó:

—No entiendo muy bien, ¿sabe?, por qué, a esta hora de la noche, deberíamos ponernos a re-construir fases.

—Sencillamente porque es la hora de la noche que resulta que usted misma, en su generosi-dad y su sigilo, ha escogido. Estoy impresionado, lo confieso —declaré en aún más acentuada confutación—, ante el maravilloso hechizo que esta hora posee para nuestro propósito.

—Y, si me hace el favor, ¿qué es lo que con tanta solemnidad usted denomina —inquirió— nuestro propósito?

Por fin —lejos de haberme puesto solemne— yo había recobrado una idónea jovialidad:

—¡Sólo puedo responder, con certidumbre, por lo que concierne al mío!

Durante todo el día mi propósito ha continuado siendo el mismo: llegar hasta la verdad; no, es decir, soltar esa zaga de la verdad a la cual esta mañana usted me ayudó grandemente a asir-me. Si ha cesado de *apetecerle* ayudarme —proseguí—, desde luego eso es todo un cambio. Pero ¿por qué —pregunté ingenuamente, suplicantemente— *debería* cesar de apetecerle ayudarme? —Cada vez constituía más un acicate notarla prisionera de su incapacidad de explicar satisfacto-riamente su propia presencia allí. El propósito de revelarse como realmente era sólo la explicaba en la medida en que ella fuera capaz de expresar eso; lo cual era precisamente la libertad que menos podía tomarse ella—. ¿Qué diantres tenemos ante nosotros, en cualquier caso —insistí—, sino nuestro entrelazado interés? Éste no ha hecho sino avivarse, a mi modo de ver, ¿no se da cuenta?, gracias a la encantadora manera en que usted se ha avenido; y no veo cómo podría estar lógicamente sino avivado al modo de ver de usted misma. Nosotros somos como los mensajeros y

heraldos en el cuento de la Cenicienta y protesto, se lo aseguro, contra cualquier malogra-miento de nuestro *dénoûment.* Aún nos falta hallar a la propietaria del zapatito de cristal.

En aquel momento disfruté con mi propia metáfora; pero tal no fue el caso, bien pronto lo advertí, de mi compañera:

—¿Cómo puedo saber, por favor —demandó—, de qué cree usted que me habla?

Sonreí: ésa era casi la misma pregunta que Ford Obert, en el salón de fumar, había principia-do haciéndome. No tardé tiempo en recordar cómo lo había afrontado *a él.*

—¡Y pensar que usted sabía —suspiré— tan hermosamente, resplandecía a cuenta de ello tan extraordinariamente, esta mañana! —Ella se empecinó en darme a entender, de todos los modos posibles, su distanciamiento de esta mañana, conque no tuve otro remedio que ir más lejos—: Espero que usted no habrá solicitado esta ocasión para tratar de hacerme creer que el pobre señor Long, como lo califica usted, es, al fin y a la postre, la misma limitada persona...

—...¿que siempre fue y que tan imprevistamente usted, ayer, descubrió que había cesado de ser? —Pues ante aquello ella había reaccionado. Pero aún no sabía muy bien cómo darle la vuel-ta—: Usted ve demasiado.

—Huy, sé muy bien que es así... tan en demasía. Pero pese a lo mucho que veo, sólo exterio-rizo la mitad de ello... ¡conque ya puede usted hacerse una idea! —exclamé riendo––. Pero ¿qué quiere que le haga? Veo lo que veo, y esta mañana, durante un largo rato, usted me honró ha-ciendo ídem. Yo le devolví, por mi parte, la gentileza, ¿o no?, viendo parte de lo que veía *usted.* Reunimos todos los ingredientes del asunto y agitamos enérgicamente la botella. ¿Debo creerle, después de esto —concluí—, que lo que contiene es un líquido absolutamente incoloro?

Me callé para que contestara, mas ella no iba a hacerlo tan propiciamente como Obert:

—¡Usted habla demasiado! —dijo la señora Briss.

Acogí aquello con asombro:

—Caramba, ¿a quién se lo he contado yo?

Al mismo tiempo la miré tan intensamente que empezaron a subírsele los colores, lo cual en-seguida me hizo percibir que ella no iba a insistir sobre aquel punto.

—Quiero decir que usted se excede... que deja que abuse de usted una exuberante imagina-ción; de tal manera que, con el arte que posee usted para engarzar las cosas, servidora no sabe en qué punto se encuentra... ni creo en verdad, si me permite decirlo, que *usted lo* sepa siempre. Claro está que no niego que usted sea endiabladamente inteligente. Pero usted erige —espetó con un pesar tan apiadado y una renuencia tan notoria que durante algunos segundos no se decidió a descargar el golpe—, usted erige castillos de naipes.

Yo había sentido impaciencia por saber el qué y, francamente, me sentí decepcionado. Exte-rioricé esto, pasado un instante, no cabe duda, con una mordacidad manifiesta:

—¿Acaso Long *no* es lo que parece?

—Lo que parece ¿a quién? —preguntó inconmoviblemente.

—Pues digamos (en aras de la concisión) *a mí.* Porque ya ve usted —*y* hablé como para en-señar *qué* era ver— que todo se sostiene o se derrumba en virtud de eso.

Enseguida mi explicación pareció haberla suavizado un tanto. Si todo se sostenía o se de-rrumbaba exclusivamente en virtud de *eso,* se sostenía o se derrumbaba en virtud de algo que, para su alivio, tal vez podría eliminarse con mayor éxito. Exhaló, con todo el empaque de su se-ductora persona, una relativa benignidad, pareció jugar con el asomo de una sonrisa. Ofreció, en resumidas cuentas, su propia explicación:

—Su problema es que usted sobreestima la perspicacia de los demás. ¿Cómo puede ésta aproximarse a la suya?

—Vaya, durante cierto tiempo la suya tuvo, diría yo, momentos inequívocos de mantenerse a la altura de la mía. Nada es más posible que —continué— que yo hable demasiado; pero he pro-cedido así (en lo referente al misterio debatido entre nosotros) tan sólo *ante usted.* No se lo he contado, tal como creí que no debíamos hacer bajo ningún concepto, a nadie más, ni he dejado entrever a nadie el más mínimo atisbo de nuestras

discrepancias. Si usted no se ha considerado sujeta a la misma discreción y por consiguiente ha apelado —proseguí— a la luz de otra sabidu-ría, por lo menos ello demuestra que, a despecho de mi altura intelectual, usted ha debido se-guirme más o menos. ¿Qué es lo que *no* he de pensar, en definitiva, de la inteligencia de usted —pregunté— si, habiendo determinado recurrir a las autoridades máximas, le ha planteado el enigma al mismísimo Long?

—¿El enigma? —Otra vez se lanzó a la deriva hacia el mar.

—De la identidad de la dama.

Lentamente, ante esto, enderezó el rumbo:

—¿Al mismísimo Long?

13

Me había dado en la nariz que yo podía aventurar semejante franqueza únicamente tornándo-la extravagante, insinuando considerar apenas concebible que ella hubiese podido jugar nuestro juego de esa manera; y durante el instante en que ahora la había hecho quedarse súbitamente ca-llada juzgué haber estado acertado. Fue un instante que lo estableció todo, pues la noté admitir, con intensidad, también con gallardía, sorprendida mas no verdaderamente turbada, que desde luego no le quedaba otro remedio que mentir. Yo había quedado justificado a costa de volver tan preciso que ella mintiera.

—Habría sido un atajo —dije— y aún más manifiestamente quizá (para ser justos) una inusi-

tada proeza. Pero lo que habría sido, estrictamente hablando, es una vulneración (¿o no?) de nuestro tan eminente pequeño pacto. Sin embargo, ahora que la miro —continué—, vacilo. Las proezas inusitadas son, pensándolo bien, muy propias de usted; y no estoy seguro de no desear más bien no haberme perdido tanta posible comedia. “De parte del mismísimo señor Long le di-go a usted que, a despecho de cualquier apariencia que indique lo contrario, en él la estupidez sigue intacta.” ¿No será esto, pese a su singularidad, al fin y a la postre, lo que tiene usted para aportarme verazmente? —Permanecimos cara a cara un instante, y lancé una carcajada—: ¡La singularidad de ello sería mayúscula!

Yo le había concedido tiempo; la había conducido segura hasta tierra firme. Era precisamente lo que yo había pretendido hacer, mas ahora le sacó aún mayor partido de lo que yo me había esperado. No sólo trepó a la orilla, sino que además recobró el aliento y se volvió:

—¿Imagina usted que él me lo habría revelado?

Esto fue magnífico, pero percibí que ella aún había de mejorarlo en caso de darle yo una nueva oportunidad.

—¿Que si le habría revelado quién es realmente la dama? Pues difícilmente; y ése es el moti-vo, como tan perspicazmente lo advierte usted, de que sólo se me haya ocurrido en plan de guasa la posibilidad de que usted haya arriesgado un paso así. ¡Imagínese en verdad —cargué las tin-tas— que usted le dijera: “Todos hemos notado que usted es muchísimo menos idiota que antes y tenemos diferentes teorías sobre el milagro”!

Yo había seguido insistiendo, pero fui detenido sin necesidad de una sola palabra de su boca. Su sola mirada lo hizo, pues, aunque fue una mirada que en parte arruinó su mentira, en virtud de este mismo hecho bastó para mi autoconfianza.

—No he hablado con ningún bicho viviente.

Esto fue hermosamente dicho, pero otra vez percibí los abismos que el mero hecho de decirlo encubría, y mi percepción de estas cosas portentosas figuró no poco, sin duda, en mi inmediato entusiasmo:

—¡Ah, entonces todo va a las mil maravillas! —Me dieron ganas de frotarme las manos a cuenta de ello—. Me refiero, sin embargo —agregué raudamente—, sólo en lo tocante a eso. No me siento nada ufano con su nueva teoría en sí misma, la cual me deja tan deplorablemente desamparado.

—¡Ya lo creo! —exclamó la señora Briss casi con alegría—. ¡Lo deja desamparado de veras deplorablemente!

—Aunque sólo (tal como es igualmente notorio) —repliqué tras un breve amostazamiento— si llego a la posibilidad de aceptarla. ¿Es usted consciente de que, a falta de la propia palabra de Long (por muy dudosa que habría de ser), usted intenta imponérmela sin otra garantía mínima?

—Y, si me hace el favor —preguntó—, ¿qué garantía tenía *usted?*

—¿Para la teoría con que comenzamos? Caramba, nuestro admitido hecho. El cambio opera-do en el hombre. Usted puede replicar —proseguí— que yo fui quien primero habló de él; pero la circunstancia de ser yo el primero no constituyó, al modo de ver de usted, un inconveniente cuando llegó el momento de que usted misma hablase de la señora Server. Con lo cual quiero decir —completé— de que hablase en contra de ella. Se acordó, pero no para mi beneficio:

—Vaya, entonces usted solicitó *mi* intervención. Y en lo que respecta al señor Long y a que usted hablase en contra de él...

—¿Califica usted lo que opino como “en contra” de él? —atajé de inmediato.

No tardó sino un instante:

—Desde luego: el hecho de haberlo caracterizado como repulsivo. No pude menos que desear investigar aquello: —¿”Repulsivo”?...

—Caramba, poseyendo tales secretos. —Ahora estaba rotundamente dispuesta—. Sacrifican-do a la pobre May.

—¡Pero fue *usted*, mi querida amiga, quien sacrificó a la pobre May! *Entonces* no le pareció

repulsivo.

—Bueno, eso fue sólo —porfió— porque usted me había convencido.

La dejé ver el proceso completo de mi asimilación —o no asimilación— de aquello:

—Y, en tal caso, ¿quién es (si, como afirma usted, no ha hablado con nadie) el que, por de-nominarlo de alguna manera, la ha desconvencido?

Completó, sobre la marcha, su declaración de un momento atrás:

—Ningún bicho viviente ha hablado conmigo.

Extrañamente sentí el deseo de hacerla decir eso del mayor número de modos posible; pare-cía divertirme muchísimo que lo dijese. Esto me ayudó a lograr que mi tono fuese aprobatorio y alentador:

—¡Usted se ha comunicado poquísimo con todos! —Ni siquiera hice de esto una pregunta.

Ni aun así, empero, resultó lo bastante adecuado:

—¿Poquísimo? No me he comunicado ni pizca.

—Eso es. Pero no me crea impertinente por haber vacilado un momento. Lo que yo le repli-caría si sí se hubiese comunicado, ¿sabe?, sería que hace un momento usted me acusó.

—¿Que yo lo acusé?

—De hablar demasiado.

Aquello volvió a ella difusamente:

—¿Estamos acusándonos recíprocamente?

De improviso su tono pareció aproximarnos más que nunca hasta ahora.

—Cielos, no —dije riendo—: no recíprocamente; tan sólo, con nuestra recíproca ayuda, acu-samos a algunos de nuestros buenos amigos.

—¿Algunos? —Objetó bellamente—: Nada más que uno o dos en el mejor de los casos.

—¡O en el peor! —seguí riéndome—. ¡Y ni siquiera a ésos, según parece después de todo, los acusamos mucho!

No le agradó mi risa, pero ahora se mostró grandiosamente indulgente:

—Vaya, yo no acuso a nadie.

Quedé silencioso unos instantes; después convine:

—Sin duda es la mejor decisión; y de veras creo, de todas formas, que cuando hace un rato usted afirmó que hablo demasiado, usted sólo quería decir demasiado *ante usted.*

—Sí: yo no le imputaba la misma apelación directa. No supuse, para estar a tono con lo que usted suponía *de* mí—aclaró—, que usted había recurrido a la mismísima May.

—¿No supuso que yo la había interrogado? —Indudablemente mi alegato era que ella no lo había supuesto; sin embargo aquello hizo que nos mirásemos casi con tanta intensidad como si ella sí lo hubiese supuesto—. No, claro está que usted no habría podido suponer ninguna acción tan cruel... tanto más cuanto que, como bien sabía usted, yo no había admitido su teoría.

Aceptó mi anuencia... pero, bastante insólitamente, con una súbita restricción que la hizo aparecer todavía intensamente dispuesta a valerse de cualquier migaja de su conturbada agudeza:

—Por supuesto, al mismo tiempo, usted mismo había percibido que el no admitir mi teoría habría vuelto inocua su crueldad. No es al inocente —observó sugestivamente— a quien se teme aterrar.

—Huy—repuse—, yo temo, enormemente, creo, aterrar a *cualquiera.* No soy especialmente audaz. En todo caso, a pesar de mi convencimiento, no he interrogado a la señora Server, y le doy mi palabra de honor de que no he recibido de ella ningún mentís que apuntale mis dudas. Éstas se sostienen sobre sus propios pies y se habían dispuesto a librar su batalla a solas cuando acudí aquí a requerimiento de usted. Por consiguiente déjeme recordarle —proseguí—, en rela-ción con esto, el único sentido en que usted fue, como hace un momento dijo usted misma, con-vencida por mí. Manifiestamente la persuadí de que la metamorfosis de Long no era obra de LadyJohn. No la persuadí de nada más.

Bajó los ojos ligeramente, como si de nuevo se hallase enredada en una triquiñuela:

—Usted me persuadió de que era obra de alguien. —Entonces alzó la cabeza—. Vino a ser lo mismo.

Si en consecuencia yo le había impuesto respeto debido a mi triquiñuela, al menos ello po-dría servirme:

—Lo mismo que ¿qué?

—Caramba, que afirmar que *era* ella.

—¿La pobre May? ¿”Afirmar”? ¡Cuando yo insistí en que no era ella! La señora Brissenden se acaloró:

—¡Usted no insistió en que no era nadie!

—¿Por qué habría tenido que hacerlo si yo no creía tal cosa? No le he dejado ninguna duda —sonreí con indulgencia— de cuál es mi creencia. Sí era alguien... y aún lo es.

Paseó la mirada por el techo de la estancia:

—Ahora es suyo el error.

La escudriñé durante un instante:

—Entonces, ¿puede decirme qué hace uno para salir de semejantes errores?

—Uno piensa un poco.

—¡Huy, cuanto mas he pensado más me he abismado! Y éste me pareció que esta mañana era su caso —agregué— cuanto más pensaba *usted.*

—¡Pues entonces —declaró francamente— debo de haber dejado de pensar! Era un fenó-meno, lo patenticé con creces, al cual sólo se podía hacer frente con más pensamiento:

—En ese caso, ¿sabría decirme en qué punto?

Debió pensar incluso para eso:

—¿Cómo que en qué punto?

—¿Qué fue en concreto lo que determinó, quiero decir, su detención? A buen seguro no se detuvo (con lo lanzada que iba) así por las buenas.

Me encaró, al fin y a la postre, todavía con tal valentía que por un instante no la creí, a aquel respecto, desprovista de una buena respuesta. Por consiguiente, para mí lo inesperado fue que de veras no ofreció respuesta ninguna:

—Confieso que no discierno —se contentó con decir— por qué parece tan poco complacido de que yo convenga con usted.

Alcé totalmente, con desesperación, tanto la cabeza como las manos:

—¡Pero, criatura de Dios, si no conviene usted conmigo en *nada!* Usted me contraría de plano. Usted niega mi milagro.

—Yo no creo en milagros —resolló.

—Eso es exactamente lo que, tan tardíamente, descubro. Pero no insisto en esa denomina-ción. Nada es, lo reconozco, un milagro desde el momento en que uno se encuentra sobre la pista de la causa, que era el rastro que andábamos siguiendo. Denominemos al misterio simplemente mi hecho.

Su elevada cabeza hizo un brusco gesto:

—¡Si es de usted no es de nadie más!

—¡Ah, he ahí precisamente el problema: ojalá pudiéramos estar todos al corriente! Pero, de momento, mi alegato no es sino que usted niega mi hecho.

—Por supuesto que lo niego —dijo la señora Briss.

Tardé un momento, pero mi silencio la retuvo.

—Su “por supuesto” sería lo que yo impugnaría nuevamente, lo que denunciaría y calificaría como la palabra sobrante, la palabra inoportuna, si no fuese porque lo mejor, o cuando menos lo necesario, parece ser abandonar toda la cuestión de la falta de coherencia de usted.

Tras esto yo había hecho una pausa, pero, como sentía que aún la retenía, no me sorprendí cuando mi pausa suscitó una reacción:

—¿La abandona usted de veras?

Ella había intentado, lo percibí, emplear un tono completamente irónico para formular su pregunta. Pero no resultó completamente irónico; resultó, de hecho, lo bastante poco irónico para sugerirme que se había producido cierta intensificación —no precisamente casual, creo— de la expectación de mi compañera. Me siento incapaz de consignar exactamente cuántas cosas sugirió su tono o siquiera la mitad de lo que dio a entender. Además esto me excitó casi violentamente, y si, pasado un instante, hundido en mi silencio, me di la vuelta, no fue sólo para mantenerla a la espera, sino también para volver más íntimo mi regocijo. Me di la vuelta hasta el punto de que literalmente, durante unos minutos, me alejé de ella, valiéndome para ello, superficialmente, del aire de estar sopesando consecuencias. Me alejé veinte pasos y, mientras pasaba la mano por mi atribulada cabeza, miré abstraídamente los objetos sobre las mesas y olfateé vagamente las flores en los cuencos. No sé durante cuánto tiempo me abismé de este modo ni muy bien por qué —ya que debí de permanecer así algún rato— ahora mi compañera no aprovechó su alternativa posi-ble de ruptura y retirada. 0 mejor dicho, en lo concerniente a su decisión en este último respecto, no tengo, y tampoco tuve entonces, duda alguna: en aquel momento yo ya sabía cuánto sabía *ella* qué debía sonsacarme antes de abandonarme. Ello me había venido a las mientes en ráfagas, en vislumbres más amplias, y al hacerlo me había producido esa excitación que yo necesitaba con-trolar. *No* podía ser sino excitante hablar, tal como hablábamos, sobre la base de esas evolucio-nes inmencionadas y referencias inconfesas que hacían que el contenido de nuestra entrevista fuese tan distinto de su forma. Sabíamos que, en todo momento, queríamos decir—lo que me excitaba, o sea, era que ella sabía que yo quería decir— inmensamente más de lo que yo decía o de lo que ella replicaba; al igual que ella notaba, en los mismos momentos, que yo medía la dis-tancia en que sus réplicas se quedaban cortas. Esto hacía que mi conversación con ella fuese una cosa totalmente distinta y muchísimo más interesante que cualquier coloquio del cual yo hubiese disfrutado alguna vez; incluso poseía una intensidad que no había estado presente, unas horas atrás, en el extraordinario encuentro que yo había tenido con la señora Server. Ella no podía permitirse recriminarme catequizarla; no podía permitirse negar haber tenido, a su manera, fe en mí; no podía permitirse, después de inimaginables conciliábulos con Long, no tratarme como a un testigo que debe ser sobornado. Ella había acudido a sobornarme; continuaba allí para sobor-narme; sufría y balbucía y mentía; al mismo tiempo estaba

sobrellevando aquello sublimemente y rehuyéndolo desesperadamente; y todo, todo para sobornarme. Y además advertí perfectamente la concepción que ella tenía de su propio procedimiento y me plegué a su procedimiento incluso a la par que lo criticaba, percibiendo que el único privilegio personal que yo podría, a fin de cuentas, salvar en todo el asunto sería el de comprender. No podría salvar a la señora Server y no podría salvar al pobre Briss; sí podría, empero, conservar, hasta el último grano de oro, mi pre-ciosa sapiencia de la pérdida que sufrían, de su desintegración y de su sino; y para lograr esto era para lo que ahora estaba negociando.

El soborno de la señora Briss consistiría en revelarse como realmente era justo lo suficiente para no sabotearme mi negociación en pro de mi tesoro. Estaba dispuesta a dejarme ver tanto como yo quisiera a cambio de asegurarse de que yo no *haría* nada; y en esta cuestión de cuantí-simo debía yo de haber amedrentado a aquellos dos para que hubieran advertido que yo *podía* “hacer”, era precisamente donde más residía la maravilla de mi suspense. Yo había podido alar-marlos, cierto es, meramente haciéndolos temer mi intervención; y sin embargo la idea de que estuvieran alarmados era menos portentosa que la idea de haberles infundido, pese a todas mis precauciones, una consciencia. Hasta tal punto esto era lo último que yo había deseado hacer, que me di cuenta, durante mi veloz abstracción, del mucho tiempo que en lo venidero necesitaría para reconstruir el proceso —todo él hecho de las mas sutiles insinuaciones traídas por el viento, entretejidas de silencio y secreto y aire— mediante el cual las sospechas de ellos habían cobrado cuerpo. Sólo pude, provisional y abocetadamente, figurarme que dichas sospechas habrían toma-do, poco a poco —no en un acceso repentino—, conciencia de sí mismas ante la presencia de las mías, tal como ahora las mías devolvían el cumplido. Lo que me había venido a las mientes, co-

mo ya he dicho, en ráfagas y más amplias vislumbres, era el portento de su intercambio de seña-les, el fenómeno, difícilmente descriptible, de que en comandita habían comprendido algo nuevo. Ambos tenían un tesoro que conservar, y se habían buscado el uno al otro debido a su instinto de supervivencia. Habían sentido los dos que posiblemente la víctima se escabullía, y habían rela-cionado tal posibilidad con el interés que en mí había despertado perceptiblemente este personaje y con una relación personal que descubiertamente mi interés había estimulado. Ello no habría constituido un peligro, tal vez, si no se hubiesen escabullido juntas las dos víctimas; y más asombroso, sin duda, que cualquier otra cosa era que mi pareja sacrificante hubiese comprendido la oportunidad que mi pareja sacrificada había obtenido por figurar juntos en mi caridad. ¿Cómo era dable que Gilbert Long y la señora Briss supiesen que no había formado parte de mis planes infundirles activamente una consciencia a mis otros dos amigos? Lo mas con que yo había soña-do, pensé sinceramente, era asegurarme de que éstos últimos llegaran a alcanzar tal estado por sí mismos. Estas cosas tenía presentes mientras, como ya he apuntado, hacía esperar a Grace Bris-senden, y también tenía presente que, aunque yo condonaba su apartamiento, ella debía interpre-tar esto como un detalle caritativo por mi parte. Enseguida yo ya había llevado a cabo otra de mis evoluciones completas y volví el rostro hacia ella armado de una teoría sobre sus revelaciones y mi respuesta a su última pregunta. Los términos no fueron enteramente como mi caridad habría podido desearlos, pero yo lo mantenía todo suficientemente ensamblado para no tener más reme-dio que advertir que había límites para mi posibilidad de elección.

—Sí: dejo de lado su cambio de bando, aunque me fastidia un poco (y dentro de un instante le diré el porqué) tener que hacerlo. Pero digamos que es con una condición.

—¿Cambio de bando? —protestó mientras me miraba—. Sus expresiones no son de lo más afortunadas.

Pero otra vez percibí que esto había sido sólo para encubrir un temor. Para ella mi condición era objetable y advertí que aún lo sería más en cuanto ella escuchara en qué consistía. Mientras tanto, empero, a despecho del comentario que acababa de hacer mi compañera, yo había deter-minado recurrir, de una vez para siempre, a una pura benignidad:

—Apenas importa que yo sea torpe cuando a efectos prácticos usted es tan benévola. Me pregunto si comprendería usted—seguí— si le ofrezco una explicación.

—Lo mas probable —respondió, tan bella como siempre— es que no.

—De todos modos permítame probar a hacerlo. Por lo demás se trata de la explicación que acababa de prometerle; que en realidad no es sino la evolución de una sensación que ya me he tomado la libertad de expresarle. ¡Quedo derrotado —lo espeté por fin— al convenir usted con-migo!

—¿”Derrotado'?

—Sí; porque mientras discrepábamos usted estaba, a pesar de los pesares, en el bando acer-tado.

—Y ¿qué es lo que denomina usted el bando acertado?

—Pues— —otra vez lo espeté— el mismo bando de mi imaginación. Pero como mínimo ello le brindó una oportunidad: —¡Oh, su imaginación!

—Sí, ya sé lo que piensa de ella; ya ha insinuado con creces la pobre opinión que le merece. Pero precisamente porque la considera una porquería es por lo que ahora apelo a usted.

Continuó escudándose tras sus sorpresas:

—¿Apela? Creía que usted se movía, más bien —sonrió seductoramente—, en el terreno de la imposición.

—Bueno, eso también. Impongo mis términos. Pero en sí mismos mis

términos forman mi apelación. —Me mostré ingenioso pero paciente—. ¿Se da cuenta?

—¿Cómo diantres puedo darme cuenta?

— *Voyons,* en tal caso. Luz u oscuridad, mi imaginación me domina. Pero claro está que si mi imaginación no es fiable quiero librarme de ella. Usted no puede, naturalmente, ayudarme a

destruir la facultad en sí misma, pero puede contribuir al impedimento de su aplicación a un caso concreto. Debido a que se sonrió de ese modo, antes, a cuenta de dicha aplicación, es por lo que he otorgado valía incluso a mis insignificantes discrepancias con usted; y a lo que me refiero cuando hablo de mi derrota es a que su apartamiento me deja bregando a solas. Con arreglo a esto, lo mejor para mí, según creo, es desembarazarme por completo de mi obsesión. La manera de lograr eso, claro está, puesto que usted lo *ha* logrado, es precisamente extinguir el fuego. Con eso del fuego me refiero a la llamarada de fantasía que de tal manera resplandeció esta mañana a nuestro modo de ver. ¿Qué diablos ha vertido usted, por su cuenta, sobre la misma? Dígamelo —impetré— y enséñeme.

No menos que su voz, su semblante hizo de eco mío nuevamente:

—¿Que lo enseñe?

—A abjurar de mis falsos dioses. Lléveme de retorno a la paz siguiendo los pasos que *usted* ha dado. En la misma medida en que continúen siendo reconstruibles para usted, encerrarán inte-rés y provecho para mí. De hecho deben ser de lo mas notables; ¿no serán incluso (en razón de lo que *yo* pueda hallar en ellos) mas notables que los que ahora mismo estaríamos dando juntos si no nos hubiésemos detenido, si no nos hubiésemos desarticulado? —Era ésta una declaración que podía hacerle sin insinceridad, pero antes de que su ausencia de precipitación le hubiese permitido meditarla mucho yo ya había proseguido desarrollándola—: Usted me replicará, no obstante, que puesto que me detengo *y doy* media vuelta con usted *no* nos habremos desarticula-do. Pues entonces tanto mejor: advierto que lleva usted razón. Pero no quiero —declaré fervoro-samente— perderme ni un centímetro del recorrido.

Ahora me contempló igual que en el circo una dama romana habría podido contemplar a un cristiano modélico.

—Se trató de un recorrido muy sencillo —dijo por último—. Estando resuelta respecto de un único punto, se realizó en una sola zancada.

Fui todo interés:

—¿Respecto de un único punto? —Luego, puesto que, de un modo casi excesivamente deli-berado, permaneció callada, inquirí—: ¿Se refiere a las todavía vulgares características de la... er... consciencia de Long?

Otra vez ya había terminado de tomarse todo el tiempo necesario:

—¿Sabe lo que pienso?

—La presiono justamente para que me haga inteligible lo que piensa.

—Pues —dijo la señora Briss— pienso que usted está loco. Como es natural, ello me impre-sionó:

—¿Loco?

—Loco.

Le di vueltas a aquello:

—Pero ¿eso es lo que usted llama inteligible?

Ella me hizo justicia:

—No: supongo que para usted no *puede* serlo si *no* está en su sano juicio.

Aventuré una prolongada risa que habría podido ser la de la locura:

—¡Eso de “si no lo estoy” es precioso! —Y, fuera o no por el especial sonido, para mis oí-dos, de mi hilaridad, recuerdo haberme preguntado si acaso no podría ser que en efecto estuviera loco—. ¡Querida amiga, ése es el punto en entredicho!

Pero fue como si también ella se hubiese sentido impresionada ante mi risa:

—Para mí ya no está en entredicho.

Entonces le concedí el beneficio de mi agitada especulatividad: —Siempre ocurre, por su-puesto, que uno mismo es el último en enterarse. ¿Está enteramente convencida?

No sin elegancia, por un instante vaciló; ¡pero ya que yo estaba realmente deseoso de saber-lo...!

—¡Huy, enteramente, en lo que concierne a lo que hemos estado debatiendo!

—Y, en realidad, ¿era para decírmelo para lo que ha acudido?

—Exactamente para eso. Y si para usted supone una sorpresa —agregó— que yo *haya* acu-dido... caramba, lo único que puedo decirle es que estaba dispuesta a cualquier cosa.

¿Cualquier cosa? —sonreí.

—En cuestión de sorpresas.

Reflexioné; pero su disposición era lógica, aunque al cabo de un momento supe estar a tono con la misma:

—¿Sabe que así es como también estaba yo?

—¿Dispuesto...?

—...a cualquier cosa en cuestión de sorpresas. Quiero decir en lo referente a *recibirlas* de us-ted —aclaré—. Y por supuesto, sí —medité—, las he recibido. Si *estoy* loco —seguí adelante— ello es sencillo en verdad.

Pareció, no obstante, experimentar, debido a la influencia de este nuevo tono mío, el impulso, por cortesía, de suavizar:

—¡Huy, no afirmo que sea sencillo!

—¿No? Me parecía que eso era exactamente lo que usted había afirmado.

—Suponía —dijo la señora Briss— que ello no le agradaría. Suponía que no lo aceptaría ni tan siquiera querría escucharlo. Pero era una deuda que yo tenía con usted... —Titubeó.

—¿Tenía conmigo la deuda de informarme de lo que pensaba de mí aunque ello resultase ser algo muy desagradable?

Tal vez esto era más de lo que ella podía asumir:

—Tenía esa deuda conmigo misma —repuso con un aire de rigurosidad.

—¿Informarme de que soy un demente?

—Informarlo de que yo *no lo soy*. —Ambos dimos la impresión, creo, en cuanto hubo dicho esto, de que ella ya hubiera hecho lo que recién acababa de decir—. Eso es todo.

—¿Todo? —gemí—. Ah, no hable como si fuese muy poco. Es mucho. Lo es todo.

—¡Es lo que usted quiera! —dijo la señora Briss con irritación—. Buenas noches.

—¿Buenas noches? —Me quedé espantado—. ¿Me abandona con eso?

Durante un instante pareció sacar a la luz todo el peculiar descaro que ella había procurado ocultar:

—Debo abandonarlo con algo. No puedo quedarme aquí toda una hora.

—Pero ¿cree que se hace tan de prisa eso de persuadir a un hombre de que está loco?

—No esperaba persuadirlo. —¿Tan sólo exponérmelo?

—Vaya —reconoció—, estaría bien que surtiera algún efecto en usted. Pero ya le he contado —agregó como para resumir y concluir— lo que me decidió.

—Le ruego que me disculpe —¡oh, vaya si protesté!—, pero eso es justamente lo que no me ha contado. La razón de su cambio...

—No aludo —atajó— a mi cambio.

—¡Ah, pero *yo* sí! —exclamé con una brusquedad que por unos instantes tornó a hacerla re-plegarse en sus reticencias—. Es su cambio —insistí otra vez— lo que constituye lo interesante. Si yo estoy loco, debo recordárselo nuevamente, sencillamente usted estaba loca *conmigo; y,* por lo tanto, ¿cómo podría mostrarme indiferente ante la recuperación de su cordura o dejarla mar-charse sin haber obtenido de usted el secreto de su curación? —Mi cabeza ejecutó un ademán negativo con amabilidad, mas con resolución—: Usted no debe abandonarme hasta haberlo de-positado en mi mano.

Las reticencias de que he hablado no estaban dispuestas, empero, a dejarla:

—Me parecía que usted había dicho que dejaba de lado toda la cuestión de mi falta de cohe-rencia.

—Su responsabilidad moral por ella, enteramente. Pero ¿cómo puedo mostrar mayor indul-

gencia que deseando vivamente comprender su evolución? Es en ese sentido, tal como digo —seguí adelante—, como insisto en hablar de su cambio. Ha tenido que haber un momento concre-to en que se le perfiló la necesidad del mismo (o, dicho de otro modo, la verdad sobre mi estado personal). Tal momento es la clave de toda su postura y el momento que hemos de localizar.

—¡Localícelo —dijo la pobre señora Briss— donde usted guste!

—Preferiría —me quejé— localizarlo donde *usted* guste. Quiero (a buen seguro usted enten-derá que es necesario si deseo extraer algún beneficio de ello) localizarlo con absoluta exactitud. —Luego, como este ruego no pareciera conmoverla aún, volví a juntar las palmas de mis manos—: *¿No* va a auxiliarme?

Por último respondió a mis acuciosidades con un gesto aún más adusto:

—No acudí con semejantes intenciones. No creo —continuó algo más plácidamente—, no creo (si desea saber mi motivo) que realmente sea usted sincero.

Desde luego, aquí había todo un lance.

—¿Que no soy sincero yo?

—No debidamente honesto. Me refiero al declararse derrotado.

—Al declararme derrotado ¿en qué?

—Caramba, en todo.

—¿En todo? ¿Es cuestión —me quedé pasmado— de *eso?*

—Usted lo haría si *fuese* honesto.

—¿En todo? —insistí.

Otra vez lo refrendó:

—En todo.

—Pero ¿es ésa la buena disposición que yo he manifestado?

—Pues si no lo es, ¿cuál es?

Medité un poco:

—Caramba, ¿no es más bien meramente cuestión de renunciar a mi confianza?

—¿En su consciencia y en su convencimiento? —Esto, indicó, era lo que ella pedía—: Pues ¿qué es eso sino todo?

—Tal vez —reflexioné—, tal vez. —De hecho, sin duda lo era todo—. Entonces considera-remos que es todo, y considerándolo así es como renuncio. No me quedo con nada en absoluto. ¿Ya cree que soy honesto?

Vaciló:

—Bueno, sí, si usted lo dice.

—¡Ah —suspiré—, ya veo que no lo cree! ¿Qué puedo hacer —pregunté para demostrárse-lo?

—Puede demostrármelo fácilmente. Puede dejar que me marche.

—¿Piensa usted —ponderé— que interpretaré su marcha como un síntoma de que lo cree?

—¿De qué otra cosa si no?

—Caramba, a buen seguro —respondí con prontitud— mi consentimiento en que usted abandone nuestra discusión en este punto constituiría un síntoma muy diferente. ¿No simboliza-ría más bien —inquirí— la ausencia de creencia por mi parte en su honestidad? Si usted puede opinar, en resumidas cuentas, que me limito a fingir...

—...¿por qué no habría usted —metió baza por mí— de opinar eso mismo *de mí?* ¿Qué sal-dría yo ganando con fingir?

—Se lo revelaré —respondí, riéndome— si usted me revela qué saldría ganando *yo.*

Semejó preguntarse si ella estaba en condiciones de hacerlo y luego decidir en sentido nega-tivo:

—Si no lo comprendo a usted en ningún respecto, por supuesto tampoco en ése. Digamos, de todas formas —declaró ahora un tanto trémula y cansinamente—, que cada uno de los dos sal-dría ganando tan poco como el otro. Lo creo a usted —reitero—. ¡Ea!

—Gracias —sonreí— por la manera como lo afirma. Si, como dice usted, no me comprende —insistí—, es porque me juzga loco. Y si me juzga loco no sé cómo es *capaz* de abandonarme.

Al punto afrontó eso:

—Si creo que es usted sincero al renunciar, creo que está curado. Y si creo que está curado, no lo juzgo loco. Es bastante sencillo.

—Entonces, ¿por qué no es sencillo comprenderme?

Apartó la mirada y en su turbación hubo momentos, a renglón seguido, de los cuales hizo brotar auténtica belleza. De algún modo su desmaña resultó aristocrática; en sí misma su con-ciencia de su atolladero resultó joven.

—¿Lo es *jamás?* —aventuró de manera encantadora.

Pensé que en esta coyuntura ella debía de percibir lo maravillosa que la consideraba e incluso que esta impresión —mi total percatación de su victoria personal— era una fuerza que, en última instancia, obraba entera en pro de ella:

—Le ha merecido completamente la pena quedarse levantada hasta esta hora para mostrarle a servidor cómo resplandece usted cuando otras mujeres están ya derrengadas. Si en realidad era eso, una vez al desnudo la verdad que estamos controvirtiendo, lo que más deseaba usted exterio-rizar, pues entonces ha triunfado esplendorosamente *y* la felicito *y* se lo agradezco. En efecto —proseguí raudamente—, seguro que, para ser justo con usted, la interpretación de mis tropos *y* locuciones *no* es enteramente sencilla "jamás". Sin duda usted me *ha* acorralado en un rincón con mi peligroso explosivo y por lo tanto mi único proceder deportivo sería sentarme encima del mismo hasta que usted saliera de la habitación. Ya estoy sentado encima; y me parece que usted hallará que le es posible salir en cuanto me haya contestado *a esto:* el momento en que se perfiló su propio cambio de opinión ¿fue el momento en que hace un rato, en el salón principal, inter-cambiamos unas pocas palabras?

La luz que en ella, a raíz de mis últimas aseveraciones, se había encendido tan considerable-mente, se apagó un tanto no bien me oyó abordar otra vez el tema de su falta de coherencia; pero la perspectiva de verse libre de mí cumpliendo aquella condición hizo que le pareciese provecho-so, pese a todo, tratar de afrontar mi pregunta:

—¿Ese momento? —Patentizó su esfuerzo por hacer memoria.

Yo le presté toda mi ayuda:

—Fue cuando, después del recital del pianista, yo había estado hablando con Lady John. Us-ted se hallaba, no lejos de nosotros, sentada en un sofá en compañía de Gilbert Long; y cuando, al abandonarme Lady John, yo hice un débil ademán de dirigirme hacia usted, usted reaccionó muy generosamente irguiéndose y concediéndome una oportunidad mientras el señor Long se alejaba.

Fue como si yo hubiese colgado el cuadro ante ella para que no tuviese más remedio que mi-rarlo a fondo. Pero el detalle que, en su escrutinio, ella resaltó en primer lugar no era, superfi-cialmente, el más relevante:

—¿El señor Long se alejó?

—Oh, no insinúo que eso tuviera nada que ver.

Ella continuó pensativa:

—Nada que ver ¿con qué?

—Con el hecho de que ahora esa situación se me venga a las mientes en calidad de posible momento decisivo de la crisis de usted.

Se maravilló:

—¿Fue una “situación”?

—Es justamente lo que le pregunto. ¿Lo *fue?* ¿Fue *la* situación?

Pero otra vez se había salido por la tangente: .

—Me acuerdo del momento a que se refiere: fue cuando dije que ya me reuniría aquí con us-ted. Pero ¿por qué hubo de antojársele una crisis?

—De buenas a primeras no se me antojó eso en absoluto, pues a la sazón yo no sabía que us-ted ya no estaba “en mi bando”. Pero bajo la luz de lo que desde entonces he sabido por boca de usted, me parece sentir nítidamente una impresión que, allí, fue sólo vaga: la impresión —aclaré— de que entonces usted había tomado alguna decisión que presentaba dificultad pero que había sido espoleada por algo que en aquel momento (e incluso quizá un poco repentinamente) le había sobrevenido. Ése es el quid —continué desenvolviendo mi alegato— en que ahonda mi pregunta. ¿Ese “algo” *fue* la conclusión que usted extrajo, allá y entonces, en el sentido de que no hay nada en nada?

Mantuvo las distancias:

—¿”En nada”?

—¿Y de que yo sólo podía estar, en consecuencia, fuera de mis cabales? Oh, vamos —continué con paciencia—, una percatación así tuvo que *empezar* en un momento u otro; *¡y* úni-camente estoy procurando ayudarla a recordar cuándo diablos fue!

—¿Tiene ello especial importancia? —inquirió la señora Briss.

Me acaricié la barbilla:

—¡Eso depende un poco (¿verdad?) de lo que usted entienda por “importancia”! Tiene im-portancia para que usted aplaque mi curiosidad, y esto tiene importancia, a su vez, tal como aca-bamos de establecer, para que yo la deje marcharse. Por supuesto usted puede preguntar si mi mismísima curiosidad tiene importancia; pero a esto, afortunadamente, mi contestación no puede ser sino sumamente clara. La aplacación de mi curiosidad equivale al apaciguamiento de mi inte-ligencia. Hemos concedido, hemos aceptado, nuevamente se lo recalco, con respecto a este pre-cario ente, que está patas arriba. Déme siquiera una orientación; no le pido mas. Por un instante déjeme ver brillar ante mí cualquier débil reflejo del relámpago del nuevo convencimiento que la invadió.

Durante un momento pensé que, en su desesperación, ella daría con algo que sirviera. Pero lo único con que dio fue:

—No llegó en un relámpago.

Continué siendo todo paciencia:

—¿Llegó poco a poco? En tal caso, ¿quizá empezó en un momento más temprano que aquél a que he aludido? Y sin embargo —proseguí— estábamos a unas alturas ya bastante

avanzadas, debo tenerlo presente, cuando recibí las últimas manifestaciones de su credulidad.

—¿Mi credulidad?

—Denomínelo entonces, si no le gusta esa palabra, su comprensión.

Yo ya le había concedido tiempo, no obstante, para finalmente aducir algo que, según se le ocurrió perceptiblemente, serviría:

—Mientras yo no estaba con usted (quiero decir, con usted personalmente), usted *nunca* con-tó con mi comprensión.

—¿Es que mi persona es tan irresistible?

Pues bien, ella fue valiente:

—Lo *era.* ¡Pero, a Dios gracias, ya no lo es!

—¡Entonces henos otra vez dentro de nuestro misterio! No creo, ¿sabe? —le aclaré—, que fuera mi persona, en realidad, lo que infundiera atractivo a mi teoría; creo que más bien fue mi teoría lo que infundió atractivo a mi persona. A través de estas pocas horas (horas de tensión, pero de tensión, ya ve, puramente intelectual) mi persona ha seguido siendo, modestia aparte, tan buena como siempre; conque si no estamos, incluso en nuestra anómala situación presente, en peligro por una causa así, sencillamente es que mi teoría ha muerto y eso comporta la invalida-ción de lo demás.

En verdad mis palabras habían sido muchas, pero ella las apartó a un lado sin contemplacio-nes:

—En cuanto yo estaba lejos de usted, lo odiaba.

—¿*Me* odiaba?

—Vaya, odiaba lo que usted denomina “lo demás”, odiaba su teoría.

—Entiendo. Sin embargo —reflexioné—, en el presente instante usted no está (aunque desearía ardientemente, sin duda, sí estar) lejos de mí.

—Oh, ahora eso me da igual —dijo con arrojo—; ya que (como puede ver que lo creo) esta-mos lejos de sus delirios.

—¿No le gustaría, a pesar de lo que cree —le sonreí—, estar aún un poco mas lejos? —Pero antes de que ella pudiera responder, y asimismo porque, sin duda, la pregunta sonó demasiado zumbona, le salí, como en verdadero beneficio de ella, con algo muy distinto—: Quizá mi idea (mi localización, o sea, del momento de su crisis) sea el resultado, en mi imaginación, de mi pro-pia vinculación con ese preciso instante. Se me viene a las mientes que de lo que fui más cons-ciente mientras el rostro de usted me hacía una señal y luego su voz la ratificaba tan gentilmente y mientras además, como ya he dicho, Long se alejaba... de lo que fui mas consciente, a conse-cuencia de otro examen, recién concluido, de Lady John, fue, una vez más, justamente de la au-sencia de cualquier semejanza por parte de Lady John con la personalidad que usted y yo, en nuestras especulaciones conjuntas de la mañana, habíamos intentado atribuirle tan ingenuamente. Incluso en ese instante yo estaba aún, ¿se da cuenta?, investigando (todo por mi propia cuenta, ¡ay!); y con renovada fuerza acababa de percatarme de que de ningún modo ella se ajustaba, si-quiera remotamente, a nuestra concepción. Dicho de otro modo, casualmente ese momento, en-tiéndame, fue uno de *mis* momentos; conque, de esta guisa, sencillamente me pregunté si ca-sualmente no habría sido también uno de los de usted.

—*Fue* uno de los míos —contestó la señora Briss con tanta prontitud como razonablemente yo habría podido desear—; en el sentido de que (tal como usted no tiene sino que meditar) hubo de conducir mas o menos directamente a estas palabras que ahora cruzamos.

Si yo no tenía sino que meditar, nada más fácil; pero cuanto más meditaba, según estuve dis-puesto a patentizarlo, menos cosas parecía proporcionarme dicho acto:

—Ah, pero en ese momento usted *ya se* había retractado. ¿Es que no *quiere* comprender (pues se muestra un tanto desalentadora) que deseo pillarla en la primerísima fase?

—¿”Pillarme”? —¡Desde luego mis expresiones eran de campeonato! —¡Pillarla con las ma-nos en la masa! Enfocarla en la primera conmoción de la percatación que a su modo de ver ha-bría de reducirlo todo a añicos.

—Pero si ya le he contado —se resistió inconmoviblemente— que no hubo primera conmo-ción.

—Pues entonces la segunda o la tercera.

—No hubo —dijo magnificentemente la señora Briss— ninguna conmoción en absoluto.

De alguna forma eso me hizo romper a reír:

—En tal caso, ¿a usted le pareció tan natural (y le agradó hasta tal punto) determinar súbita-mente que había sido impregnada de la mas honda intimidad intelectual con un maníaco?

Otra vez reflexionó y luego, tal como yo mismo le había hecho previamente a ella, me salió con algo muy distinto:

—En el momento de que usted habla yo ya había abandonado por entero cualquier impu-tación a Lady John.

Pero esto era tan endeble que me hizo sonreír:

—¡Por supuesto que lo había hecho, pobre inocente de usted! Si no, usted no habría podido, horas atrás, cargarle el muerto con tal ahínco a otra mujer.

—Yo ya lo había abandonado todo —insistió obcecadamente.

—Eso es justo lo que, si nos referimos a aquel punto crítico, admito enteramente.

—Pues, incluso si nos referimos a aquel punto crítico —siguió—, puede usted pillarme tanto como guste. —Tras lo cual, de improviso, por espacio de algunos segundos, la vi prepararse para dar un gran salto—. Usted habla de “enfocarme”, pero de hecho ¿acaso había otra cosa, incluso

durante esos minutos, en que estuviera usted ocupado?

—¡Ah, entonces, ¿usted sí admite—exclamé—esos minutos?!

Ella dio su salto, aunque cayendo en plancha:

—Sí (ya que, habiendo consentido en ser catequizada, me devano los sesos para placer de us-ted), los admito. Recuerdo lo que pensé. Usted enfocaba; yo sentía su foco. Lo noté preguntarse en qué punto, dentro de lo que usted denomina nuestras especulaciones conjuntas, estaría yo en aquel momento. Me pregunté si usted me comprendería si tan sólo con mi semblante yo intenta-ba dedicarle una mirada tal que le transmitiera todo. Con eso de "todo" me refiero a que, pese a la compasión que sentí por usted (o tal vez por mí misma), me había parecido que era cuestión de lealtad comunicarle lo más derechamente posible que yo no estaba en ningún punto. Por eso lo miré con tal fijeza, aunque por supuesto no podía explicitarle —prosiguió con claridad— a quién hacía alusión mi mirada.

Yo estaba pendiente de sus palabras:

—Y ¿puede hacerlo *ahora?*

—Perfectamente. Al señor Long.

Me quedé en suspenso:

—¡Oh, pero si eso es encantador! Es justamente lo que busco.

Advertí que yo aún iba a recibir una mayor dosis de ello, y a decir verdad hizo acto de pre-sencia una dosis mayor:

—Hace un momento usted ha hablado de aquello de lo que fue mas consciente, y yo estoy en condiciones de hacer ídem. Fui sumamente consciente de él.

Por mi parte, ahora yo fui sumamente consciente de mi entusiasmo:

—¿Sí? ¿Él ya la había inundado de alguna consciencia mientras se alejaba?

Se estremeció un poco ante esta renovada evocación de la retirada de él, pero se la tomó co-mo no se la había tomado antes, y me di cuenta de que tras otro impulso se hallaría completa-mente a flote:

—¡Tenía buenas razones para alejarse!

Me maravillé:

—¿Qué le había dicho usted?

Ella lo aclaró en parte:

—Nada... o muy poco. Pero lo que yo había hecho era escuchar.

—Escuchar *¿qué?*

—Lo que él dice. Sus insulseces.

—¿Sus insulseces? —Me quedé pasmado—. ¿Las de Long?

—Caramba, ¿no sabe usted que es tonto de remate? Medité, escéptico pero razonable:

—Lo *era.*

—¡Lo *es!*

La señora Briss se mostraba soberbia, pero, tal como raudamente pensé poder recordárselo, cabía considerar dudosa su capacidad evaluadora:

—Su autoconfianza es espléndida; sólo que ¿acaso no es mi deber recordarle que las valora-ciones que usted hace de las más exquisitas clases de inteligencia no son tal vez absolutamente estables? ¿No se da cuenta?: usted también, hasta hace muy poco, me consideraba *a mí* tonto de remate.

Aunque yo había esperado, no obstante, que aquí ella mordiera el anzuelo, no había contado con el arranque, o quizá incluso el paradigma, que ella me debía deportivamente:

—Oh no: a usted, nada de eso. Usted sólo es un hombre inteligente que se ha descaminado.

La seguí, pero antes de alcanzarla aventuré:

—¿Mientras que Long sólo es un hombre estúpido que se ha metido en el buen camino?

Esto la hizo callar demasiado brevemente, y en verdad hubo algo mío que al punto le volvió a las mientes:

—Me parecía que precisamente lo que usted mismo me dijo, esta mañana o ayer, fue que ja-más había visto un caso de conversión de un idiota.

Me reí ante su viveza. ¡Bueno, era yo quien había querido hacerla luchar!

—Es cierto que él habría sido el único.

—¡Ah, pues tendrá que prescindir de él! —Oh, vaya si ahora se mostraba enérgica—. Y si usted sabe lo que opino de él, no sabe más que *él.*

— ¿Quiere decir que usted se lo hizo saber?

Sólo por un instante hizo una tregua:

—Se lo hice saber, prácticamente... y de hecho eso era lo único que yo podía decirle. Fue bastante, sin embargo, y tras ello se alejó de mí con disgusto. En ese momento fue cuando, al darme usted la ocasión, intenté decirle allí mismo todavía bajo mi intensa impresión, intenté te-legrafiarle: "¿A qué diantres se refiere usted con esos desvaríos que usted suelta? ¡Se caen por su propia base!" ¡Qué pena que yo no lo lograra! —continuó, pues se había vuelto casi verborreica—. Ello habría zanjado la cuestión y yo me habría ido a la cama.

Lo sopesé con mi sonrisita que, me temí, se había vuelto casi tan fija como la de la señora Server:

—Tal vez ello habría zanjado la cuestión; pero yo me habría perdido esta impresión que es-toy teniendo de usted.

—¡Oh, esta impresión que está teniendo de mí!

—Huy, pero no la menosprecie: ¡es justamente lo que busco recibir! ¿Qué es lo que Long había dicho, pues?

Ella lo describió más y más, pero lo describió como si no fuese nada de nada:

—Ni una palabra que citar: ¡le sería imposible creérselo! Él no dice nada de nada. No puede rememorarse. A eso es a lo que me refiero. Lo puse a prueba intencionadamente, pensando en usted. Pero él es un perfecto imbécil. ¡No entiendo cómo pudimos imaginarnos...!

Yo la había interrumpido con el movimiento con que otra vez, incontrolablemente sacudido por uno de mis accesos de certidumbre, le volví la espalda. ¡Con *cuánta* profundidad habían te-nido que confabularse para que por fin ella hubiese concentrado sus energías de tal manera, y bajo qué luz doblemente interesante, sobre todo, parecía ello

presentar a Long para lo futuro! Es-to fue lo que, mientras me prevenía a mí mismo, más inferí: literalmente que iba a seguirse una intensificación de este último aspecto del prodigio. Si la inteligencia de él, bajo la alarma que, primeramente despertando de un modo tan sólo tenue la consciencia de ambos, se había acrecen-tado tan velozmente que casi había convertido a cada uno en un espejo del otro y luego había desencadenado, en algún silencio mas profundo que la oscuridad, su intercambio de percatacio-nes, identificaciones y, tal como ciertamente lo habrían denominado ellos, chivatazos; si la exa-cerbada agudeza de él, a partir de ahora, iba a protegerse mediante el disimulo, ¿cuál no habría de ser, con el fin de desviarme de mi pista, el nuevo espectáculo y la nueva maravilla? En cierto modo yo ya podía medir esta añagaza mayor gracias al engrandecimiento recién advertido en la señora Briss, y de hecho fui cautivado durante un momento por una imaginación del posible vir-tuosismo que nuestro amigo desplegaría para representar una insulsez ficticia e impostada. El empujón mas brusco para mis cavilaciones, en este aluvión, muy bien pudo ser, lo confieso, la reflexión de que como yo era quien había estorbado, quien había imposibilitado su inconsciencia, era lógico que ellos luchasen contra mí en pro de una existencia posible en el estado que yo les había dado a cambio. Yo había imposibilitado su inconsciencia, la había destruido, y no podía ser sino la consciencia lo que los volvía eficazmente crueles. Por consiguiente, si ellos eran crue-les, yo era quien lo había ocasionado, dado que, una vez imbuidos de consciencia, ellos no po-dían menos que desear, que procurar, vivir. ¿No habría sido este problema, logré preguntarme incluso ahora, la mismísima base sobre la cual se habían confabulado inescrutablemente? “Se trata de la vida, ya sabes —le habría dicho cada uno al otro—, y yo, por lo tanto, no puedo sino aferrarme a la mía. Pero *¿tú,* pobre de ti, te dejarás vencer?” “¿Dejarme vencer? —habría contes-

tado el otro—. ¿Por quién me tomas? Lucharé a tu lado, fíjate, y podremos comparar e intercam-biar armas y estratagemas, y puedes contar conmigo en todos los respectos.”

Eso fue lo que, con mayor vividez, durante el resto de la entrevista se halló ante mí, o detrás de mí; *y* el haberlo ocasionado yo todo *y* tener que agradecerlo sólo a mí mismo fue lo que a mi modo de ver, desde este instante, merced al mismo criterio, constituyó cada vez más la íntima explicación de la actitud de la señora Briss. No sé qué abrumadora admonición acerca de mi res-ponsabilidad había descendido de este modo sobre mí de repente; pero nada, bajo la misma, fue más perceptible que que a efectos prácticos me había quedado paralizado. Y no pude menos que decirme que éste era el precio: el precio del éxito secreto, el discernimiento solitario y el gozo intelectual. Había cosas que, a fin de disfrutar de un deleite tan intransferible y espléndido —el del rey a solas con su ópera de Wagner—, yo no podía sino abandonar; y el especial tormento de mi coyuntura era que la condición para obtener el esclarecimiento, la aplacación de la curiosidad y la corroboración del triunfo, era así de paladinamente el sacrificio del sentir. No había ningún punto respecto del cual mi certidumbre pudiese considerarse, según el método científico, lo bas-tante completa como para no juzgar que el sentimiento era una interferencia y, por lo tanto, un posible estorbo. Si mi sentimiento tenía que desaparecer, yo sabía muy bien quiénes desapare-cerían con él; pero mi misión ya no era salvarlos *a ellos.* Mi misión era salvar la preciosa perla de mi indagación y endurecer, con ese objetivo, mi corazón. En verdad yo iba a necesitar toda mi dureza, así como toda mi agudeza, por lo demás, para encontrarme con la señora Briss al alto nivel al cual por fin yo la había inducido a ascender; e, incluso mientras yo prolongaba el aleja-miento con que la había hecho callar momentáneamente, para mí la interrupción de su discurso se convirtió intrínsecamente en una insinuación de la peculiar pertinencia de la cautela. Duró lo suficiente esta pausa para sugerir que su atención se había hecho todavía más intensa por haberle vuelto yo la espalda, y me habría temido un renovado reproche si, por fortuna, ella no hubiese insistido enseguida:

—¡Lo cierto es que en él no hay nada de nada!

14

Yo ya había vuelto otra vez el rostro hacia ella justo a tiempo para recibir aquello, y de in-mediato decidí la mejor manera de acogerlo:

—¡En tal caso quedo hecho trizas enteramente!

—¡No debió usted encaramarse —dijo riéndose (a estas alturas era capaz de reírse casi grose-ramente)— a un lugar tan absurdo!

—Ah, eso es asunto mío —repliqué—, y si arrostro las consecuencias no veo muy bien qué tiene usted que decir contra ello. Que las arrostro (en la medida en que no me parezcan demasia-do inadmisibles y en que usted no me parezca empeñada en que lo sean), que las arrostro es lo que he estado procurando hacerla entender. Sólo que mi desmoronamiento —agregué— compor-ta inevitables traumatismos. Hace unos minutos me comentó que usted no recuperó la cordura en un relámpago. Difiero de usted, ya lo ve, en que *yo* sí: asumo mi derrumbamiento en un abrir *y* cerrar de ojos. Conque heme aquí. Estoy destrozado. No veo, si miro a mi alrededor, un solo fragmento rescatable. No trato de justificar mi error; no trato de justificar el que usted compartió conmigo; no trato de justificar nada. Si Long es nada más que lo que siempre fue, eso zanja la cuestión; y para nosotros el remache final no puede ser sino la honesta impresión definitiva de usted, impresión vuelta más sólida gracias precisamente a su arrepentimiento de la ligereza con que originariamente consintió en dejarse contagiar por mí.

Ella no abundó en su arrepentimiento; estaba demasiado atenta a los hechos aducibles:

—¡Ah, pero a mi impresión súmele la impresión de todos los demás huéspedes! ¿Alguien ha notado algo?

—Oh, no sé lo que ha notado nadie. No me he aventurado (como muy bien sabe usted) a pre-

guntar a nadie —musité amostazado.

—Pues si lo hubiese hecho habría visto: visto, quiero decir, todo lo que ellos no ven. Si ellos hubiesen sido conscientes de algo habrían murmurado. Reflexioné:

—¿Ante mí?

—Vaya, no sé si ante usted: todos saben tan bien cuánto adorna usted las cosas, que sienten cierto miedo de afirmarle o de incitarlo a afirmar algo; a veces se ven abocados, ya sabe —me recordó esclarecedoramente—, a mas de lo que esperan, a más de lo que saben cómo asimilar o a más de lo que les apetece tener en las manos.

Intenté hacer justicia a aquella versión de mí:

—¿Quiere decir que veo tantísimo?

Era una cuestión espinosa, pero la afrontó:

—¿Acaso no ve horrores algunas veces?

Lo medité:

—Bueno, las denominaciones son una convención. ¿Es que la gente me pilla en plena faena de ver?

—Ciertamente lo consideran especulativo.

—Y ¿la especulatividad consiste en la visión de horrores?

No se sintió totalmente segura de adónde pretendía conducirla yo: —No se trata tanto, quizá, de que los ve...

Di un respingo:

—...¿cuanto de que los perpetro?

Ahora sí se sintió segura, empero, y no estuvo dispuesta a consentir mi conducción, pues ha-bló con severidad:

—No, cielos: usted no perpetra nada. ¡Quizá sería preferible que lo hiciese! —exclamó con una extraña carcajada—. Pero (siempre en opinión de los demás) le gustan.

Ahondé:

—¿Los horrores?

—Es que usted no...

—¿Y bien?

Pero ahora no se dejó acuciar:

—Usted los reflexiona demasiado para lo poco que son. No parece querer...

—¿Abordarlos fácticamente? ¡Huy, pero sí que lo hago muchas veces!

—Pues mejor.

—Aunque lo que sí me gusta (sea o no para eso) es —me apresuré a confesar— primeramen-te mirarlos bien ala cara.

Nuestras miradas se encontraron, tras esto, durante un instante, pero ello no la afectó:

—¡Pues bien, cuando no *tienen* cara no puede usted hacerlo! De cualquier manera aquí no se da el caso —prosiguió— de que los demás huéspedes se callen nada, aunque de todas formas usted no es tal vez la primera persona a la cual le llegarían los rumores.

Intenté precisar quién sería entonces dicha persona:

—¿Le habrían llegado al mismísimo Long?

Pero ante esto se impacientó:

—¡Huy, es imposible determinar qué le llega (o qué no le llega) al mismísimo Long! No es-toy segura de que él sea demasiado sincero para disimular... si tuviese la inteligencia precisa para representar un papel.

—¡Que no la tiene! —peroré.

—Que no la tiene. *Ante mí* es ante quien habrían murmurado... o unos ante otros.

—Pero me parecía que precisamente usted afirmó que *habían* chismorreado cuando me des-cribió la condición de él como debida al influjo de Lady John.

Al punto aclaró el problema:

—Nada de eso. El chismorreo fue estrictamente mío... y a fin de estar a la altura del de usted. Hasta tal punto, según su teoría, tenía que haber una mujer...

—...¿que, para complacerme, usted se inventó que era *ella? Muy* bien. Pero pensé...

—¡No le hacía ninguna falta pensar! —atajó la señora Briss—. Yo no me inventé que era ella.

—¿De qué me habla, pues?

—No me inventé que era ella —reiteró, mirándome intensamente—. Lo cierto es que es ella. —Hice de eco con desconcierto, si bien instintivamente protestando otra vez; y sin embargo me quedé en suspenso, pues realmente éste fue el punto en que sentí que mi compañera hizo mayor acopio de sus energías. Además sus ademanes ahora me permitieron hacerme una gran idea de ellas y su entero aspecto fue el de aprovecharse raudamente de mi asombro—: Muy bien, escu-che: ya que así lo ha querido, me temo que, por poco que pueda agradarle, tendrá que aceptarlo. Usted me ha presionado para obtener explicaciones y me ha acuciado mucho más insistentemen-te de lo que ha debido advertir que yo juzgaba conveniente. Si he dado la impresión de andarme por las ramas es porque tenía otras personas por quienes velar aparte de por mí misma. Se puede ser sincero ante uno mismo; no se puede serlo, siempre, ante los demás.

—¡Oh, a quién se lo dice! —suspiré alentadoramente... aunque ni siquiera ahora compren-diendo muy bien hacia dónde se encaminaba.

Siguió dirigiéndose hacia su punto de destino, cualquiera que éste fuese, con cierta majestuo-sidad:

—Habría preferido no contarle nada más que lo que *ya* le he contado. Habría preferido dar por concluida nuestra conversación con la sencilla declaración de mi recobrado sentido de las proporciones. Pero usted me *ha* metido, según percibo, en camisa de once varas.

—¡No me diga! —atenué cortésmente.

—Usted me ha vuelto —insistió con resonancia— una demasiado grande habladora, una de-masiado grande pensadora, de necedades.

—Gracias —dije riéndome— por insinuar que pergeño despropósitos tan cautivadoramente.

—¡Oh, usted *ha* dado la impresión de que no le importaba hacerlo! Pero entonces permítame finalmente dejar de privarme del lujo de declarar que *a mí* sí me importa. Me importa de manera especial, sí. Tal vez yo sea malvada, pero tengo algo de seso.

—¿”Malvada'? —Esto parecía concernirme más íntimamente.

—Malvada, tal vez yo lo sea. A decir verdad —prosiguió con esta elevada entonación *y* velo-cidad— no hay ninguna duda de que lo *soy*.

—¡Me deleita oír eso —exclamé—, pues algo fuerte era precisamente lo que buscaba recibir de usted!

—Entonces *será* fuerte. —Y de veras pude ver que estaba dispuesta a complacerme—. Usted me ha molestado para sonsacarme mi motivo y me ha hostigado para que le rinda cuentas de mi “momento”, y yo me he visto en la necesidad de proteger a otros y de, sacrificando un proceder digno, fingir ser medio idiota. Incluso he debido, con ese mismo propósito (ya que insiste usted), apartarme de la verdad: darle, o sea, una explicación falsa de la forma como me zafé de su mara-ña. ¡Pero ahora será dicha la verdad, y que cada cual cuide de sí mismo! —Con esto se había al-terado de tal manera, había llegado de tal modo al punto de henchirse de coraje y franqueza, que por un instante casi erré al figurarme la dirección que tomaría y creí que realmente pondría sus cartas sobre la mesa. Fue como si hubiese decidido, adoptando una actitud aún más ingeniosa, sencillamente confirmarme lo que yo había ido desentrañando pacientemente; lo cual habría su-puesto una sumamente desconcertante coronación de mi propio rumbo. Yo necesitaba mi certi-dumbre personal, pero lo que no necesitaba era la confesión de nadie, *y* sin una satisfactoria co-ronación de mi propio rumbo, *¿adónde* iría a parar mi certidumbre personal? Sin mi certidumbre personal, por lo demás, ¿adónde iría a parar mi honor personal? En realidad aquélla era la única cosa a la cual yo atribuía importancia, pues una confesión podría, al fin y a la postre, resultar ser

una mentira. Cualquiera, en todo caso, podía atribuir a cualquiera ser la propietaria del zapatito de cristal. Empero, la intención de mi amiga permaneció siendo dudosa sólo brevemente: mi pe-ligro se esfumó y a cambio adquirí una certidumbre aún más intensa. No fueron los innombra-dos, en resumidas cuentas, quienes fueron nombrados—: Lady John *es la* mujer.

Y sin embargo incluso esto resultaba portentoso.

—¡Pero me parecía que la actual opinión de usted era precisamente que Lady John *no lo* es!

—Lady John es la mujer—tornó a proclamar la señora Briss.

—¡Pero me parecía que la actual opinión de usted era precisamente que nadie lo es!

—Lady John es la mujer —declaró por vez tercera.

Naturalmente eso me dejó boquiabierto:

—¡En tal caso, *¿hay* una?! —exclamé mitad aturdido *y* mitad regocijado.

—¿Una mujer? *¡Hay ella!* —respondió la señora Briss con más energía que gramaticalidad—. Ya sé que, cuando hace un rato la mencionó usted —agregó vigorosamente, casi tempestuo-samente—, convine en que ella no encajaba (al igual que originariamente le había dicho que en-cajaba mejor que ninguna). Pero eso fue sólo para salvarla.

—¡Y a usted ahora le da igual —sonreí— que quede perdida!

Titubeó:

—*Es* una perdida. Pero sabe cuidar de sí misma.

No pude menos que pensar en ella lúgubremente:

—En verdad me temo que, con lo que usted acaba de hacerle, *yo* no sabré cuidar de ella. Pero ¿por qué ahora ella habría de encajar —me pregunté en voz alta— más de lo que antes encajaba?

—¿Cómo que por qué? Por el propio mecanismo que usted estableció. Cuando a él lo consi-derábamos brillante, ella no encajaba. Pero ahora que lo vemos tal como es...

—...¿no podemos sino verla también a ella tal como *ella* es? —Pues bien, intenté, tanto como me lo permitió mi jolgorio, verla así; pero seguía habiendo dificultades—. ¡Quizá! —concedí como mucho—. ¿Debe usted su descubrimiento, por otra parte, enteramente a mi

mecanismo? Mi mecanismo, ideado en tan gran medida para descartarla —aclaré—, no estaba destinado a tener el efecto de identificarla.

—Da la impresión de que en cualquier caso ha estado destinado —replicó mi compañera— a tener el efecto de sacarme de quicio; y las consecuencias de *este* efecto no son culpa sino de us-ted.

Ahora se mostraba totalmente lógica, y fácilmente advertí, entre mi luz y mi oscuridad, que así continuaría mostrándose. Y sin embargo apenas me sentí convencido:

—Y ¿es sólo sobre la base de “este efecto'...?

—...¿como he discernido? —Finalmente ella estaba en perfectas condiciones de disfrutar mi turbación—: ¿Acaso ello no sería, sin duda, si sus opiniones valiesen algo, suficiente? Pero no es —agregó— sólo sobre la base de eso. Es sobre la base de algo más.

Tras un instante yo había desentrañado el único sentido que aquello parecía poder encerrar:

—¿Debo inferir que usted *sabe?*

—¿Que ambos son lo bastante íntimos para cualquier cosa? —Vaciló, pero al final lo reveló—: Sí es algo que sé.

Durante breves instantes fue sumamente insólita la manera como esto me impresionó sin que yo llegase a creérmelo en lo más mínimo. Era absurdo, aunque encajara gracias a la pirueta de mi compañera y ésta hubiera logrado imprimirle competentemente un tono de sinceridad. Fue sim-plemente cómo había sonado aquello, según percibí incluso a la sazón, lo que lo convirtió en una especie de puñetazo: un puñetazo que me dolió en lo más vivo durante suficiente rato como para murmurar para mis adentros: “¿Y si ella *estuviese* en lo cierto?” Durante estos segundos ella tuvo la virtud de despertar en mi interior el recuerdo de que a decir verdad, el día anterior, en la esta-ción de Paddington, ella había “sabido” mucho más que yo. En realidad había sido sobre la base de lo que ella sabía *entonces* como habíamos comenzado en los inicios, y un ingrediente de nues-

tros inicios había sido mi admiración hacia su perspicacia: una perspicacia cuyo aspecto exterior, como mínimo —tan singularmente ella se había recuperado—, se daba ahora ahí por completo. Pues bien, reflexioné de todos modos, no era el aspecto exterior lo que debía inquietarme, con-que bastante velozmente le planteé una cuestión referida exclusivamente a la esencia:

—¡Claro está que si es ella, todo esto *es* hacerme trizas!

—Y ¿todavía no se ha hecho usted a la idea de que es hacerlo trizas?

Mantuve mi mirada fija en ella; examiné la figura que se dibujaba entre las ruinas.

—Ella es lo bastante buena para un tonto; ¡y él es —discerní— lo bastante bueno para una tonta! Si él *es* el mismo asno, sí, ellos *podrían* ser amantes.

—¡ Y *él* es —exclamó la señora Briss— el mismo asno!

No dejé de mirarla:

—En ese caso no habría necesidad de que ella lo hubiese transformado e instruido.

—O de que ella se hubiese deformado e idiotizado a sí misma —completó mi amiga.

¡Oh, hasta qué punto aquello agudizó mi mirada!

—En efecto: no sería necesario que a ella le hubiera sucedido eso.

—¡El quid está en que no sería necesario que nada le hubiera sucedido *a él!* —exclamó rién-dose la señora Briss.

Lo refrendé:

—Ella podría encajar perfectamente.

La señora Briss no me fue a la zaga:

—¡Mi querido amigo, *tiene* que encajar!

Esto fue aún más perentorio, pero yo me atuve a mi discurrir:

—Casi cualquier mujer podría encajar.

Durante breves instantes ello semejó producirle una impresión entre el humorismo y la triste-za:

—Casi cualquier mujer *podría.* Así y todo —declaró menos filosóficamente—, nosotros que-remos a la apropiada.

—Desde luego: a la apropiada. —No pude sino hacer de eco—. Pero ¿cómo —continué lue-go— le ha sido debidamente confirmado a usted?

Ello la detuvo un segundo:

—¿”Confirmado”?...

—Que él es su amante.

Mi mirada había estado enfrentando la suya sin que, por así decirlo, la suya acabara de deci-dirse a enfrentar la mía. Pero, ante esto, por fuerza se verificó un intercambio directo:

—A través de mi marido.

Ello me detuvo un segundo *a mí:*

—¿Brissenden sabe?

Vaciló; a renglón seguido, como a causa de mi tono, lanzó una carcajada:

—¿Es que usted no suponía que yo se lo había contado todo?

Realmente no pude menos que quedarme atónito ante ella:

—¡Ah, o sea que usted *ha* hablado con algún bicho viviente!

Esto no la azoró:

—Con el marido propio eso no es hablar. Además —continuó—, no se tome en serio mi broma. Fue Briss, pobrecillo, quien habló... aunque, quiero decir, sólo ante mí. *Él* sabe.

Tanteé:

—¿Desde cuándo?

Pero ella estaba muy bien preparada:

—Desde esta velada.

Una vez más no pude menos que sonreír:

—¡Muy oportuno, pues! Y ¿cuál es el *conducto* a través del cual él sabe?

—¡Oh, el conducto! —Ante esto se desanimó levemente. Pero se rehizo—: Yo me fío de su palabra.

—¿Así que no lo ha interrogado?

—Lo singular de ello consistió (hace media hora, en el piso superior) en que no *necesité* inte-rrogar. Él lo sacó a colación por iniciativa propia; *y ése* (si se trata de aportárselo todo a usted) fue, si así lo desea, mi momento. Él me reveló aquello —siguió aclarando— sin saber lo que ha-cía, pobre inocente, ni por lo más remoto; es decir, no sabía, al menos, que hacía otra cosa ade-más de delatarla.

—¡Lo cual —convine— no fue nada en comparación!

Pero ella no captó mi ironía y ahondó todavía más:

—Él es modesto... pero ve.

—Y cuando ve —completé el cuadro—, por suerte habla.

Ella coincidió enteramente conmigo en que eso era toda una suerte, pero sin perjuicio de la perspicacia de su marido ni de lo que a éste le había inspirado una lógica repugnancia súbita:

—Él ha visto, en resumidas cuentas; cuando uno sabe ver, siempre termina llegando una oportunidad. La de él, tan afortunadamente como a usted se le antoje, llegó esta velada. Si usted me pregunta qué le deparó esta velada, pregunta más de lo que *yo* me he molestado en averiguar o he tenido tiempo para preguntar. ¿Cree usted —me planteó— que servidora *pregunta* sobre tamañas cosas? —Como su suprema delicadeza (tan grande fue el pasmo de este nuevo tono) casi me despojó de mis recursos, ella se manifestó sabia y gentil conmigo––: Olvidémonos de eso.

Literalmente, mientras se tornaba pesarosa la mirada que yo le dirigía, me rasqué la cabeza:

—¿No le parece que es un poco tarde para olvidarse de lo que fuere?

—¡Es tarde para todo! —exclamó con irritación—. Pero ahí continúa usted.

Bajé la mirada. En verdad ahí continuaba yo. Pero traté de continuar ahí —en ese preciso punto— el menor tiempo posible. Aparte, algo, pensándolo bien, me llamó la atención:

—Pero Brissenden ya sabía...

—Ya sabía ¿el qué? —Ella seguía empecinándose, a despecho de su ingenio (y en realidad como parte del mismo), en no ahorrarme ningún trabajo.

—Caramba, que Long y Lady John eran amantes.

—¡Ah, entonces —exclamó— admite usted que lo *son!*

—¿Acaso no estoy admitiendo todo lo que usted me dice? Pero cuanto mas admito —expliqué—, más necesito comprender. *Para* poder admitir, ¿no se da cuenta?, es por lo que in-quiero. Si ayer Briss viajó con Lady John para complacer al señor Long...

—¡No viajó —interrumpió— para complacer al señor Long!

—Bueno, pues entonces para complacer a la propia Lady John...

—¡No viajó para complacer a la propia Lady John!

—Bueno, pues entonces para complacer a su inteligente esposa...

—¡No viajó para complacer a su inteligente esposa! Lo hizo —dijo la señora Briss— única-mente para divertirse. ¡Mi marido *tiene sus* entretenimientos, y es insólito —dijo riéndose de una manera notable— que usted pretenda privarlo de ellos!

—¡Sería de veras insólito que yo pretendiera hacer tal cosa! Pero justifique usted el viaje de su marido con Lady John —proseguí— como guste; usted me pintó el propósito del mismo como encubrir a la pareja.

—No le pinté el propósito del mismo como nada de ese jaez. No le pinté el propósito del mismo —dijo la señora Briss— en modo alguno. Le pinté —explicó triunfalmente— la *conse-cuencia* del mismo... lo cual es asunto bien diferente.

Sólo supe reaccionar manifestándole mi admiración:

—¡Es usted de una astucia...!

—¡Por supuesto que soy de una astucia! *Yo veo* las consecuencias. Yvi ésa. Hasta qué punto

la había visto el pobre Briss, es, como ya le he dicho a usted, otro asunto; porque él se había to-mado la estratagema, en todo caso, como la clase de inocente coqueteo en la cual, si se es amigo de cualquiera de los involucrados y los sentimientos propios no están en juego, es lícito echar una mano una que otra vez. ¿No le he preguntado antes —demandó— si usted suponía que él habría echado una mano de haber tenido idea de en qué punto *están* esos dos?

—¡Apenas sé lo que me ha preguntado antes! —suspiré—; y "en qué punto están" es justa-mente lo que no me ha revelado usted.

—Están en el punto en que a mi marido lo irritó descubrirlos de forma palmaria. —Y, como si hubiese ventilado este asunto por entero, ella pasó a otro—: Es muy raro el querido y viejo Briss, pero lo es de una manera en que, si una se vale de él (en que, quiero decir, si una confía en él) de algún modo, una sale ganando, creo, más bien que perdiendo. Hasta un momento dado, dentro de cualquier asunto que requiera algún ingenio, no ve nada en absoluto; pero a partir de entonces (en cuanto despierta de verdad) es capaz de hacerse con los secretos de toda una man-sión. Entonces nada se le escapa, y a veces lo que saca a la luz es abrumador.

—Vaya que sí—repuse meditabundo—: ¡fíjese en la presente ocasión!

—Pero ¿acaso el interés de esta ocasión, como ya he insinuado —planteó—, no radica senci-llamente en que pone punto final, hace reventar una burbuja, nos libera de un íncubo y nos per-mite irnos a la cama en paz? Esta noche doy gracias a Dios —moralizó— por tener al querido y viejo Briss.

—También yo —comenté pasado un instante—; pero lo haré con aún mayor devoción si por espacio de otra pregunta muestra usted una paciencia todavía más marcada. —Tras lo cual, como finalmente un ademán por su parte semejara indicar que eso era mucho pedir, por mi parte sentí cierta exasperación de amargura debido a todo lo que yo tenía que considerar (aunque más no se tratara que de considerar) que ella había hecho derrumbarse estrepitosamente—: ¡Tenga presente —impetré— que está usted arruinándome un precioso palacio de cavilaciones!

Asimismo advertí que, inesperadamente cautivada por algo en mi tono, de veras asimiló aquello. ¿Acaso no advertí casi también que, durante un singular instante, se arrepintió del renco-roso placer de exponerme su versión de los hechos? No precisé, en todo caso, mejor

prueba tanto del almíbar como del acíbar de su comprensión que la entonación con que repuso:

—Ah, quienes habitan viviendas de cristal...

—...no deberían (no, ya sé que no) arrojar piedras; y precisamente por eso yo no lo hago. —Yo había completado sus palabras inmediatamente, y la interesé con esto y con algo todavía me-jor—: ¡Es usted, desde su fortaleza de granito, quien está en condiciones de arrojarlas a su gusto! Eso es una razón aún mayor, no obstante —agregué con celeridad––, para que usted me haga el honor, durante unos segundos, de dedicar una mirada apreciativa a mi frágil aunque, lo reafirmo, auténticamente sublime construcción. A mí mismo me parece admirarla de nuevo, perfecta desde todo punto de vista —insistí—, incluso ahora que converso así con usted, y volver a opinar que, de no ser por la deplorable circunstancia de sus débiles cimientos, no presentaría ni una minúscu-la tacha. En mi explicable pesar la he descrito — reconocí— como reducida a una simple pila de desfigurados escombros; pero eso fue en la extravagancia de mi disgusto, de mi desesperación. A decir verdad sus piezas habían sido tan hermosamente encajadas que no se derrumba sino pieza a pieza... lo cual, a propósito, durante este último cuarto de hora usted misma ha visto suceder gra-cias a su propia labor, devolviéndome las piezas, una a una, y contemplándome amontonarlas por los suelos. ¡Ni siquiera en este estado —concluí––constituyen (¡véalo!) un montón de ruinas! —Concluí, como digo, pero sólo durante el suficiente lapso para obtener, en la vibración y la exal-tación de mi elocuencia, un pequeño triunfo sobre su enorme triunfo—. A mí casi me gustaría devolverle las piezas, una por una, a usted. —Y esta vez rematé mi exposición—: Creo que, de-bido al mero hechizo de ello, usted se pondría a colocarlas en orden por iniciativa propia y erigir de nuevo la espléndida mole. ¿Me haría el favor de aceptarme sólo *una* de ellas —reitere— y permitirme comprobar si el mero hecho de sostenerla en la mano no la incita a iniciar la recons-

trucción? A eso me refería hace un momento al solicitarle una última respuesta. —Ella había permanecido callada, cual si de veras se hallase en presencia de la ascendente magnificencia de mi metáfora, conque no era demasiado tarde para la última oportunidad que me quedaba—: No había nada, ¿sabe?, que yo hubiese ensamblado tan perfectamente como la afirmación que usted hizo sobre la pobre señora Server cuando, al divisarlos juntos a lo lejos desde la terraza, usted brindó la explicación de que el amado Briss era la cobertura *de ella* respecto de Long.

—¿Ensamblado? —Y hubo sinceridad en su asombro—. ¡Me parecía que mi descabellada teoría no le sirvió de nada!

—No me sirvió de nada su descabellada teoría —asentí sin demoranza—, pero me sirvió de mucho que usted se la forjara, ¡ay!, descabelladamente. *Esto* se ensambló de maravilla —sonreí— hasta que la pieza se desprendió. E incluso en este momento —agregué— no me da la impre-sión de que haya quedado explicado.

—¿Que ellos estuvieran allí juntos?

—No. Que a usted no le agradase que lo estuvieran.

Me atalayo intensamente:

—¿Que no me agradase?

Advertí que en verdad ahora le daba igual, pero de todas formas seguí el hilo de mi analítico relato:

—Sí. El hecho de que eso no le agradase es la pieza a que me refiero. La sostengo, ya lo ve, ante usted. ¿Qué es lo que, artísticamente, haría usted con ella?

¡Pero uno puede guiar un caballo hasta el agua sin lograr hacerlo beber!

La sostuve ante ella pero no logré hacerla examinarla:

—¿Cómo sabe usted lo que me agradó o dejó de agradarme?

Esto me reanimó:

—¿Ya que deliberadamente usted no me reveló eso? ¡Bueno, aunque no me lo revelara...!

—...¿ello no representó ninguna diferencia —inquirió con generosa mofa— porque siempre se puede recurrir a la imaginación? Por supuesto que siempre se puede recurrir a la imagina-ción... ¡lo cual es justamente lo que le pasa a usted! Pero me asombra que una vez más usted es-grima ese argumento como si fuera prueba de algo.

Me quedé cabizbajo, todavía más de lo que le permití ver, pues sólo le era preciso, patente-mente, rehusar tomar una de mis fichas para despojarlas de todo valor como moneda. Cuando la empujó hacia mí no pude menos que volver a guardármela en el bolsillo.

—La endeblez de mi alegato *es* —*le* comenté débilmente *y* tal vez con desmaña— que de inmediato cualquier aspecto en que usted no cede pasa a formar parte de la robustez del suyo. Por supuesto, no obstante —y me sacudí—, me alegro totalmente (¿o no?) de la robustez del su-yo. La endeblez del mío es, bajo su guía, lo que ahora mismo estoy elucidando; pero ¿es que no comprende cuánto más endeble se revelará si obtengo de usted una plena demostración de obje-tividad? ¿Cómo habría *podido* agradarle aquello si en lo que tan enfáticamente usted insistió en aquel preciso instante fue en la extravagancia de la conducta de la señora Server? Entonces tal extravagancia demostraba, en opinión de usted, que ella era la mujer ocupada en mantener aleja-do a todo el mundo del rastro de su relación íntima con Long... si bien usted insistió en que pese a la cortina de humo constituida por tal extravagancia ella habría de ser, por necesidad, pillada en compañía de él una que otra vez. Que en vez de ser pillada en compañía de él fuera pillada sólo en compañía de Brissenden, naturalmente la irritó a usted a la sazón; pero ¿qué importancia tuvo esa irritación comparada con su percatación de que ella se mostraba (¡por apropiarse ni más ni menos que de su marido!) muchísimo más palmariamente extravagante?

Esta vez sí se había sentido lo bastante interesada para prestarme atención:

—¿Qué importancia tuvo esa irritación, desde luego?

Agradecí su colaboración, mas presioné:

—Pero si ella es extravagante, ¿qué explicación puede usted darme de ello?

—¡Me parecía que usted no quería ni oír hablar de ello! —exclamó.

Procuré insuflarle firmeza a mi benignidad:

—¿Qué explicación puede usted darme de ello?

Pero ella fue capaz de igualarme a aquel respecto:

—¡Me parecía que usted no quería ni oír hablar de ello!

—Lo importante no son *mis* querencias. Lo importante es que para usted ella haya estado o no "por todas partes" y que asimismo todo el mundo se dedicara, según usted, a cotillear sobre ello. Respecto de Long usted se basa en ese factor: en que usted afirma, o sea, que no ha sido no-tado nada; en consecuencia, ¿no debería usted basarse en el mismo factor respecto de *ella*... puesto que por lo que usted me dijo infiero que ha sido notado todo?

—Siempre se nota todo —replicó plácidamente la señora Briss— en una mansión así y con una concurrencia así; pero en tan escasa medida (si nos referimos a algún hecho en particular) que, con los invitados moviéndose "de la Ceca a la Meca 7, viene a ser lo mismo que si no se notara nada. Los hechos no se escarban, además, hasta el grado en que lo hace *usted,* y todo de-pende, ítem mas, de lo que usted entienda por "extravagante".

—Entiendo lo que quiera que fuese que entendió usted.

—Vaya, yo ya no entiendo, bien lo sabe, lo que entendía antes.

—Entonces ¿ella no está...?

Pero de improviso casi se mostró brusca conmigo: —No está ¿cómo?

—Como tendría que estar la mujer que tan afanosamente nos dedicamos a buscar.

—¿Completamente idiotizada? —Ella había vacilado, pero avanzó con determinación––: No, no está completamente idiotizada, puesto que ha estado en suficiente posesión de sí misma como para galantear al pobre Briss.

—Eso es cierto, *y* es precisamente lo que vimos *y* precisamente lo que, junto con sus otros vuelos de la misma índole, nos condujo a tener que enfrentarnos a la interrogante de si ella era... vaya, como yo digo. 0, más bien —completé—, como *usted* dice. 0 sea —enmendé, para ser to-talmente probo—, como usted dice que usted *no* dice.

En verdad yo había tomado demasiadas precauciones como para que mi amiga no debiera examinarlas:

—¿Extravagante? —Había acrecido la irritación que esta palabra le causaba, pero sin embar-go me aventuré a reiterarla, con la consecuencia de que ello la hizo realizar otra pausa—. ¡Sepa que ella *no* es eso!

—Muy bien; he repetido la palabra sólo para preguntarle *qué* es ella entonces.

—¡Es repulsiva! —profirió la señora Briss.

—¿”Repulsiva”? —hice de eco sombríamente.

—Repulsiva. —Luego prosiguió con resolución—: En aquel caso ella no emprendió ningún “vuelo”, como usted dice, “de la misma índole”, aunque sabe Dios a qué índole se refiere usted; de ningún modo hubo, si quiero ser clara, “vuelo”. —Mi compañera *fue* clara—: Ella se posó. Se apegó. —Y, por último, como yo no me dedicara sino a hacer de eco nuevamente, culminó—: Le hizo el amor.

—Pero... er... ¿de veras?

—De veras. Así fue como supe. Me quedé perplejo:

—¿Dice que “supo”? Pero si usted lo vio.

—Supe (es decir, fui informada) más de lo que vi. Supe que no podía estar idiotizada.

A decir verdad esto arrojó cierta luz.

—¿Lo supo a través de *él?*

—Él me lo contó —dijo la señora Briss.

Eso arrojó cierta luz, pero mucho me temo que asimismo arrojó, en mi semblante, otra singu-lar mueca:

—¿Es que él tiene costumbre de contar las cosas?

—Tiene costumbre. Pero lo que revela —tuvo la rectitud de declarar— no siempre posee tan-to interés como estas dos cosas que le he reproducido a usted.

El interés de dichas dos cosas sugirió que yo debía repasarlas:

—¿La revelación que él le hizo, en primer lugar, sobre Long y Lady John?

—Y la que en segundo lugar me hizo —se refirió a ello como si se tratase de un chiste pican-te— sobre May Server y él mismo.

En su chiste hubo algo que me hizo estremecerme interiormente; pese a ello le seguí el hu-mor:

—Y ¿qué más cuenta él acerca de *eso y* que sea de interés?

—Caramba, que ella se muestra fabulosamente aguda.

Ante esta inesperada contestación me quedé estupefacto:

—¿*Elle* ¿La señora Server?

Empero, esto la hizo atalayarme no menos intensamente:

—Caramba, ¿acaso eso no era justamente lo que usted afirmaba?

Percibí su aplastante lógica, mas no fui capaz —con mis exquisitos recuerdos enteramente mancillados, de sopetón, por aquella monstruosidad— de siquiera examinar la pregunta que ella acababa de hacerme. Sólo fui capaz de volver a hacer de eco estúpidamente:

—¿Fabulosamente aguda?

—¿Es que a estas alturas resulta que usted lo niega? —¡A ella misma fue a quien sus presen-tes palabras caracterizaron!—. En tal caso, ¿qué diantres *opina* usted? —Fue natural que la ex-traña confusión que mi semblante traslucía la hiciera preguntar esto, pero es que de alguna for-ma, en el plazo de unos segundos, tras el mandoble de su suprema firmeza, la presentación de su propia teoría ahora perfectamente acabada, todo se había derrumbado de tal manera que me figu-ro que en ese momento de ningún modo yo habría podido confiar en ser capaz de responderle. Sin embargo, de hecho, apenas me dejó tiempo: sólo el suficiente, organizados sus mentises y recobrada su insolencia, para tornar a juzgarme, lo cual hizo concentrando las energías de sus veinticinco años. A fin de cuentas yo no sabía —esto parecía ser parte de mi destrozo— el peso de los años de su marido, pero sí sabía el peso de los míos. Habrían podido ser mil, y dentro de un momento, comprendí, no me

quedaría nada excepto la sensación de tener esa edad—. ¡Pobre-cillo, usted *está* loco, por lo cual me despido *y* le deseo buenas noches!

Al principio —tras aceptarle esta decisión sin la menor protesta y contemplarla retirarse y desaparecer a través de las iluminadas estancias— *no* me quedó nada excepto la sensación de tener esa edad; pero luego de un minuto sobrevino algo adicional, y me percaté de que su vere-dicto seguía flotando. Hasta tal punto ella había dicho la última palabra, que, a fin de huir de la obsesiva presencia de su veredicto, me sacudí, tal como ya había hecho antes, para librarme de mis cavilaciones. Lo cierto es que no bien hube iniciado la marcha hacia mi aposento —y hacia los preparativos para una marcha aún más rauda tan pronto como la mansión se desperezase— casi corrí hasta quedar sin aliento. Tamaña última palabra —una palabra que de veras me dejaba en ningún punto— era demasiado intolerable como para no probar cuanto, antes a trasladarme a otros pagos, para hacer lo cual yo había venido observando motivos más que suficientes desde las primeras horas de esta velada. Ciertamente yo no *podría,* en estos mismos lugares, volver a mostrarme cuerdo del todo, aunque no era verdad que yo no poseyera el triple de método que ella. De lo que fatalmente carecía yo era de su tono.